EL TRATAMIENTO

VERA MONREAL

El Tratamiento

Vera Monreal

Capítulo 1

Leo el expediente de pie, en el office, con el café en la otra mano.

Marisol Tejera Ordóñez, cincuenta y un años, Parla. Dieciocho años en una lavandería industrial de la carretera de Toledo. Tres de cuidados en domicilio. Dos de plaza concertada con copago para Encarnación Ordóñez, ochenta y tres años, dependencia de grado tres. Deuda acumulada: sesenta y un mil cuatrocientos veinte euros, intereses computados a febrero. Unidad familiar designada: Ainhoa Sepúlveda Tejera, veintidós años, hija.

Conozco la residencia de Pinto. Huele a lejía de limón y tiene un patio con dos moreras. He estado dos veces por cosas que no tenían que ver con esto.

Marisol está en la sala de espera con el bolso en las rodillas y las rodillas juntas. Cuando digo su nombre se levanta demasiado rápido, como si llevara un rato ensayando el momento de levantarse.

En la sala dos se vuelve a sentar con el bolso encima de las piernas y no lo suelta. No le pido que lo deje en el suelo. Las cosas se sueltan mejor cuando nadie da la orden.

—Nuria Belmonte, enfermera de vinculación. La acompaño yo esta mañana.

—Marisol.

—Marisol. ¿Le sirvo agua?

—No, gracias. —Mira el vaso—. Bueno, sí.

Le sirvo medio. Un vaso lleno pesa y tiembla.

Saca un bolígrafo del bolso y lo deja en la mesa, junto al contrato. Uno de los suyos, azul, con el capuchón mordido.

—He traído boli.

—Perfecto. El mío es malísimo.

Es verdad, y es lo primero que le digo hoy que no viene en ninguna hoja.

Se ha cortado el pelo. Se le nota en el filo de la nuca, esa línea recta que solo dura dos días.

—Me corté ayer —dice, y se toca detrás de la oreja—. Por si acaso.

—Le queda bien.

—Ya.

Empiezo por lo que ya sabe, que es la parte fácil y sirve para que oiga su propia voz en la sala: nombre, fecha de nacimiento, unidad designada, cantidad. Contesta todo bien. Cuando llega a los sesenta y un mil cuatrocientos veinte se le va la mirada al patio, donde hay dos celadores fumando junto a un contenedor.

—Se dice pronto —dice.

—Se dice pronto.

Leo el contrato entero y lo leo despacio. Hay compañeras que preguntan si quiere que resuma. Yo no resumo. Una mujer que firma sin oír lo que firma vuelve a los cuatro días con la cara de haberse enterado por otro sitio, y esa cara la he visto y no me gusta.

Primera página, objeto. Segunda, plazo: dieciocho meses desde la inducción, no desde la firma. Tercera, cancelación de la deuda en el asiento del trimestre. Cuarta, asignación mensual a la unidad familiar designada, el día uno, revisable con el IPC de diciembre.

Marisol asiente en la cuarta y le pido que no asienta por educación, que me pregunte.

—¿Y si Ainhoa se va a vivir fuera?

—Da igual dónde viva. La asignación va a su cuenta.

—¿Y si se casa?

—Da igual.

—Es que no se casa ni de coña —dice, y se ríe con la nariz.

Quinta página, obligaciones de la entidad. Sexta, régimen de visitas.

—Una vez por trimestre, con cita —le digo.

—¿Y qué ve?

Aquí también se puede mentir con la verdad, si uno dice «la ve a usted» y se calla lo demás.

—Ve una habitación con una cristalera. Usted está tapada hasta el pecho, con una vía central aquí —me señalo debajo de la clavícula— y el pelo cortado alrededor del punto de acceso. Está más delgada. No se mueve y no abre los ojos. Ainhoa va a salir de ahí regular, se lo digo yo. La primera vez es la peor y la segunda ya es otra cosa.

Marisol se lleva la mano a la nuca, al filo recto, y la baja enseguida.

—Ella no quiere que entre.

—Ya.

—Dice que hay otras formas.

—¿Las hay?

Se queda callada. Es la única pregunta que le hago en toda la mañana que no viene en ninguna hoja y me arrepiento antes de terminarla, porque no es asunto mío y porque conozco la respuesta desde 2029.

—No —dice.

Séptima página. Suspensión temporal de la capacidad civil.

Marisol mueve el pulgar por la cremallera del bolso, de izquierda a derecha, y lo devuelve al principio. Espero. El silencio también figura en el protocolo, aunque con otro nombre.

—Es que mi cuñada me ha dicho una cosa.

—Dígame.

—Que se oye. Que estás ahí dentro y lo oyes todo y no te puedes mover, y que hay gente que se pasa así los dieciocho meses.

Dejo el bolígrafo encima del contrato. Esto no se contesta con papeles delante.

—Su cuñada está pensando en otra cosa. Lo que ella describe pasa cuando se relaja el músculo y no se duerme la conciencia. Es un fallo de anestesia, es horrible y no tiene nada que ver con esto.

—Ya, pero cómo lo sabe usted.

—Porque aquí no dormimos el músculo. —Me acerco un poco, lo justo—. La inducción no es un sueño y no es un coma. Lo que apaga es el sistema que la mantiene a usted despierta. Si eso está apagado, no hay nadie escuchando. No es que oiga y no lo pueda contar: es que no se forma.

—Que no se forma.

—Que no llega a haber. Y no me lo tiene que creer a mí. Se monitoriza cada seis horas y en su historia va a haber una gráfica que se llama índice de vigilia. Si esa gráfica se levanta, salta una alarma en control de enfermería y aquí nos ponemos todos de pie.

—¿Y si salta?

—Se ajusta la perfusión y baja. Pasa. Es de las cosas más aburridas que hacemos.

—Aburrido —repite.

—Aburrido.

Se le queda algo suelto en la cara. Han sido cuatro meses durmiendo con eso y se le acaba de caer en tres frases, y ahora le tiemblan las manos, que es lo que pasa cuando se suelta el miedo y no cuando se coge.

—Perdone.

—No pida perdón por llorar en esta sala. Es la única de la planta donde está previsto.

Se ríe con la nariz llena. Le acerco la caja de pañuelos y retiro la mano.

—¿Quiere que paremos?

—¿Se puede?

—Se puede.

Paramos. Le pregunto si quiere que salga y me dice que no, que me quede, así que me quedo y no digo nada durante siete minutos. Tengo otra a las doce y media y voy a llegar tarde, y eso me consta en un indicador que mira alguien que no está en esta sala.

Marisol se bebe el agua entera.

—Mi madre no sabe nada —dice—. Cree que me voy a Alemania. Tengo una prima en Stuttgart y le he dicho que hay trabajo en una residencia allí y que se cobra bien.

—¿Y se lo ha creído?

—Se lo ha creído porque le conviene. —Dobla el pañuelo en cuatro —. Los martes la llamo. ¿Eso se puede seguir haciendo?

—No.

—Ya.

—Le llamarán desde atención familiar cada tres meses y le pasarán el informe a Ainhoa. Con su madre, quien hable va a ser Ainhoa.

—Ainhoa va a tener que aprender a mentir.

—Sí.

—Se le da fatal.

Le explico lo de la carta. Que puede dejar una carta cerrada, que va al expediente familiar y que se entrega si la piden, y que hay quien deja tres. Dice que va a dejar una. Le doy el sobre y se lo mete en el bolso sin escribir nada.

Volvemos al contrato. Firma la primera, la segunda, la tercera. En la sexta levanta la cabeza.

—¿Y si cambio de opinión?

Paso la hoja.

—Existe un procedimiento de revocación.

No me ha preguntado si funciona.

Firma la séptima. Marco la casilla de dudas resueltas y la de lectura íntegra, que son dos casillas distintas y hay quien marca solo una.

Bajamos por el pasillo de la izquierda, que es más corto. Le voy contando lo de los últimos diez minutos porque es lo que a mí me gustaría que me contaran: que le van a coger una vía en el dorso de la mano, que el frío le va a subir por el brazo hasta el hombro, que va a notar sabor a metal, que le van a entrar muchas ganas de hablar y que hable, que hablan todas, y que lo último es que le da la risa.

—¿La risa?

—La risa. Es la fase de desinhibición. Dura poco y no se acuerda nadie.

—Qué ridículo.

—Bastante.

En la puerta de inducción le doy la carpeta a Quique y me quedo con ella los dos pasos que faltan. Marisol me busca la mano y se la cojo. Es la primera vez que la toco en toda la mañana.

—No va a doler.

—Dígamelo otra vez.

—No va a doler.

Entra. No entro. Nunca entro.

Me lavo las manos en el office y escribo la entrada de vinculación: cuarenta y ocho minutos, uno más que el máximo del protocolo, con una pausa a petición de la candidata. El café de la máquina está caliente y sabe a plástico tibio.

Pilar asoma con el carro.

—¿Qué es eso que cantas siempre?

—¿El qué?

—Eso. —Lo tararea fatal—. Llevas años.

—Ni idea. Una cosa antigua.

Pilar sigue con el carro pasillo abajo y yo vuelvo a la sala dos a preparar la de las doce y media, que es una tal Encarna Vidal, cuarenta y seis años, Villaverde, aval y centro de día.

Recojo el vaso de Marisol, que se lo ha bebido entero, y lo llevo al office. Cambio el agua de la jarra, aunque no hace falta. Pongo el vaso nuevo boca abajo encima, que es como se deja.

Vuelvo a los tres minutos con la carpeta.

Alguien ha subido la persiana del patio y a esta hora entra el sol de plano en el respaldo del sillón de la izquierda, que es el de la candidata.

Bajo la persiana dos palmos y compruebo la sombra sentándome un momento en el sillón de la izquierda, que es lo que hago desde hace nueve años y que no sabe nadie.

Desde ahí se ven las dos moreras.

Capítulo 2

A las doce y cuarenta, con doce minutos de retraso que ya no voy a recuperar, Encarna Vidal entra en la sala dos con una mujer que se presenta como una vecina.

—Si no le importa —dice Encarna.

—No me importa.

La vecina se sienta medio metro por detrás, en la butaca que no usa nadie, y deja el bolso en el suelo. Cuarenta y pocos, vaquero, chaqueta de punto, el pelo recogido con un coletero de los del súper. No trae carpeta. No trae libreta. No saca el móvil en toda la hora.

Encarna Vidal tiene cuarenta y seis años, un aval que firmó a su hermano por veintinueve mil euros y catorce mil más de la plaza de día de su padre, que tiene alzhéimer y va a un centro de Villaverde donde le hacen cantar. Cuarenta y tres mil en total. Es de las cantidades que a mí me ponen de mal humor, porque por cuarenta y tres mil euros una mujer va a estar dieciocho meses en la planta uno y eso lo paga cualquier ayuntamiento con lo que se gasta en Navidad.

Empiezo por la identidad y la unidad designada. Encarna contesta a medias y mira hacia atrás.

—Lo que diga ella.

—Lo que diga usted —le digo yo.

Es entonces cuando la vecina hace la primera pregunta.

—Si el familiar designado fallece durante el reposo, ¿adónde va la asignación?

No es una pregunta rara. Es que está bien hecha.

—A la unidad familiar. Si no queda unidad familiar, se acumula y se liquida al reintegro.

—¿Se liquida con intereses?

—Al nominal.

—Vale. —Ni apunta ni asiente—. Los dieciocho meses del contrato, ¿desde la firma o desde la inducción?

—Desde la inducción.

—¿Y cuánto suele pasar entre una cosa y la otra?

—Depende de la agenda de planta. Entre cuatro horas y tres días.

—O sea que hay gente que firma un lunes y entra un jueves.

—Hay gente que firma un lunes y entra un jueves, sí.

Encarna nos mira a las dos como si estuviéramos hablando de su casa delante de ella. Le acerco la jarra. Bebe. La vecina espera a que termine de beber. Eso también es una manera de saber hacer las cosas.

—El ochenta y siete por ciento —dice—. ¿Es correcto?

—¿El de qué?

—El de mujeres. En la memoria del año pasado.

—Es correcto. Está publicado.

—¿Y aquí?

—Aquí un poco más alto. Somos zona sur.

Lo digo sin bajar la voz porque no hay motivo para bajarla. Está en el portal de transparencia, sale en el telediario dos veces al año y hubo un pleno del Congreso en marzo donde lo dijeron cuatro veces.

A esta sala entran tres clases de acompañante que preguntan así. Los de gestoría, que vienen por el aval y se van en cuanto oyen que la deuda se cancela en el asiento del trimestre. Las de asociación, que traen el contrato subrayado en amarillo y quieren que se les note. Y las hijas de donantes, que preguntan lo mismo que preguntó su madre cuatro años antes y a las que se les nota en que miran el vaso.

Esta no subraya, no se va y no mira el vaso.

—¿Usted cuántas hace a la semana?

—Once o doce.

—¿Y la solicitud de continuidad, quién la firma?

—La donante.

—¿Quién la recoge?

—La Unidad de Prórroga. Planta dos.

—¿Con facultativo presente?

—Con facultativo presente y con registro.

—¿Registro de firma o registro de vídeo?

—De firma.

Se hace un silencio de dos segundos que es mío.

—Creo.

La vecina asiente por primera vez en toda la conversación. No pregunta nada más.

Cambio de sitio la jarra para cambiar de tema y le pido que espere fuera durante la lectura del contrato. Se lo digo como se lo digo a todo el mundo: que la lectura es un acto personal, que puede volver a entrar después, que en la sala de espera hay café y que va a tardar unos cuarenta minutos. Cuento con que discuta. La gente discute siempre en este punto, sobre todo los hijos.

—Claro —dice, y se levanta.

Recoge el bolso, le pone a Encarna la mano en el hombro un segundo y sale.

A solas va mejor. Encarna se echa hacia delante y habla, y resulta que su padre fue conductor en la línea que pasa por delante de este edificio, la que para en la marquesina de la campaña.

—Cuarenta años haciendo esta carretera —dice—. Y ahora vengo yo aquí. Tiene gracia.

—Tiene gracia.

—Él no se va a enterar. Eso es lo bueno.

—¿Y su hermano?

—Mi hermano no sabe nada y no se lo voy a decir. —Se coloca la manga—. Le firmé un aval en 2031 y le dije que era un papeleo. O sea que estamos en paz.

—No están en paz.

Encarna me mira.

—No —dice—. No estamos en paz.

Leo las siete páginas. Encarna escucha con las manos quietas y no me interrumpe ni una vez, y en la séptima, donde Marisol se paró esta mañana, no se para.

—¿Quiere que hagamos una pausa?

—¿Para qué?

—Para nada. Para respirar.

—Si respiro me lo pienso —dice—. Deme el boli.

Firma con una letra grande y rápida, apoyando fuerte, y en la cuarta hoja se salta el recuadro y tiene que rehacerla debajo. Ese silencio me gusta menos que las cuarenta preguntas de hace dos horas. Pero no todas son Marisol, y una mujer tiene derecho a entrar aquí sin darme conversación.

Le hablo yo entonces, sin que me lo pida. Le cuento lo de la vía, lo del frío por el brazo, lo del sabor a metal, lo de la risa. Le digo que en las primeras cuarenta y ocho horas su padre va a preguntar por ella y que a los diez días ya no. Le digo que puede dejar una carta.

—¿Para quién? —dice.

Marco la casilla de dudas resueltas y la de lectura íntegra.

La acompaño a la puerta. La vecina está de pie en el pasillo, no sentada, delante del panel de la campaña institucional, el de la mujer sonriendo con los hilos dorados en la clavícula.

—Gracias —me dice.

—A usted.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

—Nueve años.

—Desde el ensayo, entonces.

Se van las dos hacia el ascensor. Encarna le dice algo por el camino y la otra la escucha con la cabeza inclinada.

En el ensayo de latencia éramos catorce y ninguna se llamaba enfermera de vinculación, porque el puesto no existía. Eso no está en la web, no está en el panel del pasillo y no se lo he contado a Encarna Vidal.

Capítulo 3

Los martes y los jueves me toca línea de atención al donante, de cuatro a nueve, en la cabina tres, con un casco que zumba desde marzo y que he pedido dos veces por el aplicativo de incidencias. La segunda petición la cerraron con un «duplicado».

La línea la llevamos las vinculadoras por turnos porque en su día se decidió que quien había leído el contrato era quien mejor podía explicarlo. Es de las pocas decisiones de esta casa que están bien tomadas. Entran entre diez y quince llamadas por tarde, de las cuales nueve son de dinero, tres son de fechas y el resto son de gente que no sabe qué está preguntando y necesita veinte minutos para averiguarlo.

La pantalla de tipificación tiene siete opciones y hay que elegir una antes de cerrar la llamada. El sistema no deja pasar.

1. Consulta informativa
2. Solicitud de revocación
3. Incidencia de vinculación
4. Incidencia externa
5. Reclamación económica
6. Comunicación de cambio de datos
7. Otros

La primera de la tarde es Yolanda, hija de una donante de Móstoles, que quiere saber si la asignación sube con el IPC de diciembre o con el de enero. Con el de diciembre. Se lo digo, se lo repito porque me lo pide y se lo repito una tercera vez mientras ella lo apunta. Le doy el número de expediente, le explico dónde está el desglose en el portal y le deletreo la ruta. Once minutos. Tipificación: 1.

La segunda dura cuatro. Una chica muy joven que quiere saber cómo se apunta. Le doy el teléfono del servicio de admisión y le digo que no es este, que este es el de después.

—¿De después de qué? —dice.

—De firmar.

Cuelga sin dar las gracias, que es lo normal cuando alguien esperaba resolver la vida en una llamada.

La tercera es un hombre que se ha equivocado de compañía. La cuarta es una señora de Alcorcón que quiere el informe trimestral en papel porque su hija no le enseña el móvil. Le digo que se puede y que hay que pedirlo por escrito, y le dicto el modelo de solicitud despacio; a la mitad me pide que espere, que va a por otro boli, y espero. Tarda un minuto largo. Se oye un cajón.

Apunto la incidencia del casco por tercera vez.

A las seis y media bajo a la máquina con Pilar, que se va a las siete y que lleva desde ayer con el cuadrante de agosto metido en la cabeza, porque su cuñada tiene casa en Peñíscola y hay que decidir antes del viernes. Está el corcho del office lleno de peticiones con post-its de colores. La primera quincena la quiere todo el mundo.

—Tú qué vas a pedir —dice.

—La segunda.

—Tú siempre la segunda.

—A Bruno la fisio se la dan en julio.

—Eres una santa.

—Soy una tía con un cuadrante.

Se va. Vuelvo a la cabina y me quedo con el zumbido.

A las siete y cuarenta entra Fermín Mena.

—Quiero sacar a mi mujer.

—Deme el número de expediente.

Me lo dice de memoria, entero, sin equivocarse en un dígito. Rosario Mena Alcaraz, ingresada en octubre de 2034. Continuidad validada en marzo del año pasado. Producción estable. Cuarenta y nueve años.

—Han pasado veinte meses, señor Mena.

—Ya sé los que han pasado.

—Entonces sabe que la revocación tiene setenta y dos horas desde la firma y que la tiene que pedir ella.

—Es que ella no puede pedir nada.

—No. No puede.

—Entonces qué clase de derecho es ese.

Es una buena pregunta y no tengo permiso para contestarla, así que hago lo otro que sé hacer, que es bajar la voz y dejar de hablar como el aplicativo.

—Señor Mena, ¿la acompañó usted a firmar?

—No.

—¿Estuvo alguien?

—Su hermana. Yo estaba currando. —Traga—. Ella me dijo que era mejor que no fuera porque me iba a poner tonto.

—Ya.

—Y me puse tonto igual, pero por teléfono.

—Señor Mena, ¿ha llamado antes?

—Tres veces.

—¿Y qué le han dicho?

—Que lo iban a mirar.

Abro el histórico. Tres llamadas: dos tipificadas como 7, otros, y una como 3, incidencia de vinculación, el 14 de enero. Debajo, en el expediente familiar, hay una línea que dice suspensión cautelar de asignación por expediente en curso, del 14 de enero al 2 de marzo.

Cuarenta y siete días sin cobrar.

Ahí está la respuesta a por qué me llama un martes a las ocho menos veinte.

—Le voy a explicar una cosa y le pido que me escuche entera. Si yo esta llamada la registro como incidencia, se abre expediente. Y mientras el expediente está abierto, la asignación se suspende. Es automático. No lo decide una persona.

Silencio.

—En enero fueron cuarenta y siete días —digo.

—Cuarenta y siete días —repite—. Mi hija tenía la matrícula.

—Lo sé. Lo tengo delante.

—Pagó su hermano. Y ahora no me habla.

—¿Su hija?

—Mi hermano.

Se oye una televisión de fondo y alguien que abre un grifo.

—Rosario cantaba —dice—. En la cocina. Todo el rato, y mal, fatal, no daba una. Y ahora abro la puerta y hay un ruido ahí que yo no sabía que existía.

No le digo que lo siento. Se lo he dicho a mucha gente y no sirve, y además lo que quiere no es eso.

—¿Qué hago? —dice.

—Ahora mismo, colgar y esperar una llamada de vuelta desde atención familiar, que no es esta línea. Ellos pueden pedir una revisión de estado sin que se toque el cobro. No le van a sacar a Rosario, señor Mena. Le van a dar un informe y una cita.

—Un informe.

—Un informe y una cita. Es lo que hay y es más que nada.

Escribo en el campo de observaciones que se le llame en las próximas cuarenta y ocho horas y que se le explique el circuito. El campo corta a los ciento veinte caracteres, así que lo borro y lo vuelvo a escribir más corto, quitando las palabras que aguantan un recorte.

—¿Cómo se llama usted? —dice.

—Belmonte.

—Belmonte, ¿usted la ha visto?

—Yo no subo a planta.

—Vale.

Cuelga sin despedirse, que es lo que hace la gente cuando la has ayudado y no le gusta cómo.

Cierro la llamada a las veinte y doce. Abro el desplegable.

Tipificación: 1. Consulta informativa.

La asignación de la familia Mena entra el día uno.

Cierro sesión a las veintiuna y cuatro. Meto la tarjeta en la máquina del office y no sale nada. Le doy en el lateral, donde hay que darle, y salen dos. Le dejo uno a Quique en el mostrador y me llevo el mío al coche.

En la A-4, a la altura de Perales, me acuerdo de que no he mirado si Bruno ha cenado.

Capítulo 4

El miércoles llego a casa a las ocho y Bruno ha dejado la leche fuera otra vez. La devuelve a la nevera cuando me ve mirarla, pero la coloca en el estante de las salsas, para que conste que la decisión sigue siendo suya.

Hago un revuelto de pie mientras él está en la mesa con la libreta abierta y el documental de fondo, uno de la presa de Aldeadávila que hemos visto tres veces y que vuelve a ver por la parte de los aliviaderos.

—Mamá.

—Dime.

—Ven.

Voy. Ha escrito una palabra en la columna de la derecha con la letra grande y torcida de su mano izquierda, que es la que le sirve.

Cornisa.

—¿Hoy?

—Hoy. En la… —se para, busca, no le sale, no se lo doy— en la de las palomas. La ventana.

—La cornisa de la cocina.

—La cornisa. —Cierra el puño con el pulgar hacia arriba—. Tres años.

—Tres años.

Le pongo la mano en el hombro y se la quito en cuanto la palabra está celebrada, porque a Bruno la ternura larga le parece un descuento.

La libreta la empezamos en el 30, en la mesa del centro de día, cuando la logopeda dijo que le vendría bien ver el progreso escrito. La columna de la izquierda tiene diecinueve palabras. Están tachadas las que han vuelto, que son siete en siete años. Abuela sigue arriba del todo, sin tachar.

—¿Quieres que la pase?

Mira la página.

—No.

—Vale.

—No la he perdido. —Se toca la sien con dos dedos, despacio, buscando el orden—. Es que no la uso.

Es una distinción exacta y tarda once segundos en construirla, y hay logopedas que cobran sesenta euros la hora por conseguir eso.

Mi madre se llamaba Amparo Sanz y se ofreció ella.

Fue en junio de 2029, tres meses después del accidente, cuando la rehabilitación de Bruno se pagaba por semanas y la deuda de dependencia iba por los ochenta y siete mil. Vino a casa un domingo, se sentó donde está sentado él ahora, con una bolsa de plástico dentro de otra bolsa de plástico encima de las rodillas, y dijo que ya había vivido.

Discutimos dos semanas. Le dije que ni de broma, que era una barbaridad, que tenía setenta y un años y que a esa edad no se entra. Ella me contestó que sí se entra, que lo había mirado, que el criterio es de deuda y no de edad y que en la memoria del año

anterior había cuatro mujeres de más de setenta. Se lo había mirado. Se lo miró todo, con las gafas de cerca, en el ordenador de la biblioteca de Getafe, porque en su casa no tenía.

Le dije que buscaría otra cosa. Me preguntó qué otra cosa. Yo tenía una lista y la lista era mala, y las dos la habíamos leído.

Lo último que me dijo fue que ella ya había vivido, y lo dijo como quien cierra una discusión sobre dónde aparcar. Amparo era mandona, opinaba de todo y guardaba bolsas de plástico dentro de bolsas de plástico. Le tenía manía a la fisioterapeuta de Bruno antes que Bruno.

Ganó ella, que ganaba siempre. El 27 de junio ingresó en el lote de cierre del segundo trimestre.

El contrato se lo leí yo. Las siete páginas. No se lo iba a leer otra.

En enero de 2031 llegó la retirada clínica. Complicación infecciosa, dice el certificado, con la firma de un médico al que no conozco y un código de proceso que sí conozco. Nos ofrecieron verificación independiente y recepción de restos identificables, y firmé la renuncia, porque el protocolo de riesgo biológico obliga a incineración en las doce horas siguientes y porque me daban a elegir entre discutir con un departamento y volver a casa con mi hijo.

La urna está en el altillo del armario del pasillo, detrás del nórdico de verano. Es de las de tapa atornillada, con una placa lisa donde no puso nada nadie. La saco en junio cuando bajo el nórdico y la subo en septiembre cuando lo guardo. No la he abierto. No hay ningún motivo por el que abrirla.

Bruno lo sabe. Se lo conté a los veinte, cuando ya podía sostener una conversación de más de dos frases y ya distinguía lo que le estaban contando de lo que le estaban ahorrando. Me preguntó si le había dolido. Le dije que no.

Sirvo el revuelto. Comemos con el documental puesto y en el minuto de los aliviaderos sube el volumen sin pedir permiso, que es lo que hace desde 2029 y lo que hacía en 2028.

En pantalla abren las compuertas y sale el agua con esa forma de cuerda gorda que a él le gusta.

—Sesenta —dice.

—¿Sesenta qué?

—Metros. Cúbicos. Por… —hace un círculo con la mano izquierda.

—Por segundo.

Chasquea la lengua. Le he terminado la frase y no hacía falta.

—Perdona.

—Ya. —Come—. Y no son sesenta. Son mil quinientos.

—Anda ya.

—Míralo.

Lo miro. Son mil quinientos.

—¿Y por qué has dicho sesenta?

—Para ver si lo mirabas.

Se ríe con la boca llena y le digo que es imbécil, y él dice imbécil perfectamente, sin buscarla, porque las palabras que se usan mucho no se pierden.

—Mamá.

—Qué.

—El grupo de los jueves.

—¿Qué pasa con el grupo de los jueves?

—Quiero dejarlo.

Dejo el tenedor.

—¿Por?

Le cuesta. No le ayudo, y no le ayudo porque estoy sentada, estoy tranquila y tengo tiempo, y eso es una diferencia que no siempre tengo.

—Me hablan… —Aprieta los ojos—. Como a un crío. Y hacen juegos. Con pelotas.

—Ya.

—Y hay uno. Iván. Que tiene… lo mío pero peor, y le… —da dos golpes en la mesa con el canto de la mano, buscando— le contestan por él. Todo. Y él pone una cara.

—¿Qué cara?

—La que pongo yo.

Se queda mirando el plato.

—Prefiero la fisio. Los jueves. En vez.

—Vamos a mirarlo.

—Eso es que no.

—Eso es que lo vamos a mirar.

—Eso es que no —repite, y se ríe con la boca cerrada, y vuelve al documental.

Recojo los platos. En el fregadero me doy cuenta de que llevo frotando la misma sartén más rato del que necesita una sartén, y de que el grupo de los jueves lo paga el plan, y de que la fisio de los jueves no.

Cuando se acuesta se deja la libreta abierta encima de la mesa. No es un descuido: la deja así cuando quiere que la lea.

La cierro y le pongo el boli encima.

Capítulo 5

El jueves llego a las ocho y veinte y lo primero que hago, antes del café y antes de la primera vinculación, es abrir el módulo de rendimiento. Lo abro una vez al mes, cuando el sistema avisa de que quedan diez días para el cierre.

Vinculaciones acreditadas desde 2027: cuatro mil seiscientas doce. Conversiones atribuidas: dos mil novecientas cuarenta y una. Consolidaciones preferentes: once.

Los tres números están uno encima del otro y solo el tercero significa algo.

Una conversión atribuida es cualquier mujer de mi cartera que acepta la permanencia. Hay dos mil novecientas cuarenta y una y no valen nada, porque lo que se reconoce no es el volumen: es la calidad de vinculación a largo plazo. Eso se mide por las donantes de rendimiento excepcional que permanecen después del mes dieciocho, y esas son once en nueve años. Sale una al año, a veces ninguna, y no depende de mí más que en la parte que sí depende de mí, que es la primera hora. La sala con luz cálida, el vaso medio lleno, la mujer que sale de ahí sin haber tenido que fingir que no le importaba.

La séptima fue Amelia Prat, en el otoño de 2032. Cuarenta y ocho años, Villaverde Bajo, dos hijas, deuda por una operación de su marido y por dos años de alquiler. Me acuerdo de que trajo galletas. Trajo galletas a una entrevista de ingreso, en una fiambrera, y me dijo que las había hecho su hija mayor y que si no me las comía yo se iban a poner malas.

Aquella semana la cobertura de Bruno pasó de renovarse por trimestres a estar cubierta doce meses seguidos. Eso es lo que

compró Amelia Prat sin saberlo, y sin que yo hiciera nada distinto de lo que hago todos los días.

Las once líneas están en verde, con la fecha, el código de expediente y dos iniciales. A cuatro les pongo cara sin esfuerzo: A.P., la de las galletas; C.M., que vino con un chándal del Rayo y me preguntó si se podía entrar con las uñas hechas; R.B., que no habló en cuarenta minutos; L.T., que me abrazó en el pasillo y a la que tuve que decirle que no podía abrazarme. De las otras siete me acuerdo de los meses, no de ellas. Enero de 2028. Marzo de 2029. Dos en 2033.

Llevo la pulsera corporativa en la muñeca izquierda, debajo del reloj. Es de silicona negra y tiene once cuentas rojas engarzadas en fila. Las cuento con el pulgar sin mirarlas, como se cuentan las cuentas de un rosario o los puntos de una sutura, y me sé el tacto de la tercera, que está mal engarzada desde el principio y gira.

Pilar llega con el abrigo puesto y el café de fuera.

—¿Has mirado ya?

—Estoy mirando.

Se asoma a mi pantalla sin ningún pudor, porque llevamos seis años compartiendo cabina.

—Once.

—Once.

—Qué cabrona. —Se sienta y se quita el abrigo con una mano—. Yo cinco. Cinco desde 2030.

Pilar no tiene a nadie designado. En su caso el reconocimiento se cobra en complemento, que es la equivalencia económica que se aplica al personal sin dependiente a cargo, y a ella le viene para el

piso de Fuenlabrada, que firmó en octubre y del que habla como se habla de un hijo difícil.

—A ti te falta una —dice.

—Me falta una.

—Y con la doce se te queda vitalicia.

—Sí.

—Vitalicia vitalicia, ¿no? Que a mí Buiría me dijo una cosa rara en la formación.

—¿Qué te dijo?

—Que dependía del vínculo laboral. Y yo le dije que entonces qué vitalicia ni qué hostias.

—Buiría se equivocó. —Le enseño la pantalla, el pie del certificado tipo, donde está el párrafo—. Consolidada, irrevocable, con reserva material. Es la única cosa de esta casa que no depende de que yo siga en esta casa.

—Joder con la única. —Le da un sorbo al café—. Pues nada. Búscate una buena.

—No funciona así.

—Funciona un poco así.

—Pilar.

—Que sí, que ya. —Levanta las manos—. Pero tú me dirás por qué la Casanovas lleva tres en año y medio y yo llevo cinco en seis años. Porque no es la suerte. Es que ella coge las de cincuenta y pico y yo cojo las que me caen.

—Las asigna la agenda.

—Las asigna la agenda —repite, con la voz de la formación de acogida.

Y se queda ahí, porque no hay nada más que decir y porque las dos tenemos la primera a las nueve.

Lo dice sin nada detrás. Pilar es maja, se acuerda de los cumpleaños y trajo rosquillas en mayo. Lo que acaba de decir se dice en esta planta como se dice que va a llover.

Se levanta a por su primera, que es a las nueve menos cuarto, y me deja el corcho del cuadrante de agosto encima de la mesa para que ponga mi post-it.

Bajo con el ratón hasta el pie del módulo, donde está el histórico de reconocimientos. Once líneas en verde, cada una con su fecha, su código y sus dos iniciales.

Y debajo, la duodécima, en gris:

RECONOCIMIENTO 12 — PENDIENTE DE CONCILIACIÓN — Y.P.

Lleva ahí desde el verano de 2034, desde la migración. He abierto dos tickets. El primero lo cerraron a los nueve días con un «no procede: verificación en curso». El segundo lo cerraron a las cuarenta y ocho horas con el mismo texto y con el número del primero copiado en el campo de motivo, que es lo que hace el aplicativo cuando alguien cierra en bloque un viernes por la tarde.

Se lo comenté a Pilar en su momento y me dijo que a ella le desapareció una entera en la migración, que la recuperó reclamando y que yo reclamé mal, porque estas cosas se arreglan llamando y no escribiendo.

Pendiente de conciliación quiere decir que el sistema tiene la conversión registrada y le falta cerrar la comprobación de producción. Es un cruce entre dos módulos: el de expedientes dice una cosa y el de planta tiene que decir la misma. Cuando no coinciden, la línea se queda en gris hasta que alguien de cumplimiento la toca. Suele tardar semanas.

Esta lleva veintidós meses.

He tramitado cuatro mil seiscientas doce mujeres. Con dos iniciales no me viene ninguna cara.

Cierro el módulo. Pongo el post-it en la segunda quincena y llevo el corcho a su sitio, y en el pasillo me cruzo con Quique, que baja con el carro y me dice que la de ayer entró bien.

—¿Cuál?

—La de Parla. La del pelo.

—Marisol.

—Esa. Se rio un montón.

—Ya.

—Se rieron hasta los de la vía. —Se encoge de hombros y sigue con el carro—. Menos mal, que la de las once se puso a temblar y no había manera.

Abro la agenda en la cabina. La primera de hoy es a las nueve: cuarenta y dos años, deuda de dependencia por una hija, unidad designada la madre. Le doy a imprimir el contrato y me sirvo agua en la jarra de la sala dos, que está vacía desde ayer y hay que lavarla.

En la pulsera hay sitio para una más.

Capítulo 6

Cierro sesión a las veintiuna y once. Recojo el casco, lo dejo en su sitio, apago la pantalla y firmo la hoja de cierre de línea, que sigue siendo de papel porque hubo un problema con la digitalización en 2033 y nadie ha vuelto a intentarlo.

En el office no queda nadie. En el corcho está el cuadrante de agosto con mi post-it en la segunda quincena y con dos post-its nuevos encima de la primera. Me llevo el táper y bajo al menos uno por la escalera, porque el ascensor de la torre norte tarda lo mismo y hace un ruido que no me gusta.

En el parking las luces van por tramos. Se encienden por sectores según avanzas y detrás de ti se apagan, así que uno camina siempre dentro de una burbuja de nueve o diez metros. A las nueve de la noche quedan seis coches. El mío está en la fila C, contra el pilar, porque llevo nueve años aparcando ahí y ya nadie me lo quita.

En el pilar hay una mujer sentada en el bordillo de hormigón, con una bolsa de deporte entre los pies.

Se levanta cuando se enciende mi tramo. Lo hace despacio, apoyándose con una mano, de esa manera en la que se levanta la gente que lleva mucho rato en el mismo sitio y a la que le ha cogido frío una articulación.

—Belmonte Sanz.

Los dos apellidos. Aquí dentro nadie usa los dos apellidos salvo el aplicativo.

—Dígame.

Se queda a tres metros. No se acerca más y eso lo hace a propósito.

Cuarenta y pocos o treinta y muchos, es difícil. Lleva un forro polar cerrado hasta arriba y encima una cazadora vaquera, y estamos a veintidós de mayo y hoy hemos tenido veintiséis grados. Zapatillas con el talón pisado. El pelo recogido con una goma sin más, y en la raya del pelo se le ve el tinte creciendo desde hace meses, un castaño que empieza a los dos dedos.

Está delgada, pero no de la delgadez de las que se cuidan: tiene los tendones del cuello marcados y la cara con esa retención rara que sale cuando algo lleva tiempo funcionando mal por dentro. Se apoya en la pierna izquierda. Cuando habla, coge aire antes de lo que debería.

Y huele. Es un olor dulzón, muy leve, que a los tres metros no debería llegarme y me llega.

—¿Nos conocemos? —digo, aunque no es lo primero que quiero preguntar.

—Ahora se lo digo.

—Ahora me lo dice.

—Sí.

—Está usted con fiebre —le digo.

Se le mueve algo en la cara. No se lo esperaba.

—Un poco.

—Un poco no. Treinta y ocho y medio, por lo menos. ¿Desde cuándo?

—Desde el viernes.

—¿Y qué está tomando?

—Lo que hay.

—Eso no es una respuesta.

—Es la que tengo.

Nos quedamos calladas. Detrás de mí se apaga un tramo con ese clac que hacen aquí las luces.

—¿Cuánto lleva ahí sentada?

—Desde las seis.

Tres horas y cuarto en un bordillo de hormigón, en un parking de veintiún grados, con un forro polar cerrado hasta arriba. Nadie hace eso con treinta y ocho y medio salvo que haya calculado que le sale a cuenta.

La conozco. La he tenido delante en una silla, en algún momento, y no sé cuándo. No es la cara: es la manera de tener las manos, una encima de la otra, cogidas por el pulgar. Eso lo hace mucha gente en la sala dos, y mucha gente lo hace en la parada del autobús, y yo he tramitado cuatro mil seiscientas doce mujeres.

—¿Nos conocemos?

—Usted a mí me leyó las siete páginas —dice.

Y ahí está el motivo por el que no me voy al coche.

Porque no dice el contrato, ni los papeles, ni lo que firmé. Dice las siete páginas. Eso lo dice quien estuvo sentado enfrente mientras alguien leía siete páginas en voz alta, y quien las leyó.

—Muy bien —digo—. ¿Y qué quiere?

—Veinte minutos.

—¿Para qué?

—Para enseñarle una cosa. No le voy a pedir dinero.

—No lo he pensado.

—Sí lo ha pensado.

Sí lo he pensado.

—Le doy diez.

—Necesito veinte.

—Le doy diez y a las diez la llevo a urgencias del Infanta Elena, que está a nueve minutos, y allí le miran eso y luego usted hace lo que quiera.

—A urgencias no voy.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Y lo dice con una tranquilidad que no encaja con nada, porque el motivo por el que la gente no va a urgencias suele ser el miedo, la vergüenza o los papeles, y ninguna de las tres cosas se dice así.

Hay un protocolo. Está en la intranet, en la carpeta de seguridad, y consiste en no continuar la conversación, retirarse a una zona con personal y llamar a la extensión 4400. Yo lo he leído dos veces, en la formación de 2032 y en el reciclaje del año pasado, y sé que la extensión 4400 la coge un vigilante que se llama Nacho y que se sienta en la garita de la puerta tres.

Saco el móvil. Lo tengo en la mano y ella lo ve y no hace nada: no retrocede, no me pide que no llame, no dice ni una palabra. Se

queda de pie con la bolsa colgada y espera a que decida, y esa manera de esperar es peor que cualquier cosa que pudiera decirme.

Lo que no dice el protocolo es qué hago con una mujer que lleva cuatro días con treinta y ocho y medio y una bolsa de deporte.

Al fondo, en la fila A, alguien abre un coche y se enciende el tramo de allí. Es el Kia blanco de la de administración, la que se llama Vane. Sale marcha atrás, pone la radio antes de arrancar y sube por la rampa, y durante ocho o nueve segundos las dos estamos calladas mirando cómo un coche se va.

Me guardo el móvil.

—Enséñemelo aquí.

—Aquí no.

—Aquí no, ¿por qué?

Levanta la barbilla hacia la esquina del techo, hacia el soporte gris con la carcasa negra, y luego hacia el otro, el de la rampa.

—Por eso.

Miro donde mira. Hay dos en este tramo y una tercera en la salida, y las tres llevan ahí desde antes que yo.

Yo entro y salgo por debajo de esas cámaras once veces por semana. Sé dónde están como sé dónde está el interruptor del office. Y en nueve años no se me ha ocurrido ni una sola vez pensar en ellas, porque nunca he tenido ningún motivo, y esta mujer las ha localizado en el tiempo que ha tardado en levantarse del bordillo.

Abro el coche con el mando. Los intermitentes dan dos toques y se ve un momento entera: la bolsa, el forro polar, el brillo de sudor en el nacimiento del pelo.

—Suba.

Tarda en levantar la bolsa. La coge con la mano derecha, se la pasa a la izquierda y la vuelve a coger con la derecha, y luego se agacha para meterse en el coche apoyando el antebrazo en el marco de la puerta.

Yo me pongo al volante y no arranco todavía.

Por el retrovisor, en la fila A, se enciende un tramo que no ha encendido nadie y se vuelve a apagar a los nueve segundos.

Capítulo 7

Salgo por la rampa, giro a la derecha y no cojo la A-4. Bajo por el camino de servicio hasta la rotonda del polígono y aparco en el arcén, delante de la marquesina, la de la campaña. Aquí no hay cámaras porque no hay nada que grabar: dos naves, un solar y un contenedor de ropa.

Dejo el motor en marcha para el aire y bajo la ventanilla dos dedos.

—Yaiza Preciado —dice ella.

—Nuria.

—Ya sé cómo se llama.

Se ha puesto la bolsa en las rodillas y la sujeta con las dos manos. En la luz del salpicadero se le ve mejor la cara. Tiene los labios secos y agrietados en el centro, y eso no es fiebre de cuatro días.

—Yaiza, ¿me deja verlo?

—¿El qué?

—Lo que sea que le huele. Está en la clavícula, ¿no?

Se lleva la mano al cuello del forro polar y lo sujeta cerrado, y en ese gesto me contesta.

—Yo no he venido a eso.

—Ya, pero yo soy enfermera y llevo aquí dentro con usted, y eso está infectado y lleva tiempo. ¿Le ha salido líquido?

Silencio.

—¿De qué color?

—Amarillo.

—¿Y cuando aprieta, duele o duele mucho?

—Mucho.

—¿Le ha subido hacia el hombro? ¿Una línea, así, roja?

—No sé. No me lo veo bien.

—Eso hay que verlo hoy, no la semana que viene. Si eso sube, en dos días está usted con una sepsis y no hay conversación que valga.

—Luego.

—Luego, no. Mañana. Le puedo conseguir cosas.

—Luego —repite, y se le pone una voz que no admite nada, y lo dejo. Aparto la mano del cambio y la pongo en el volante para no hacer nada con ella.

Saca del bolsillo del vaquero un móvil con la pantalla rota en la esquina y lo pone boca abajo sobre la bolsa, sin encenderlo.

—Necesito una firma.

—¿Una firma de qué?

—Una certificación de origen. Yo tengo un volcado. Un volcado no vale nada si no lo firma alguien acreditado en activo diciendo que salió del sistema de producción de la casa. Eso lo puede hacer usted y no lo puede hacer casi nadie.

Lo dice como quien ha repetido una frase hasta que le sale sin tropiezos.

—¿Sabe usted lo que es una certificación de origen?

—Sé para qué sirve.

—No es lo mismo. Es un trámite de veinte segundos y va con mi certificado personal, el que llevo aquí. —Me toco la tarjeta, que sigue colgada del cordón—. No dice que el contenido sea verdad. Dice que salió de donde dice que salió. Y va firmado con mi nombre, mi acreditación y la hora.

—Ya.

—¿Un volcado de qué?

—De expedientes.

—¿De cuántos?

Se calla.

—Yaiza, si me pide una firma, tengo que ver lo que firmo. Es literalmente lo único que hago en mi trabajo.

—Ya lo sé. Por eso he venido a usted y no a otra.

Levanta el móvil, lo enciende y me lo enseña con la pantalla girada hacia mí, sujetándolo ella. Es una tabla. Filas grises y blancas alternas, cabeceras en negrita, el formato de exportación del módulo de producción, con la marca de agua diagonal que sale cuando alguien saca un listado a hoja de cálculo desde un perfil que no tiene permiso de descarga.

Me da tiempo a ver tres columnas y ninguna cifra completa. Lo baja.

—Enséñemelo otra vez.

—No.

—Entonces no hay nada que hablar.

—Hay una cosa más.

Espera. Es un truco viejo y funciona igual.

—Expediente tres-diecinueve.

Me quedo mirando la marquesina. La mujer de la campaña tiene los hilos dorados en la clavícula y una mano encima de la otra.

—Los expedientes de vinculación tienen once dígitos y una letra —digo—. Eso que ha dicho usted no es un expediente.

—Es un expediente.

—No de los míos.

—Es suyo —dice.

—No es mío.

—Es suyo. —Lo dice sin subir la voz, sin acercarse, mirando al frente igual que yo—. Y usted no sabe lo que es. Eso también lo tenía apuntado.

—¿Apuntado dónde?

No contesta.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo tengo algo que ver con un número de cinco cifras?

—Alguien que lo ha mirado.

—Eso no es nadie.

—Es alguien.

Apago el aire porque está haciendo un ruido y quiero oírla.

—Yaiza, le voy a decir lo que va a pasar si yo firmo una certificación de origen de un listado sacado sin permiso de descarga. Pierdo la acreditación en el día. Y detrás de la acreditación va un plan de cobertura que no es mío.

—Ya sé lo de su hijo.

Y ahí sí giro la cabeza.

—Perdone —dice enseguida, y suena a que lo siente—. No lo he dicho como amenaza. Se lo juro. Lo he dicho porque llevo dos semanas pensando en cómo pedirle esto y no hay manera de pedirlo bien.

—Pues no lo pida.

—Vale.

Se queda con las manos en la bolsa. Fuera pasa un camión hacia la rotonda y las luces largas nos barren el interior del coche un segundo.

—Le voy a decir una cosa yo a usted —digo—. Y luego la llevo donde quiera y esto se acaba. Si tiene un problema con un expediente, hay un circuito. Atención familiar, reclamación económica, defensor del donante. Son lentos y son un asco, pero existen y funcionan más de lo que la gente se cree. Lo que no funciona nunca es lo que está haciendo usted, que es esperar a alguien en un parking.

—El circuito lo he hecho.

—¿Entero?

—Entero.

—¿Y?

—Y por eso estoy en un parking.

—¿Qué le contestaron?

—Que lo iban a mirar.

Es la misma frase que le dijeron a Fermín Mena tres veces. La he oído tantas veces que ya no la oigo.

—¿Y usted a mí qué me deja? —digo—. Me deja un número de cinco cifras y una hoja de cálculo que no me enseña. Con eso, si mañana voy y lo pregunto, me llevo un expediente interno encima y no arreglo nada de lo suyo.

—Ya lo sé.

—Entonces no lo entiendo.

—Es que no vengo a que lo entienda hoy —dice—. Vengo a que sepa que existo.

Abre la puerta. No se despide.

—Preciado Sanjuán, Yaiza —dice, de pie, con la mano en el marco—. Míreme usted misma. Mañana, cuando llegue. No hace falta que me crea a mí.

Cierra. Cruza el camino de servicio hacia la parada, con la bolsa colgada del hombro bueno, y se sienta debajo de la marquesina, debajo de la mujer de los hilos.

Arranco. En el coche se queda el olor y me acompaña los veinte minutos hasta Getafe, y todavía está el sábado por la mañana cuando abro para bajar la compra.

Capítulo 8

El viernes entro a las ocho y diez y la primera vinculación es a las nueve y media, así que tengo hora y veinte y me sobra una hora y diecisiete.

Preciado Sanjuán, Yaiza. Un resultado.

Expediente 20330406114-K. Treinta y cuatro años. Domicilio en el momento del ingreso: calle Torrelodones, 4, Villaverde Alto. Deuda: diecinueve mil doscientos, servicios de dependencia y un descubierto de tarjeta. Unidad familiar designada: Preciado Sanjuán, Rebeca, hermana.

Vinculación: 6 de abril de 2033. Vinculadora: V-011.

V-011 soy yo. El once es del ensayo, cuando dábamos los números por orden de alta y éramos catorce.

Abril de 2033. Miro el mes entero en mi histórico: cuarenta y una vinculaciones en veintiún días hábiles, que fue el abril del cambio de criterio, cuando se abrió el umbral de deuda y aquí no dábamos abasto. Tengo la sensación general del mes —la sala dos con el aire estropeado, las carpetas apiladas en el suelo del office— y no tengo una sola cara.

Bajo. Inducción el 11 de abril de 2033, cinco días después de la firma, lo cual quiere decir que aquella semana la planta iba con retraso. Plazo contratado: dieciocho meses. Vencimiento: 11 de octubre de 2034.

Solicitud de continuidad: 19 de septiembre de 2034. Unidad de Prórroga. Facultativo: Vilagrà, I. Registro de firma: sí.

Motivo consignado: voluntad expresa de la donante.

Estado actual: reposo activo. Planta 1, sector B, unidad 1B-207.

Producción: estable. Rendimiento: alto.

Última constante registrada: 23/05/2036, 06:12. Temperatura 36,4. Tensión 104/68. Índice de vigilia dentro de rango.

Vuelvo arriba y lo leo entero otra vez, de la primera línea a la última, que es lo que hago cuando algo no me cuadra, porque nueve de cada diez veces lo que no cuadra es que he leído mal.

No he leído mal.

Compruebo el documento de identidad. Compruebo si hay homónimos: Preciado Sanjuán hay dos en el histórico, ella y una Rebeca, que es la hermana designada y que está en la unidad familiar, no en producción. Compruebo la fecha de nacimiento. Compruebo si el expediente tiene alguna anotación de incidencia y no tiene ninguna.

Y luego hago lo que hay que hacer, que es ponerme las explicaciones por orden de probabilidad.

Una. La mujer del parking no se llama Yaiza Preciado. Se sabe un número y un nombre. Eso no cuesta nada: Fermín Mena me recitó el expediente de su mujer de memoria, entero, sin equivocarse en un dígito, el martes a las ocho menos veinte, y hay familias que se saben tres. Rebeca Preciado Sanjuán tiene treinta y ocho años y podría ser perfectamente la mujer que se levantó del bordillo.

Dos. Es Yaiza Preciado y el estado del expediente está mal. Pasa. Se migró todo en 2034 y hubo cosas que se quedaron por el camino.

Tres. Es Yaiza Preciado, salió del programa por una retirada y a alguien se le olvidó cerrar el estado.

La dos y la tres se caen solas con una línea, y la línea son las constantes de esta mañana a las seis y doce. Un estado mal migrado no se toma la temperatura. Un expediente olvidado no tiene tensión de hace tres horas.

Queda la uno.

Abro el registro de visitas para terminar de convencerme. Visitas a la unidad 1B-207: tres en 2033, todas de Preciado Sanjuán, Rebeca. Una en marzo de 2034. Ninguna desde entonces.

Eso tampoco quiere decir nada, y lo sé porque es lo más normal del mundo. Las familias vienen mucho el primer año, menos el segundo y luego dejan de venir, y no es por frialdad: es porque no hay nada que hacer allí. Se sientan cuarenta minutos delante de una cristalera, hablan a una mujer que no las oye, salen y se pasan tres días mal. Hay quien lo aguanta seis años y hay quien lo deja al tercero, y a los que lo dejan no les pregunta nadie por qué.

Y la uno explica todo lo demás. Explica que supiera lo de Bruno, porque la hermana de una donante habla con atención familiar y en atención familiar se sabe quién tramitó qué. Explica que se sepa dónde están las cámaras, porque lleva seis años viniendo a visitas trimestrales. Explica hasta lo de las siete páginas, porque las hermanas entran a la sala dos y se sientan medio metro por detrás y oyen leer siete páginas igual que la candidata.

Lo que la uno no explica es por qué una mujer con una infección de cuatro días monta esto por su hermana en vez de coger número en el defensor del donante.

Abro el módulo de rendimiento y bajo hasta el pie. La línea gris sigue igual.

RECONOCIMIENTO 12 — PENDIENTE DE CONCILIACIÓN — Y.P.

En nueve años he tramitado una Yolanda Peña, una Yolanda Prieto y una Yaiza Pombo, y la gris no lleva expediente asociado, que es precisamente el motivo por el que está pendiente de conciliar. No hay nada que cruzar. Lo intento igual: pego el 20330406114-K en el buscador del histórico de reconocimientos y me devuelve cero resultados, como me devuelve cero con el de Amelia Prat y con el de cualquier otra, porque ese buscador solo indexa las líneas cerradas.

Lo cierro.

Y hago la última comprobación, que es la que llevo veinte minutos evitando: entro en la ficha de la unidad 1B-207 para ver la fotografía de ingreso.

No hay fotografía. En 2033 todavía no se hacía. Se empezó a hacer en el 34, con la migración.

A las nueve y veinte bajo a por la carpeta de la primera y en el pasillo me cruzo con Buiría, que viene con la tableta y el paso de los viernes.

—Òscar.

—Dime.

—El número tres-diecinueve, ¿te dice algo?

Se para. Mira arriba a la izquierda, que es lo que hace cuando le preguntas cualquier cosa.

—¿Tres guion diecinueve?

—Tres guion diecinueve.

—Ni idea. ¿De qué módulo?

—No lo sé.

—Pues eso no es de vinculación —dice—. Vinculación es once y letra. Producción es tres letras y seis cifras. Mantenimiento son cuatro. —Va contando con los dedos sobre la tableta, encantado—. Con guion, así, corto, corto… eso puede ser de instalaciones. O de las de antes.

—¿De las de antes?

—De antes de la migración. Yo he visto códigos de 2029 que eran un desastre. Cada departamento se los inventaba. —Se ríe—. En el ensayo os numerabais vosotras a mano, ¿no?

—Sí.

—Pues eso.

—¿Y eso dónde se mira?

—¿El qué?

—Un código de antes de la migración.

—En ningún sitio —dice, alegre—. Si no está indexado, no está. ¿Por?

Y ahí, en el pasillo, delante del panel de la campaña, me doy cuenta de que llevo diez segundos a punto de contarle a cumplimiento normativo que anoche subí a una mujer a mi coche.

—A nadie. Cosas del aplicativo.

—¿Te ha salido en algún sitio?

—En un correo. Da igual. Gracias, Òscar.

Buiría se ríe con la boca cerrada y sigue.

Vuelvo a la cabina antes de la de las nueve y media y dejo el expediente abierto en la segunda pantalla, minimizado, para no verlo.

Última constante registrada: 23/05/2036, 06:12. Temperatura 36,4.

Capítulo 9

Llego a casa a las siete y cuarto y me quito los zapatos en el recibidor, y desde el pasillo oigo a Bruno decir una palabra y volver a decirla.

Está en la cocina, de pie, apoyado en la encimera con la cadera del lado bueno, dándole golpes a la mesa con el canto de la mano izquierda. Un golpe por sílaba. Es lo que le enseñó Merche hace cuatro años y lo que él dice que es una tontería y lo que hace siempre que está solo.

—Fe. Rre. —Golpe, golpe—. Fe. Rre. Fe…

—Hola.

—No. —Levanta la mano sin mirarme—. Espera.

Espero. Dejo el bolso en la silla y no enciendo la luz grande, porque encender la luz grande a mitad de una palabra es como abrirle la puerta del baño a alguien.

—Fe. Rre. —Se para. Aprieta los ojos. Vuelve—. Fe. Rre. Fe. Rre. Rre. Rre.

Se ha quedado atrapado en la segunda sílaba, que es lo peor que le puede pasar, porque cuando se queda ahí entra en bucle y a los dos minutos lo deja y da un golpe a algo. Lo he visto trescientas veces. Lo que hay que hacer es callarse.

—Tería —dice.

—Ajá.

—Tería. Tería. —Cierra los ojos—. Fe. Rre. Tería.

Y luego, del tirón, en un solo bloque, con la e abierta y sin partirla por ningún sitio:

—Ferretería.

Abre los ojos.

—Otra vez —le digo.

—Ferretería.

—Otra.

—Que no soy un loro.

—Otra.

—Ferretería. —Se ríe—. Ferretería, ferretería, joder.

Le llamaba la tienda de los tornillos. Siete años. La tienda de los tornillos, el sitio del señor, el de las llaves, y una vez le salió «armería» y se quedó tan parado que tuvimos que dejar la conversación y sacar la basura.

Con Merche lo trabaja desde febrero. La técnica es esta: no se busca la palabra entera, se busca el final, porque el final está mejor guardado. Tería. Y desde el final se tira hacia atrás. Suena a truco de feria y es lo único que funciona.

La libreta está encima de la mesa con el boli al lado. La abre él, la gira hacia sí y escribe en la columna de la derecha, y le sale grande y torcida y muy apretada, como todo lo suyo desde 2029.

Ferretería.

Luego busca en la izquierda, la encuentra —la número cuatro, contando desde arriba, escrita con mi letra en el 30 porque entonces

escribía yo— y la tacha él, con dos rayas, apretando tanto que el boli abre el papel por detrás.

—Ocho —dice.

—Ocho.

—En siete años.

—En siete años.

Nos quedamos los dos mirando la página como se mira una radiografía buena.

Lo que no digo, porque no hace falta decirlo en esta cocina y porque él lo sabe igual que yo, es que hoy es el día once del ciclo. Yo llevo una hoja de cálculo desde 2030 con dos columnas: fecha de infusión y fecha de palabra. La infusión de mayo fue el día doce. Cornisa fue el nueve del ciclo. Ferretería es el once. La de marzo cayó en el ocho y la de enero en el catorce, y las ocho están todas en la misma franja, entre el día siete y el día quince, y ninguna en la segunda mitad del trimestre.

Merche dice que eso no se puede afirmar con ocho datos. Yo le digo que con ocho datos no se afirma nada y que aun así tengo la hoja. Ella dice que en rehabilitación pasa mucho, que las familias hacen gráficas, que es una manera de aguantar. Yo le digo que sí. Y sigo con la hoja.

—Mamá.

—Qué.

—Mañana.

—Mañana qué.

—A la ferretería.

—¿A qué?

—A comprar. —Hace un gesto girando la muñeca—. Lo de la persiana. La cinta.

—La cinta de la persiana la cambié en febrero.

—La del cuarto. No la del salón. La del cuarto va… —hace el gesto otra vez, más despacio, y hace también el ruido, un chirrido con los dientes que es exactamente el ruido que hace la persiana del cuarto.

—Vale.

—Y voy yo.

—Vamos los dos.

—Voy yo a pedirlo —dice—. Tú vienes.

—Vale.

—Es distinto.

—Ya sé que es distinto.

—No lo sabes.

Deja el boli en la mesa y se gira, con la cadera apoyada, y se toma su tiempo.

—Cuando voy contigo —dice—, el señor te mira a ti. Y le contestas tú. Y yo estoy… —levanta la mano izquierda y la deja quieta en el aire, a media altura— ahí.

—Vale.

—Mañana pido yo.

—Mañana pides tú y yo miro las bombillas.

—Tú miras las bombillas —dice, y le da un golpe a la mesa con la palma, uno solo, que es como cierra los tratos desde que era pequeño.

Cenamos pescado con patatas y él pone el móvil apoyado en el salero para ver un vídeo de una compuerta de Ricobayo que dura once minutos, y a los cuatro minutos me lo gira para que lo vea yo, y a los seis vuelve a girarlo, y a los ocho me pregunta si me estoy enterando y le digo que no y dice que normal.

—Pregúntame algo —dice.

—¿De la compuerta?

—De la compuerta.

—¿Para qué sirve?

—Para tirar el agua que sobra. —Coge una patata con los dedos—. Sin romper la presa.

—¿Y si no la tiras?

—Se rompe la presa.

—Vaya sistema.

—Es buen sistema —dice, muy serio—. Es… —se para, busca, chasquea— aburrido. Pero bueno.

—Aburrido pero bueno.

—Como tú.

Le tiro la servilleta a la cara y se ríe con la boca llena y tose, y le doy en la espalda y me dice que le he dado en el lado malo, y le digo

que ese es el bueno, y dice que eso lo decide él.

Recojo yo. Él seca. Lo hacemos con la mano izquierda cada uno para no chocar, y la cuarta vez que le paso un plato dice ferretería otra vez, bajito, para él, y no le contesto porque no me está hablando a mí.

A las diez le mando un mensaje a Merche con una foto de la página. Contesta en cuatro minutos, que para ser viernes es un récord.

Ocho. Y en abstracto ninguna, ojo. Fíjate que todas son objetos.

Ya lo he mirado, le escribo.

Claro que lo has mirado.

Después me manda otro.

Dile de mi parte que el jueves lo hablamos.

No le digo nada a Bruno de lo del jueves. Ya lo hablaremos, y lo hablaremos en su momento, y lo que quiere Merche es que lo hable él y no yo, y eso también lo sé.

Sube a acostarse a las once. Le oigo bajar la persiana del cuarto y le oigo el chirrido, y luego el segundo tirón, más fuerte, que es el que hace cuando se queda a medias.

Antes de acostarse deja la libreta abierta encima de la mesa.

Esta vez es un descuido, porque se la deja abierta por la página de las cuentas de la compra.

La paso a la de las palabras, la dejo abierta ahí y le pongo el boli encima.

Mañana a las diez abre la ferretería de la calle Toledo.

Capítulo 10

En la ferretería de la calle Toledo hay un mostrador de madera con el canto gastado, cajones de latón hasta el techo y un hombre de unos setenta años que se llama Aurelio y que lleva ahí desde que yo vivo en este barrio. Huele a serrín, a goma y a un producto para el metal que no se vende en ningún otro sitio.

Bruno entra delante. Ha bajado sin la bolsa de tela porque la bolsa de tela la llevo yo, y eso lo hemos negociado en el portal.

Yo me voy a las bombillas, que era el trato, y me quedo mirando un expositor de leds como si fuera a comprar alguno. Hay siete temperaturas de blanco distintas y una etiqueta que dice «luz cálida», y me quedo con esa dos segundos más de la cuenta.

—Buenos días —dice Bruno—. Quería cinta. De persiana. De… —una pausa, un golpe con el canto de la mano en el mostrador, uno solo— veintidós.

—Veintidós milímetros —dice Aurelio.

—Sí.

Y entonces Aurelio levanta la cabeza, me busca a mí entre los leds y me pregunta a mí:

—¿De cuántos metros la quiere?

Bruno no dice nada. Yo tampoco.

Aurelio espera dos segundos, se da cuenta y vuelve la cara hacia el mostrador.

—Perdón. ¿De cuántos metros?

—Seis —dice Bruno.

—Con seis vas justo, hijo. Si la persiana es de las viejas te comes tres en el tambor.

—Ocho.

—Ocho. Así se habla.

Saca el rollo grande, mide contra la regla de latón que tiene clavada en el mostrador y corta con un cúter de mango de madera, y mientras corta le pregunta a Bruno si el tambor es de los de tapa o de los de tornillo, y Bruno dice que de tornillo, y Aurelio dice que entonces le hace falta un destornillador de estrella largo y que si tiene, y Bruno dice que sí, que tiene, y no tiene.

Sale la caja registradora, que es de teclas. Sale una bolsa de papel de las de siempre. Bruno paga con su tarjeta, que tarda en salir de la funda porque la funda es mala y hay que decírselo, y no se lo digo.

En la puerta, Aurelio le dice adiós a él.

En el coche, Bruno se pone la bolsa entre las piernas.

—Dos segundos —dice.

—¿Qué?

—Ha tardado dos segundos en… —hace el gesto de girar la cabeza— corregirse.

—Ya.

—Está bien —dice—. Es un tío mayor.

—Está bien.

—Tú tardas más.

Arranco.

El lunes por la mañana, a las nueve y cinco, me salta el aviso de tránsito de Tejera Ordóñez, Marisol. Es un aviso de tres líneas y sale gris en la bandeja, entre una convocatoria de formación y un recordatorio de que hay que actualizar la firma del correo.

Tránsito a producción. Unidad 1A-118. Vinculadora responsable: V-011.

Séptimo día. Es lo normal: cinco de estabilización de la perfusión en inducción, uno para el acceso definitivo, uno de margen. Cuando se retrasa a nueve o diez es que ha habido algo con la vía, y en la ficha de Marisol no hay nada.

Entro. Constantes limpias. Índice de vigilia dentro de rango desde el jueves. Peso al ingreso, sesenta y ocho con cuatro. Producción: en curso, rendimiento pendiente de tres ciclos, que es lo que pone siempre hasta el mes y medio.

En observaciones de enfermería de planta hay dos líneas. Una del sábado: *tolerancia adecuada al acceso definitivo, sin signos de irritación*. Y otra del domingo, que es la que leo dos veces: *retirada de esmalte de uñas conforme a protocolo. Se registra una alianza, entregada a la unidad familiar el 24/05*.

Ainhoa vino el sábado a por el anillo de su madre. No lo sabía. Podría haberlo mirado el sábado, pero el sábado yo estaba en la calle Toledo.

Marco la casilla de informe trimestral a la unidad familiar y la de aviso a vinculadora, que la marco en todas las mías, y no todo el mundo la marca porque genera correos.

Pilar entra echando pestes con el abrigo en el brazo.

—Sorteo.

—¿Qué sorteo?

—El de agosto. —Tira el abrigo en la silla—. Que somos tres para la primera quincena y que lo sortean. Lo ha puesto Personas y Cultura esta mañana en el portal, con un emoji de una palmera. Un emoji, Nuria.

—Qué hijos de puta.

—Es que mi cuñada tiene la casa hasta el diecisiete. Hasta el diecisiete. Y si me sale la segunda, ¿qué hago yo la segunda en Peñíscola? Nada. Bañarme en agosto con toda España metida en el agua.

—Tú te bañas en agosto igual.

—Pero por elección —dice—. No por sorteo.

—¿Y no puedes cambiarle a alguien?

—A la Casanovas, que se ha pedido la primera y no tiene ni casa ni cuñada ni nada. Va a ir a Benidorm con su madre. —Se sienta—. Se lo he insinuado en el ascensor y me ha dicho que se lo piensa. Eso es que no.

—Eso es que no.

—Ya te digo.

Enciende el ordenador y a los diez segundos ya se le ha pasado, porque a Pilar se le pasa todo en diez segundos y eso es exactamente por lo que llevo seis años compartiendo cabina con ella y no con otra. En noviembre, cuando a mí se me murió el coche en la A-4 a las siete de la mañana, Pilar salió de aquí y vino a por mí a Perales con el suyo, y luego no lo mencionó nunca.

—Oye. La mía del jueves.

—¿Cuál?

—La de Alcorcón, la del hermano. Cincuenta y dos, dos partos, sin nada raro en la analítica. —Da un golpecito en la pantalla con la uña —. Yo creo que esa me da una.

—A ver.

—Que sí, que le he visto la hoja de perfil. Tenía un color que ya te digo yo.

—Eso no lo sabes hasta el mes dieciocho.

—Ya, pero se sabe —dice, y se pone a trabajar.

Termino de cerrar la ficha de Marisol y me pongo con la agenda de la mañana, que son tres, y mientras copio los números de expediente en la hoja de preparación me doy cuenta de que llevo un rato canturreando y de que Pilar lleva un rato mirándome de lado con la ceja levantada.

—Nada —le digo.

—Yo no he dicho nada.

A las diez menos veinte baja Quique con el carro de las carpetas y se para en la puerta.

—Belmonte. La de Parla ya está arriba.

—Ya lo he visto.

—Que te lo digo porque preguntaste.

—No pregunté.

—Preguntaste el jueves. —Se apoya en el carro—. Me dijiste que si sabía algo.

—Bueno.

—Pues ya está arriba. Y bien. —Se va y desde el pasillo, sin girarse —: La del bolso, ¿no? La que se reía.

—Esa.

En la ficha de Marisol Tejera Ordóñez, unidad 1A-118, el estado pasa de inducción a producción activa a las nueve y cincuenta y tres, y el sistema me pregunta si deseo recibir actualizaciones trimestrales.

Sí.

A las diez menos cuarto bajo a por la carpeta de la primera de hoy y me cruzo con Pilar en la escalera, que sube con dos cafés porque el de la máquina de arriba lleva roto desde el jueves.

—Toma. Y no me des las gracias, que este es el malo.

Es el malo. Nos lo tomamos de pie en el rellano, entre la planta baja y el menos uno, apoyadas en la barandilla, mirando por el ventanuco el trozo de aparcamiento de visitas donde a esta hora no hay nadie.

—Yo creo que a la de Alcorcón le van a subir el copago —dice Pilar —. A mi tía se lo han subido dos veces en un año.

—Ya.

—Y luego dicen.

—Y luego dicen.

Terminamos el café y bajamos las dos.

Capítulo 11

La segunda de la mañana es una mujer de Valdemoro que trae a su hija de once años porque no tiene con quién dejarla. Le digo que la niña no puede estar en la lectura del contrato y me dice que ya lo sabe, que si se puede quedar sentada fuera con el móvil. Le busco a Quique, que la sienta en el mostrador de recepción y le pone un vídeo de una tableta de las de visitas.

La lectura dura cincuenta minutos porque la señora quiere que le lea dos veces la cláusula de la asignación y porque tiene razón en querer eso.

A mediodía tengo cuarenta minutos entre la segunda y la tercera y me los gasto buscando cinco cifras.

Empiezo por lo evidente. Buscador global: 3-19. Cuatro mil doscientos resultados, todos basura, porque el buscador global trocea por guiones y me devuelve cualquier documento que contenga un tres y un diecinueve. Lo pruebo entre comillas: catorce resultados. Un acta de una comisión de seguridad de 2031 donde se habla del punto 3.19 del orden del día. Una referencia de almacén de un tipo de apósito. Un correo interno de 2032 sobre la sala 3-19 del edificio B, que es un edificio que se tiró en 2034.

Lo pruebo con ceros: 03-19, 3-019, 0319. Nada.

Lo pruebo en el maestro de unidades, que es donde deberían estar si fueran unidades. El maestro de unidades tiene el formato planta-sector-número: 1A-118, 1B-207, 2C-041. Tres campos. Lo que me dio Yaiza tiene dos.

Lo pruebo en producción. Producción son tres letras y seis cifras.

Lo pruebo en el módulo de instalaciones, donde Buiría dijo que podían estar los de antes de la migración, y el módulo de instalaciones me pide un perfil que no tengo y me devuelve una pantalla azul con un teléfono de sistemas.

Y lo pruebo por última vez de la manera tonta, que es escribirlo en el buscador de la intranet, el de la parte pública, el que usa la gente para encontrar el impreso de las dietas. Me devuelve un manual de acogida de 2030 en pdf y un acta de comité de empresa.

Cierro las diez pestañas que tengo abiertas. Ninguna de ellas contiene la palabra que me falta, porque la palabra que me falta no la tengo: lo que tengo son cinco cifras y una mujer con fiebre.

Buiría aparece a la una menos cuarto con la tableta contra el pecho y esa cara de haber traído algo.

—Lo tuyo del tres guion diecinueve.

—Dime.

—He preguntado en sistemas. —Se apoya en el marco—. Los códigos anteriores a la migración están, pero están en frío. Hay un archivo histórico en el proveedor, en cinta, y para sacar algo de ahí hay que meter una solicitud de recuperación. Motivo, ámbito, y firma de un responsable de área.

—¿Y cuánto tarda?

—Depende de si es puntual o masiva. Puntual, tres semanas. Masiva, no lo sé, nunca he pedido una masiva. —Se ríe—. Y cuestan dinero, por eso nadie pide nada.

—Ya.

—¿Lo meto?

Y ahí está la parte que Buiría no ve, que es que para meter la solicitud hay que poner un motivo, y el motivo se lo lee un responsable de área, y yo no tengo ningún motivo que pueda escribir en un campo de texto.

—Déjalo. Era una tontería de un correo.

—Es que si es de instalaciones puede ser cualquier cosa, ¿eh? Una bomba de calor. Un cuadro eléctrico. En el 29 aquí cada uno numeraba a su manera. —Se separa del marco—. ¿Sabes que hay planos de esta casa dibujados a mano?

—Me lo creo.

—A mano, Nuria. Con rotulador. Y con una leyenda que se inventó alguien y que no está en ningún sitio. El año pasado, para lo de la certificación, tuvimos que subir un técnico al falso techo de la dos a mirar por dónde iba una tubería porque en el plano ponía una equis.

—¿Y qué era?

—Una equis. —Se ríe él solo—. Sigue siendo una equis.

Se va contentísimo.

Y esa es la cosa con Buiría: que si yo le hubiera dicho la verdad, si le hubiera dicho que ese número me lo dio una mujer en el aparcamiento el jueves a las nueve de la noche, Buiría habría hecho exactamente lo mismo. Habría llamado a sistemas, se habría enterado de lo del archivo en frío y habría vuelto con la tableta contra el pecho. Y luego lo habría registrado.

Me queda un cuarto de hora y hago la última cosa que se me ocurre, que es abrir el maestro de plantas y mirarlo entero, de arriba abajo, como quien busca unas llaves en un cajón donde ya ha mirado.

Planta 3, dirección y administración. Planta 2, prórroga y laboratorio. Planta 1, sectores A y B, producción. Planta baja, recepción, vinculación, inducción. Menos uno, aparcamiento y almacén. Menos dos, unidades de reposo con expediente familiar abierto, con sala de visitas y horario cerrado.

Menos tres.

En el maestro de plantas el menos tres tiene una línea y la línea dice: *unidades sin reclamación. Acceso restringido. Perfil de cumplimiento o superior.*

Yo sé lo que hay en el menos tres. Lo sabe todo el mundo aquí. Cuando una mujer entra sin nadie designado —sin hijos, sin pareja, sin hermanos, sin una prima que firme— el expediente se marca como ausencia de reclamante y la unidad se traslada abajo, porque no hay visitas que organizar y porque el menos tres tiene el clima más estable del edificio. Es un sótano. Los sótanos son fríos y constantes y eso, para un cuerpo en latencia, es bueno.

En nueve años he tramitado once mujeres sin reclamante. Me acuerdo del número porque es el mismo que el de la pulsera y me hizo gracia una vez, hace tiempo, de esa manera en la que a uno le hacen gracia las coincidencias.

De esas once me acuerdo bien de una, de Consuelo Arjona, que entró en 2031 con setenta y cuatro años y con una carpeta de plástico con todos sus papeles ordenados por gomas de colores, y que me preguntó si podía dejar dicho quién se quedaba con el gato. Le dije que el registro de contactos no servía para eso. Estuvimos veinte minutos buscando en el impreso un sitio donde poner un gato y al final lo escribí yo a mano en el margen del anexo dos, que no vale para nada, y ella lo vio y dijo que así se quedaba más tranquila.

Nunca he bajado. Mi tarjeta abre la planta baja, la uno y el menos uno. El menos dos me lo abren si aviso con antelación y hay visita

programada, y el menos tres pide perfil de cumplimiento o superior, y yo no soy ni una cosa ni la otra.

Nunca he tenido que.

Cierro el maestro y bajo a por la carpeta de la tercera, que es una señora de Ciempozuelos que viene con su marido y con un montón de preguntas escritas en el reverso de un sobre.

Capítulo 12

El lunes por la tarde tengo cuatro vinculaciones seguidas y a la última se le rompe el bolígrafo en la tercera página, y le doy el mío, que es malísimo, y firma con él.

Buiría me llama a las seis y diez a la sala de reuniones pequeña, la de la planta baja, la que tiene una mesa para seis y siempre está libre.

Trae la tableta y la deja bocarriba encima de la mesa, girada hacia mí, con la delicadeza de quien deja una radiografía.

—Es el repaso semanal del parking —dice—. Lo hace Nacho los lunes. Salta cuando hay una persona no identificada más de treinta minutos en zona de personal.

—¿Y por qué me lo enseñas tú y no seguridad?

—Porque seguridad me lo pasa a mí. —Se sienta a medias en el borde de la mesa—. Nacho marca, yo miro, y si es una tontería lo cierro yo y nadie se entera. El ochenta por ciento son tonterías. La semana pasada tuve a un señor cuarenta minutos en el menos uno y era un señor buscando el coche.

—¿Cuarenta minutos?

—Cuarenta minutos. Le dio vergüenza preguntar.

En la pantalla hay una captura del jueves 22 de mayo a las 18:04. Se ve el pilar de la fila C y se ve a una mujer sentada en el bordillo con una bolsa de deporte entre los pies. La imagen es gris y granulada porque el tramo está apagado y la cámara está tirando de infrarrojos.

Buiría pasa a la siguiente. 21:14. El tramo encendido. Yo con el táper en la mano.

La siguiente. 21:19. Las dos de pie, a tres metros.

La siguiente. 21:23. La puerta del copiloto abierta.

—Tres horas y diez minutos —dice—. Y luego se va contigo.

—Sí.

—¿Quién era?

—No lo sé.

Es la primera cosa que digo en nueve años en este edificio que no es verdad. Lo noto en el sitio en el que se notan estas cosas, que no es el pecho ni el estómago: es en la boca, en la manera en la que se colocan las palabras cuando no vienen solas.

—Me estaba esperando —digo—. Sabía mi nombre. Me pidió veinte minutos y me dijo que no quería dinero.

—¿Y qué quería?

—Hablar de un expediente. No me dijo cuál.

—¿Familiar de una donante?

—Supongo.

—Nuria. —Buiría se sienta, que es lo que hace cuando va a decir algo que él considera importante—. Esto hay que registrarlo. Es una incidencia externa.

—Ya lo sé.

—No te lo digo por fastidiar. Te lo digo porque el registro te protege a ti. Si tú lo metes, tú eres la que lo comunica. Si no lo metes y esto sale por cualquier otro lado dentro de tres meses, tú eres la que no lo comunicó. Y eso segundo no hay manera de arreglarlo después, aunque no hayas hecho nada.

—Ya.

—Es que además es un formulario de nada. Cuatro campos.

—Ya, Òscar.

—Y aquí no pasa nada por una incidencia externa, ¿eh? Se abren catorce o quince al año. La mayoría son gente que viene a pedir dinero en la puerta tres, o algún exempleado. El año pasado hubo una tía que se metió en el hall a repartir folletos de una asociación y estuvo veinte minutos hasta que bajó alguien.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Se cerró en seis semanas. —Se encoge de hombros—. Lo que pasa es que hasta que se cierra, se cierra. Eso sí.

—¿Eso sí, qué?

—Nada. Que hasta que se cierra está abierto. —Y lo dice sin ninguna intención, mirando la tableta, buscando el botón de apagar—. Tú léete los efectos y ya está.

Recoge la tableta y se va, y no hay nada raro en cómo se va, y esa es la parte que me molesta: que Buiría tiene toda la razón, que además es buena gente, y que lo que acaba de hacer es exactamente su trabajo.

Subo a la cabina, abro el formulario y lo relleno.

Campo uno: fecha y hora del contacto. 22/05/2036, 21:14.

Campo dos: lugar. Aparcamiento, nivel −1, fila C.

Campo tres: descripción del contacto. Escribo cuatro líneas y las borro. Escribo tres:

Mujer no identificada, entre 30 y 45 años, esperaba junto a mi vehículo. Solicitó hablar sobre un expediente sin concretar cuál. No solicitó dinero. Presentaba signos de infección y fiebre. Abandonó el recinto por sus propios medios.

Lo leo. Es todo verdad. Cada palabra es verdad, y sin embargo el conjunto es una cosa que no pasó, y eso lo sé hacer porque llevo nueve años leyendo cláusulas.

Campo cuatro: persona o expediente al que se refiere el contacto. Lo dejo vacío.

Y debajo del cuarto campo, en gris claro, con el cuerpo de letra que usa esta casa para lo que no quiere que leas, está el aviso de efectos:

El registro de una incidencia externa suspende la conciliación de reconocimientos pendientes de la profesional responsable hasta la resolución del expediente.

Lo leo dos veces. La segunda vez la leo entera, palabra por palabra, con el dedo en la pantalla, que es una cosa que no he hecho desde el colegio.

Y luego pienso lo que pienso, que no tiene ninguna grandeza y que se puede escribir en una línea: si registro esto, el reconocimiento doce se queda congelado y no sé cuánto tiempo, y el plan de Bruno se renueva por trimestres.

No lo mando.

Le doy a guardar.

Borrador guardado. 26/05/2036, 18:47. Este borrador caduca a los treinta días.

Salgo a las siete menos veinte. En el office está Pilar recogiendo y me pregunta si me pasa algo, porque tengo cara. Le digo que estoy cansada y que la fisio de Bruno la han cambiado al martes y me lía las tardes, que es verdad. Me dice que le diga a Merche que la cambie otra vez y le digo que ya se lo he dicho.

En el menos uno, al llegar al coche, miro el pilar de la fila C.

No hay nadie. Es lunes y son las siete menos veinte y hay quince coches y dos personas hablando junto a la rampa, y las luces están encendidas en cuatro tramos a la vez porque a esta hora entra y sale gente todo el rato.

Miro las cámaras. Están las tres donde estaban.

En el coche, antes de arrancar, hago la cuenta de lo que sé de esa mujer y son cuatro cosas. Que tiene una infección de puerto de clavícula sin tratar. Que dice llamarse como una donante que figura arriba, en la uno, sector B. Que sabe lo de Bruno. Y que sabía dónde estaban las tres cámaras.

Y una quinta, que no es una cosa que sepa sino una que noto y que llevo cuatro días apartando: que cuando le dije que la llevaba a urgencias del Infanta Elena no me dijo que no tenía papeles, ni que le daba vergüenza, ni que no quería que la vieran.

Me dijo que no. Y ya está.

Interludio A

CLÁUSULA SÉPTIMA. REVOCACIÓN.

La persona firmante podrá revocar el presente consentimiento dentro de las setenta y dos (72) horas siguientes a la firma, sin necesidad de expresar causa y sin penalización, mediante manifestación personal e indubitada dirigida a la entidad por cualquiera de los medios habilitados en el Anexo I.

Transcurrido dicho plazo sin manifestación en contrario, el consentimiento se entenderá firme a todos los efectos y se procederá conforme a la cláusula octava.

La revocación producida en plazo determinará la reactivación íntegra de las obligaciones económicas suspendidas, con los intereses devengados desde su fecha de origen.

REGISTRO DE CONTACTOS POSTERIORES A LA FIRMA *(a cumplimentar por el personal de la línea de atención al donante)*

FECHA	HORA	MEDIO	OPERADOR/A	TIPIFICA

Firma de la persona donante .....

Firma del profesional de vinculación .....

Acreditación n.º .....

Sello de registro 2 9 JUN 2029 ENTRADA

Documento generado en tres ejemplares. El presente corresponde al archivo de la entidad. La persona donante recibe copia de las páginas 1 a 6.

[margen derecho del escaneo — la columna continúa fuera de página]

Capítulo 13

Herminia Ardèvol me recibe el martes a las nueve y media en su despacho de la tercera, que es más pequeño de lo que la gente se imagina y tiene una ventana que da al aparcamiento de visitas. Hay una mesa, dos sillas, una estantería con carpetas de anillas y una foto enmarcada de un grupo de gente delante de un edificio prefabricado que ya no existe. En esa foto salgo yo, la cuarta por la izquierda, con veintiocho años menos de los que tengo y una bata que me estaba grande.

Tiene sesenta y tres años y las manos de alguien que ha trabajado con las manos. Las tres primeras patentes de latencia son suyas y son buenas, y eso no lo dice ella nunca, lo decimos las que estábamos en 2027.

—Siéntate. ¿Café?

—No, gracias.

—Yo sí. —Se sirve del termo que tiene detrás—. ¿Cómo está tu chico?

—Bien. La semana pasada recuperó una palabra.

—¿Cuál?

—Ferretería.

Se ríe con ganas, y no es una risa de despacho.

—Menuda palabra para volver.

—Le hacía falta.

—Ya. —Se sienta, se pone la taza delante y no la toca—. Nuria, el jueves pasado hubo una incidencia en el menos uno.

—Sí.

—Seguridad la abrió de oficio ayer por la noche. Es automático: cuando el repaso semanal marca una persona no identificada y hay contacto con personal, el sistema abre el expediente él solo. No lo abre nadie. —Hace un gesto con la mano hacia la pantalla—. A las 23:40. Lo tienes en tu bandeja desde esta mañana.

Lo tengo. No lo he abierto.

—Habría estado mejor que lo hubieras abierto tú —dice.

Y lo dice sin apoyar en ninguna palabra más que en otra, como quien comenta una gestión pendiente. No hay reproche. Es peor, porque tiene razón.

—Lo tenía en borrador —digo.

—Ya lo sé. Lo he visto.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ayer a las once y cuarenta, como todo el mundo. —Se encoge de hombros—. Me llega a mí, le llega a Òscar y le llega a la responsable de área. Somos tres. No hay más gente mirando esto, Nuria, aunque parezca que sí.

—¿Se ven los borradores?

—Se ve que hay uno y se ve la hora. El contenido no. —Da un sorbo —. Y no te lo estoy echando en cara. Se te presentó una mujer en un aparcamiento a las nueve de la noche y no llamaste a seguridad, y no llamaste porque llevas nueve años sentándote enfrente de

gente asustada y no te sale llamar a seguridad. Eso a mí me parece que dice bastante bien de ti.

—Gracias.

—No es un cumplido. Es un diagnóstico. —Deja la taza—. ¿Te dio un nombre?

—No.

Segunda vez. Sale más fácil que la primera, y eso es lo que tienen.

Herminia asiente y no insiste, y en ese no insistir hay una cortesía que me cuesta sostener.

—¿Volvió?

—No.

—¿La has vuelto a ver?

—No.

—¿La reconocerías?

—Sí.

Herminia apunta algo, dos palabras, y deja el bolígrafo cruzado encima del papel.

—Vale. Entonces esto lo vamos a llevar por dentro. Se lo he asignado a Òscar como revisión de acceso, que es lo más pequeño que puedo hacer con esto sin que parezca que lo escondo. Tú escribes una nota interna contando lo que me acabas de contar, con fechas y horas, la firmas y se acabó. Con eso el expediente se cierra en unas semanas.

—Vale.

—Hay una parte que no me gusta y te la digo yo antes de que te la diga un correo. —Gira la pantalla dos dedos, no lo suficiente para que yo lea—. Mientras el expediente esté abierto, la conciliación del reconocimiento pendiente queda congelada. La línea gris. La tuya.

—Ya lo había leído.

—Me lo imaginaba.

—¿Lo has congelado tú o lo ha congelado el sistema?

—Lo he congelado yo esta mañana —dice—. El sistema lo habría hecho el viernes. Prefiero que las cosas de esta casa las firme alguien.

Nos quedamos calladas. Fuera, en el aparcamiento de visitas, alguien intenta aparcar en batería y no le sale.

—Nuria, no es un castigo.

—No he dicho que lo sea.

—Lo has pensado, y es razonable pensarlo. —Se echa hacia atrás—. Pero si yo libero un reconocimiento por encima de una vinculadora con una incidencia externa abierta, y luego esa incidencia resulta que era algo, el que se come el expediente disciplinario eres tú. No yo. Yo tengo un consejo y tú tienes un chico. Prefiero que te fastidie tres semanas a que te fastidie tres años.

—Ya.

—¿Tú te acuerdas de lo que decíamos en el prefabricado, en el veintisiete?

—Decíamos muchas cosas.

—Decíamos que a lo mejor no hacía falta dormirlas.

Me acuerdo. Estuvimos dos años intentándolo por el otro lado, con voluntarias despiertas, con aféresis de tres horas dos veces por semana, y salía trazas. Trazas y basura.

—Y no se podía —digo.

—Y no se podía. —Se sirve más café—. El RC-9 no es una molécula que el cuerpo tenga guardada y que se le saque. Es una cadena de reparación que se monta sola cuando el sistema no está haciendo otra cosa. Si estás despierta, tu hígado está trabajando, tus músculos están trabajando, tu cabeza está trabajando, y la cadena se rompe a la mitad y sale un fragmento que no sirve. Hace falta que no haya nada más encendido. Y para que no haya nada más encendido hacen falta meses, no horas.

—Eso lo sé, Herminia.

—Ya sé que lo sabes. —Deja la taza—. Lo digo porque el día que alguien encuentre la manera de fabricarlo en un tanque, esta casa se cierra en dos semanas y yo firmo el cierre encantada. Y llevo nueve años esperando ese día.

—¿Y va a llegar?

—Ni idea. En el 33 hubo un grupo en Leiden que estuvo cerca y se quedaron en el once por ciento de rendimiento. —Se encoge de hombros—. Once por ciento es nada. Once por ciento es que sigues necesitando a alguien.

Nos quedamos un momento con eso.

—¿Tú te acuerdas de la lista de espera de Neurovall en 2029?

—Once meses.

—Once meses. —Levanta un dedo—. Hoy son seis semanas. Eso no lo ha hecho el ministerio y no lo ha hecho ninguna tribuna, y mira

que firmamos una.

—La firmamos.

—Éramos catorce y firmamos doce. —Sonríe—. Los otros dos se rajaron y luego cobraron igual.

—Marisa y el de Valencia.

—Marisa y el de Valencia. —Se ríe—. Marisa me llamó en el 32 para pedirme una carta de recomendación. Se la hice.

—¿Se la hiciste?

—Buenísima. Está en Basilea.

Se queda un momento mirando el aparcamiento de visitas.

—A mí lo que me revienta de todo esto —dice, y por primera vez baja un poco la voz— es que la gente de fuera se cree que aquí hay alguien decidiendo. Que hay un despacho. Y luego entras y lo que hay es un aviso automático a las once y cuarenta de la noche, un chico de seguridad que se llama Nacho haciendo lo que le han dicho, un aplicativo que congela una línea porque está programado para congelarla, y yo, un martes, a las nueve y media, quitándole a una compañera un dinero que se ha ganado.

—No es dinero.

—No. —Me mira—. No es dinero. Lo sé perfectamente.

Y ahí es donde Herminia Ardèvol es peligrosa, y no en ninguna otra parte de esta conversación: en que lo sabe perfectamente y lo dice en voz alta y aun así el aplicativo sigue programado como está.

Me levanto. En la puerta hago la única pregunta que llevo veinte minutos queriendo hacer.

—Herminia. ¿Cuánto tarda en resolverse una incidencia externa?

Coge la taza.

—Depende de la incidencia. —Y luego, cuando ya tengo la mano en el picaporte—: Nuria.

—Dime.

—Si vuelve a aparecer, no hables con ella en el aparcamiento. Que suba. Que pida cita, que se identifique en la puerta tres y que suba, y os sentáis en la sala dos con la puerta abierta y con un café.

—Vale.

—Que se sepa que subió —dice—. Es por ti.

Capítulo 14

La tarde de línea es tranquila. Nueve llamadas, siete de dinero, una de fechas y una señora que llama para dar las gracias, que pasa dos o tres veces al año y que descoloca a todo el mundo.

Llego a casa a las nueve y cuarenta, después de la línea. Bruno está en su cuarto con la puerta entornada y la luz encendida, y por debajo se oye el zumbido de un vídeo.

Me hago un té y me siento en la mesa de la cocina con el portátil, la carpeta azul y el calendario de la pared, que es uno de la farmacia con fotos de montañas.

La carpeta azul es la de Bruno. Está todo dentro y está por años, y no está así porque yo sea ordenada, sino porque cada vez que hay que renovar algo hay que enseñarlo todo otra vez.

Certificado de cobertura de dependientes, ejercicio 2036. Titular: Belmonte Sanz, Nuria. Beneficiario: Belmonte Sanz, Bruno. Modalidad: **vinculada a rendimiento**.

Y debajo, en el punto cuatro, lo que dice desde el principio y lo que he leído cuarenta veces:

La cobertura se renueva por periodos trimestrales, sujeta al mantenimiento del estatus profesional activo del titular a la fecha de cierre del trimestre anterior. La consolidación definitiva de la cobertura requiere la acumulación de doce (12) reconocimientos por consolidación preferente.

Detrás del certificado está el informe de la unidad de daño cerebral de 2029, con la escala de Glasgow del primer día escrita a mano por una residente que se llamaba Alba y que fue la única de aquella

planta que me llamó por mi nombre. Detrás, la resolución de dependencia. Detrás, dieciocho informes trimestrales de Merche, grapados por años con una grapa que ya no cierra.

Cojo el calendario y cuento con el dedo. Del veintisiete de mayo al treinta de junio hay treinta y cuatro días.

El uno de julio se renueva para el tercer trimestre. Para que se renueve tengo que estar en estatus activo el treinta de junio. Estatus activo quiere decir sin suspensión, sin baja disciplinaria y sin expediente resuelto en contra.

Once reconocimientos no consolidan nada. Once reconocimientos son once trimestres que ya se cobraron y se gastaron. Lo que consolida es el doce, y el doce está congelado desde ayer por la mañana con la firma de Herminia Ardèvol, y Herminia Ardèvol me ha dicho que depende de la incidencia.

Once.

Aunque en realidad son doce, si contamos bien.

La primera vez no cobré reconocimiento.

Sigo.

Saco el presupuesto. Lo pedí en 2033, por saberlo, sin decírselo a nadie y sin ninguna intención de usarlo, de la misma manera que uno mira cuánto cuesta un piso que no va a comprar.

Neurovall, régimen privado. Dosis mensual: cuatro mil ciento ochenta euros. Doce al año: cincuenta mil ciento sesenta. Sin contar la fisio de los martes, que son doscientos veinte al mes, ni la logopedia de Merche, que son ciento sesenta la sesión y va dos veces al mes desde febrero. Sin contar la analítica trimestral. Sin contar el transporte adaptado, que ahora no lo usamos porque conduzco yo, pero que lo usaríamos si yo no pudiera conducir a las

ocho de la mañana porque estuviera trabajando en otra cosa en otro sitio.

Yo cobro dos mil seiscientos cuarenta netos.

No hay ninguna manera de ordenar estos números que dé otro resultado. Los he ordenado de todas las maneras en siete años.

Se puede quitar la logopedia. Merche cuesta ciento sesenta y la de la pública son cuarenta minutos cada tres semanas con una lista de veintidós personas, y con la de la pública Bruno recuperó dos palabras en dos años y con Merche lleva seis en cuatro. Eso también está en la hoja de cálculo. Ese fue el motivo por el que empecé la hoja de cálculo.

Se puede pasar Neurovall a la lista pública, que son seis semanas. Y seis semanas otra vez cada vez que hay una revisión de criterios. Hubo una revisión en 2034 y en esa revisión se quedaron fuera los daños cerebrales de más de cinco años de evolución, y volvieron a entrar en 2035 porque hubo un recurso de una asociación de familias que tardó catorce meses. En esos catorce meses hubo gente que se quedó sin dosis. Bruno no, porque Bruno tenía la cobertura de la empresa.

Ese es el cálculo entero. No tiene más partes.

Cierro la carpeta.

Bruno sale al pasillo a por agua y se para en la puerta de la cocina.

—¿Papeles?

—Papeles.

—¿De lo mío?

—De lo tuyo.

Se queda mirando la carpeta abierta, la torre de informes trimestrales, el calendario de las montañas.

—¿Hay… —se para— problema?

—No.

—Vale.

Coge el vaso, lo llena y se va, y en el pasillo se para otra vez, dos segundos, antes de meterse en el cuarto.

Abro el correo y ahí está: **Expediente de incidencia externa IE-2036/0418. Estado: abierto. Responsable: Buiría Casals, Ò.** Y debajo, la notificación automática de la conciliación suspendida, generada a las 09:12 de esta mañana, cuatro minutos después de que yo entrara en el despacho.

Entro en el aplicativo, busco el borrador de anteayer y le doy a eliminar. Me pregunta si estoy segura. Le digo que sí.

Ya no sirve para nada. Un borrador de una incidencia que el sistema abrió solo veintiocho horas después no prueba diligencia: prueba que estuve veintiocho horas pensándomelo. Es mejor que no exista, y esa frase la pienso entera, con esas palabras, y la pienso sin ninguna dificultad.

Escribo la nota interna. Fechas, horas, lugar, descripción. Tres párrafos. En el segundo pongo que la mujer no se identificó y me quedo mirando la frase un momento antes de seguir escribiendo, y luego sigo escribiendo.

La firmo con el certificado y la mando a las once y doce.

A los cuatro minutos entra el acuse. *Nota interna recibida. Incorporada al expediente IE-2036/0418.* Y debajo, una línea que no había visto nunca porque nunca he tenido un expediente abierto:

Este expediente se revisará en la próxima sesión de cumplimiento (mensual).

Miro el calendario de la farmacia. Las sesiones de cumplimiento son el primer martes de mes. El primer martes de junio es el día tres. El siguiente es el uno de julio.

Si el tres no se cierra, el siguiente sitio donde se puede cerrar es el uno de julio.

El plan de Bruno se renueva ese mismo día.

Antes de acostarme entro en el cuarto de Bruno. Se ha dormido con el móvil en la mano y con la luz dada. Le quito el móvil, lo pongo a cargar y apago.

La persiana está subida. La cinta nueva sigue en la bolsa de papel, encima de la silla, sin abrir desde el sábado.

Bajo, recojo la cocina y meto la carpeta azul en el cajón de siempre, el de abajo del mueble del salón, con las gomas puestas.

En el calendario de la farmacia, el de las montañas, la hoja de junio tiene una foto de los Picos de Europa con nieve y con un cielo azul de folleto. Cuento con el dedo desde el veintisiete hasta el treinta.

Treinta y cuatro días.

Escribo el número a lápiz, muy flojo, en el margen de abajo de la hoja de junio, donde no se ve si no lo buscas.

Capítulo 15

Desde el lunes salgo por el camino de servicio.

No es más corto. Son cuatro minutos más y un semáforo, y hay que rodear el solar del contenedor de ropa para volver a coger la A-4 por la glorieta de abajo. Lo hago igual, lunes, martes y miércoles, y las tres veces paso por delante de la marquesina despacio y las tres veces miro.

El miércoles está.

Aparco donde aparqué la otra vez, en el arcén, y me quedo dentro un momento con las manos en el volante, porque llevo seis días preparando esta conversación y ahora que la tengo delante me doy cuenta de que la he preparado como se prepara un interrogatorio.

Se ha traído la bolsa. Se sienta en el mismo sitio del copiloto y huele igual y peor.

Y ha cambiado en dos cosas. Se ha lavado el pelo, que no es poco cuando uno duerme donde ella duerme, y anda peor: se ha subido al coche apoyándose en el marco y ha tardado dos segundos en encajar la pierna derecha, que la otra vez no le costaba.

—¿Ha tomado algo estos días?

—Unas pastillas.

—¿Cuáles?

—De un chico que las tenía.

—¿Cuántas quedaban en la caja?

—Cuatro.

Cuatro. Cuatro comprimidos de algo que un chico tenía por casa, sin saber de qué eran, sin saber la dosis y sin terminar la pauta. En seis días eso no cura una infección de puerto: la calla dos días y luego vuelve peor y con menos sitios donde agarrarla.

—Le voy a hacer unas preguntas —digo.

—Vale.

—¿Cuánto debía usted?

—Diecinueve mil doscientos.

—¿De qué?

—Doce mil y pico de mi padre, del centro de día, y lo demás de una tarjeta. Y las costas.

—¿Quién figuraba como unidad familiar designada?

—Mi hermana. Rebeca.

—¿Segundo apellido?

—Sanjuán. Como el mío.

Todo bien. Todo lo que está en el expediente y todo lo que sabría cualquiera que hubiera estado en esa casa el 6 de abril de 2033, en la sala dos o en la silla de detrás.

—¿Cuánto se pagaba a la unidad designada?

—Cuatrocientos treinta al mes.

—¿Y a quién llamó usted el día antes de firmar?

—A nadie.

—¿A nadie?

—A nadie. —Se coloca la bolsa—. Le llamé a mi hermana desde el autobús, ya de camino. Para que supiera dónde estaba.

—¿Qué día firmó?

—Un lunes.

Y ahí está.

No digo nada. No cambio la cara, que es una cosa que sé hacer. Sigo.

—¿Se acuerda del celador que la bajó?

—No.

—¿Se acuerda de lo que le dije yo antes de entrar?

—Que no iba a doler.

Eso lo dice todo el mundo. Está en la marquesina que tenemos a doce metros, con letras de treinta centímetros.

—Y otra cosa. ¿Cómo era la sala?

—Pequeña. Dos sillones y una mesa baja. Una ventana que daba a un patio.

—¿Había alguien más?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. —Se para—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque a veces entra alguien con la candidata.

—Yo entré sola —dice—. No tenía a quién traer.

Rebeca Preciado Sanjuán vive en Villaverde y tiene treinta y ocho años y figura como unidad familiar designada desde el primer papel. A esa hermana la llamó desde el autobús. Y no la llevó.

—Ya —digo—. Yaiza, o Rebeca, o como se llame usted. Mire.

—No me llamo Rebeca.

—Mire. —Y aquí bajo el tono, porque no quiero hacer esto y lo estoy haciendo—. Yo he mirado ese expediente. La mujer que figura en él está en la planta uno, sector B, unidad 207. Le tomaron la temperatura el viernes a las seis y doce de la mañana. Está viva y está arriba y está a doscientos metros de este coche.

Yaiza asiente despacio.

—¿Puedo enseñarle una cosa?

—Enséñeme lo que quiera.

Se baja la cremallera del forro polar hasta la mitad y se aparta el cuello de la camiseta con dos dedos, y se lo aparta hacia el lado derecho, y lo hace sin ninguna ceremonia, como se lo aparta uno en una consulta.

Enciendo la luz de cortesía.

Puerto subclavio derecho. La zona está caliente a treinta centímetros y no hace falta tocarla: hay eritema en un halo de cuatro o cinco centímetros, la piel tirante, brillante, y en el centro un punto que ha estado abierto y se ha vuelto a cerrar mal. Los bordes tienen ese festón que dejan los puntos cuando se retiran tarde. No es una

herida de calle. Es una herida de quirófano de hace tiempo que se ha infectado ahora.

—Y aquí —dice, y se aparta el otro lado.

Subclavio izquierdo. Este es antiguo. Está blanco, cerrado, sin nada agudo. Y es ancho.

Eso es lo que miro. No la infección, que me la sé y que es lo urgente. Miro la de la izquierda, que mide siete u ocho milímetros de anchura donde debería medir dos, y que tiene el relieve engrosado, y que se ha ido hacia arriba y hacia fuera siguiendo una dirección.

Una cicatriz de quirófano en una persona quieta cierra fina. Cierra fina porque no hay nada que tire de ella. Las que se abren así, en abanico, son las de las rodillas, las de los hombros, las de la gente que se mueve mientras cicatriza.

—Esa está mal cerrada —digo, y lo digo antes de decidir si quiero decirlo.

—Ya.

—¿Cuándo se la hicieron?

—El cuatro de septiembre.

—¿De qué año?

—De 2034. —Se sube la cremallera—. Me acuerdo porque me lo dijeron. Alguien dijo «el cuatro» y yo no sabía ni en qué mes estaba.

Apago la luz de cortesía.

Nos quedamos las dos mirando la marquesina, que a esta hora está iluminada por dentro y se ve la cara de la mujer y se ven los hilos dorados.

—¿Y a usted qué le pasó el cuatro de septiembre de 2034? —digo.

—Eso es largo.

—Tengo tiempo.

—Yo no. —Coge la bolsa—. Hoy no puedo. Llevo desde las cinco de pie y tengo que estar en un sitio a las once.

Y lo dice de una manera que me hace pensar que es verdad, y que además le fastidia que sea verdad, y esas dos cosas juntas no se fingen bien.

Abro la guantera y saco el botiquín del coche, que es el reglamentario y no vale para nada, y saco lo único que tiene sentido.

—Paracetamol. Un gramo cada ocho, no cada seis. Y esto es clorhexidina: se limpia alrededor, no dentro. No le va a curar nada, es para que no le suba.

Lo coge.

—Y esto es mi número. —Escribo en el cartón del blíster, con el bolígrafo malo, porque el bueno lo lleva Bruno—. Si le pasa de treinta y nueve, o si le sale una línea roja hacia el brazo, me llama a la hora que sea. Y si no me coge, se va a urgencias del Infanta Elena y le dice que tiene un puerto infectado, y ya está.

—No voy a ir a urgencias.

—Ya me lo ha dicho. Pero ahora tiene el papel.

Se baja. Cruza hacia la marquesina y se sienta debajo, con la bolsa en las rodillas, a esperar un autobús que pasa cada cuarenta minutos.

Arranco y cojo la glorieta de abajo.

El seis de abril de 2033 fue miércoles.

Capítulo 16

El jueves entro a las ocho y lo primero que hago es lo segundo, porque lo primero ya lo hice anoche en la cocina con el móvil: el calendario perpetuo, 6 de abril de 2033, miércoles.

Lo segundo es la ficha quirúrgica.

Unidad 1B-207 · Registro de intervenciones 04/09/2034. Quirófano 2. *Recolocación de reservorio subclavio por disfunción de catéter (retorno ausente, resistencia a la infusión).* Retirada de reservorio izquierdo. Implante de reservorio derecho. Duración: 55 min. Anestesia local + mantenimiento de sedación basal. **Sin despertar autónomo.** Facultativo: Vilagrà, I. Enfermera instrumentista: acreditación P-244.

Lo tercero es el calendario de la casa. El 4 de septiembre de 2034 fue lunes. Un lunes de septiembre, quirófano 2, cincuenta y cinco minutos. La cosa más normal del mundo.

Está.

Está con su hora, con su duración, con su motivo clínico y con la nota que tiene que llevar. Y el motivo clínico es de los que no se inventa nadie: un catéter subclavio de dieciocho meses que deja de dar retorno es la cosa más aburrida y más frecuente que le pasa a una vía central. Se retira, se pone otro en el lado contrario y se sigue.

Y lo que dice esa ficha es exactamente lo que yo necesito que diga, y por eso la leo tres veces buscándole el fallo, porque una cosa que encaja demasiado es lo primero de lo que se desconfía.

No le encuentro el fallo.

Lo que le encuentro es lo contrario: le encuentro por qué Yaiza —o quien sea— sabía la fecha.

Bajo al pie de la ficha, al bloque de comunicaciones. **Notificación a unidad familiar designada: 04/09/2034, 19:40. Destinatario: Preciado Sanjuán, Rebeca. Medio: mensajería certificada.**

Se notifica. Se notifica siempre. Está en la cláusula quinta y lo leo yo en voz alta once o doce veces por semana: cualquier intervención sobre la donante se comunica a la unidad familiar designada en las veinticuatro horas siguientes.

O sea que el cuatro de septiembre de 2034, a las siete y cuarenta de la tarde, a la hermana de Yaiza Preciado le llegó un aviso con esa fecha escrita. Y esa fecha me la puede decir a mí seis meses o dos años después cualquiera que abriera ese sobre.

Y si a mí me llega una mensajería certificada diciendo que a mi hermana le han abierto el pecho en un quirófano, yo también dejo de venir a las visitas y a los dos años yo también me planto en un aparcamiento. Eso lo he visto quince veces con menos motivo.

Me levanto, me sirvo un café y vuelvo a sentarme, y ahora viene la parte que llevo desde anoche esperando hacer.

La cicatriz.

Abro el protocolo de cuidados de reposo prolongado, que es un pdf de sesenta páginas que me sé por encima y que no he abierto entero desde la formación. Voy al índice. Punto 4: prevención de complicaciones osteomusculares.

4.2. Movilización pasiva. Se realizarán dos sesiones diarias de movilización pasiva de las cuatro extremidades y de la cintura escapular, con recorrido articular completo, salvo contraindicación expresa del facultativo responsable.

Cintura escapular. Dos veces al día. Recorrido articular completo.

Eso es un hombro que sube, que abre, que rota hacia dentro y hacia fuera, sesenta veces al día, todos los días. Eso es tracción sostenida sobre la piel de la región subclavia. Eso es exactamente lo que hace que una cicatriz cierre ancha.

Lo miro un rato.

Y luego, porque soy enfermera y porque a mí las cosas me gusta comprobarlas, busco si hay contraindicación registrada en esa unidad después de la intervención. La hay: *suspensión de movilización pasiva de hemicuerpo derecho durante 21 días, hasta cicatrización.* Derecho. El izquierdo, del que le quitaron el puerto antiguo, siguió moviéndose.

El lado que sigue moviéndose es el lado de la cicatriz ancha.

Y aquí es donde tengo que pararme un segundo, porque llevo cuarenta minutos haciendo una cosa que tiene nombre.

Cuando a un paciente le sale una analítica rara, un buen profesional busca la explicación más aburrida antes que la más grave, y no lo hace por optimismo: lo hace porque casi siempre la explicación aburrida es la buena y porque salir corriendo detrás de la grave hace daño. Eso se llama pensar bien.

Lo otro también existe y también tiene nombre, y es cuando uno busca la explicación aburrida porque no quiere la otra.

La diferencia entre las dos cosas es que en la primera te da igual el resultado.

A mí no me da igual el resultado.

Lo pienso, lo dejo pensado, y sigo comprobando, porque comprobar es lo único que sé hacer con esto.

Escribo todo esto en un correo para mí misma —fecha de la intervención, motivo, notificación a la familia, punto 4.2 del protocolo, suspensión unilateral— y lo dejo en borradores, y cuando lo termino son las ocho y cincuenta y me quedan diez minutos para la primera.

A las nueve menos cuarto baja Quique y se asoma.

—¿Te subo la de las nueve?

—Sube.

—Trae marido.

—Vale.

—Marido de los que hablan —dice, y se va.

Vuelvo a la pantalla dos minutos, que son los que me quedan.

Y hay una cosa de la ficha quirúrgica que no me pongo a mirar hasta las nueve menos veinte y que, cuando la miro, me obliga a volver a empezar.

La intervención es del cuatro. La notificación a la unidad familiar es del cuatro, a las 19:40.

Pero la incidencia que la motiva —*retorno ausente, resistencia a la infusión*— está registrada por enfermería de planta el **veintinueve de agosto**, seis días antes.

Seis días con un catéter que no da retorno.

Un catéter que no da retorno no espera seis días. Se cambia en veinticuatro o cuarenta y ocho horas, porque si no da retorno tampoco se puede aspirar y no se sabe lo que se está infundiendo, y eso en una perfusión de mantenimiento continua es exactamente el tipo de cosa que aquí no pasa.

Salvo que el quirófano estuviera ocupado. O que faltara el reservorio en almacén. O que la planta dos tuviera esa semana lo que Pilar llama una tanda y todavía no sé lo que es.

Lo apunto en el correo de borradores, debajo de todo, con dos interrogaciones.

Hay una segunda cosa que no me cuadra y la aparto para luego. La acreditación P-244 no me suena, y las de planta me suenan casi todas porque son las mismas desde hace años, y las que no me suenan son las de refuerzo de verano y esto era septiembre.

Es una tontería. Un refuerzo puede entrar en septiembre, y en 2034 estábamos con la migración y entró gente por todos lados. Y de todas formas, en el directorio interno las acreditaciones antiguas no se pueden consultar: solo salen las activas. Lo compruebo por curiosidad y sale lo que tenía que salir, un cuadro vacío y una línea que dice *sin resultados para el criterio indicado*.

Cierro y bajo a por la carpeta.

La de las nueve se llama Trinidad y viene con el marido, que efectivamente habla, y que en la página cuatro me pregunta si a él le van a mandar el informe trimestral a él o a ella. A ella. Trinidad ha designado a su hija.

—Ah —dice él.

Y ya no habla más en cuarenta minutos, y Trinidad firma las siete páginas y en la séptima me pregunta si a la hija le van a contar lo del dinero o si eso se puede llevar aparte.

Capítulo 17

La mañana del jueves son cuatro vinculaciones y una de ellas se cae, porque la candidata no aparece y no coge el teléfono. Pasa una de cada quince, más o menos, y a mí me sigue pareciendo la mejor noticia que da esta casa.

Dejo la hoja de la que no ha venido en la bandeja de reprogramación y me quedo con cuarenta minutos libres.

A la una y media, entre la tercera y el bocadillo, abro el módulo de rendimiento.

Ha cambiado.

Las once líneas verdes siguen igual. La duodécima ya no está en gris: está en gris con una segunda línea debajo, en cursiva, que ha aparecido esta semana.

RECONOCIMIENTO 12 — PENDIENTE DE CONCILIACIÓN — Y.P.
Conciliación suspendida. Expediente IE-2036/0418 en tramitación.

Es la primera línea de esta casa que lleva mi nombre y el número de un expediente abierto en la misma frase, y las dos cosas caben en cursiva y en cuerpo ocho.

Miro las tres letras y el punto.

Y punto pe.

Es la primera vez en dos años que esas dos iniciales significan algo, y significan algo porque el viernes pasado escribí un apellido en un buscador y ese apellido empieza por pe.

Vale. Vamos a hacerlo bien.

Abro mi histórico completo, cuatro mil seiscientas doce líneas, y filtro por inicial de nombre y de apellido. Y punto pe: cinco. Yolanda Peña Doblas, 2028. Yolanda Prieto Serna, 2030. Yaiza Pombo Cid, 2031. Yaiza Preciado Sanjuán, 2033. Y una Yésica Palomares Iruela de 2035 que se me había olvidado del todo.

Cinco en nueve años. Ninguna es rara. La Y es una letra que la gente de mi edad no lleva y que la gente de treinta y pico lleva mucho, y yo tramito mujeres de treinta y pico todo el rato.

Y aun así lo hago bien del todo, porque para eso me pagan. Abro las cinco fichas, una detrás de otra, y miro lo único que importa, que es en qué situación está cada una hoy.

Sigo. ¿Cuál de las cinco podría ser una consolidación preferente? Peña Doblas se reintegró en 2030, lo pone en su ficha. Prieto Serna se reintegró. Pombo Cid figura como complicación clínica en 2032. Palomares Iruela lleva catorce meses, todavía no ha llegado al umbral.

Queda Preciado Sanjuán.

Me quedo con eso un momento, con el bocadillo sin abrir encima de la mesa.

Y con una cosa que no me esperaba, que es que me alegro. Me alegro de que quede una, porque si no quedara ninguna se habría acabado la comprobación y yo tendría que pensar otra cosa, y llevo seis días sin querer pensar otra cosa.

Le doy dos vueltas al bolígrafo entre los dedos, que es una manía que tengo y que se me nota porque el bolígrafo hace ruido contra el anillo.

Y luego lo pienso al derecho, que es como hay que pensar las cosas.

Si Yaiza Preciado fuera mi consolidación preferente número doce, ese reconocimiento se habría liberado en marzo de 2036, al cumplir los dieciocho meses de continuidad. Y la línea gris está ahí desde el verano de 2034.

Me quedo con eso treinta segundos y se me cae solo, porque yo sé cuándo se libera una línea y no sé cuándo se genera. Eso no lo he mirado nunca. Puede generarse el día de la conversión, o el día del cierre de trimestre, o el día en que a alguien de arriba le salta un cuadro en una pantalla.

Lo dejo y me voy a lo que sí sé.

Si Yaiza Preciado fuera mi doce, yo lo sabría. No por el módulo: lo sabría porque cuando una de las tuyas cruza el umbral y consolida, te llega un correo de Personas y Cultura con el asunto en negrita y un párrafo sobre la excelencia de continuidad asistencial, y bajas al office y hay alguien que te engarza la cuenta en la pulsera. Eso ha pasado once veces y once veces me he enterado.

En marzo de 2036 no me llegó ningún correo.

Y de las once que sí me llegaron, en las once me acuerdo del correo y en cuatro me acuerdo de la mujer.

Antes de cerrar bajo una línea más, hasta el pie del módulo, donde está el enlace pequeño que pone *histórico de la línea* y que no he abierto nunca.

Se abre un cuadro con dos columnas y tres filas.

Alta de la línea: 30/09/2034. Última actualización de estado: 27/05/2036. Actuaciones sobre la línea: 3.

Treinta de septiembre de 2034. Cierre del tercer trimestre.

Las tres actuaciones son mis dos tickets y la suspensión de la semana pasada.

Y el alta es de un treinta de septiembre, que es el día en que en esta casa se cierra todo, se imputa todo y se genera todo, y por eso no significa nada.

Cierro el módulo y me como el bocadillo.

El bocadillo es de tortilla de ayer y está frío por el centro, y me lo como mirando por la ventana del office el aparcamiento de visitas, donde hay tres coches y una furgoneta de la lavandería.

Pilar entra a las dos menos diez dando saltos, literalmente dando saltos, con el móvil en la mano.

—¡Me la cambia!

—¿Quién?

—La Casanovas. Que se lo ha pensado y que le da igual la primera que la segunda porque su madre no se va a acordar de en qué quincena está. Lo ha dicho ella, ¿eh, que no lo digo yo.

—Enhorabuena.

—Del uno al quince, Nuria. Del uno al quince. —Se sienta, se levanta, se vuelve a sentar—. Se lo he dicho a mi cuñada y me ha dicho que ya lo sabía, la tía. Que ya lo sabía. Que había reservado igual.

—Pues qué maja.

—Es maja y es insoportable, las dos cosas. —Suelta el bolso—. Le voy a llevar algo de Peñíscola a la Casanovas. ¿Qué le llevo?

—Nada. Un imán.

—Un imán es una cutrez.

—Un imán está bien.

Se pone a trabajar y a los dos minutos, sin levantar la cabeza, dice:

—Oye. Me he enterado de lo tuyo.

—¿De lo mío?

—Lo del menos uno. Me lo ha dicho Quique, que se lo ha dicho Nacho.

—Ya.

—¿Te han congelado la doce?

—Sí.

—Qué hijos de puta —dice, con la misma voz con la que lo dijo del cuadrante—. ¿Y cuánto tarda eso?

—Depende de la incidencia.

—Eso es lo que dicen siempre.

—Oye, Pilar.

—Dime.

—Cuando te dieron la quinta. ¿Cómo te enteraste?

—Por el correo. El de la negrita. —Ni levanta la cabeza—. Y luego bajó la de Personas, la de las coletas, y me la puso en la muñeca en el office mientras me contaba no sé qué de una encuesta de clima.

—¿Y sabías de quién era?

—¿De quién era el qué?

—El reconocimiento. De qué mujer.

Ahora sí levanta la cabeza.

—Pues no. —Se lo piensa dos segundos—. En el correo no viene. Viene «se le reconoce una consolidación preferente» y ya.

—Ya.

—¿Tú lo sabes?

—Yo lo miro en el módulo.

—Anda —dice—. Pues yo no lo he mirado nunca.

Y vuelve a lo suyo, y a mí me quedan tres vinculaciones esta tarde y la última es a las siete.

Capítulo 18

Los jueves a las seis Bruno tiene a Merche en un local de la calle Madrid con dos sillas, una mesa y un espejo tapado con papel de estraza, porque él le pidió que lo tapara hace tres años y ella lo tapó.

Yo espero fuera, en un banco, con el móvil, y hago lo que hago todos los jueves desde febrero, que es mirar la cuenta.

Ciento sesenta la sesión, dos al mes desde febrero: mil ciento veinte hasta hoy. Eso no lo cubre nada y sale de donde sale, que es de no cambiar el coche y de que en agosto vamos donde vamos.

Merche lo sabe. Me lo bajó a ciento sesenta en febrero desde ciento noventa y me dijo que era una tarifa de continuidad, y no existe ninguna tarifa de continuidad.

Por la ventana del local se ve la mesa de lado. Merche tiene delante una lámina plastificada y Bruno tiene el codo apoyado y la mano en la frente, tapándose los ojos, que es lo que hace cuando busca una palabra y no quiere que le miren la cara mientras la busca.

A las siete menos veinte Merche se levanta y descuelga el papel de estraza del espejo, lo dobla y lo vuelve a colgar. Lo hace cada semana. El papel se despega por la esquina de arriba y ella lo vuelve a pegar y ninguno de los dos lo menciona.

Salen a las siete menos cuarto. Bruno sale delante, con la carpeta debajo del brazo, y se va derecho al coche sin esperarme, que es lo que hace cuando la sesión ha ido regular.

Merche se queda en la puerta.

—Hemos hablado de los jueves —dice.

—¿Y?

—Que tiene razón.

—Merche.

—Que tiene razón, Nuria. Ese grupo está pensado para afasias globales y él tiene una expresiva. Va allí a hacer ejercicios de discriminación de dibujos y él lleva cuatro años sin fallar un dibujo. Se aburre y encima se le nota que se aburre, y eso en un grupo hace daño a los demás.

—¿Y la parte social?

—La parte social es que se pasa hora y media viendo cómo tratan a otro como a un crío y sin poder decir nada. Eso no es parte social. Eso es entrenamiento en tragar.

Me quedo mirando el escaparate del local, que tiene un cartel de una academia de inglés de antes.

—El grupo lo cubre el plan —digo.

—Ya lo sé.

—La fisio de los jueves no.

—Ya lo sé, Nuria. —Se ajusta el bolso—. Yo no te digo lo que tienes que pagar. Te digo lo que él necesita y lo que él ha pedido, y las dos cosas coinciden, que no pasa siempre.

—Vale.

—Y díselo tú a él. No se lo digas a mí.

—Merche.

—Qué.

—Gracias por lo de la tarifa.

—No sé de qué me hablas —dice, y se va hacia la calle Madrid con el bolso cruzado.

—Merche.

—Dime.

—¿Cuánto costaría la fisio de los jueves?

—Cuarenta y cinco la sesión con Nando, en el mismo sitio de los martes. —Ya lo tenía mirado—. Cuatro al mes: ciento ochenta.

—Ciento ochenta.

—Ciento ochenta, y el grupo se lo quitas y no pagas nada porque es del plan, así que no te ahorras nada quitándolo. Ya lo sé.

—Ya lo sabes.

—Nuria, yo he tenido a dos chicos en tu situación. —Se pasa el bolso al otro hombro—. Los dos dejaron algo. Y los dos dejaron lo que no les servía. Eso no es lo mismo que dejar algo.

En el coche, Bruno tiene la carpeta abierta encima de las rodillas.

—¿Qué te ha puesto?

—Nombres. —Gira la hoja hacia mí en un semáforo—. De… la familia.

Es una hoja con casillas. En cada casilla hay una palabra escrita a mano por Merche y un hueco al lado. Madre. Hijo. Tío. Prima. Sobrino. Cuñada. Suegra. Abuela.

—Son los de… —chasquea— parentesco. Se pierden mucho. Porque son… no son cosas. No hay dibujo.

—Ya.

—Suegra no la tengo.

—No tienes suegra, no.

—La tengo aquí. —Da un golpecito en la casilla—. Pero no la tengo.

—A mí lo que me pasa —dice, ya en la rotonda— es que las cosas de… —da con el canto de la mano en la carpeta— de personas. Se van. Las de objetos vuelven. Ferretería volvió.

—Ferretería volvió.

—Y suegra no.

—Suegra no la has tenido nunca.

—Ya. Pero abuela sí.

Pone la radio y la quita en el mismo movimiento, que es una manía suya.

—¿Y cuáles no te salen? —le digo.

Gira la hoja otra vez. En los huecos hay letra suya, apretada, en seis de las ocho casillas. Dos están vacías: sobrino y cuñada.

—Esas dos no las necesito.

—Ya, pero ¿te salen?

—Sobrino sí. Cuñada… —hace un ruido con la boca— cuñada la digo mal. Digo cuña. Y luego me río yo solo y ya no sale.

—Pues cuñada tampoco la necesitas.

—Eso digo yo.

Cenamos macarrones. A media cena, con el tenedor en el aire, mirando la hoja que se ha traído a la mesa:

—Mamá.

—Qué.

—La abuela.

—Dime.

—¿Cuándo se murió?

—En enero de 2031.

—Enero de 2031 —repite, y asiente, y se queda calculando, que es una cosa que hace bien y que hacía antes también—. Cinco.

—Cinco y pico.

—¿Cuántos tendría?

—Setenta y ocho.

—Setenta y ocho. —Come—. Poco.

—Poco.

—Mi abuelo tenía… —se para, lo busca, lo suelta— ochenta y uno.

—Ochenta y uno.

—Pues poco.

Y se acabó.

No pregunta de qué murió. No lo ha preguntado nunca desde la primera vez, cuando tenía veinte años y le dije que había sido una

infección y que había sido rápido, y él preguntó si le había dolido y le dije que no. Con eso se quedó, y con eso lleva seis años, y a mí eso me pareció entonces una suerte y me sigue pareciendo una suerte.

Recoge la hoja de las casillas, la mete en la carpeta y me pregunta si hay yogur, y hay, y se toma dos.

Recojo yo. Él pone el lavavajillas, que lo pone él porque tiene un sistema y porque el mío le parece un desastre, y lo pone con una mano y tardando el triple, y yo me quedo secando cosas que ya están secas para no ayudarle.

—Los vasos van arriba —dice, para él.

—Los vasos van arriba.

—Tú los pones abajo.

—Yo los pongo donde caben.

—Ese es el problema.

Antes de subir se para en la puerta de la cocina.

—Lo de los jueves.

—Merche me lo ha dicho.

—¿Y?

—Y lo hablamos el domingo, cuando mire unas cosas.

Me mira dos segundos más de los que hacen falta.

—Vale —dice.

Y sube, y a los diez minutos le oigo bajar la persiana del cuarto y le oigo el chirrido y el segundo tirón.

Yo me quedo con la hoja de las casillas encima de la mesa. Ocho palabras y ocho huecos. Merche las ha escrito con boli azul y con letra de imprenta, todas iguales, para que se lean bien.

Madre. Hijo. Tío. Prima. Sobrino. Cuñada. Suegra. Abuela.

La guardo en la carpeta y la carpeta encima de la libreta, y apago la luz de la cocina.

Capítulo 19

El móvil suena a las diez y treinta y ocho. Número no guardado.

—Belmonte.

—Soy yo.

—¿Le ha subido?

—No. Treinta y siete cinco. —Se oye tráfico detrás—. Estoy en la gasolinera de la glorieta.

—¿La de la salida?

—La que tiene la máquina de café fuera.

—Voy.

Bruno está arriba. Le digo desde la escalera que bajo a por tabaco, que es una mentira que no sirve porque no fumo, y él dice vale sin levantar la cabeza del móvil.

Tardo veintidós minutos. En el camino paro en el veinticuatro horas de la avenida y compro una botella de agua, un bocadillo envasado y una caja de paracetamol de un gramo, que es lo único que puedo comprar sin receta y que ya le di el miércoles.

La chica de la caja me pregunta si quiero bolsa y le digo que no y luego digo que sí.

Está sentada en el bordillo de la isleta, entre el aire y el agua, con un vaso de café de máquina que ya no humea. Se sube al coche y se pone la bolsa en las rodillas y no dice nada durante un rato, y yo tampoco, y al final es ella.

—Usted me preguntó qué me pasó el cuatro de septiembre.

—Sí.

—Yo no sé si fue el cuatro. Lo del cuatro me lo dijeron. Lo mío empezó antes, un par de días o tres, y no sé cuántos porque no había día ni noche.

—¿Qué es lo primero que recuerda?

—El techo. —Se queda pensando—. El techo y una cosa naranja. Como una luz naranja en el borde del ojo, todo el rato. Luego me di cuenta de que era el aparato ese que llevan ustedes en el dedo.

—El pulsioxímetro.

—Eso. Yo lo veía naranja y creía que era el techo.

—¿Podía moverse?

—No. Los ojos. Y luego los dedos, no todos.

—¿Cuáles?

—Estos dos. —Levanta el índice y el corazón de la mano izquierda—. Los movía y los miraba y no me parecían míos.

—¿Oía?

—Oía desde el principio. Antes que nada. Oía un carro y unas ruedas y a alguien decir mi nombre mal.

—¿Mal cómo?

—Yaisa. Con ese. —Se encoge de hombros—. Toda la vida igual.

—¿Le dolía algo?

—La garganta. Muchísimo. —Se toca—. Como si me hubiera tragado algo.

Eso es un tubo. Eso es una intubación reciente, y una recolocación de reservorio con anestesia local y sedación basal no se intuba.

Me lo apunto por dentro y no digo nada.

—¿Cuánto tardó en poder hablar?

—Dos días. O tres. Decía cosas y no me salía la voz, salía aire. Y no me acordaba de mi apellido, y eso fue lo que más miedo me dio, más que lo demás. Sabía mi nombre y no sabía el apellido.

—Eso es normal.

—No me diga usted lo que es normal.

—Le digo que eso es normal porque es normal —digo—. Al salir de una sedación larga se pierde primero lo que se usa poco. Vuelve.

—Ya. Volvió. —Se calla un momento—. Volvió y luego me pusieron de pie y me caí, y me rompí un diente con la barra de la cama. Este.

Se levanta el labio con el dedo. El incisivo lateral izquierdo está partido en diagonal y sin arreglar.

—¿Le pusieron de comer?

—Al tercer día. Puré. Y me lo daban ellos.

—¿Se manchaba?

—Muchísimo. —Se ríe una vez, sin ganas—. Y eso es lo que peor llevé. Más que el diente.

—¿Y quién había allí?

—Al principio, dos. Un chico joven que me sujetaba y una mujer. Luego solo la mujer.

—¿De qué color iba?

—Verde. Verde, no. Verde claro.

Planta dos va de verde claro. Planta uno va de azul. Vinculación vamos de calle.

—¿Y qué le dijeron?

—Al segundo día o al tercero. Que había pasado el tiempo del acuerdo. Que había que renovarlo.

—¿Renovarlo?

—Eso dijeron. Renovar el acuerdo. —Se le pone una cosa en la voz —. Con esas palabras, ¿eh. Renovar el acuerdo. Como el del móvil.

—¿Le enseñaron un documento?

—Sí.

—¿Lo leyó?

—No podía leer. —Gira la cara hacia mí, que llevaba veinte minutos sin hacerlo—. Se lo digo tal cual: no podía leer. Veía las letras y no las juntaba. Me lo leyó ella.

—¿Entero?

—Qué va.

—¿Cuánto?

—Un párrafo. Y luego me dijo lo importante.

—¿Que era?

—Que si no lo renovaba, aquello era una retirada voluntaria, y que una retirada voluntaria me devolvía la deuda entera. Con intereses. Desde el principio.

—¿Le dio una cifra?

—Treinta y uno y pico.

Treinta y un mil y pico. Diecinueve mil doscientos, más dieciocho meses de demora, más las costas reactivadas. Sale. Sale exacto, y me sale a mí a la primera, en un coche, en una gasolinera, porque llevo nueve años haciendo esa cuenta.

—¿Cómo era el sitio?

—Grande. Con seis camas y cuatro vacías.

—¿Ventana?

—Sí. Una ventana larga, alta, de las que no se abren. Y se veía el cielo y nada más.

Planta dos, ala oeste, tiene una galería con ventanal corrido a la altura de un metro noventa. Yo no he entrado, pero se ve desde el aparcamiento de visitas y la he visto seis mil veces.

—¿Y usted qué dijo?

—Que no.

—¿Así?

—Le dije que quería irme a casa. —Se encoge de hombros—. Estaba tirada en una cama sin poder ponerme de pie y le dije que quería irme a casa. Ya sé cómo suena.

—No suena mal.

—Y ella me dijo que muy bien, que no pasaba nada, que ya lo hablaríamos mañana.

—¿Y volvió?

—Volvió al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Cuatro veces. Siempre con la carpeta y siempre igual de amable, y cada vez yo estaba un poco mejor y ella lo sabía, y era como… —busca— como si estuviera esperando a que yo estuviera lo bastante bien para entenderlo y lo bastante mal para no discutirlo.

—¿Cuándo se dio cuenta de que podía andar?

—El quinto día. Hasta el baño y vuelta, agarrándome. Y no se lo dije.

—¿No se lo dijo?

—No. —Se coloca la bolsa—. Por la noche me levantaba y andaba por el pasillo entre las camas, ida y vuelta, ida y vuelta. Como veinte veces. Y por la mañana no me podía levantar.

—¿Y ellos no lo sabían?

—Por la noche había una persona para las dos plantas y estaba abajo.

Eso también es verdad. Por la noche hay una para la uno y la dos, y está en el control de la uno, y sube cada dos horas.

—Yaiza. Esto es importante. ¿Firmó usted algo?

—No.

—Piénselo.

—No hace falta que lo piense. —Y aquí se pone dura—. Yo he firmado dos cosas en mi vida en ese edificio. Las siete páginas y una hoja de la comida, que me la dieron el primer día para poner si comía cerdo. Dos. Nada más.

—El diecinueve de septiembre de 2034 hay una solicitud de continuidad firmada por usted.

—Pues no la firmé.

—Con facultativo presente y registro.

—Pues no la firmé —repite, sin subir la voz—. Yo el diecinueve estaba en Villaverde. Salí un martes por la mañana por donde entran los camiones, andando, con una bata y unas zapatillas de papel, y nadie me paró porque a esa hora hay cuatro furgonetas y todo el mundo va a lo suyo.

Un martes.

El diecinueve de septiembre de 2034 fue martes.

Miro el surtidor de la gasolinera, que está apagado, y la máquina de café, que tiene una luz azul.

—¿Usted ha subido alguna vez a la dos? —dice.

—A la planta dos.

—Sí.

—No.

—Ya.

Capítulo 20

—Yaiza, yo no tengo ningún motivo para subir a la dos. Yo tramito ingresos. La dos es de otro equipo, tiene su facultativo y tiene su enfermera responsable, y si yo me presento allí un martes a preguntar cómo se firma una continuidad, lo que pasa es que me abren un expediente y no me contesta nadie.

—Ya lo sé.

—Entonces.

—Entonces no he venido por lo mío —dice.

Y se queda callada, y en la gasolinera un chico llena un depósito y el surtidor hace ese clic-clic de los litros.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí y no a su hermana? —digo—. Rebeca. Si esto es lo suyo, que lo mueva ella. Ella puede pedir cita, ella puede reclamar, ella tiene legitimación como unidad familiar designada y usted no tiene ninguna.

—Mi hermana no me habla desde 2034.

—¿Por?

—Porque piensa que la dejé con mi padre.

Y lo dice de una manera que no admite continuación, con la barbilla un poco levantada, y yo no continúo, porque eso es exactamente lo que diría Rebeca si Rebeca fuera la que está aquí sentada, y también lo que diría Yaiza si lo fuera Yaiza, y ya me he dado cuenta de que llevo tres conversaciones sin poder distinguir una cosa de la otra.

—Delia Cambra Vilanova.

—¿Perdón?

—Cambra Vilanova, Delia. Cuarenta años. Entró el tres de enero del año pasado.

—¿Y?

—La firmó usted.

Miro el reloj del salpicadero. Son las doce y cinco. Ya es viernes.

—Sigo escuchando.

—Está en el lote.

—¿Qué lote?

—El del treinta de junio. —Se coloca la bolsa, que es lo que hace cuando va a decir algo largo—. Al cierre de cada trimestre se procesan de golpe todas las continuidades de las que vencen el trimestre siguiente. Todas juntas. Un archivo, un día. En el de este junio hay treinta y ocho.

—Treinta y ocho continuidades.

—Treinta y ocho mujeres que todavía no han pasado los dieciocho meses. Delia los cumple el tres de julio. Tres días después. Por eso está.

—¿De dónde saca usted eso?

—Está en el listado.

—Enséñemelo.

—No.

—Yaiza.

—Es que si se lo enseño ya no me hace falta usted —dice, sin ninguna malicia, casi disculpándose—. Y usted todavía no ha dicho que sí.

Lo que dice del lote es verdad. Eso lo sé y no me hace falta comprobarlo: los expedientes se agrupan por trimestre porque la cancelación de deuda tiene que imputarse al trimestre contabilizado, y lo mismo pasa con las prórrogas, y lo mismo pasa con las bajas de las máquinas de vending. Aquí todo se agrupa por trimestre. Es lo más aburrido que tiene esta casa.

—Bueno —digo—. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Que un archivo no cambia nada. Delia cumple dieciocho meses el tres de julio, se procese su expediente el treinta de junio o el once de agosto. La ventana es la ventana. Es fisiología, no papeleo.

—Ya.

—Es que es fisiología, Yaiza.

—Ya —repite, y no discute, y esa manera de no discutir me molesta más que si discutiera—. Dígame usted una cosa. En nueve años, ¿cuántas ha visto salir?

—¿Salir cómo?

—Salir. Antes del umbral. Rehabilitación, y a casa.

Me quedo con la pregunta un momento.

—Tres.

—Tres.

—Tres en nueve años, pero eso no quiere decir lo que usted quiere que quiera decir. Salen pocas porque casi ninguna lo pide. Lo pide la que tiene a alguien fuera que le devuelva la deuda, y esa gente aquí no entra, porque si tuvieran a alguien así no habrían firmado.

—Vale. Y las tres que salieron. ¿Cómo salieron?

—Porque alguien lo movió.

—Eso.

Y se calla otra vez.

—Después del treinta —dice— ya no hay nadie moviendo nada. Porque en el papel ya está firmado que se quedan. Y a lo que ya está firmado no le mira nadie la fecha de la fisiología.

—¿Usted sabe lo que es una rehabilitación de dieciocho meses? —digo—. Yo he visto una. Cuatro meses de encamada, tres de andador, la mandíbula que no cierra bien porque se han perdido siete kilos de masa, la memoria hecha polvo el primer año. Y la deuda encima, entera y con intereses. Eso es lo que hay al otro lado de la puerta que usted quiere abrirle a Delia Cambra.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe?

—Lo sé bastante bien —dice, y se toca la boca por donde tiene el diente partido, sin darse cuenta de que se la toca—. Yo no digo que salir sea bueno. Digo que se pueda.

Bajo la ventanilla dos dedos. Empieza a hacer calor dentro.

—¿Y usted qué quiere que haga?

—Ya se lo he dicho.

—Dígamelo otra vez.

—Una certificación de origen. Sobre el listado. Con su certificado y con su acreditación.

—Yaiza, eso no saca a nadie de ningún sitio.

—No.

—Es un sello. Es un sello que dice de dónde salió un archivo.

—Sí.

—Entonces explíquemelo.

—Con ese sello hay una manera de parar el lote antes del treinta —dice—. Sin el sello no hay ninguna.

—¿Qué manera?

—Eso no se lo puedo decir todavía.

—Pues entonces esto se acaba aquí.

—Puede ser.

Se lo digo y no se mueve, y yo tampoco arranco.

—Yaiza, ¿usted se da cuenta de lo que me está pidiendo?

—Sí.

—No. —Me giro en el asiento—. Me está pidiendo que ponga mi certificado personal, el que uso para firmar consentimientos, debajo de un archivo que ha salido de este edificio sin permiso de descarga. Eso, si sale bien, es que no pasa nada. Si sale mal, es acreditación retirada, denuncia y una carta a mi casa. Y en mi casa hay una persona que depende de un tratamiento que paga esta empresa.

—Su hijo.

—Mi hijo.

—Ya.

—Y usted eso ya lo sabía el primer día, y lo dijo el primer día, y me pidió perdón por decirlo.

—Y se lo vuelvo a pedir.

—Pues no me lo pida. Contésteme.

—¿A qué?

—A por qué yo.

Se lo piensa. Es la primera vez que se lo piensa de verdad delante de mí, y tarda.

—Porque usted firmó las dos —dice—. La mía y la de Delia Cambra. Y en un papel las dos ponen V-cero-once.

—¿Quién es? —digo—. La persona que va a hacer esa cosa que no me puede contar. ¿Es un abogado?

—No.

—¿Es una asociación?

—No.

—¿Es alguien de dentro?

—No.

—¿Es prensa?

Yaiza tarda un segundo de más en contestar y contesta lo mismo que ha contestado tres veces.

—No.

—Pues ya no me quedan.

—Ya —dice—. Ya sé.

Y ahí se baja, y no del todo: se queda con la puerta abierta y un pie fuera, que es como se bajan las conversaciones que no se han terminado.

—Cambra Vilanova, Delia —dice—. Con be de Barcelona en Cambra.

Cierra.

Cojo el tique de la gasolinera de la última vez, que sigue en el hueco de la puerta, y escribo el nombre en el reverso con el bolígrafo malo. Cambra Vilanova, Delia. Con be.

Y debajo, sin pensarlo mucho: 3/07.

Son las doce y cuarenta. Faltan treinta y un días.

Capítulo 21

Existe.

Cambra Vilanova, Delia. Cuarenta años, Alcorcón. Expediente 20350103077-B. Vinculación: 3 de enero de 2035, que fue miércoles. Vinculadora: V-011.

Deuda: veintiséis mil cuatrocientos. Concepto: servicios de dependencia, Cambra Robles, Isidro, ochenta y un años, grado tres. Unidad familiar designada: Cambra Ferrán, Alicia, hija, dieciséis años en el momento del ingreso. Segunda hija: Cambra Ferrán, Noa, once.

Inducción: 3 de enero de 2035, mismo día. Vencimiento: 3 de julio de 2036.

Estado: reposo activo, planta 1, sector A, unidad 1A-041. Producción: estable. Rendimiento: medio.

Y hay una tercera hija que no hay: en el hueco de la segunda unidad familiar de reserva pone *no procede*, y debajo, en observaciones, hay una línea de la vinculadora —de mí— que dice *la candidata solicita que el informe trimestral se dirija a la hija mayor y no al domicilio del padre*.

Bajo hasta el final del expediente, hasta la hoja de admisión escaneada, que es la única cosa de todo esto que no la escribe ninguna de nosotras.

La hoja de admisión tiene, en la página tres, un recuadro de seis líneas que se llama **observaciones de la persona solicitante** y que está ahí desde el modelo de 2029 porque lo pedimos las catorce. No sirve para nada. No lo lee nadie. No entra en ningún

baremo y no se puede cruzar con ningún campo, y en cuatro mil seiscientas doce fichas yo he visto ese recuadro relleno unas trescientas veces.

Delia Cambra Vilanova lo rellenó. Con boli azul, con la letra pequeña y bien hecha de la gente que ha trabajado de cara al público, en tres líneas y media, sin salirse.

Quiero que conste que mi padre está bien atendido en el centro de día de la calle Zaragoza y que las personas de ahí no tienen ninguna culpa de esto. La deuda es de la residencia de antes, la de 2032, que nos la cobraron dos veces y no hubo manera.

También quiero que conste que se lo he explicado a mi hija mayor y que ella no está de acuerdo.

Está fechado el 3 de enero de 2035 y está firmado con la firma entera, nombre y dos apellidos, no con la rúbrica.

Lo leo dos veces y no me viene su cara.

Eso lo escribí yo. Es mi manera de escribir, con «la candidata solicita» delante, que es como escribo yo y como no escribe Pilar.

No me acuerdo de ella.

Enero de 2035 fueron cincuenta y siete vinculaciones en veinte días hábiles, con el cambio de umbral de deuda otra vez y con la planta a tope. Me acuerdo de la sala dos con la calefacción rota, de un cubo debajo de una gotera del pasillo y de que ese mes me comí catorce bocadillos de tortilla. De Delia Cambra no me acuerdo, y eso ya no me sorprende y hace tres años sí me habría sorprendido.

Lo siguiente es el lote.

En el portal, en la pestaña de coordinación, hay una hoja que se llama **previsión de cargas — Unidad de Prórroga** y que

actualiza alguien de la dos el primer lunes de mes. Es una tabla de siete columnas y la mira todo el mundo, porque de ahí salen los refuerzos y de los refuerzos sale el cuadrante.

Junio 2036. Continuidades programadas para cierre de trimestre: **38**.

Treinta y ocho. Está escrito en negro sobre blanco en una hoja de previsión de cargas de trabajo, entre la columna de altas de producción y la columna de mantenimiento de reservorios, con un pie que dice *estimación sujeta a variación*.

Miro la cifra un rato. Treinta y ocho no es un número que asuste por sí solo: en el segundo trimestre del año pasado hubo cuarenta y cuatro y no lo comentó nadie, porque si un año entran cuarenta y cuatro mujeres, dieciocho meses después vencen cuarenta y cuatro contratos.

Es la misma aritmética que hace que en septiembre haya cola en las papelerías.

Y ahora viene lo que llevo desde anoche queriendo hacer, que es demostrar que lo demás es mentira.

Cojo diez continuidades al azar de 2035. No de mi cartera: de todas, porque las continuidades las puedo consultar aunque no sean mías, que para eso están los expedientes. Y de cada una cruzo dos cosas: la fecha de la firma y el registro de incidencias de la unidad ese día.

Nueve de las diez, nada. Firma un martes, la unidad tiene sus constantes de las seis y sus constantes de las catorce y no pasa nada más en toda la semana.

La décima es **Ochoa Berruezo, Maite**. Unidad 1B-112. Continuidad firmada el 14 de febrero de 2035, miércoles, a las 11:20. Facultativo: Vilagrà, I.

Registro de incidencias de la unidad 1B-112: *aislamiento respiratorio estricto por gripe A, del 6 al 20 de febrero de 2035. Acceso limitado a personal asignado a la unidad. Suspensión de entradas de personal ajeno hasta el alta del aislamiento.*

Suspensión de entradas de personal ajeno.

La Unidad de Prórroga es personal ajeno. Lo pone en el organigrama y lo pone en el protocolo de aislamientos, que también es un pdf y que también me sé por encima: el aislamiento respiratorio estricto se lleva por la enfermera de la unidad y por nadie más, y las intervenciones no urgentes se aplazan.

Una firma no es urgente.

Me quedo con la pantalla partida, el aislamiento a la izquierda y la firma a la derecha, y estoy dos minutos así, y luego hago lo que hago siempre, que es buscarle la salida.

Y la salida está y es buena.

El campo de la firma es un campo. Uno. Se llama *fecha y hora de registro* y lo rellena el sistema cuando alguien sube el documento firmado al expediente. No hay campo de fecha de firma. Nunca lo ha habido. Yo misma he subido consentimientos tres días después de la firma, cuando la carpeta se me ha quedado en el office un fin de semana, y ahí figura el lunes.

O sea que ese documento pudo firmarse el cuatro de febrero, antes del aislamiento, y subirse el catorce.

Y también pudo firmarse el catorce.

Y el sistema no distingue, y llevo nueve años trabajando con ese sistema y hasta esta mañana no me había parecido un problema.

Con eso, la firma de Maite Ochoa deja de ser imposible y pasa a ser una de esas cosas que en una auditoría te ponen en amarillo y se explican en dos líneas.

Cojo otras diez de 2036, por barrer, y salen limpias las diez.

Anoto el expediente en el borrador del correo que tengo para mí misma, debajo del punto 4.2, y bajo a por la carpeta de las once y media.

En el hall, en la pantalla de la entrada, está pasando el vídeo institucional de siempre y detrás va el bloque de la campaña, y ahí sale ella: pelo rubio ceniza, camiseta negra, la clavícula al aire con los seis hilos dorados y la pulsera de graduación, sentada en el borde de una cama que no se parece en nada a una cama de aquí.

Kenia Roldós. Treinta y tres años. Estuvo dieciocho meses en la planta uno de un centro de Zaragoza, salió, se rehabilitó y ahora vive de contar que salió.

El treinta y uno por ciento se reintegra. Está en la memoria del año pasado y está en la web y lo dijeron cuatro veces en el pleno de marzo. Yo lo digo en la sala dos once o doce veces por semana y lo digo sin bajar la voz, porque es verdad.

Lo que pasa es que el treinta y uno por ciento no tiene cara y Kenia Roldós sí.

Yo la sigo. La sigo desde 2034 y la miro en el móvil los domingos por la noche, y no se lo he dicho a nadie, y si Pilar me lo preguntara diría que no.

Y sé por qué la sigo, que es lo peor: porque es la prueba andando, y porque yo necesito la prueba más que nadie de este edificio.

Capítulo 22

El viernes por la tarde hay tres vinculaciones y se cae una, y a la que se cae le llamo yo misma y resulta que no se ha caído: se ha equivocado de día. Le doy el lunes.

A las seis bajo al office.

Pilar está delante de la máquina dándole con el canto de la mano en el sitio donde hay que darle.

—Me ha comido el euro.

—Dale abajo.

—Ya le he dado abajo.

—Dale abajo y de lado a la vez.

—Eso es un mito.

Le da abajo y de lado a la vez y salen dos cafés y un euro.

—Vale —dice—. Vale, vale, vale. Toma, este es tuyo. Es tuyo por listilla.

—Y encima está peor.

—¿El café?

—El café. Desde que cambiaron la máquina. —Le da un sorbo y pone cara—. Antes era malo pero era el mismo malo todos los días. Ahora es malo distinto cada vez.

Nos sentamos en la mesa del office, que tiene una pata calzada con un cartón de la caja de los guantes desde antes de que yo entrara.

—¿Sabes lo que me ha pasado esta mañana? —dice—. Que me han quitado la de refuerzo.

—¿Qué de refuerzo?

—La chica que nos iban a mandar para las tardes de junio, que somos cuatro para doce vinculaciones diarias y llevamos desde marzo pidiéndolo. Pues nada. Se la ha quedado la dos.

—¿Prórroga?

—Prórroga. —Sopla el café—. Porque tienen tanda a final de mes.

—¿Tanda?

Pilar me mira por encima del vaso.

—Tanda. Cuando les caen un montón de continuidades del mismo mes. —Se encoge de hombros—. Suben refuerzo cuatro o cinco días y las sacan todas seguidas.

—¿Cuatro o cinco días?

—Cuatro o cinco. Eso me ha dicho Nati.

—¿Por qué cuatro o cinco?

—Yo qué sé, Nuria. Porque es lo que tardan. —Coge una galleta del paquete abierto que hay siempre y que no es de nadie—. Es como cuando aquí nos cae una tanda de altas y nos quedamos hasta las nueve. Pues ellas igual.

—¿Y quién es Nati?

—La de la dos. La grande, la de la coleta. La que trajo el roscón en enero.

—Ah, esa.

—Esa. Es un cielo. —Parte la galleta—. Lleva ahí desde el 30 y no se ha ido nunca de vacaciones en agosto, fíjate lo que te digo. Siempre coge septiembre. Dice que agosto es de las que tienen críos.

Se come la galleta y sigue, y sigue por donde le interesa a ella, que es por la refuerzo.

—Y encima la que nos iban a mandar era la prima de Vane, que es un desastre. Un desastre, ¿eh. Estuvo en admisión en Navidad y confundió dos expedientes en la misma mañana. Así que fíjate, casi mejor.

—Casi mejor.

—Pero es el principio, Nuria. Es el principio. Que a nosotras no nos mandan a nadie desde marzo y a la dos le mandan gente de fuera cada dos por tres.

—¿De fuera de fuera?

—De empresa. Los refuerzos de planta son de una ETT. Los nuestros no, los nuestros tienen que ser vinculadoras acreditadas y por eso no hay. —Da un sorbo—. Ellos cogen a cualquiera que tenga el título.

—¿Y no protestáis?

—¿Yo? Yo protesto todos los meses. —Levanta el vaso—. Lo que pasa es que yo protesto en el correo y lo tenía que hacer en el comité, y en el comité no me presento porque las reuniones son los miércoles a las siete y los miércoles a las siete yo tengo pilates.

—Ahí está el fallo del sistema.

—Ahí está —dice—. Pilates.

—El año pasado se presentó Vane.

—Y duró cuatro meses. Y salió llorando de una y pidió el traslado a admisión. —Se limpia una miga de la mesa con el canto de la mano —. Al comité va gente que sabe pelear, Nuria. Yo sé quejarme, que no es lo mismo.

—¿Y esa gente sale en el directorio?

—Qué va. Esos ni tienen correo. Tienen una acreditación de las de letra y ya está.

—Oye, ¿y tú cómo sabes todo esto?

—¿El qué?

—Lo de arriba. Las tandas, los refuerzos.

—Pues porque bajan a fumar. —Me mira como se mira a alguien que pregunta una obviedad—. Nati baja a las once y yo bajo a las once. Llevamos seis años bajando a las once.

—Yo no bajo a las once.

—Tú no fumas.

—Tú tampoco.

—Yo bajo igual —dice—. Bajar a fumar sin fumar es lo mejor que tiene este trabajo.

Y ahí se acaba, porque a Pilar la tanda de la dos le importa lo que le importa una tanda, que es nada, y porque lo que de verdad quiere contarme es lo de su sobrino.

—Oye, ¿tú sabes lo que me ha dicho el hijo de mi hermana?

—No.

—Que se casa.

—¿El de veintidós?

—El de veintidós. En septiembre. En una finca. Con doscientos veinte invitados. —Deja el vaso—. Doscientos veinte, Nuria. Yo en mi boda éramos setenta y nos pareció una barbaridad.

—¿Y con quién se casa?

—¿Y tú qué le vas a regalar?

—Dinero. En un sobre. Como toda la vida.

—Qué elegante.

—Elegantísimo. Y encima acierto. —Se recoge el pelo y se lo suelta —. Mi hermana dice que hay que llevar un detalle además del sobre. Un detalle. Doscientos veinte invitados con detalle, tú imagínate el cuarto de esa casa en octubre.

—Con una chica encantadora que se llama Ainara y que hace uñas. Encantadora. Yo no digo nada de la chica.

—Tú no dices nada de la chica.

—Yo digo lo de los doscientos veinte. —Recoge el vaso y el mío—. Y lo del vestido, que me tengo que comprar un vestido, y yo no sé comprarme un vestido. La última vez que me compré un vestido fue para el entierro de mi padre y no era un vestido, era un traje de chaqueta.

—Te acompaño yo.

—¿Tú?

—Yo.

—Tú vas de negro todo el año.

—Voy de negro porque me da igual, no porque no sepa.

—Eso es lo que dice la gente que no sabe.

—Mi madre cosía.

Pilar se para con el vaso a medio camino.

—¿Tu madre cosía?

—Cosía. Para fuera, en casa. Arreglos y algún vestido. —Me encojo de hombros—. Yo hacía los ojales.

—¿Tú haces ojales?

—Hacía. A los once años. Y bajos.

—Nuria, hija, llevas seis años sentada a metro y medio y esto me lo cuentas hoy.

—Es que no viene mucho a cuento.

—Es que no viene nunca a cuento contigo —dice, y se lleva los dos vasos a la papelera, y desde allí, girándose—: Un sábado de estos. Y comemos.

—Un sábado de estos.

Se va. Yo me quedo en el office los cuatro minutos que me quedan, con la mesa de la pata calzada y con el paquete de galletas abierto que no es de nadie.

En el corcho, encima del cuadrante de agosto, alguien ha colgado el folio de la formación obligatoria de septiembre. El tercer módulo se llama «Acompañamiento en la toma de decisiones difíciles» y dura dos horas.

Lo he dado tres veces. Es bueno.

A las siete menos veinte subo a la cabina y me pongo con la agenda de mañana.

Capítulo 23

El domingo lo hablamos en la cocina, con el papel de las cuentas por medio, porque en esta casa las cosas se hablan con el papel por medio. Es una costumbre que empezó en 2030, cuando él no podía sostener una conversación de cinco minutos y sí podía mirar una lista, y que ya no tiene ningún motivo clínico y que seguimos haciendo los dos.

Empieza él, porque llevaba una semana esperando y porque el domingo era el domingo.

—Nando son cuarenta y cinco. Cuatro jueves son ciento ochenta.

—Ciento ochenta —dice Bruno.

—Y no se ahorra nada quitando el grupo, porque el grupo es del plan.

—Ya.

—Puedo hacer ciento ochenta si Merche pasa de dos sesiones al mes a una.

Se queda quieto con el boli en la mano.

—No.

—Bruno.

—No. —Da un golpe en la mesa con el canto de la mano, uno, el suyo—. Merche no.

—Es una al mes menos.

—Merche es la que… —se para, aprieta los ojos, lo suelta— la que hace que salgan.

—Vale.

—Ferretería es de Merche. No es del grupo.

—Vale. —Cojo el boli y lo escribo—. Entonces dos jueves de Nando al mes y dos de nada.

—¿De nada?

—De nada. De estar en casa.

—Vale —dice, y se lo piensa, y añade—: O de la persiana.

—O de la persiana.

Escribe él la cifra abajo, noventa, y la subraya dos veces, y esa es la parte que le gusta.

El sábado por la tarde le sujeto la escalera mientras cambia la cinta de la persiana del cuarto, que le lleva una hora y cuarenta minutos y tres tacos, y que le sale.

Baja, se sienta en la cama, sube y baja la persiana cuatro veces y no dice nada.

—Ya está —digo.

—Ya está.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, oigo la persiana desde la cocina.

El lunes por la mañana entro a las ocho y hago una cosa que no me toca hacer, que es mirar mi cartera entera por estado de asignación.

No es que esté prohibido. Es que no se hace, porque no sirve para nada: la asignación la lleva atención familiar y las vinculadoras no tenemos nada que decir sobre el dinero de nadie. Pero la columna está y se puede ordenar por ella, como se puede ordenar por peso al ingreso o por provincia.

Tengo trescientas once mujeres en producción. De esas, doce tienen la asignación cesada.

Once son fáciles: fallecimiento del familiar designado, cambio de titularidad, un traslado a Rumanía. La doce es Mansilla Pardo, Rosa. Ingresada en 2032, continuidad en 2033, unidad 1B-088. Asignación a la unidad familiar designada: Mansilla Ortuño, Iker, hijo.

Baja de la asignación con efectos 01/04/2035. Motivo: incumplimiento del deber de comunicación de variación de datos (art. 12.3).

Catorce meses.

Miro el artículo 12.3, que me lo sé porque lo leo en voz alta en la página cuatro. Dice que la unidad familiar designada tiene que comunicar cualquier variación de domicilio, de composición o de titularidad de cuenta en el plazo de treinta días, y que el incumplimiento produce la suspensión de la asignación hasta la regularización.

Hasta la regularización. No dice hasta la sanción. Dice hasta que lo arregles. Es una suspensión, no una multa, y se levanta con un impreso.

Catorce meses con un impreso encima de la mesa.

A las nueve menos veinte llamo desde la línea, que a esta hora está libre, y lo hago como se hace una llamada de cortesía de informe trimestral, que es una cosa que hacemos y que además está bien.

—¿Iker Mansilla?

—Sí.

—Le llamo de Ardèvol Bienestar, de vinculación. Soy la enfermera que tramitó el ingreso de su madre.

Silencio de dos segundos.

—Vale.

—Le llamo porque he visto que la asignación de la unidad familiar figura de baja desde abril del año pasado y quería comprobar si es correcto.

—Es correcto.

—¿Sabe usted que se puede solicitar la reactivación?

—Sí.

—¿Y hay algún motivo por el que no…?

—Mire —dice, y no lo dice mal, lo dice como quien tiene que salir en cinco minutos—. Es que yo esto ya lo he mirado.

—Cuénteme.

—Yo me empadroné en casa de mi pareja en el 35. Ella tiene una ayuda de vivienda del Ayuntamiento y una beca de la niña, que no es mía, es de ella. La asignación de mi madre son cuatrocientos diez euros y cuentan como ingreso de la unidad de convivencia.

—Ya.

—Con esos cuatrocientos diez nos pasamos del umbral. Y no un poco: nos pasamos y perdemos la ayuda entera, que son quinientos

sesenta, y la beca, que son otros doscientos y pico en material y comedor.

—Entiendo.

—Y hay otra cosa. Si yo pido la reactivación, me la dan con efectos retroactivos, ¿no? Desde abril del año pasado.

—En principio sí.

—Pues eso son catorce meses de ingresos que aparecen de golpe en el ejercicio. Y entonces me revisan la ayuda de este año y me la reclaman. Y a lo mejor la beca también.

—Ya.

—Entonces yo lo que necesito es que eso se quede como está.

—Vale.

—Que no se mueva —dice—. Se lo digo en serio. Si ustedes lo mueven, aunque sea para arreglarlo, a mí me lo revisan.

Fuera de la cabina pasa el carro de Quique.

—¿Y su madre? —digo.

—¿Qué pasa con mi madre?

—Que si va usted a verla.

—Iba —dice—. Iba hasta el año pasado. Ahora es que trabajo los sábados.

—Ya.

—Oiga, ¿usted me va a mover algo?

—No.

—Vale. Pues gracias. —Y luego, cuando yo ya iba a colgar—: Oiga.

—Dígame.

—¿Ella está bien?

—Está estable. Constantes normales. Sin complicaciones.

—Vale.

—¿Quiere que le mande el informe del trimestre?

—A mi correo no —dice enseguida—. Al de mi hermana, que es Loli. Se lo doy.

Me lo da y lo apunto, y le repito las letras y me dice que sí, que esa, y colgamos.

En el campo de destinatario del informe trimestral no puedo poner un correo que no sea el de la unidad familiar designada. Lo dejo apuntado en un pósit y el pósit se queda pegado al monitor.

Me quedo con el casco puesto más rato del necesario.

Cuatrocientos diez euros al mes. Cuatro mil novecientos veinte al año. Iker Mansilla no reclama cuatro mil novecientos veinte euros porque reclamarlos le cuesta ocho mil, y esa cuenta la ha hecho él solo, sin abogado, en la mesa de su cocina, y le ha salido bien.

Nadie le ha amenazado. Nadie le ha dicho que no reclame. La empresa le suspendió la asignación en abril del año pasado por un impreso y desde entonces no ha tenido que hacer absolutamente nada más, porque el resto lo hace el sistema de ayudas del Ayuntamiento de Madrid, que es otro sistema, que no tiene nada que ver con este y que funciona exactamente igual.

Y su madre lleva ahí arriba desde 2032, produciendo, y ese dinero no ha dejado de generarse ni un mes.

Cierro la llamada a las nueve y cuatro y el sistema me pide la tipificación antes de dejarme salir.

Miro las siete opciones.

Marco la uno.

Capítulo 24

Buiría me para en el pasillo a las once y cuarto con la tableta contra el pecho.

—Se ha visto lo tuyo esta mañana.

—¿Y?

—Se queda abierto. Pendiente de aclaración. —Lo dice con cara de disculpa, que es peor—. Quieren la identificación de la persona.

—No sé quién era, Òscar.

—Ya. Eso está en la nota. —Se rasca la ceja—. Pero es que «no sé quién era» no cierra nada. Si aparece un nombre, se comprueba, se archiva y se acabó. Si no aparece, sigue abierto.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que aparezca. O hasta que la responsable de área decida archivarlo por falta de recorrido, que también se hace.

—¿Y eso cuándo se decide?

—En la sesión siguiente.

El uno de julio.

Subo a la dos a las dos y media, entre la última de la mañana y la primera de la tarde, y subo por la escalera y sin decírselo a nadie, y mi tarjeta abre la puerta a la primera porque la dos no está restringida para mí ni lo ha estado nunca.

Lo primero es la luz.

El ala oeste tiene un ventanal corrido a la altura de un metro noventa que recorre toda la galería, y a las dos y media de un tres de junio ese ventanal es una barra de luz de doce metros que cae en el techo y rebota. No se ve la calle. Se ve el cielo y el borde de una nube. Todo el sitio está iluminado desde arriba como una piscina.

Hay seis camas y cuatro están vacías, hechas, con la sábana doblada en pico.

Huele a limpio, no a hospital. Hay dos potos grandes en el alféizar interior. Hay una radio en un estante con el volumen muy bajo, puesta en una emisora de música clásica, y hay una pizarra blanca con nombres, horas y una carita sonriente dibujada al lado de una de las líneas.

Una mujer de cincuenta y pocos está haciendo movilización pasiva a la donante de la cama tres. Le tiene el brazo cogido por el codo y por la muñeca y le sube el hombro despacio, contando en voz baja, y a la mitad se para y le dice a la mujer dormida:

—Ya sé, ya sé. Un poquito más.

Se llama Nati. Me lo dice ella misma cuando me ve en la puerta y me pregunta si busco a alguien.

—Nuria Belmonte, vinculación. Tengo dos de mi cartera aquí arriba y no había subido nunca.

—¿Nueve años y no habías subido?

—Nueve años.

—Pues pasa, mujer.

Me enseña la galería como se enseña una casa. Me enseña la pizarra, que es de las movilizaciones y de las higienes. Me enseña

que en la cama uno hay una tarjeta de cumpleaños pegada en el cabecero con celo, de esas de purpurina, que la trajo una hija en marzo y que nadie ha quitado. Me enseña el carro de la sedación y me dice el nombre del compañero que lo lleva. Me enseña la ventana y me dice que el arquitecto era tonto.

—Un metro noventa —dice—. Un metro noventa. Para que no vean el aparcamiento. ¿Y qué van a ver? Nada. No ven nada.

Y luego le pregunto lo que he venido a preguntar y se lo pregunto de la manera más neutra que sé.

—Nati, la continuidad. ¿Cómo va?

—¿Cómo va el qué?

—El procedimiento. Yo firmo la entrada y nunca he visto lo de después.

—Ah. —Se limpia las manos con el gel—. Pues se baja la sedación en setenta y dos horas, escalonada. No de golpe, ¿eh, que hay gente que se cree que aquí las despertamos como en las películas. Setenta y dos horas. Y luego suben ellas solas.

—¿Y cuánto tardan en estar centradas?

—Depende. Dos días. Tres. —Se apoya en el carro—. El primer día no se enteran de nada. El primer día es de estar y ya está. Al segundo hablan y no se acuerdan de nada de lo que han hablado. Al tercero o al cuarto ya son ellas.

—¿Y ahí es cuando firman?

—Ahí es cuando viene el médico y valora. Y si valora, firman. Y si no valora, no firman y se espera.

—¿Y firman todas?

—No.

Lo dice sin pensárselo, que es lo que hace la gente que dice la verdad.

—Este año dos han dicho que no. Una de enero y una de abril.

—¿Y qué pasó?

—Pues que no firmaron. —Se encoge de hombros—. Retirada voluntaria, rehabilitación abajo y a su casa. La de enero se fue en marzo andando. La de abril está todavía en la uno haciendo la bajada.

—¿Y la deuda?

—La deuda vuelve. Eso es así y eso se lo dice el médico delante, con esas palabras. —Me mira—. Yo estoy delante cuando se lo dicen, ¿eh. Aquí no firma nadie que no sepa lo que firma. Eso lo tengo yo clarísimo.

Y lo tiene clarísimo. Se le ve en la cara y se le ve en la manera de decir «un poquito más» a una mujer que no la oye.

—Una cosa más y te dejo. ¿Alguna acaba intubada?

—Alguna sí. En la bajada, si el reflejo tarda. —Hace un gesto con la mano—. Unas horas, y fuera. Se quedan con la garganta hecha polvo dos días y protestando.

Bajo por la escalera.

En el descansillo del primero me paro y hago la cuenta entera, ordenada, como se ordena una entrega de turno.

Una galería con seis camas y cuatro vacías. Una ventana alta que no deja ver nada. Batas verde claro. Cuatro o cinco días de tanda. La

garganta. El puré. La deuda que vuelve, dicha en voz alta y con una cifra. El médico que valora. La carpeta.

Todo eso lo ha contado Yaiza y todo eso es verdad, y todo eso lo sabe también cualquier mujer que haya estado dieciocho meses en la planta uno de este edificio, y lo sabe cualquier hermana que haya venido cuatro veces a una visita trimestral y haya preguntado en el pasillo, y lo sabe Nati, y lo sabe Pilar, y lo sé yo desde hace nueve años sin haber subido nunca.

Lo que Yaiza cuenta no es lo que pasa aquí arriba. Es lo que pasa aquí arriba contado desde fuera, con el peor final posible pegado al final.

Y luego está lo otro, que es lo que me acaba de decir Nati sin que yo se lo pidiera y sin ningún motivo para decírmelo: que este año dos han dicho que no.

Si de verdad les hicieran firmar a la fuerza, ninguna diría que no. Esa es toda la aritmética.

Antes de subir, en el rellano del primero, saco el móvil y abro el calendario, que es donde llevo lo de Bruno.

Del tres al treinta de junio hay veintisiete días.

Cambra Vilanova, Delia. Vencimiento, tres de julio. Cuatro días después del cierre.

Entro en el office. Saco la cartera para dejar la tarjeta y me sale el tique de la gasolinera con el nombre escrito por detrás con el bolígrafo malo.

Lo tiro a la papelera, encima de un vaso de plástico.

Capítulo 25

El martes de línea entran doce llamadas y once son de dinero.

La séptima es una señora de Villaverde que quiere saber si puede cambiar el número de cuenta donde le entra la asignación de su hermana, porque el banco le ha cerrado la oficina y la ha mandado a una de Usera. Le digo que sí, que es el impreso de variación de datos, artículo 12.3, y que lo tiene en el portal y también en la puerta tres en papel. Le pregunto si tiene con qué imprimirlo. No tiene. Le digo que pase por la puerta tres cualquier mañana y que se lo den, y que lo entregue allí mismo y que le sellen una copia.

—¿Y si tardo?

—No tarde.

—Es que la de la oficina nueva me dijo que igual me lo hacían ellos.

—No espere a que se lo hagan ellos —le digo—. Hágalo usted y guarde el sello.

Once minutos. Tipificación: 6, comunicación de cambio de datos.

Cierro la línea a las nueve y cuatro y no me levanto.

En la cabina tres, a esa hora, no queda nadie. Se apagan las luces por sectores igual que en el aparcamiento, así que uno se queda dentro de un cuadrado de luz con todo lo demás oscuro, y desde aquí se oye la fregona del pasillo.

Abro el expediente IE-2036/0418.

Estado: abierto. Pendiente de aclaración. Responsable: Buiría Casals, Ò. Última actuación: sesión de cumplimiento normativo de

03/06/2036. Observación: *se requiere identificación de la persona que mantuvo el contacto o, en su defecto, motivación de la imposibilidad de identificarla.*

Motivación de la imposibilidad. Eso es un campo de texto y yo llevo nueve años rellenando campos de texto.

Podría escribir que la mujer no se identificó, que era de noche, que estaba enferma y que se marchó. Es lo que escribí en la nota del veintisiete de mayo y es verdad de la primera a la última palabra. Lo que pasa es que una motivación de la imposibilidad se lee en una sesión y en la sesión alguien pregunta si se le pidió el documento de identidad, y no se le pidió, y entonces la pregunta siguiente es por qué no.

Y después de esa pregunta viene el uno de julio.

Llevo todo el día pensándolo a trozos de siete minutos, mientras alguien firma la página cuatro, y sale siempre lo mismo: que el nombre que voy a dar es un nombre que ya está en esta casa, en un expediente, en la planta uno, con sus constantes de las seis y doce; que a mí me esperó una mujer en un aparcamiento y me pidió una firma que no le di; y que si no lo escribo, el expediente sigue abierto hasta el uno de julio, que es el mismo día en que se renueva el plan de Bruno.

Se contesta solo y llevo todo el día sin escribirlo, y eso también significa algo, y sé perfectamente qué.

Antes de escribir nada hago una cosa que llevo cinco días sin hacer y que tenía que haber hecho el mismo viernes: buscar.

En el buscador del móvil escribo Ardèvol y donación prolongada, y salen ciento veinte mil resultados y los primeros cuarenta son nuestros. La web. La memoria. Las marquesinas. Kenia Roldós.

Añado la palabra continuidad y no sale nada.

Añado la palabra denuncia y salen dos: una asociación de familias de Sevilla que en 2033 pidió que se publicaran los datos de reintegración por centro, y un pleno del Congreso de marzo del año pasado.

Y añado la palabra prórroga, y en la segunda página de resultados sale una pieza de un medio digital que se llama Reactivo, del quince de marzo de 2035, con un titular en interrogación.

¿Firman las donantes lo que creen que firman?

Está firmada por **Sara Isasi**.

La leo entera. Son ochocientas palabras y no tienen un solo documento dentro. Tienen a una mujer que habla sin nombre, una descripción de un despertar que podría haberla escrito cualquiera que haya visto una serie, y una respuesta de la empresa de tres líneas.

Y debajo, al pie, en cuerpo pequeño, hay una nota de la redacción del veinte de marzo de 2035 que dice que el medio rectifica parcialmente la información publicada el día quince, que la fuente principal no ha podido acreditar la condición que se le atribuye y que la pieza se mantiene accesible por transparencia.

Cinco días. La desmontaron en cinco días.

Busco Sara Isasi y sale lo que sale: un nombre, cuarenta y un años, catorce piezas en año y medio, ninguna sobre esto desde marzo de 2035 hasta hoy.

Y sale una foto pequeña de perfil, de las que ponen los medios digitales, hecha contra una pared blanca.

El pelo recogido. Sin coletero, en la foto.

Cierro el móvil y lo dejo boca abajo en la mesa de la cabina.

El diecinueve de mayo estuvo sentada medio metro por detrás de Encarna Vidal, en la butaca que no usa nadie, preguntándome cuánto tiempo llevaba haciendo esto.

Abro la ampliación de nota. Escribo. Borro. Escribo otra vez.

Ampliación a nota interna de 27/05/2036.

Durante el contacto, la persona manifestó verbalmente llamarse Yaiza Preciado Sanjuán. No aportó documentación y no se le requirió, dado que el contacto se produjo en el aparcamiento, fuera de horario, y que la persona presentaba signos de enfermedad aguda.

Consultado el expediente correspondiente a dicho nombre, consta donante en reposo activo en esta instalación, con continuidad validada. Por los datos que la persona manejaba —cuantía de la deuda, unidad familiar designada, fecha de intervención quirúrgica de 04/09/2034— considero verosímil que se trate de un familiar directo de la donante, con acceso a las comunicaciones remitidas a la unidad familiar. En el expediente figura como unidad familiar designada Preciado Sanjuán, Rebeca, hermana.

No consta a esta profesional ninguna otra circunstancia.

Lo leo entero tres veces.

No hay una sola palabra falsa. Está la fecha del contacto, está el nombre que me dio, está mi conclusión con el verbo en condicional, que es como se escriben las conclusiones cuando uno no las sabe, y está la frase con la que se cierran todos los informes de esta casa desde antes de que yo llegara.

Y no está el veintiocho de mayo, ni el veintinueve, ni las doce y cinco del treinta.

Ni Delia Cambra Vilanova.

Ni una certificación de origen.

Ni un listado con marca de agua que he visto tres columnas de una vez y del que sé que existe.

Eso es lo que hace la última frase. *No consta a esta profesional ninguna otra circunstancia.* En un informe eso significa que no hay nada más que aportar. En esta cabina, a las nueve y veinte de un martes, significa otra cosa.

Y lo escribo igual, porque si escribo lo demás no hay ninguna versión de esto en la que yo siga trabajando aquí el treinta de junio.

Hay una versión de esta ampliación que lo cuenta todo, y esa versión dejó de existir el veintisiete de mayo a las once y doce de la noche, que es cuando firmé la primera nota diciendo que el contacto había sido uno.

Firmo con el certificado.

El sistema me devuelve la pantalla de cierre de actuación y me pide dos cosas antes de dejarme salir. La primera es una casilla de veracidad, que marco. La segunda es un desplegable de dos opciones y se llama *naturaleza del contacto*:

Único Reiterado

Lo miro un rato. Fuera pasa la fregona y se para y vuelve a pasar.

Marco «único».

Ampliación registrada. 03/06/2036, 21:26. Expediente IE-2036/0418: continúa abierto, pendiente de comprobación de identidad.

Y debajo, sin cambios, la línea de siempre: *conciliación de reconocimientos suspendida*.

Interludio B

ARDÈVOL CONTIGO Boletín interno · nº 74 · junio 2036

¡Hola, familia Ardèvol!

Arrancamos junio con muchas ganas y con el ventilador ya puesto 🌞. Aquí tenéis lo importante del mes.

🏅 VINCULADORA DEL MES: ROCÍO CASANOVAS

Este mes reconocemos a Rocío, de Vinculación (planta baja), por su **excelencia de continuidad asistencial**: tres de las personas acompañadas por Rocío han decidido este año prolongar su vinculación con nosotros. ¡Eso no pasa por casualidad!

Le hemos preguntado por su secreto y nos ha dicho:

> «Yo lo que hago es escuchar. Si la primera hora sale bien, todo lo demás sale bien. Y no meterles prisa, que eso se nota.»

Gracias, Rocío. Encontrarás un pequeño detalle en tu taquilla 💛

Recordad que el reconocimiento por consolidación preferente se refleja automáticamente en vuestro módulo. Si tenéis dudas sobre la conciliación, escribid a personasycultura@ardevol.es.

🌴 CUADRANTE DE AGOSTO

¡Ya está resuelto el sorteo de la primera quincena! Los resultados están publicados en el portal. Gracias a todas por la paciencia y

muy especialmente a quienes habéis hecho cambios entre vosotras para que cuadre. Sois lo mejor de esta casa.

Recordad: los cambios acordados hay que comunicarlos **antes del 20 de junio**.

🥣 LA RECETA DE MARILÓ (mantenimiento)

Gazpacho de toda la vida

1 kg de tomate maduro, medio pimiento verde, medio pepino, un diente de ajo (uno, no tres), 50 ml de aceite, un chorrito de vinagre, sal y un trozo de pan del día anterior remojado.

Truco de Mariló: el pepino, pelado. «Si no, repite y luego en el turno de tarde os acordáis de mí.»

💛 CUIDARTE TAMBIÉN ES CUIDAR

Os recordamos que el **programa Hilo® para empleadas** abre nueva convocatoria el 15 de junio. Sesiones en la planta 2, en horario de descanso, sin coste. Plazas limitadas por orden de solicitud.

Personas y Cultura · Noe ¿Tienes algo que contarnos? ¡Escríbenos! Este boletín es de todas.

Capítulo 26

El boletín llega el miércoles a las siete y media de la mañana y lo leo en el coche, en el semáforo de la entrada del polígono, porque llega con un asunto que dice *¡Ya está el cuadrante!* y con un emoji.

Rocío Casanovas es vinculadora del mes. Hay una receta de gazpacho de Mariló, de mantenimiento, y hay una advertencia sobre el pepino.

Pilar me manda un mensaje a los cuatro minutos: *La Casanovas. La Casanovas, Nuria. Con lo de la primera quincena y encima esto.* Y luego otro: *Bueno, se lo merece.* Y luego otro: *Se lo merece un poco.*

En el calendario de la farmacia, en el margen de abajo de la hoja de junio, sigue el treinta y cuatro escrito a lápiz de la semana pasada. Lo borro con el dedo, que se borra mal, y escribo veintiséis encima.

El miércoles a las ocho y veinte entro en la unidad compartida para dejar el cambio de quincena firmado, porque Personas y Cultura ha pedido que los cambios acordados se comuniquen antes del veinte y a mí se me olvidan estas cosas.

La carpeta de coordinación tiene siete archivos y el mío es el tercero. El cuarto se llama *pedido semanal — lencería y fungibles*.

Lo abro porque está ahí y porque llevo veintitantos años en esta profesión y en esta profesión se miran los pedidos, que es donde se ve de verdad lo que hace una planta.

Semana del 2 al 8 de junio.

Planta 1, sector A: 118 juegos de cama, 118 de higiene. Planta 1, sector B: 96 y 96. Planta 2: 6 y 6. Nivel −2: 44 y 44. **Nivel −3: 31**

y 31.

Treinta y uno.

Cierro el pedido y abro el módulo de expedientes, y aquí hay que saber una cosa que sabe todo el mundo aquí y que no sabe nadie de fuera, y es que hay dos módulos.

El módulo de expedientes es el público. Público quiere decir que lo vemos las vinculadoras, atención familiar, planta y admisión. Ahí está cada mujer con su nombre, su número, su unidad, su deuda cancelada, su unidad familiar designada y su historia clínica. Es el que uso cien veces al día.

El módulo de producción es el otro. Ahí no hay nombres. Hay códigos de unidad, ciclos, rendimientos y cifras, y ese lo llevan arriba, y yo solo veo la parte de mis mujeres y solo veo *estable* o *no estable*.

En el público filtro por ubicación: nivel −3.

Diecinueve.

Diecinueve expedientes. Los cuento a mano en la pantalla, uno por uno, porque no me fío del contador. Diecinueve nombres, con sus fechas de ingreso, de 2029 a 2034. Entre ellos, tres de los míos: Consuelo Arjona, la del gato; una señora de Fuenlabrada que entró en 2032; y una mujer de treinta y cuatro años que ingresó en 2033 y de la que no me acuerdo.

De los diecinueve, catorce entraron entre 2029 y 2031. Cinco entre 2032 y 2034. Ninguno después. Eso también tiene sentido: la ausencia de reclamante es cada vez menos frecuente porque desde el 32 se exige designar a alguien aunque sea un primo, y si no hay nadie hay que motivarlo por escrito, y motivarlo por escrito da pereza, y por eso ahora aparecen primos.

Treinta y uno menos diecinueve son doce.

Lo primero que hago no es pensar: es volver a contar, porque cuando un número no encaja lo que falla nueve de cada diez veces es el que cuenta. Cierro las dos pantallas, voy a por agua, vuelvo, abro el pedido desde cero y el módulo desde cero, y cuento con el dedo, línea por línea, hasta abajo.

Diecinueve.

Me sirvo un café y vuelvo, y hago lo que hay que hacer, que es buscarle las salidas.

Salida uno: el pedido lleva reposición. Se piden más juegos de los que se usan porque se manchan, se rompen y se pierden. Compruebo la proporción en el −2, que es el nivel del que sí sé cuántas unidades hay: cuarenta y cuatro juegos. Filtro el módulo público por −2: cuarenta y uno. Tres de margen sobre cuarenta y uno.

En el −3 el margen serían doce sobre diecinueve. Eso no es reposición. Eso es otra planta.

Salida dos: el módulo público no indexa todo. Esta es la buena y lo sé antes de comprobarla, porque me lo dijo Buiría hace dos semanas con la tableta contra el pecho: lo anterior a la migración de 2034 está en frío, y de 2029 y 2030 aquí hay cosas dibujadas con rotulador.

Doce expedientes de 2029 o 2030 que no se migraron bien y que están en una cinta en un proveedor.

Doce mujeres que sí están, con su cama y su juego de sábanas, y cuyo papel está en otro sitio.

Es una explicación decente. Tiene una sola pega, y la pega es que si el papel está en una cinta, alguien de esta casa tiene que estar

mirando algo todos los días para saber a quién le pone la vía, a qué hora, y con qué pauta. Eso no se saca de una cinta que tarda tres semanas y cuesta dinero. Eso se saca de una pantalla.

O sea que las doce están en algún módulo.

Solo que no en el mío.

Eso es lo que es. Y sin embargo lo que hago a las nueve menos cuarto, antes de bajar a por la carpeta de la primera, es entrar en el formulario de solicitudes de acceso y rellenarlo.

Solicitud de acceso puntual a nivel −3. Solicitante: Belmonte Sanz, Nuria. Acreditación V-011. Motivo: verificación de ubicación física de unidades de cartera propia (3 expedientes) y comprobación de correspondencia entre módulo de expedientes y ocupación real del nivel. Duración solicitada: 30 minutos, acompañada.

Acompañada. Lo escribo yo, sin que me lo pidan, porque una solicitud que pide ir sola es una solicitud que se deniega sola.

Y lo del motivo también lo escribo con cuidado. No pongo que faltan doce juegos de sábanas, porque el día en que yo ponga por escrito que he estado mirando los pedidos de lencería del nivel −3, alguien de esta casa va a leer esa frase y va a hacer exactamente la misma cuenta que he hecho yo esta mañana, y no sé qué pasa después de esa cuenta.

Pongo tres expedientes de mi cartera. Es verdad. Es una verdad de las que caben en un campo.

Enviar.

Solicitud registrada con referencia SA-2036/1177.

Capítulo 27

La respuesta llega a las once y cuarenta y dos, entre la segunda y la tercera, y tarda menos que un correo de Personas y Cultura.

SA-2036/1177 — RESUELTA: DENEGADA

Motivo: el acceso a nivel −3 requiere perfil de cumplimiento normativo o superior (Norma de accesos y trazabilidad, punto 6.2).

Para consultas sobre ubicación de unidades sin reclamación puede dirigir su solicitud a la responsable de área a través del canal ordinario.

Este mensaje se genera automáticamente. Por favor, no responda.

Servicio de accesos. Sin firma, sin nombre, sin nada.

Lo leo dos veces y lo archivo, y lo que noto es una cosa rara que no sé bien dónde poner, y es alivio. Alivio de que no me haya contestado una persona. Alivio de que no haya habido un «Nuria, ¿esto para qué es?».

Y detrás del alivio, la idea que de verdad me molesta y que no tiene nada que ver con el −3: que en esta casa se puede pedir cualquier cosa y que lo que contesta es un servidor, y que una puede pasarse nueve años aquí sin que ninguna de sus preguntas llegue a una persona.

Por la tarde, a las cinco y media, Buiría aparece en la puerta de la cabina con una caja de plástico transparente.

—¿Tienes un minuto?

—Tengo dos.

—Es por lo de la revisión. —Deja la caja en la mesa. Dentro hay tarjetas grises apiladas y un rollo de etiquetas—. Tengo que hacer la trazabilidad de tu tarjeta.

—¿De mi tarjeta?

—De accesos. Es el punto tres de la revisión que me asignó Herminia. —Se sienta en el borde de la mesa, como siempre—. Hay que sacar el histórico de puertas de los últimos noventa días y contrastarlo con tu perfil. Es un coñazo, pero se hace solo. El problema es que para sacarlo hay que dar de baja el chip y volver a darlo de alta, y mientras tanto tú no puedes entrar en ningún sitio.

—¿Cuánto tarda?

—Lo mandas el miércoles y te vuelve el lunes. Cinco días. —Levanta las manos—. Yo también he preguntado si no se puede clonar y no. No se puede clonar. Es por seguridad, dicen. Y si es por seguridad ya no hay más conversación.

—Vale.

—Entonces te doy una provisional.

Saca una de la caja. Es gris en vez de blanca, no lleva foto y no lleva nombre. En la esquina de abajo, impreso en pequeño, pone PROVISIONAL — 07.

—Del lote de cumplimiento —dice—. Tengo diez y me las cuentan, así que no la pierdas, que si pierdes una tengo que rellenar un impreso que tiene once campos y uno de ellos es «circunstancias».

—No la voy a perder.

—Eso dijo Vane.

Le doy la mía. Me da la gris. Yo me la quedo mirando un momento, porque llevo nueve años con una tarjeta que tiene mi cara y un número, y esta no tiene nada.

—¿Y con esta abro lo mismo?

—Con esa abres lo que abras tú, que se te clona el perfil. —Cierra la caja—. Lo que pasa es que no lleva foto, así que si te para Nacho en la puerta tres le enseñas el carné y ya está. Y no la dejes en la mesa, que se traspapelan.

—¿Y el perfil cuándo se clona?

—Esta mañana, cuando pedí el lote. —Se rasca la ceja—. Es todo bastante tonto, ¿eh. Yo he pedido diez porque diez es el mínimo, no porque haya diez personas. Las otras nueve se quedan en el cajón hasta septiembre y en septiembre caducan y hay que devolverlas.

—Se va a alegrar el proveedor.

—El proveedor se alegra siempre.

—Òscar.

—Dime.

—¿Esto lo estáis haciendo con todo el mundo?

—Con todo el mundo, no. —Cuenta con los dedos—. Con quien tenga expediente abierto. Ahora mismo tres personas, y una es un chico de mantenimiento que se dejó una puerta abierta en abril, así que no te agobies.

—No me agobio.

—Es que es literalmente un informe de puertas, Nuria. Sale un pdf con una columna de fechas y una columna de lectores. Yo lo miro,

veo que has entrado por donde entras siempre, escribo dos líneas y a la sesión.

—¿Y eso cierra el expediente?

—Eso cierra el punto tres. —Se levanta—. El expediente lo cierra la identificación. Y esa no la tengo yo.

Se va con mi tarjeta metida en una bolsita de plástico con cierre, como si fuera una muestra.

Y mientras se aleja por el pasillo pienso una cosa que no tiene nada que ver con la tarjeta y que llevo pensando desde el martes: que si todo esto es una historia que se ha montado una hermana desde fuera, la hermana ha metido dentro un nombre y una fecha que son verdad.

Delia Cambra Vilanova existe, entró el tres de enero de 2035 y vence el tres de julio de 2036. Eso lo he comprobado yo en el módulo, no me lo ha dicho nadie.

Una mentira no suele traer una fecha correcta dentro.

Y ese es Buiría entero: ha venido él, con una caja, a las cinco y media, a explicarme un procedimiento que podía haberme mandado por correo y a decirme sin decírmelo que en su lista hay un chico de mantenimiento y yo.

El cordón se me rompió en marzo, así que llevo el de la Fundación de un congreso de 2031, y en el enganche la gris hace un ruido distinto contra el reloj. Más seco. Se nota.

La tarde son tres vinculaciones y la última se me va a las siete menos cuarto, porque el marido de la candidata se pone a discutir con ella en la página cinco delante de mí y hay que parar quince minutos.

Cuando se van, la mujer se queda en la puerta y me dice, sin que le pregunte:

—Él no lo entiende porque él tiene trabajo.

Y se va detrás de él.

A las siete menos veinte bajo al almacén del office a por papel de la impresora, que está en el cuartito del fondo y que nunca abro yo, porque el cuartito lo abre Quique y yo lo que hago es pedírselo.

Quique se ha ido a las siete menos media.

Paso la gris por el lector por probar y el piloto se pone verde.

Cojo tres paquetes de papel y dos cajas de grapas.

Dentro, en la estantería del fondo, hay cuatro cajas de guantes de talla pequeña, que es la talla que nunca hay arriba, y me llevo una y la dejo en la cabina, y eso es un robo de dos euros y me da exactamente igual.

Dejo la puerta como estaba y subo, y por el camino pienso que tengo que acordarme de decirle a Quique que el papel se está acabando.

Capítulo 28

Salgo de Valdemoro a las siete y media y en la A-4 hay retención desde el kilómetro dieciocho por una obra que empezó en marzo y que consiste en un cartel y dos conos.

Llamo a casa desde el coche. Da tres tonos y lo coge.

—¿Sí?

—Soy yo. Voy en la cuatro y hay lío. Llego sobre y cuarto.

—Vale.

—¿Has comido?

—Sí.

—¿Qué has comido?

—Lo de ayer.

—Vale.

Y cuelga él, que es lo que hace siempre y no significa nada, salvo cuando lo hace en el segundo tono, que hoy no.

Llego a casa a las ocho y diez y sé que ha ido mal antes de dejar el bolso, porque la tele está apagada.

Bruno está sentado a la mesa con la camisa puesta. La camisa se la pone para la analítica y no se la quita en todo el día cuando el día ha sido de los malos, porque quitársela también cuesta.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—¿A qué hora te han pinchado?

—Ocho y media.

—¿Y has desayunado luego?

—Sí.

Ha desayunado, porque el vaso está en el escurridor y lo ha puesto él. Lo que no ha hecho es nada más en once horas, y eso también se ve, porque la libreta está donde la dejé anoche y el cojín del sofá está exactamente igual.

Los días de analítica son así. Ocho horas de ayuno, la punción, el viaje, el calor, y a partir de las seis de la tarde la cabeza deja de sostener. Merche lo llama fatiga cognitiva y en el informe pone «fluctuación intradía». En esta casa se llama un día malo.

Merche me explicó una vez lo que pasa por dentro y me lo explicó con una imagen que se me quedó. Me dijo que él tiene las palabras, todas, que no ha perdido ninguna, y que lo que ha perdido es parte del camino hasta ellas. Los días buenos coge el camino de siempre. Los días malos el camino está cortado y tiene que dar la vuelta por otro sitio, y dar la vuelta cansa, y cuando ya has dado la vuelta once veces desde por la mañana, a las ocho de la tarde no das ninguna más.

Y me dijo otra cosa, que es la que uso: que en los días malos hay que bajar la exigencia de la conversación, no la del interlocutor. Que se le habla igual. Que lo que se cambia es de qué.

Le pongo el plato delante y come, y en la mitad deja el tenedor y dice:

—Estoy casado.

—¿Qué?

—Casado. —Se para. Se le pone la cara de cuando lo oye y no puede pararlo—. Casado. Casado. No. Ca… —Da un golpe con el canto de la mano. Otro—. Ca. Sa. Ca. Sa.

—Bruno.

—Espera.

—Espera nada, que llevas todo el día...

—¡Espera! —Y no lo grita, lo dice muy alto y muy despacio, que es peor—. Ca. Sa. Do. Casado. Casado.

Se le ha metido dentro. Cuando se le mete una palabra equivocada en el circuito ya no hay manera, porque cada vez que la repite la refuerza, y él lo sabe, y por eso Merche le enseñó a soltarla y hablar de otra cosa dos minutos, y ahora mismo no puede soltarla porque no le queda con qué.

Y entonces coge el pastillero de la semana, que estaba a su derecha desde el domingo, y lo tira.

No lo tira contra nada. Lo barre con el antebrazo hacia el suelo y se abre en el aire, y las siete tapas hacen siete ruidos distintos, y las pastillas se van por debajo de la nevera y por debajo del mueble y una llega hasta el recibidor.

Silencio.

Me agacho y empiezo a recoger. Él no se agacha, porque agacharse a coger cosas pequeñas del suelo es lo que peor lleva de todo, y porque si se agacha ahora es mucho peor.

—Los martes son azules —digo, desde el suelo—. Los miércoles llevan la blanca partida.

—Ya lo sé.

—Ya lo sé yo también. Lo digo por ir en orden.

Recojo veintiuna. Están numeradas por días y por franjas, y las tapas son de siete colores, así que reconstruirlo no es difícil: es lento.

Faltan tres. Dos aparecen debajo del radiador con la escoba de mango largo. La tercera no aparece, y la busco con la linterna del móvil debajo de la nevera y debajo del mueble y en el rodapié, y no está, y las cosas pequeñas que se caen en esta cocina aparecen a los cuatro días en el sitio más tonto.

Es la del jueves por la mañana. Hay caja de reserva en el cajón de arriba. Saco una, la pongo en su hueco y cierro la tapa del jueves.

Cuando me levanto está de pie, apoyado en la encimera, mirando el fregadero.

—No era… —dice—. No era. A ti.

—Ya.

—No a ti.

—Ya lo sé.

—Perdón.

Y esa le sale entera y a la primera y limpia, como le salen siempre las que se usan mucho, y por eso suena a poco y por eso él pone la cara que pone después de decirla.

—Ven —le digo.

—¿Qué.

—Los puños.

Se acerca y estira el brazo derecho. La mano derecha le cierra pero no le pinza, y un botón de puño es una pinza. Se lo abrocho yo. Le hago el izquierdo también, que ese lo hace él, pero ya que estoy.

—Vale —dice.

—Vale.

Y luego, mirando la manga:

—Casado.

—Bruno.

—Que lo digo yo. —Y se ríe una vez, con la boca cerrada—. Lo digo yo cuando quiero. Ahí está la diferencia.

—¿Quieres algo de postre?

—No.

—Hay yogur.

—He dicho que no.

—Vale.

—Hay yogur —repite, con mi voz, calcada, con la entonación y todo —. Hay yogur. Siempre hay yogur. En esta casa lo que hay es yogur.

—Vale, tío. Ya está.

—Ya está —dice.

Y se queda ahí, apoyado, con las mangas abrochadas, y a los diez segundos:

—¿De qué?

—¿De qué qué?

—El yogur.

—De limón.

—Uno.

Se toma uno.

Sube a las nueve y media.

Y como es junio y hace veintiocho grados de noche, bajo el altillo del armario del pasillo, saco el nórdico de verano y dejo el de invierno en su sitio. La urna está detrás, donde está desde enero de 2031, con la tapa atornillada y la placa lisa. La aparto para sacar la funda, la vuelvo a poner y cierro el altillo.

Hago la cama de Bruno con él dentro, media por cada lado, que es un truco de planta y que él aguanta porque a estas horas ya le da igual.

Capítulo 29

Veinticinco días.

Ainhoa Sepúlveda Tejera tiene cita en el −2 el jueves a las diez.

No es visita trimestral: es visita de adaptación, que es una figura que existe desde 2033 para primeros ingresos, que se concede una vez y que hay que pedir. La pidió ella el veintisiete de mayo y me la pidió a mí, por el correo de vinculación, con una frase de dos líneas y sin faltas.

Las visitas de adaptación las hace normalmente atención familiar. Lo que pasa es que atención familiar son cuatro personas para toda la casa y que si la familia pide expresamente a la vinculadora, se apunta a la vinculadora, y la vinculadora baja en su horario y luego recupera.

Lo apunté yo misma en la agenda el veintisiete de mayo, entre una vinculación de las once y otra de las doce, y lo apunté antes de leer la solicitud entera.

El −2 huele a lavandería. Es lo primero. Abajo no huele a limpio como la dos: huele a la lavandería, que está al lado, y ese olor caliente de sábana secada sube por el hueco de las escaleras y se queda.

Hay un pasillo, cuatro salas de visita numeradas y una zona de espera con seis sillas, una máquina de agua y un cartel enmarcado en el que una mujer sonríe con los hilos dorados. Es el mismo cartel de arriba. Lo han puesto también aquí.

Ainhoa llega a las diez menos cinco con una chica de su edad que se queda en las sillas.

Se parece a su madre en la barbilla. Lleva una camiseta de tirantes y una chaqueta encima, y la chaqueta se la ha traído por si acaso, porque a todo el mundo le dicen que abajo hace frío.

—Hola. Soy Nuria, la que estuvo con tu madre el día del ingreso.

—Ya lo sé —dice—. Me lo contó.

Le explico el protocolo. Una persona por visita, veinte minutos, la sala tiene una cristalera y la unidad está al otro lado, y no se puede pasar. Se puede hablar. Se oye, aunque ella no responda. No se pueden dejar objetos.

—¿Objetos?

—Cosas. Ropa, fotos, lo que sea. No se pueden dejar.

Se le va la mano a la mochila y la saca otra vez.

—¿Le puedo dejar esto? —dice, y saca la foto de todas formas.

Es una foto de las de cabina, en tira, de cuatro. Marisol y ella, apretadas, con la cabeza junta. En la primera salen serias y en las tres siguientes se están riendo, y en la última Marisol tiene los ojos cerrados.

—No se pueden dejar objetos en la unidad.

—Ya, pero es un papel.

—Es un objeto.

—Vale. —La mira otra vez y la mete en el móvil, entre la funda y la carcasa, que es donde la llevaba.

—Puedo hacer una cosa —le digo—. Puedo anotar en el expediente que has traído una fotografía y que has solicitado dejarla. Eso queda.

—¿Y para qué sirve?

—Para nada. Queda.

—Pues anótalo.

Traen a Marisol a las diez y cuatro. La bajan en la cama, con la vía tapada y el nórdico fino de la casa, y la colocan al otro lado de la cristalera de la sala tres.

Ainhoa entra.

A las diez y ocho sale.

Cuatro minutos.

No está llorando. Tiene la cara de alguien que ha estado apretando los dientes y todavía no ha aflojado, y va derecha a la zona de espera y coge el bolso.

—Ainhoa.

—Es que no huele a ella —dice.

—Ya.

—Es que no… —Se coloca la chaqueta en el brazo—. Perdona. Perdona, que has bajado tú y todo.

—No pasa nada.

—Es que le han puesto colonia. La de aquí. Y no es la suya.

Se le quiebra en «suya» y lo arregla enseguida, tosiendo.

—¿Puedo volver en el trimestre?

—Puedes.

—Vale. —Y ya en el pasillo, girándose—: ¿Se lo puedes decir tú?

—¿Decirle qué?

—Que he venido.

—Se lo digo.

Se van las dos por la escalera. El celador me dice que tiene la sala hasta y veinticinco.

—¿Está la sala tres libre hasta y veinticinco?

—Hasta y veinticinco. —El celador mira el papel—. ¿La subo ya?

—¿Puedes darme diez minutos?

—Te puedo dar hasta y veinticinco, que es lo que pone. Yo me voy al office y vuelvo.

—Vale.

—Es que si la subo antes de hora, luego arriba está la de higiene y me lía —dice, y se va con el carro.

Entro.

La cristalera es de las que no se abren y llega hasta el techo, y la cama está a un metro. Marisol tiene el pelo corto por detrás y crecido por delante, y en la nuca todavía se le nota la línea recta de la peluquería del dieciocho de mayo, tres semanas más abajo de donde estaba, con esa franja de pelo nuevo que hace que un corte se vea viejo.

Alrededor del punto de acceso, en la clavícula izquierda, se lo han cortado con maquinilla. Es un óvalo de dos dedos. Es lo que yo le describí en la sala dos y es exactamente eso.

No lleva el anillo. Se lo entregaron a Ainhoa el veinticuatro de mayo y consta en observaciones de enfermería.

Peso registrado esta mañana: sesenta y cinco con nueve. Ha perdido dos y medio en veinte días, que es lo normal de la primera fase y que a mí me sigue pareciendo mucho.

En la pizarra de la sala, escrito con rotulador rojo por alguien de planta, pone: **1A-118 · higiene 8:40 · movilización 9:10 · visita 10:00 (adaptación)**. Y al lado, con otra letra, una carita.

Le digo que ha venido su hija. Le digo que ha venido y que se ha quedado poco, y que se ha llevado el anillo y que le manda decir que ha venido. Se lo digo entero, con la sala vacía y la cristalera en medio, y me oigo decirlo y no me da vergüenza, porque he hecho esto once o doce veces y porque lo hacen todas.

Luego me callo.

Me quedo hasta y veinticinco y luego me quedo hasta y media, porque el celador está en el office y no vuelve hasta las once menos veinte y no hay nadie más abajo.

Miro la gráfica del índice de vigilia que hay colgada al pie de la cama, que es una hoja de papel plastificada con una línea plana, y la miro como se mira una gráfica cuando no hay nada que mirar.

Y en algún momento me doy cuenta de que llevo un rato cantando, muy bajo, con la boca casi cerrada, y de que llevo así desde antes de mirar la gráfica.

Cuando vuelve el celador, la manta se le ha quedado torcida por el lado de la vía.

Se la coloco yo antes de que la suban.

Capítulo 30

El viernes por la mañana la primera es a las ocho y media y es una mujer de Pinto que trae los papeles en una carpeta con gomas y que se llama Puri, y que en la página tres me pregunta si la deuda se cancela también para su marido, porque es ganancial.

Se cancela. Se cancela entera y para los dos, y en el momento en que se lo digo se le suelta la cara igual que se le soltó a Marisol Tejera, y por lo mismo, que es que llevaba cuatro meses cargando con una cosa que no era verdad.

Termino a las nueve y diez. Tengo hasta las diez.

El módulo de producción tiene un selector en la esquina de arriba a la izquierda que se llama *ámbito* y que tiene dos opciones.

Lo he tenido delante nueve años.

Está donde están esas cosas, encima de la tabla, en gris sobre gris, al lado del icono de exportar y del icono de imprimir, y pone PRODUCCIÓN GENERAL, y yo nunca lo he tocado porque la producción general es donde están mis mujeres y porque cuando una herramienta se abre ya en el sitio donde tú trabajas, no le miras el desplegable.

La segunda opción se llama PRODUCCIÓN N3.

Y no la he tocado tampoco porque el ámbito de una tabla es de esas cosas que uno da por hechas. Hay un desplegable de provincias en el impreso de variación de datos y yo no he mirado nunca si vienen las cincuenta y dos. Vienen. No hace falta comprobarlo.

El viernes por la mañana, entre la primera y la segunda, la abro.

Tarda dos segundos y medio en cargar, que es más de lo que tarda la general, y sale una tabla.

Treinta y una filas.

3-01. 3-02. 3-03. 3-04.

No hay nombres. No hay una columna de nombre, no está vacía, es que no existe: las columnas son código de unidad, fecha de inicio, ciclo, rendimiento del último ciclo, media de los tres últimos y *conciliación física*, con una fecha de verificación al lado.

Mi perfil me deja ver seis columnas de las once que se intuyen por el ancho de la tabla. Las otras cinco salen en gris con un candado pequeño. No pido acceso. No hay ningún botón para pedirlo.

Bajo hasta el final. 3-31. Treinta y una unidades, treinta y una filas, treinta y un juegos de sábanas la semana pasada.

Miro las cabeceras de las cinco que no puedo abrir. Los candados no llevan texto, pero las columnas tienen ancho, y por el ancho se adivina si dentro va una fecha, un número corto o un párrafo. Dos son estrechas. Dos son de fecha. La última es ancha.

No hay ningún botón para solicitar acceso. Hay un enlace pequeño que pone *¿problemas con esta vista?* y que abre un formulario de incidencias informáticas con tres campos y un desplegable de *tipo de error*.

Y ahora cruzo.

Consuelo Arjona Peñalver, ingreso en marzo de 2031, nivel −3. En el módulo de expedientes tiene nombre, fecha de nacimiento, deuda cancelada, dos alergias y una anotación mía en el margen del anexo dos sobre un gato. En el módulo de producción general no está, porque las de −3 no salen ahí.

En PRODUCCIÓN N3, buscando por fecha de inicio, sale una fila que empieza el 14 de marzo de 2031.

3-07.

Consuelo Arjona es la 3-07.

Hago lo mismo con las otras dos mías. La señora de Fuenlabrada, que se llama Encarnita Ruzafa y que entró en septiembre de 2032, es la 3-14. La mujer de treinta y cuatro años de la que no me acuerdo, que se llama Sonia Bellido, es la 3-22.

Y luego hago lo que llevo dos días queriendo hacer, que es coger las diecinueve del módulo público, ordenarlas por fecha de ingreso y ponerlas al lado de las treinta y una de aquí, ordenadas por fecha de inicio.

Diecinueve encajan. Cada una con la suya, con el mismo día, algunas con el mismo día y otras con un día de diferencia, que es la distancia entre firmar e inducir.

Doce filas se quedan sin pareja.

Y esas doce no son doce huecos, ni doce errores, ni doce expedientes en una cinta en un proveedor.

Son doce filas con datos. Con fecha de inicio, con ciclo, con rendimiento del último ciclo y con media de los tres últimos. La 3-02 lleva desde octubre de 2029. La 3-19 lleva desde junio de 2029. La 3-26 desde 2030. Todas tienen rendimiento y todas tienen una fecha de conciliación física del uno de junio, que fue el domingo pasado.

Doce mujeres que producen todos los días y que no tienen nombre en ninguna pantalla a la que yo llegue.

Y una cosa más, que es la que me hace levantarme a por agua: las doce están conciliadas. Todas. Las treinta y una tienen OK y todas

tienen la misma fecha, el uno de junio, que fue domingo. O sea que el domingo pasado alguien bajó y las contó.

Y aquí está lo que no me esperaba, que es que esto no me lo han escondido. Esto está a un clic. Es un desplegable de dos opciones que tiene todo el mundo en esta casa y que se abre en tres segundos, y lo único que hace falta para verlo es tener algún motivo para mirar, y en nueve años no lo he tenido nunca.

Y las doce tienen todas fecha de inicio anterior a 2032. La más nueva es de agosto de 2031. Desde entonces, aquí abajo, todas las que entran tienen nombre en el otro módulo.

Eso también encaja con lo que me dijo Buiría, y con lo de los primos, y con que en el 32 se cambiara el criterio de la ausencia de reclamante. Encaja tan bien que si yo estuviera contándole esto a alguien, ahí es donde pararía.

Me quedo un rato con la tabla en la pantalla.

Se me pasa la segunda vinculación. Baja Quique a decírmelo y le digo que suba a la señora, y la señora sube, y la atiendo, y firma las siete páginas y me pregunta si su hermano podrá seguir cobrando aunque esté en Alemania. Podrá. Se lo explico bien. Le doy el impreso.

Vuelve a bajar a la una menos veinte y me quedo sola en la cabina con el bocadillo.

Ordeno la tabla por código, de arriba abajo, y la miro entera otra vez, despacio, porque estoy buscando algo y me niego a admitir que lo estoy buscando hasta que lo encuentro.

3-17. 3-18.

3-19.

Inicio: 27/06/2029. Ciclo: 271. Rendimiento último ciclo: 1,08. Media de los tres últimos: 1,06. Conciliación física: **OK — 01/06/2036**.

Capítulo 31

Los viernes esto se vacía a las siete.

A las siete y cuarto quedan las de la tarde y el celador de guardia. A las siete y media queda el celador. A las ocho menos veinte, cuando bajo por la escalera del ala este, en toda la planta baja hay una luz encendida y es la del office.

Llevo la bata puesta. Eso lo he pensado a las seis y cuarto y me ha parecido una idiotez y luego me la he puesto igual, porque una mujer con bata bajando una escalera de servicio es una enfermera y una mujer sin bata bajando una escalera de servicio es una mujer bajando una escalera de servicio.

La escalera del ala este baja hasta el −3 y es la única que lo hace. Los ascensores llegan al −2. Eso está en el maestro de plantas y lo miré el miércoles.

Menos uno: puerta metálica, cristal reforzado, y detrás el parking.

Menos dos: puerta igual, y por el cristal se ve el pasillo de las salas de visita, apagado, con la máquina de agua iluminada por dentro porque esas máquinas no se apagan nunca.

Menos tres: la escalera se acaba. No hay más peldaños. Hay un rellano de metro y medio por metro y medio, una puerta igual que las otras dos y un lector a la derecha, a la altura del pecho.

Y aquí es donde me paro, y no me paro por miedo: me paro a repasar.

Si se abre y hay alguien dentro, digo que soy Belmonte, vinculación, y que vengo a verificar la ubicación de tres unidades de mi cartera. Eso es verdad. Está escrito, con esas palabras, en la solicitud SA-

2036/1177, que presenté el miércoles a las nueve menos cuarto y que está denegada.

Lo de que está denegada es lo que no digo.

Y si me preguntan por qué he bajado con una solicitud denegada, digo que la tarjeta abrió y que pensé que se había resuelto. Eso no es verdad.

Miro el techo del rellano para ver si hay cámara y hay un detector de humo y una luz de emergencia y nada más, y me doy cuenta a la vez de dos cosas: de que la he buscado, y de que hace tres semanas yo no sabía dónde estaban las cámaras de mi propio aparcamiento.

Paso la gris.

El piloto se pone verde. El cerrojo hace un clic y luego, medio segundo después, otro más corto, que es el pestillo secundario, y la puerta cede.

Lo primero es la temperatura.

Arriba estamos a veintidós y aquí hay diecinueve, y se nota en los antebrazos antes que en ningún otro sitio. Es una diferencia pequeña y es la que hay entre una planta pensada para que la gente trabaje ocho horas y una planta pensada para otra cosa.

Lo segundo es que no está a oscuras. Hay una tira de led corrida a media altura, en modo nocturno, que da luz suficiente para andar y para leer una etiqueta y no para leer un papel. Es exactamente la luz que ponemos arriba de once de la noche a seis de la mañana. Es una decisión clínica y está bien tomada.

Lo tercero es el ruido, que es el clima por arriba y, por debajo, un sonido que conozco: bombas de perfusión. Muchas. Cada una con su ritmo, y todas juntas hacen una cosa que no es un ritmo.

Y lo cuarto, que es lo que no me esperaba, es que huele a limpio. A jabón de manos y a suelo fregado hace poco.

El pasillo tiene doce metros y luego gira a la izquierda y sigue. Las puertas están a los dos lados y cada una tiene una etiqueta blanca impresa a la altura de los ojos, con el código en cuerpo grande, negro sobre blanco: **3-01**. **3-02**. No hay nombres en las puertas. Arriba tampoco los hay, para que se sepa: arriba lo que hay en la puerta es el código de unidad, y el nombre está dentro, en la ficha del pie de la cama.

En el codo del pasillo hay un mostrador de control con una silla, un monitor apagado, un termo y una taza puesta boca abajo encima de un papel de cocina.

No hay nadie.

De noche hay una persona para la uno y la dos y sube cada dos horas; para aquí abajo hay una ronda a las ocho y otra a las diez. Lo dice el cartel de turnos que está pegado con celo en el lateral del mostrador, y lo dice con una tabla hecha en un procesador de textos, con los bordes de la tabla puestos a mano.

Son las ocho menos cuatro.

Y hay una tercera cosa que no hago y que llevo tres días sin hacer, y es abrir la 1A-041.

La 1A-041 está en la planta uno, sector A, dos plantas por encima de mi cabeza, y para verla no hace falta ninguna tarjeta gris: hace falta bajar del ascensor y girar a la derecha.

Antes de moverme hago dos cosas.

La primera es mirar el cartel de turnos entero, porque un cartel de turnos te dice más de una planta que media hora de conversación. Aquí abajo hay una auxiliar por la mañana, una por la tarde, y por la

noche lo cubre la de la uno con dos rondas. Los nombres están escritos en la columna del mes y son siempre los mismos tres. No hay enfermera fija: hay una responsable que baja los martes y los viernes por la mañana y que se llama Chelo.

La segunda es contar puertas. Doce en el primer tramo, del 3-01 al 3-12. El pasillo gira y en el segundo hay diecinueve más. Treinta y una. Coincide con la tabla y coincide con la lencería, y esa es la primera vez en dos semanas que un número me sale a la primera.

Voy a la 3-07.

La puerta no tiene cerradura, tiene un pomo. Se abre.

Consuelo Arjona Peñalver, setenta y nueve años, cinco años y tres meses de reposo. Está tapada hasta el pecho con la sábana en pico. Tiene la vía central en la subclavia derecha y el apósito con fecha del martes. Está muy delgada y es lo que hay: cinco años son cinco años.

Le han cortado las uñas.

Están cortas y limpias y bien hechas, sin picos, y las de la mano izquierda están cortadas por alguien que era diestro, porque el borde va en el mismo sentido en las cinco.

Y yo me quedo mirando esas uñas y noto una cosa que tardo dos segundos en reconocer y que es agradecimiento, y luego me quedo con el agradecimiento en la mano sin saber dónde ponerlo.

Le miro los talones, que es lo que se mira. Tiene taloneras de gel en los dos. La piel de debajo está bien.

3-14: Encarnita Ruzafa. Igual.

3-22: Sonia Bellido, treinta y siete años ahora, tres de reposo. Esta sí me suena en cuanto le veo la cara, y me suena de la sala dos, y

no me acuerdo de nada más.

Las tres están donde dice el módulo. Las tres tienen la ficha al pie de la cama con su nombre y su expediente, en la funda de plástico de siempre.

Salgo al pasillo y son las ocho y cuatro y la ronda no ha bajado, y eso quiere decir que la de las ocho la hacen tarde, que es lo que pasa en todas las plantas de todos los sitios en los que he trabajado.

Vuelvo sobre mis pasos.

3-22. 3-21. 3-20.

Capítulo 32

3-19.

La puerta es igual que las otras treinta. La etiqueta está impresa con la misma fuente y a la misma altura y se ve que las pusieron todas el mismo día.

Dentro, la ficha del pie de la cama está en la misma funda de plástico que las demás y es la misma hoja.

Y no tiene nombre.

Donde en la de Consuelo Arjona pone *Arjona Peñalver, Consuelo* y debajo el número de expediente de once dígitos y una letra, aquí pone:

UNIDAD 3-19

Inicio de reposo: 27/06/2029. Edad: 78. Peso: 41,2. Pauta: base 4, sin variaciones desde 03/2033. Reclasificación: 01/2031. Alergias: penicilina.

Alergias, penicilina.

Amparo Sanz Robledo tuvo un edema de glotis con doce años en un ambulatorio de Villaverde y lo contaba en todas las comidas de Navidad, con las manos en el cuello, hasta que a alguien se le ocurría cambiar de tema.

Leo la hoja entera antes de levantar la cabeza. Lo hago porque es lo que se hace: la ficha primero y el paciente después, para no entrar en una habitación con una idea puesta. Es lo que me enseñaron en el 89 en una planta de traumatología y es lo que he hecho todos los días desde entonces.

Cuarenta y un kilos con doscientos.

Base 4 sin variaciones desde marzo de 2033. Tres años y tres meses con la misma pauta. Eso es lo que se pone cuando un cuerpo va bien y no da problemas y no hay nada que ajustar.

Levanto la cabeza.

Es Amparo.

Tiene el pelo blanco, corto, peinado hacia atrás y con la raya donde se la hacía ella. La cara se le ha ido hacia dentro por debajo de los pómulos y la mandíbula se le ha quedado un poco abierta, que es lo que pasa. La ceja izquierda tiene la cicatriz de la caída del bar de Villaverde, la de 1998, la que se hizo contra el canto de una mesa y por la que estuvo tres meses diciendo que había sido el suelo.

Y en la mano izquierda, encima de la sábana, tiene el meñique torcido hacia fuera desde la segunda falange, de una rotura del 84 que nunca se soldó y que ella contaba que fue con un saco de patatas, y no fue con un saco de patatas.

Es Amparo.

Miro el gotero. Base 4 es una pauta de mantenimiento estándar y va a veintiuno con dos.

Miro el apósito de la subclavia derecha, que tiene fecha del martes tres, escrita con rotulador y con letra de alguien que escribe rápido.

Le miro los talones. En el derecho hay una úlcera por presión de grado uno, un enrojecimiento de dos centímetros que no blanquea, y encima hay una talonera de gel y una hoja de registro con dos firmas del jueves. O sea que la han visto, la han registrado y la están tratando.

Le miro las manos otra vez y le miro las uñas, que también están cortas y limpias y hechas por la misma persona diestra.

La sábana está bien puesta.

La habitación está a diecinueve grados.

La hoja de registro de la úlcera tiene las dos firmas y una casilla de valoración cada veinticuatro horas, y las casillas están puestas al día hasta el jueves. La de hoy está vacía porque la ronda de las ocho no ha bajado.

En el suelo, debajo de la cama, está el enchufe de la bomba con el cable recogido en ocho y sujeto con una brida, que es como lo recojo yo y como lo recogen todas las que aprendieron a recogerlo en un sitio donde no había bridas de sobra.

Yo lo que hago ahora, exactamente, es esto: le miro la pauta otra vez, le miro el gotero otra vez, compruebo que la alarma de oclusión está activada y compruebo el nivel del reservorio, que está a media bolsa y que llegará hasta la ronda de la mañana.

No toco nada.

Salgo. Cierro la puerta con el pomo, que hace el mismo ruido que el de la 3-07.

En el pasillo son las ocho y once. La ronda sigue sin bajar.

En el mostrador de control, la taza sigue boca abajo encima del papel de cocina.

Me acuerdo de la 3-02, que empieza en octubre de 2029, y de la 3-26, que empieza en 2030, y de que hay doce puertas en este pasillo con una etiqueta y sin una hoja con un nombre dentro. Podría abrir la de al lado. Está a cuatro metros y tiene un pomo.

No la abro. Y no la abro porque son las ocho y once y porque la ronda va a bajar, y esa es la razón que me doy y es la razón que uso.

Subo por la escalera del ala este y no me paro en el −2 ni en el −1. En la planta baja, en el pasillo de vinculación, la luz automática se enciende por tramos igual que en el parking.

Me lavo las manos en el office, treinta segundos, con el jabón de arriba, que huele igual que el de abajo porque es el mismo jabón.

Me quito la bata y la dejo en mi taquilla.

En la cabina quedan dos cosas pendientes de hoy. La primera es la hoja de reprogramación de la candidata que no vino el lunes y que ya tiene fecha nueva, el diecisiete; la firmo y la dejo en la bandeja. La segunda es un correo de atención familiar preguntándome si la unidad familiar designada de una de las mías puede cambiarse por un sobrino, y contesto que sí, que con el impreso de variación de datos y con el libro de familia, y le pego el enlace del portal porque si no lo pego lo vuelven a preguntar el lunes.

Firmo el cierre de turno.

Nacho está en la garita de la puerta tres con el ventilador puesto y la radio con el fútbol.

—¿Ya te vas?

—Ya me voy.

—Qué calor, ¿eh?

—Malísimo.

—Y hasta septiembre.

—Y hasta septiembre.

Cojo el coche a las nueve y veinte y salgo por el camino de servicio, que es lo que llevo haciendo tres semanas, y en la marquesina no hay nadie.

Paro en el Mercadona de la salida, que cierra a las diez.

Compro leche, pan de molde, cuatro yogures de limón y un paquete de fresas que están de oferta y que me van a durar dos días.

En casa, Bruno está viendo un documental sobre el trasvase Tajo-Segura y me pregunta si he traído algo dulce, y le digo que fresas, y dice que las fresas no son dulces, son fruta.

Capítulo 33

El sábado voy con Pilar a comprarse un vestido.

Empezamos a las once en un centro comercial de Getafe y salimos a las dos y cuarto con un vestido verde botella con manga corta, y antes de ese vestido se prueba nueve. En el séptimo, uno cruzado que le hacía un bulto en la cintura, sale del probador y me dice:

—Dime la verdad.

—No.

—¿No qué?

—No ese.

—Vale. —Se mete otra vez—. Es que a mí me gusta.

—A ti te gusta el color.

—Me gusta el color.

—Pues el color lo tienes en el verde.

Comemos en un sitio de menú del centro comercial y hablamos de la boda, de que su hermana quiere que vayan todos de la familia con algo azul, y de que a Pilar eso le parece de secta.

A las cinco estoy en casa. Bruno ha tenido a Nando el jueves y tiene agujetas en el gemelo derecho y está encantado con las agujetas, porque las agujetas son una cosa de gente normal.

El domingo hago la compra, pongo tres lavadoras y por la tarde cambio la bombilla del baño, que llevaba desde marzo.

El domingo por la noche, después de la última lavadora, me siento en la cocina con el móvil y miro las cuentas.

La cobertura de Bruno se renueva el uno de julio si estoy en estatus activo el treinta de junio. El expediente IE-2036/0418 se ve el uno de julio. La analítica de septiembre está pedida. El vestido de Pilar costó cincuenta y nueve con noventa y cinco.

Luego apago la luz de la cocina y subo, y me duermo a la una y me despierto a las cuatro y media y no me vuelvo a dormir, y a las seis me levanto y adelanto el desayuno de los dos.

El lunes entro a las ocho. Veintiún días.

Lo primero es la tarjeta. Buiría está en su mesa comiéndose una tostada de máquina y me da la blanca dentro de la bolsita de plástico.

—Toma. Y esa me la devuelves.

Le doy la gris. La mete en la caja con las otras nueve.

—¿Ya está el informe?

—Ya está. Cuarenta y una páginas de puertas. —Se limpia la mano en el pantalón—. Puerta tres, escalera, cabina, office, planta baja, planta baja, planta baja. Doscientas ochenta veces la puerta tres en noventa días.

—Es que entro por ahí.

—Es que entras por ahí. Yo lo he puesto tal cual: «sin incidencias de acceso». —Se encoge de hombros—. Punto tres cerrado.

Me pongo la blanca en el cordón. Hace el ruido de siempre.

Y el resto de la mañana lo hago entero: tres vinculaciones, una de ellas con una candidata de sesenta años que llora al principio y no al

final, un correo de atención familiar y la hoja de preparación de mañana.

A las doce y media, en el office, Pilar me enseña una foto del vestido puesto en su casa, con zapatos, y me pregunta si con esos zapatos o con los otros. Con esos.

—¿Y el pelo?

—Recogido.

—¿Recogido cómo?

—Pilar, en septiembre.

—En septiembre es dentro de nada —dice.

A la una y media abro las dos pantallas.

En la izquierda, el módulo de expedientes. **Sanz Robledo, Amparo.** Expediente 20290627041-M.

Ingreso: 27 de junio de 2029, 11:40. Vinculadora: V-011. Inducción: 27 de junio de 2029, 19:05. Deuda cancelada: 87.140 €. Unidad familiar designada: Belmonte Sanz, Nuria, hija. Continuidad: 12 de diciembre de 2030. **Retirada clínica: 14 de enero de 2031.** Causa: complicación infecciosa. Facultativo: Ordás, M. Renuncia de verificación y entrega: 14 de enero de 2031, firmada por Belmonte Sanz, Nuria. **Estado del expediente: cerrado.**

En la derecha, PRODUCCIÓN N3. Fila 3-19.

Inicio: 27/06/2029. Ciclo actual: 271.

Y debajo, en la vista reducida que me deja mi perfil, la serie de rendimiento por trimestres, que son veintiocho barritas de nada, y que empiezan en el tercer trimestre de 2029 y llegan hasta el segundo de 2036.

Ninguna está vacía.

Voy a la de enero de 2031, que es la barrita once. Está. Mide igual que la de antes y igual que la de después. En el primer trimestre de 2031 la unidad 3-19 produjo un uno coma cero cuatro de media, que es lo mismo que produjo en el cuarto de 2030 y lo mismo que produjo el año pasado.

En el expediente de la izquierda, el 14 de enero de 2031 hay una retirada clínica y una firma mía.

En la tabla de la derecha, el 14 de enero de 2031 no hay nada. No hay una interrupción, no hay una caída, no hay una barra a cero. No hay un día distinto de los demás.

Lo compruebo tres veces porque tres veces es lo que se comprueba una cosa que no puede ser.

La primera vez pienso que estoy mirando otra fila y no estoy mirando otra fila: el código de arriba pone 3-19 y la fecha de inicio pone 27/06/2029, y ese es el día en el que yo estuve sentada en la sala dos leyendo siete páginas en voz alta.

La segunda vez pienso que la serie es acumulada y que por eso no baja. No es acumulada. Pone media por trimestre y al lado, entre paréntesis, pone *media*.

La tercera vez no pienso nada. Cuento las barritas hacia atrás desde hoy y llego a la once y me quedo con el cursor encima, y el sistema me saca el globito amarillo de siempre: *1T2031 · 1,04 · conciliado*.

Cinco años y cinco meses de producción por encima de una muerte.

Bajo al pie de la fila, donde está el campo que llevo mirando desde el viernes sin entender bien qué era.

Conciliación física: OK — 01/06/2036.

Y entonces abro el módulo de rendimiento, el mío, el de las cuentas, y bajo hasta el final.

RECONOCIMIENTO 12 — PENDIENTE DE CONCILIACIÓN — Y.P.
Conciliación suspendida. Expediente IE-2036/0418 en tramitación.

Pendiente de conciliación.

Eso quiere decir que hay un sitio en esta casa donde se comprueba que el cuerpo está donde dice el papel. Que alguien, o algo, cruza una lista con otra lista y pone OK o pone pendiente. Que si un cuerpo falta, el sistema lo sabe y lo dice, y lo dice en un campo, en gris, en la esquina de una pantalla que mira una vinculadora una vez al mes.

Llevo dos años viendo esa palabra y creyendo que era un error de la migración.

No es un error. Es el sistema funcionando exactamente como está diseñado.

Y si el sistema sabe cuándo falta un cuerpo, sabe siempre dónde está cada uno.

El uno de junio de 2036, hace ocho días, alguien de esta casa bajó al −3, se puso delante de la 3-19 y confirmó que estaba.

Capítulo 34

El expediente de mi madre está cerrado desde el 14 de enero de 2031. Un expediente cerrado se consulta pero no se toca: sale en gris, con un candado arriba y con una nota que dice que para cualquier actuación hay que pedir reapertura a la responsable de área.

Lo que no se cierra es el archivo de vinculación.

El archivo de vinculación es otra cosa y lo llevamos nosotras, porque somos las que atendemos la línea. Es donde van los contactos posteriores a la firma: la fecha, la hora, el medio, quién lo atendió, la tipificación y el audio, si lo hay. Se conserva siete años por obligación normativa y luego se purga solo. Es el sitio más aburrido de esta casa.

Y es aburrido a propósito, que eso también hay que decirlo. El archivo de vinculación existe porque en 2028, en el ensayo, hubo un caso en Zaragoza de una mujer que dijo que había llamado tres veces y no constaba ninguna, y a partir de ahí se grabó todo y se conservó todo. Lo pusimos nosotras. Lo pedimos en una reunión y lo firmamos catorce.

Entro por expediente. Escribo el número. 20290627041-M.

Un resultado.

REGISTRO DE CONTACTOS POSTERIORES A LA FIRMA
Expediente 20290627041-M · Sanz Robledo, Amparo

Fecha	Hora	Medio	Operador/a	Tipificación
29/06/2029	03:14	Teléfono	Belmonte Sanz, N. (V-011)	1 · Consulta informativa

Duración: 04:51 Archivo de audio: disponible Conservación hasta: 29/06/2036

Me quedo con la tabla en la pantalla y hago lo que hago con las tablas, que es leerlas por columnas.

La firma fue el 27 de junio a las 11:40. El plazo de revocación son setenta y dos horas: hasta el 30 de junio a las 11:40. El contacto es del 29 a las 03:14. Está dentro. Está dentro con treinta y dos horas de margen.

La inducción fue el 27 a las 19:05. O sea que cuando entró esa llamada, la 3-19 llevaba treinta y dos horas en latencia y la llamada no la hizo la 3-19.

La hizo Amparo Sanz Robledo desde algún sitio del edificio en el que todavía estaba despierta, porque en 2029 el protocolo era ese: se firmaba, se subía a la unidad, se hacía la inducción y había un teléfono en la mesilla hasta la inducción, y después de la inducción no.

Y aquí me paro, porque ese dato yo lo tengo por dentro y no lo tengo por el expediente. Lo tengo porque en 2029 el teléfono de la mesilla lo pedimos nosotras, y lo pedimos con un argumento que escribimos entre varias y que decía que una persona que va a firmar el mayor documento de su vida tiene que poder llamar a alguien la noche anterior.

Lo firmamos catorce. Lo puso Herminia en marzo.

Me paro.

Eso no puede ser, porque a las 19:05 del 27 se induce y a las 03:14 del 29 ya no hay nadie que pueda coger un teléfono.

Vuelvo al expediente. El expediente está cerrado y en gris, pero se lee, y dentro de un expediente cerrado están todos los documentos

que se subieron antes de cerrarlo, y uno de ellos es la hoja de inducción.

Vuelvo al expediente y busco la hoja de inducción.

Inducción 27/06/2029, 19:05. Suspendida a las 19:20 por reacción cutánea a antiséptico. Reprogramada. Inducción efectiva: 29/06/2029, 09:50.

Ahí está.

A mi madre se le retrasó la inducción treinta y ocho horas por un eccema.

Y en esas treinta y ocho horas hubo una noche, y en esa noche, a las tres y catorce de la madrugada, en una habitación de la planta baja, con un teléfono en la mesilla, Amparo Sanz Robledo llamó a la línea de atención al donante.

En 2029 la línea de noche la cubría una vinculadora de guardia y la cubría desde su casa, con un desvío al móvil, porque no había turno de noche y porque el volumen no daba para poner a nadie. Entraban tres o cuatro llamadas al mes y casi todas eran del mismo tipo: gente que no podía dormir la noche antes de la inducción. Nos lo decíamos entre nosotras. Se llamaban las de las tres, porque casi siempre eran a esa hora.

Se atendían igual desde una cocina que desde una cabina, y eso también lo decíamos.

Aquella semana la guardia la tenía yo.

Lo compruebo, porque comprobar es lo que hago. En el histórico de guardias de línea, que se conserva diez años porque va con nómina, la semana del 25 de junio al 1 de julio de 2029 figura a nombre de Belmonte Sanz, N., con dos noches cambiadas con Rocío Casanovas y un complemento de disponibilidad de ciento cuarenta euros.

Las dos noches cambiadas son el 25 y el 26.

El 29 no.

A las cinco y cuarto entra Pilar a coger la grapadora y me pregunta si me pasa algo, que llevo toda la tarde con la misma pantalla.

—El histórico de tipificaciones.

—Qué horror.

—Es para una cosa.

—Nuria, son las cinco y cuarto de un lunes —dice, y se lleva la grapadora.

Miro el desplegable de la columna de la derecha.

En junio de 2029 el desplegable ya tenía siete opciones. Lo compruebo: abro el histórico de versiones del manual de tipificación, versión 2029/01, vigente desde el 4 de febrero de 2029. Siete opciones. La primera es consulta informativa. La segunda es solicitud de revocación.

Una solicitud de revocación abre expediente automáticamente, congela el procedimiento y obliga a un contacto presencial en veinticuatro horas.

Una consulta informativa no abre nada.

Aquella noche estaba en la cocina. Eso lo tengo. Estaba en la cocina de Getafe con el móvil delante y con el fluorescente del techo, que zumbaba, que llevaba zumbando desde febrero y que cambié en septiembre.

De la conversación no tengo nada.

Tengo el fluorescente y tengo que era de madrugada y que Bruno estaba en el hospital de día desde el mes anterior y que aquella semana empezaba la fisio intensiva.

Y tengo el número de la línea, que era un fijo desviado y que empezaba por 91 y acababa en 04, y que me lo sé todavía porque durante dos años lo tuve escrito en un pósit en la nevera para que no lo cogiera nadie más.

De lo que dijo no tengo nada. De lo que dije yo, tampoco.

Lo que tengo es este campo.

La tipifiqué yo.

Vuelvo a subir a la tabla y la leo una vez más entera, de izquierda a derecha, como se lee una tabla.

Fecha: 29/06/2029. Hora: 03:14. Medio: teléfono. Operadora: Belmonte Sanz, N. (V-011). Tipificación: 1 · Consulta informativa. Duración: 04:51. Archivo de audio: disponible.

Cierro la ficha.

Capítulo 35

El martes entro a las siete y cuarenta.

No hay ningún motivo. La primera es a las ocho y media, el aparcamiento está vacío y en la planta baja solo está la de la limpieza. Enciendo la cabina, saco las carpetas del día, las pongo en orden y me leo los tres expedientes enteros, que es una cosa que hago siempre pero que no hago a las siete y cuarenta.

Uno.

Herminia Salgado Bru, cincuenta y cuatro años, Ciempozuelos, entra en la sala dos con las manos en los bolsillos y no se sienta hasta que se lo digo dos veces.

—Vamos a ver —dice—. ¿Cuánto ganan ustedes con esto?

—¿Con qué?

—Con esto. Con lo mío. ¿Cuánto?

—No lo sé.

—Ya.

—Se lo digo en serio. No lo sé y no lo he visto nunca escrito en ningún sitio al que yo llegue.

Se sienta.

Durante cuarenta minutos me dice que esto es una estafa con papeles, que si en vez de una empresa fuera un tío en un descampado estaríamos todos en la cárcel, y que la diferencia entre una cosa y la otra es un boletín oficial.

Yo no la contradigo ni una vez. Le leo las siete páginas y en cada una le pregunto si quiere que la repita, y en la cuatro me dice que sí y se la repito, y al terminar me dice:

—Usted no defiende esto.

—Yo leo el contrato.

—Eso es lo que le digo.

Firma. Antes de irse, en la puerta, se gira y me da la mano, y me la aprieta como se la aprieta uno a alguien con quien acaba de discutir y con quien no ha discutido.

Dos.

Oksana Tkachuk, cuarenta y ocho años, en España desde 2032, trabaja en una empresa de limpieza de oficinas de Villaverde. Habla español para todo lo que hace todos los días y no habla español para una cláusula.

Lo veo en la página tres. Le pregunto qué acaba de leer yo y me lo repite bien. Le pregunto en la cuatro y me dice «que el dinero va a mi hija», que es verdad y que no es lo que pone. Lo que pone en la cuatro es que va a la unidad familiar designada y que la designación es irrevocable salvo variación comunicada en plazo.

—Oksana, paramos.

—No, no. Bien, bien.

—Paramos cinco minutos.

Llamo al servicio de interpretación, que tiene un número de nueve dígitos que hay que pedir por correo y que yo tengo en la libreta desde 2031 porque lo pedí una vez y no lo he borrado. Tardan once minutos en darme a una intérprete.

Repetimos de la uno a la siete con el altavoz puesto. Tardamos una hora y cincuenta.

En la seis, la intérprete traduce lo de la revocación y Oksana pregunta algo largo, y la intérprete me dice: «pregunta si el plazo de setenta y dos horas es de días laborables».

—No. Naturales.

Se lo dice. Oksana asiente y dice, en español, sin intérprete:

—Vale. Setenta y dos.

Firma a las dos menos cuarto. En observaciones pongo: *lectura realizada con asistencia de intérprete (servicio corporativo, ref. 4471). La candidata verbaliza correctamente el contenido de las cláusulas 4, 5 y 7.*

Eso me deja la tarde con dos horas de retraso y la línea empieza a las cuatro.

Tres.

El miércoles a las nueve, Jenifer Roa Pastrana, veintinueve años, Parla.

Veintinueve. Cuando abro el expediente la noche anterior ya me llama la atención, porque veintinueve años es joven hasta para esto, y cuando miro el desglose de la deuda veo que dieciocho mil de los veintitrés son de un préstamo al consumo firmado en 2033 con un codeudor que no es ella.

—Jenifer, este préstamo, ¿lo firmaste tú?

—Los dos.

—¿Y él lo está pagando?

—Él no está.

—¿No está o no paga?

—No está —dice—. Se fue en el 34.

Y entonces hago una cosa que no viene en ningún protocolo, que es dejar el contrato boca abajo y explicarle lo que hay antes de esta sala.

Le explico que hay una figura que se llama liberación por desequilibrio en la deuda solidaria, que la lleva el servicio de orientación de deuda del Ayuntamiento, que es gratis, que tarda entre catorce y veinte meses y que en ese tiempo los intereses corren y los embargos también. Le explico que de cada diez que lo intentan, salen adelante tres o cuatro. Le explico que su caso, con un codeudor localizable y con ingresos, es de los que salen.

Le doy el teléfono. Se lo apunto en un pósit.

—¿Y mientras tanto qué? —dice.

—Mientras tanto, mal.

—¿Cuánto de mal?

—Catorce meses de mal.

Se queda mirando el pósit un rato y luego lo dobla y se lo mete en el bolsillo y me dice que le lea las siete páginas.

Se las leo. Firma.

En observaciones escribo: *se informa a la candidata de la vía administrativa alternativa (orientación de deuda, servicio municipal) con carácter previo a la lectura. La candidata manifiesta querer continuar.*

Me miro esa frase un rato antes de guardarla, porque esa frase la escribo para ella y también la escribo para mí.

Y así van las cuarenta y ocho horas.

Doce llamadas el martes de línea y ninguna rara, salvo un señor que llamó para decir que su mujer cumplía años el jueves y para preguntar si se lo podían decir, y le dije que sí y lo puse en observaciones y alguien de planta lo leerá o no lo leerá.

El martes bajo al hall a las dos y me como el bocadillo de pie mirando la pantalla de la entrada, donde pasa el vídeo institucional en bucle, y me lo como entero.

El miércoles a las once y media Pilar me pregunta si voy a ir a lo de Hilo®, que abre la convocatoria el domingo y que ella se apunta.

—¿Tú te lo pones? —dice.

—Yo me lo pongo desde 2032.

—Ya, si ya lo sé. Lo digo si te vas a apuntar a esta.

—Me apunto.

—Pues apúntate el domingo, que se llena.

Y no hago dos cosas.

No escucho nada. El archivo de vinculación no lo abro ni el martes ni el miércoles, y no lo abro porque no tengo ningún motivo profesional para abrirlo y porque cada entrada en ese archivo deja un registro con mi acreditación y con la hora, que es exactamente para lo que se hizo.

Y no bajo.

El miércoles, a las siete menos veinte, me quedo sola en el office y vacío el armario de la lencería de vinculación, que no es mío y que no me toca, y lo ordeno por tallas y tiro cuatro batas que llevan rotas desde el invierno.

Termino a las ocho menos cuarto.

Los dos días entro a las siete y cuarenta y los dos días salgo la última.

No bajo.

Capítulo 36

Chelo Vinuesa baja al −3 los martes y los viernes por la mañana. Está en el cartel de turnos, escrito a mano en la columna del mes, y lo leí el viernes pasado a las ocho menos cuatro sin saber para qué me iba a servir.

El viernes a las nueve y veinte la busco en el office de la uno y la encuentro con el carro y con dos historias debajo del brazo.

—Nuria Belmonte, de vinculación.

—Ya sé quién eres. —Me mira el cordón—. Tú eres la de las postales.

—¿Qué postales?

—Las de Navidad. A las familias. —Suelta el carro—. Que es una cosa que no hace nadie más y que da un trabajo del demonio.

—Son trescientas.

—Son trescientas —dice—. Dime.

Le digo la verdad, que es la que llevo escrita en una solicitud denegada desde el cuatro de junio: que tengo tres mujeres de mi cartera abajo, que llevo nueve años sin bajar y que quiero verlas.

—Pues baja conmigo.

—¿Así?

—¿Cómo va a ser? —Empuja el carro—. Yo bajo ahora. Tú eres enfermera y ellas son tuyas. Lo que no puedes es bajar sola, porque el lector no te va a abrir, y ya está.

—¿Y tú por qué no has bajado en nueve años?

—Porque no me hacía falta.

—Ya. —Empuja el carro hacia la escalera—. Aquí no baja nadie que no tenga que bajar. Ni de la dos, ni de administración. El otro día vino un chico de sistemas a mirar un lector y se le notaba en la cara que llevaba dos años oyendo hablar de esto y no había estado.

—¿Y qué cara puso?

—La que ponen todos. —Abre la puerta con la cadera—. La de «ah, pues es una planta».

Bajamos por la escalera del ala este.

A las nueve y media el −3 está encendido del todo. Con la luz de día es otro sitio: es un pasillo de suelo de vinilo verde grisáceo, con las puertas blancas y las etiquetas nuevas, y con dos carros aparcados en el codo y una auxiliar que se llama Marga poniendo bolsas en el carro de sucio.

—Buenos días, Marga.

—Buenos días. —Marga tendrá sesenta años y una coleta gris—. ¿Bajamos hoy a la 3-08 o la dejamos?

—La dejamos hasta que venga Vilagrà.

—Vale.

Y siguen hablando de la 3-08 mientras yo entro en la primera puerta, y hablan como se habla en cualquier planta de cualquier sitio, con la mitad de las frases sin terminar porque las dos saben cómo acaban.

Veo a Consuelo Arjona. Veo a Encarnita Ruzafa. Veo a Sonia Bellido.

Con Chelo delante hago lo que se hace: le pregunto por la pauta de Consuelo, que lleva dos años igual, y por una pequeña ulceración en el pliegue del codo de Encarnita que se está tratando desde abril, y Chelo me contesta a las dos cosas con detalle y sin mirar la historia.

Y luego, en el pasillo, le pregunto lo otro.

—Chelo, aquí hay treinta y una unidades y en el módulo salen diecinueve.

—Doce sin ficha —dice.

—Sí.

—Ya. —Coloca una toalla en el carro—. Esas son de antes.

—¿De antes de qué?

—De antes de mí. Yo llevo aquí desde el 33 y ya estaban. —Se encoge de hombros—. Se lo pregunté a la de antes, que se llamaba Marisa, y me dijo que eran de ausencia de reclamante con el expediente en archivo histórico, de cuando aquí se numeraba a mano.

—¿Y a ti eso te vale?

Chelo se para y me mira, y no me mira mal.

—A mí lo que me vale es la pauta —dice—. Yo tengo pauta, tengo alergias, tengo peso y tengo historia clínica en papel en ese armario. Lo que no tengo es el nombre, y para lo que yo hago aquí abajo el nombre no me hace falta.

—Ya.

—Y sí, es raro. Llevo tres años diciendo que es raro. —Sigue andando—. También es raro que en la uno tengamos cuatro

auxiliares para doscientas catorce y que aquí abajo tengamos una para treinta y una.

—¿Y les pones nombre?

—Yo no. Marga sí. —Levanta la barbilla hacia el codo del pasillo—. A la 3-04 la llama la Rubia. Y a la 3-11 la llama la Profesora, porque tiene una cara de profesora que no puede con ella.

Pasamos por delante de la 3-19 y me paro.

—Aquí hace más frío.

—Aquí hace más frío desde marzo. De la quince a la veinticuatro. —Chelo pone la mano en la pared como se pone la mano en un radiador—. Hay una sonda del clima que da mal y llevo cuatro partes puestos.

Entro.

Diecisiete grados y medio en el termómetro de pared. La sábana está bien puesta y hay una manta doblada a los pies, sin desplegar, que es como están todas.

Le toco el dorso de la mano y luego el antebrazo por dentro, y luego el pie por encima de la talonera.

—Está fría.

—Están todas frías de la quince a la veinticuatro —dice Chelo desde el pasillo.

Cojo la manta doblada de los pies, la despliego y se la echo por encima de la sábana, hasta el pecho, y le remeto el lado de la vía, que es el que se suelta.

Y digo:

—Mi madre tiene frío.

—Ya —dice Chelo—. Es que la sonda da tres grados de menos y el clima cree que aquí estamos a veintidós.

Se oye el carro de Marga en el codo del pasillo.

—Voy a poner el quinto parte —dice Chelo—. Y esta vez lo pongo como incidencia clínica, a ver si así.

—¿Los otros cuatro cómo los pusiste?

—Como instalaciones. Y me contestaron los cuatro. —Se ríe sin ganas—. Me contestaron que estaba en cola.

—Ponlo como clínica.

—Es que como clínica hay que poner una unidad concreta y un dato concreto, y entonces te lo miran. —Coge el carro—. Lo que pasa es que si lo pongo como clínica de una y no de las diez, me van a arreglar una.

Salimos a las diez menos veinte. Subo con ella hasta la uno y me despido en la puerta del office y le digo que gracias, y me dice que cuando quiera y que las postales están muy bien.

La primera de la mañana es a las diez y media y llego con tres minutos y me la hago entera y la hago bien.

A las once, entre la primera y la segunda, entro en el aplicativo de incidencias.

Selecciono tipo: instalaciones — climatización.

Y en el cuerpo escribo:

Se comunica que el ala 3-15 a 3-24 presenta temperatura ambiente de 17,5 °C (registro de pared, 13/06/2036, 09:40), por debajo del

rango establecido para unidades de reposo prolongado. En la visita se comprueba que la unidad 3-19 presenta hipotermia leve por contacto. Se ha aplicado manta adicional. Se solicita revisión de la sonda del sector.

Lo firmo. Lo mando.

Nadie me contesta.

Por la tarde, en la cabina, entre la tercera y la cuarta, abro el expediente 20350103077-B y miro lo único que hay que mirar.

Vencimiento: 3 de julio de 2036. Estado: reposo activo.

Diecisiete días para el cierre.

Capítulo 37

El viernes a las ocho y diez llamo al número que no tengo guardado.

—Soy Belmonte.

—Ya lo sé.

—Quiero hablar con la persona que no me podía decir quién era.

Silencio de tres segundos.

—Vale.

Me da un sitio y una hora: la cafetería del centro comercial de Getafe, la de arriba, a las nueve y media. Y me dice que suba por la escalera del parking y no por la principal, y no le pregunto por qué.

La cafetería de arriba es de las que están al lado del cine y que a las nueve y media de un viernes tienen a cuarenta personas esperando la sesión de las diez, con niños y con cubos de palomitas. Hay tanto ruido que la conversación de la mesa de al lado no se oye.

Están las dos en una mesa del fondo.

Yaiza tiene mejor color que la última vez y peor cara. Y a su lado está la mujer del pelo recogido con la goma del súper.

Se levanta y me da la mano.

—Sara Isasi.

—Ya lo sé.

Se queda con la mano en el aire medio segundo más de lo normal.

—¿Desde cuándo?

—Desde el martes tres de junio, a las nueve y veintitrés de la noche. —Me siento—. Ardèvol, prórroga, segunda página de resultados. Quince de marzo de 2035.

—Ah. —Se sienta también—. Ese.

—Ese.

—¿Leyó la nota del pie?

—La leí.

—Bien. —Coge el vaso de agua y no bebe—. Entonces nos ahorramos veinte minutos.

—El diecinueve de mayo estuvo usted en mi sala. Con Encarna Vidal.

—El diecinueve —dice—. Sí.

—¿Por qué la escalera del parking?

—Porque la principal tiene tres cámaras y la del parking tiene una, y la del parking apunta a la puerta y no a la escalera.

—¿Y eso lo sabe usted por qué?

—Porque subí a mirarlo el martes —dice, y se sienta.

Nos sentamos. Pido un café que no me voy a beber.

—Le voy a decir tres cosas y luego pregunte usted lo que quiera —dice—. La primera: soy periodista, trabajo para un medio digital que se llama Reactivo y tengo un acuerdo de publicación conjunta con un diario nacional que no le voy a decir cuál hasta que haya algo.

—Vale.

—La segunda ya se la sabe, pero se la digo yo con mis palabras: en marzo del año pasado publiqué ochocientas palabras sin un solo papel dentro y me las tiraron en cinco días.

—¿Cómo se las tiraron?

—Con una carta de sus abogados y con una llamada al director. —No lo suaviza—. La mujer que hablaba conmigo tenía un informe de síndrome de readaptación postreposo con dos años de antigüedad, y con ese informe delante nadie la sostiene. Ni yo. Y la dejé caer.

—¿La dejó caer?

—Rectificamos y no volví a llamarla. —Se coloca el vaso—. Eso es lo peor que he hecho en dieciséis meses y no es lo último que voy a hacer mal.

—¿Y la tercera?

—La tercera es que tengo el control de cartera de Ardèvol de los cuatro últimos trimestres.

Lo dice sin levantar la voz, con un vaso de agua delante y con un tráiler de una película de dibujos sonando por los altavoces del pasillo.

—¿Cómo se llama eso? —digo.

—En la casa se llama control de cartera. Es una hoja de cálculo. Sale de un cruce entre el módulo de producción y contabilidad y se genera cada trimestre para la dirección.

—¿Y usted cómo la tiene?

—No se lo voy a decir.

—Entonces yo no sé si es de la casa.

—Exacto. —Se echa hacia delante—. Ese es todo el problema y por eso estoy sentada aquí.

Y a partir de ahí habla como habla la gente que ha explicado una cosa veinte veces y ha aprendido dónde se pierde el otro.

—Yo puedo publicar. Publicar lo puedo hacer mañana. Lo contrasto con fuentes, lo cuento, y sale. Y entonces Ardèvol dice que ese documento no es suyo, o que está manipulado, o que es un borrador de trabajo de un becario, y a mí me hace falta un mes y medio para demostrar que no, y en ese mes y medio no pasa absolutamente nada.

—Ya.

—Lo que yo necesito no es publicar. Lo que necesito es entrar el veinticuatro o el veinticinco de junio con una solicitud de medida cautelar urgente y que un juez me suspenda el procesamiento del lote antes del treinta.

—¿Y por qué no puede?

—Porque para una cautelar urgente el juez tiene que poder mirar el documento y saber en el mismo acto que salió del sistema de producción de esa empresa. En cuarenta y ocho horas. No en un peritaje de tres meses.

—Y eso lo hace una certificación de origen.

—Eso lo hace una certificación de origen firmada con el certificado personal de alguien acreditado y en activo. —Junta las manos—. No dice que el contenido sea verdad. Dice: este archivo salió de ahí. Con eso el juez ya no tiene delante un papel anónimo. Tiene un documento de la empresa.

—¿Y cuánta gente puede firmar eso?

—En esa casa, con acreditación en activo y con perfil de producción, ciento y pico.

—Ciento y pico.

—Ciento y pico que no me van a coger el teléfono —dice—. Lo he intentado con nueve. Dos me colgaron, cuatro no contestaron, dos me dijeron que no y una me dijo que se lo pensaba y a los tres días me escribió para decirme que no. Y hasta ahí llegué, porque a la décima me arriesgaba a que alguien lo contara dentro.

—¿Y por qué yo?

—Por dos cosas. —Levanta un dedo—. Una: usted firmó la vinculación de Yaiza Preciado y firmó la de Delia Cambra Vilanova. En este asunto usted no es un nombre cualquiera de una lista de ciento y pico: es la única persona a la que le sale el apellido dos veces.

—¿Y la otra?

—La otra es que el diecinueve de mayo usted echó a una acompañante de una sala. —Se encoge de hombros—. A mí. Con muy buenos modales y sin discutir. Yo llevaba entrando en salas de esa casa desde febrero y era la cuarta y usted fue la primera que me sacó.

Saca del bolso una carpeta de gomas, la abre y me deja encima de la mesa una hoja. Una. Boca arriba, girada hacia mí, sujeta con dos dedos igual que Yaiza sujetaba el móvil en mi coche hace tres semanas.

—¿Puedo hacerle una foto?

—No.

—¿Puedo apuntar algo?

—Tampoco. —Y luego, un poco más suave—: Puede leerla el rato que quiera. Yo no me voy a ninguna parte.

Es una tabla apaisada, con la cabecera en negrita y las filas alternas en gris.

—Página nueve —dice—. Hay ciento cuarenta.

La leo entera. Tardo lo que tardo.

Hay una columna que se llama coste de rehabilitación previsto y hay otra al lado que se llama valor de producción estimado a veinticuatro meses, y hay una tercera que es la resta.

Hay una fila con un código que empieza por 1A y con una fecha de vencimiento en julio.

Hay una fila con un código que empieza por 3 y con dos letras en la columna de observaciones.

Y al pie hay tres notas numeradas, de las que ponen los de contabilidad al cerrar una hoja, y la primera dice que a partir de la validación de continuidad deja de imputarse el coste de rehabilitación previsto.

Eso es una frase de contabilidad. Está escrita por alguien que no estaba pensando en nada más que en cuadrar una columna, y por eso está escrita así.

Cuando levanto la cabeza, Isasi retira la hoja y la vuelve a meter en la carpeta.

—¿Y el resto?

—El resto se lo enseño cuando firme.

—Eso no es muy limpio.

—No —dice—. No lo es.

Capítulo 38

—Ahora hablo yo.

—Hable.

—¿Usted ha estado en una unidad de daño cerebral?

—He estado en tres.

—¿Como periodista?

—Como periodista.

—Ya. —Muevo el vaso de sitio—. Pues yo he estado siete años en una como madre, que no es lo mismo, y tampoco me da la razón. Se lo digo para que sepamos las dos de dónde hablo.

—Usted quiere parar treinta y ocho continuidades. ¿Qué cree que pasa el día que un juez suspende cautelarmente el procesamiento del lote?

—Que no se procesan.

—No. —Aparto el café—. Un juez no suspende un archivo. Un juez suspende una actividad. Y la actividad de esa casa es una sola cosa, que es producir RC-9, porque las continuidades no son un trámite aparte: son el título por el que se sigue produciendo. Usted mete una cautelar sobre eso y lo primero que se para no es el lote. Es la fábrica.

Isasi no dice nada.

—¿Sabe usted cuántos pacientes hay en España con Neurovall?

—Aproximadamente.

—Dígalo.

—Once mil y pico.

—Once mil trescientos, en la última memoria. —Le pongo un dedo en la mesa, que es una cosa que no hago nunca y que hago ahora —. De esos, unos dos mil son grandes quemados y trasplantes. Esos aguantan. Los otros nueve mil son degenerativos y daño cerebral adquirido, y esos van con pauta mensual, y una pauta mensual que se rompe no se recupera. Lo que se pierde en cuatro semanas no vuelve. No es como una vacuna. Es tiempo que no vuelve.

—Eso lo dice Ardèvol.

—Eso lo digo yo, que lo he visto. —Y aquí subo la voz un poco más de lo que quería y la bajo enseguida—. En 2034 hubo una revisión de criterios y se quedaron fuera los daños de más de cinco años de evolución. Catorce meses de recurso. Yo he tenido en la sala a mujeres cuyos maridos perdieron en esos catorce meses cosas que habían tardado tres años en ganar. Y volvieron a entrar en 2035 y no volvió nada.

—Y hay otra cosa que usted no ha calculado —digo—. Ardèvol no es la única casa. Hay cinco en España y la de Valdemoro es la segunda. Si a esta la paran cautelarmente, las otras cuatro no cubren nueve mil pautas mensuales de un mes para otro, porque el RC-9 no se almacena bien y las reservas de la red están en cuatro o cinco semanas. Eso no lo dice Ardèvol. Eso está en el informe anual de la agencia y es público.

—¿Y usted eso lo ha mirado hoy?

—Yo eso lo miré en 2034 —digo—. Cuando estuve catorce meses mirándolo todo.

—Y su hijo es uno de los nueve mil.

—Mi hijo es uno de los nueve mil —digo—. Se lo digo yo antes de que lo diga usted, para que no tengamos esa conversación.

Isasi asiente despacio.

—¿Y qué quiere que le conteste?

—Quiero que me conteste a esto: usted quiere parar treinta y ocho. Yo le pregunto cuántas personas hay al otro lado y usted me acaba de decir «once mil y pico» sin saber cuántas de esas se quedan sin dosis, ni durante cuánto, ni qué pasa después. Y no lo sabe porque no lo ha calculado.

—No es mi trabajo calcular eso.

—Ya lo sé —digo—. Y por eso no puedo firmarle nada.

—Belmonte, yo no le he pedido que apague nada —dice Isasi—. Le he pedido una firma de veinte segundos sobre el origen de un archivo. Lo que pase después no lo decide usted y no lo decido yo. Lo decide un juez con dos escritos delante y con los abogados de esa empresa enfrente, que son cuatro y son buenos.

—Ya.

—Y le voy a decir una cosa que no me conviene: es probable que no lo consiga. Las cautelares urgentes contra una actividad sanitaria autorizada se rechazan más de lo que se conceden.

—¿Cuántas veces más?

—Bastantes más.

—¿Eso qué es?

—Eso es que no lo sé —dice—. Y si le dijera un número me lo estaría inventando.

—Pues gracias por no inventárselo.

Se hace un silencio dentro del ruido, que es el único tipo de silencio que se puede tener en esa cafetería.

—Hay una cosa que le voy a conceder —añado—. Si lo que me ha enseñado es de verdad, ahí dentro hay algo muy feo. Y si es de verdad, va a salir, con mi firma o sin ella, porque estas cosas siempre acaban saliendo tarde y saliendo mal. Yo lo que le digo es que no voy a ser yo quien apague la máquina un martes por la mañana para que se sepa antes.

—Va a ser el treinta de junio —dice Isasi—. No un martes cualquiera.

—Ya.

—Y las treinta y ocho no son un archivo.

—Ya lo sé.

—Le voy a preguntar yo una cosa —dice Isasi—. ¿Usted qué cree que hay en las otras ciento treinta y nueve páginas?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe. Usted ha leído la nueve.

—He leído una hoja de cálculo.

—Ha leído una columna que se llama coste de rehabilitación previsto y otra que se llama valor de producción estimado, y las ha leído en la misma fila. —Cierra la carpeta—. Y no me ha preguntado qué son. Que es lo que pregunta todo el mundo.

Cojo el bolso. Ellas no se levantan.

Y es entonces cuando Yaiza dice la única cosa que ha dicho en cincuenta minutos.

—Yo también hice esa cuenta.

—¿Perdón?

—La suya. La de los nueve mil. —Se coloca la manga del forro polar —. En septiembre de 2034, en la dos, tumbada. Me la hicieron ellos y luego me la hice yo sola tres días. Y me salía lo mismo que a usted.

—¿Y qué hizo?

—Firmar no.

Se queda mirando el vaso.

—Y estoy aquí —dice—. Así que a lo mejor la cuenta no era tan buena.

—Y otra cosa —digo, ya de pie—. Si usted publica esto en agosto o en septiembre, yo no voy a salir a decir que no lo sabía. Eso también se lo digo hoy.

—No le he pedido eso.

—Todavía no.

En el aparcamiento, dentro del coche, con el motor sin arrancar, saco el móvil y busco la memoria del año pasado y busco la cifra, porque la he dicho de memoria y las cifras dichas de memoria hay que comprobarlas.

Once mil trescientos cuarenta y dos.

Nueve mil ciento ochenta en pauta mensual continuada.

Está bien dicha.

Llego a casa a las once menos veinte. Bruno se ha dormido en el sofá con la tele puesta, con un documental de una central térmica de Asturias, y tiene la libreta abierta encima de la mesa con dos palabras nuevas en la derecha.

Apago la tele. Lo despierto lo justo para que suba él, que es como hay que hacerlo.

Duermo de un tirón.

Interludio C

UNIDAD	INICIO	MES	REND. M3T	COSTE REHAB. PREV. (€)	VALOR PROD. EST. 24M (€)	DIFERENCIAL (€)	CONC. FÍSICA	OBS.
1A-038	12/12/2034	18	0,87	29.900	71.400	+41.500	OK 01/06	vto. 12/06 — lote 2T
1A-041	03/01/2035	17	0,91	31.400	78.200	+46.800	OK 01/06	vto. 03/07 — lote 2T
1A-118	19/05/2036	0	—	34.100	—	—	OK 01/06	rend. pdte. 3 ciclos
1B-112	08/08/2033	34	1,12	n/a	96.300	+96.300	OK 01/06	continuidad 14/02/35
1B-207	11/04/2033	38	**1,31**	n/a	112.600	+112.600	**PDTE.**	inc. externa 09/2034 — sin conciliar
3-19	27/06/2029	84	1,06	n/a	91.100	+91.100	OK 01/06	CVE 01/2031
3-26	04/09/2030	69	0,98	n/a	84.200	+84.200	OK 01/06	CVE 03/2031

RESUMEN LOTE 2T2036 (vencimientos 3T)

Expedientes en ventana: **38** Coste de rehabilitación previsto agregado: **1.147.800 €** Valor de producción estimado 24M agregado: **2.844.000 €** Diferencial tras validación: **+3.991.800 €**

Notas de cierre:

1. El coste de rehabilitación previsto deja de imputarse a partir de la fecha de validación de continuidad.

2. Unidades con conciliación física pendiente: 1 (1B-207). Se recuerda que el reconocimiento asociado permanece retenido hasta regularización.

3. Rendimiento medio de cartera 2T2036: 0,97. Rendimiento medio del subgrupo CVE: 1,04.

Capítulo 39

El domingo por la mañana me apunto a Hilo®.

La convocatoria abre a las nueve y se hace por el portal, con el número de empleada, y hay que elegir franja. Cojo la de los martes a las tres, que es la que menos me descoloca porque los martes tengo línea a las cuatro y bajo desde arriba directamente.

Cuatro sesiones, junio a septiembre. Sin coste. Confirmación automática a los dos minutos con un corazón amarillo.

Llevo desde 2032 y no me lo salto. Son cuarenta minutos tumbada boca arriba en una camilla de la dos, con anestesia tópica, mientras alguien te pasa cuatro hilos por debajo de la piel de la clavícula con una aguja curva. Escuece la primera hora y luego no. A la semana la piel de ahí es otra piel: se ve en la luz, se nota al pasar la mano, y cuando en agosto voy en camiseta se me ven los cuatro brillos dorados debajo del hueso y no me los tapo.

Me da vergüenza cuánto me gusta y no se lo he dicho nunca a nadie, ni a Pilar, que también va.

A las once y cuarto me llega un mensaje de un número que no tengo guardado, que no es el de Yaiza y que no es el de nadie.

Enlace válido 72 h. No lo reenvíe. La página 9 no era la peor. S.I.

Bruno se va a comer a casa de Nando —que resulta que vive a cuatro calles y que resulta que tiene una moto, y las dos cosas las he sabido esta semana—, así que pongo una lavadora, me hago un café y abro el portátil en la mesa de la cocina a las doce y veinte.

Ciento cuarenta páginas.

No están hechas para leerse. Están hechas para consultarse, que no es lo mismo: es un control de cartera de los cuatro últimos trimestres, ordenado por centro y dentro de cada centro por nivel, con treinta filas por página y una cabecera que se repite arriba. Cinco centros: Valdemoro, Zaragoza, Sevilla, Getxo y Manresa. Valdemoro son las páginas de la uno a la veinticuatro.

Lo primero que hago no es leer. Es contar, que es lo que sé hacer con una tabla.

Unidades en producción en los cinco centros: **mil trescientas cuarenta**.

De esas, las que llevan más de dieciocho meses desde el inicio de reposo: **mil trescientas dos**.

Las que no: **treinta y ocho**.

Las treinta y ocho están todas en Valdemoro y están todas en la página once, que es donde empieza el bloque que se titula *lote 2T2036 — vencimientos 3T*, con un sombreado distinto para que se vea que van juntas.

Mil trescientas dos.

Me levanto a tender la lavadora y vuelvo.

La página once tiene treinta y ocho filas y cada fila tiene un código de unidad. No hay nombres en ninguna de las ciento cuarenta páginas: es un documento de contabilidad y en contabilidad no hacen falta.

Pero yo tengo el otro módulo.

Voy fila por fila. Copio el código, lo pego en el módulo de expedientes, y sale un nombre.

1A-038, Purificación Nadal Esteve. 1A-041, Cambra Vilanova, Delia. 1A-055, Ferreiro Ibarra, Amalia.

Amalia Ferreiro sí me suena. Enero de 2035, la semana de la calefacción rota, y me acuerdo de ella porque me preguntó si podía quedarse las gafas puestas y yo no supe qué contestarle y tuve que llamar a planta para preguntarlo. La respuesta es que no, que se retiran y se entregan a la familia. Se lo dije y me dijo «vale» y no volvió a preguntar nada en cuarenta minutos.

Purificación Nadal es de Casanovas. La 1A-062 es de Pilar, y me acuerdo de la conversación del office, la de las galletas y el color de la analítica, y no era esta.

Tardo cincuenta minutos en las treinta y ocho, porque el módulo va lento los domingos y porque a la mitad me levanto a poner la segunda lavadora.

De las treinta y ocho, seis son mías.

Seis mujeres que se sentaron delante de mí en la sala dos, con el bolso encima de las rodillas o en el suelo, y a las que les leí siete páginas en voz alta, y a las que les dije que existe un procedimiento de revocación.

Delia Cambra Vilanova es una de las seis y es la única de la que no me acuerdo de nada.

Miro su fila entera. Rendimiento medio de los tres últimos trimestres: cero coma noventa y uno. Coste de rehabilitación previsto: treinta y un mil cuatrocientos. Valor de producción estimado a veinticuatro meses: setenta y ocho mil doscientos. Diferencial: más cuarenta y seis mil ochocientos. Vencimiento: 03/07. Lote 2T.

Las tres columnas están una al lado de la otra y la tercera es la resta de las dos primeras, y en una hoja de cálculo eso es lo más normal del mundo, porque para eso se hacen las hojas de cálculo.

En la página ciento cuarenta hay un resumen de dos líneas que no lleva tabla.

Continuidades validadas acumuladas desde 2029 (grupo): 9.106. Unidades activas a 01/06/2036: 1.340.

Nueve mil ciento seis firmaron. Mil trescientas cuarenta están.

No hay una columna que explique la diferencia, y no la hay porque en un control de cartera no interesa: lo que interesa es lo que produce hoy. Lo otro se dio de baja en su momento en otra hoja que no está aquí.

Vuelvo a las páginas de Valdemoro y hago la última comprobación, que es la que llevo evitando desde las doce y veinte.

Página dieciocho. Bloque N3. Treinta y una filas.

La 3-19 está en la línea catorce, entre la 3-18 y la 3-20, con su rendimiento, con su conciliación y con dos letras en la columna de observaciones. Esas dos letras están también en la 3-26, en la 3-02 y en otras nueve.

Doce filas. Las mismas doce que no tienen nombre en el módulo de expedientes.

CVE.

Busco «CVE» en las ciento cuarenta páginas y sale cuarenta y una veces, siempre en observaciones y siempre seguida de un mes y un año. No hay leyenda al pie. Los documentos internos no llevan leyenda, porque los lee gente que ya sabe.

Cierro el portátil a las tres menos veinte, hago la comida y tiendo la segunda lavadora.

Quince días.

Y por la tarde, mientras plancho, abro el módulo de rendimiento en el móvil y miro mi propia línea, la primera, la de arriba del todo, la que llevo mirando una vez al mes desde 2027 sin verla.

Vinculaciones acreditadas desde 2027: cuatro mil seiscientas doce.

Conversiones atribuidas: dos mil novecientas cuarenta y una.

Capítulo 40

El lunes llega el informe trimestral de Merche y llega también la analítica.

Los dos llegan al portal de pacientes y los dos los abre él, porque el portal es suyo y la clave es suya y eso lo dejamos claro en 2032, cuando cumplió veintidós y me dijo que le mandaran las cosas a él.

La analítica está bien. Hemograma normal, función hepática normal, y el marcador de la pauta en rango, que es lo único que miran para renovar.

El informe de Merche está mejor que bien. Lo abre él en la mesa de la cocina, lo lee entero, tarda lo que tarda, y cuando llega al final lo gira hacia mí y me señala con el dedo la línea de conclusiones.

Se objetiva mejoría sostenida en denominación de sustantivos concretos. Se mantiene dificultad en términos de parentesco y abstractos. Fluctuación intradía marcada, asociada a fatiga.

—Bien —dice.

—Muy bien.

—Muy bien no. Bien.

—Vale. Bien.

—¿Y lo de los jueves?

—Bien.

—¿Nando qué tal?

—Bien. —Se lo piensa—. Habla poco.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Bueno.

Come. Y a mitad del segundo plato deja el tenedor de canto en el borde, que es lo que hace cuando va a decir algo que ha preparado.

—Mamá.

—Dime.

—Menos… —Se para. No golpea la mesa. Se espera—. Menos tratamiento. Menos. Estoy bien.

—¿Menos cómo?

—Cada dos meses. En vez de… —hace el gesto de uno— cada uno.

—Bruno.

—Espera. —Levanta la mano izquierda—. Tengo… tengo cosas.

Se levanta, va al salón y vuelve con la libreta. La abre por el final, por las páginas que yo no miro porque son suyas, y la gira.

Ha hecho una lista. A la izquierda las ocho palabras de la columna derecha. Y al lado de cada una, una fecha.

Cornisa, 20/5. Ferretería, 23/5. Y las seis anteriores, con sus días y sus meses, desde 2029.

—Aquí —dice, y va poniendo el dedo—. Esta, cerca. Esta, cerca. Esta, lejos. Esta, muy lejos.

—¿Lejos de qué?

—De la… —chasquea—. De la vía. Del gotero.

—De la infusión.

—De la infusión.

Y tiene razón en la mitad. En la mitad exacta. Cuatro de sus ocho fechas caen dentro de los quince días siguientes a una infusión y cuatro no, y las cuatro que no están todas antes de 2033, que es cuando le cambiaron la pauta.

Yo eso lo sé porque tengo la hoja de cálculo y él eso lo sabe porque lo ha contado con el dedo.

—Bruno, tú has contado ocho.

—Tú también.

—Yo tengo la misma hoja que tú.

—Pues entonces la misma cosa.

—No es la misma cosa. Yo tengo también las que no salieron. —Y me oigo decirlo y sé exactamente lo que estoy haciendo—. Los meses en los que no volvió ninguna. Y esos también cuentan, y esos son la mayoría.

Se queda callado.

—Vale —dice.

—Vale, ¿qué?

—Vale que tú tienes más números. —Se echa hacia atrás—. Yo tengo el… el otro. Los dos días.

—¿Qué dos días?

—Después. Del gotero. —Se toca la cabeza con dos dedos—. No hay nada. Dos días. No hay nada aquí.

Eso también es verdad y eso lo sé yo mejor que él, porque yo lo veo desde fuera. El día de la infusión y el siguiente Bruno se apaga, y el tercero vuelve, y llevo siete años organizando los jueves y las citas y la compra alrededor de esos dos días como se organiza uno alrededor de la lluvia.

—Doce veces al año son veinticuatro días —dice—. Al año.

—Veinticuatro.

—Y yo tengo… —se para, coge aire, lo suelta— pocos años buenos. Ahora. Los buenos son ahora.

Y eso no lo he pensado nunca en esos términos, y él sí, y por lo visto lleva pensándolo desde que le pusieron la primera dosis.

—Estoy bien, mamá.

—Ya sé que estás bien.

—Entonces menos.

—Y hay otra cosa —dice.

—Dime.

—Que es… —se para, y esta vez sí golpea, dos veces— que es mío.

—¿El qué?

—Esto. El… —señala el informe, la libreta, la mesa, todo— lo de la cabeza. Es mío.

—Ya sé que es tuyo.

—Pues entonces.

—Pues entonces nada, Bruno, porque hay una parte que no es tuya y es la que pago yo, y la que organizo yo, y la que llevo llevando siete años.

Se queda mirándome.

—Vale —dice—. Eso es verdad.

—Perdona.

—No. Es verdad. —Se encoge de hombros con el hombro bueno—. Pero la cabeza sigue siendo mía.

Recojo los platos.

—Voy a escribirle a la neuróloga —digo—. Se lo pregunto y hacemos lo que diga.

—Vale.

—¿Vale de verdad o vale de «eso es que no»?

Se ríe con la boca cerrada.

—Vale de las dos.

Sube a las diez y media. Yo me quedo abajo, abro el portal de pacientes con mi acceso de familiar autorizado y escribo el correo a la doctora Nieto, que le lleva desde 2032 y que contesta en dos o tres días.

Estimada doctora:

Bruno presenta buena evolución clínica y el informe logopédico trimestral objetiva mejoría sostenida. Refiere fatiga marcada en las 48 horas posteriores a cada infusión.

Le consulto si, desde el punto de vista neurológico, existe algún riesgo de pérdida de lo ganado en caso de espaciar la pauta de mensual a bimensual, teniendo en cuenta que la cobertura actual es de renovación trimestral y que una reducción voluntaria de pauta podría requerir nueva valoración de criterios para reintroducirla.

Quedo a la espera de su indicación.

Lo leo dos veces antes de mandarlo.

Está todo bien escrito y todo es verdad. La primera frase es la que le importa a ella y la segunda es la que me importa a mí, y las dos están en el orden en el que están puestas.

La doctora Nieto va a leer «reducción voluntaria de pauta» y «nueva valoración de criterios» en la misma línea, y va a acordarse de 2034 igual que me acuerdo yo, porque a ella le tocó firmar los informes de aquellos catorce meses. Y va a contestar en dos frases que no ve indicación para espaciar y que la pauta mensual se mantiene.

Y va a tener razón, porque no hay ninguna indicación clínica para espaciarla. Eso también es verdad.

Lo mando a las once y cuatro.

Contesta el miércoles a las ocho y veinte, con dos frases.

Se lo enseño a Bruno el miércoles en la cena, con el móvil, sin comentarlo.

Lo lee.

—Vale —dice.

Y come.

Y a los dos minutos, sin levantar la cabeza del plato:

—Se lo has preguntado bien.

—¿Cómo que se lo he preguntado bien?

—Que se lo has preguntado bien. —Pincha—. Para que dijera eso.

—Se lo he preguntado como se pregunta.

—Ya.

Y no dice nada más en toda la cena, y no está enfadado, y eso es lo malo.

Capítulo 41

El miércoles a las siete y media Isasi me espera en el andén dos del Cercanías de Getafe Centro, sentada en un banco, con un vaso de café de la máquina.

Doce minutos, que es lo que hay entre dos trenes.

Es una mujer de esas a las que no se les ve nunca la prisa y que llegan siempre diez minutos antes. Tiene el vaso de café en la mano y no se lo ha bebido.

—¿Ha leído lo que le mandé?

—Entero.

—¿Cuánto tardó?

—Tres horas.

—Yo tardé cinco semanas —dice—. Y llevo dieciséis meses.

Se aparta en el banco para que me siente.

—Le voy a dar las fechas —dice—. Y luego el riesgo, que es lo que le debo desde el viernes.

—Deme las fechas.

—Entro el miércoles veinticuatro por la mañana. Con el escrito de cautelar y con el documento certificado. Para eso necesito la certificación firmada el lunes veintitrés antes de mediodía, porque la abogada tiene que montar el escrito con el documento dentro y eso son dos tardes.

—¿Y si le firmo el veinticuatro?

—Si me firma el veinticuatro no llegamos a preparar y entramos el veintiséis, y el veintiséis es viernes. —Da un sorbo—. Un juzgado no resuelve una cautelar un fin de semana. Nos plantamos en el lunes veintinueve para una cosa que se ejecuta el treinta a las dos de la tarde.

—O sea, el veintitrés.

—El veintitrés antes de las doce.

Pasa un tren en dirección contraria y esperamos a que pase.

—¿Y qué tengo que hacer exactamente?

—Nada complicado. Le doy el archivo. Usted lo abre, comprueba que es lo que dice ser, y lo firma con su certificado personal en su ordenador, con el programa del Gobierno, el que usa para la declaración. Sale un pdf con un sello y con su nombre. Veinte segundos.

—¿En mi ordenador?

—En el suyo. Yo no toco su certificado y usted no toca el mío.

—¿Y cómo sé yo que es lo que dice ser?

—Porque usted trabaja ahí y yo no. —Se gira—. Ese es todo el sentido de esa firma, Belmonte. Yo puedo mirar ese archivo mil horas y no sé si su módulo saca las columnas en ese orden ni si esos campos se llaman así. Usted lo abre y en cuatro segundos sabe si eso lo escupe su sistema o lo ha montado alguien en su casa.

—Ya.

—Y si al abrirlo le parece que no es de ahí, no me firma y ya está. Con eso yo también me quedo tranquila, aunque me fastidie mucho.

—¿Y qué dice ese pdf?

—Dice: yo, fulana, con acreditación profesional tal, en activo en tal empresa, certifico que este archivo procede del sistema de producción de dicha empresa. Y ya está. No dice que sea verdad lo que hay dentro. No dice que usted esté de acuerdo con nada.

—Vale. El riesgo.

Isasi deja el vaso en el banco.

—Antes del riesgo, una cosa práctica. El archivo se lo llevo yo en mano el lunes por la mañana, en un pendrive, y me lo quedo yo cuando termine. Usted no se lo guarda, no me lo manda por correo y no me lo manda por ningún otro sitio. Lo abre, lo firma, me da el pdf y se acabó.

—¿Y por qué en mano?

—Porque un correo suyo a mi dirección es lo primero que van a buscar.

—Ya.

—Ahora sí. El riesgo.

—La certificación va dentro del escrito. El escrito entra en un juzgado y en cuanto entra hay un procedimiento con dos partes. Ardèvol es la otra. Y cuando a Ardèvol le den traslado, sus abogados van a tener delante un pdf con su nombre, su acreditación y la hora en la que lo firmó.

—¿Cuánto tardan en dárselo?

—Entre tres y cinco días desde que entro. —No lo suaviza—. O sea, entre el veintisiete y el veintinueve.

—Antes del treinta.

—Antes del treinta.

Nos quedamos las dos mirando la vía.

—Entonces lo que me está proponiendo es que firme el lunes veintitrés y que el veintisiete o el veintiocho me llamen de la tercera.

—Sí.

—Y que el treinta yo no esté en estatus activo.

—Eso no lo sé. No sé cómo funciona su casa por dentro para eso.

—Yo sí.

—Ya me lo imagino —dice.

Y luego dice lo que le queda por decir, que es la parte que no le conviene y que dice igual, y eso hay que reconocérselo.

—El medio tiene un seguro de responsabilidad civil y una abogada que le lleva a usted lo laboral si hay despido, y le digo desde ahora que eso no le devuelve el puesto y que un procedimiento laboral son catorce meses. Y le digo también que si la cautelar no sale, usted habrá pagado el precio entero por nada.

—¿Y si sale?

—Si sale, treinta y ocho mujeres no se procesan el treinta y se abre una instrucción. —Recoge el vaso—. Y eso es todo lo que le puedo prometer, que es que no se procesan el treinta.

Llega mi tren, que no cojo, porque he venido en coche.

—Una cosa más —digo—. Si yo le firmo eso el veintitrés, ¿qué pasa con el resto de las ciento cuarenta páginas?

—Van dentro. La certificación es del archivo completo, no de la página nueve.

—O sea que también van los otros cuatro centros.

—Van los cinco.

—Y las mil trescientas dos que ya no vuelven.

—Y esas también. —Aprieta el vaso—. Por eso el escrito pide dos cosas: la cautelar sobre el lote, que es lo urgente, y la conservación de las historias clínicas y de los registros de producción de todas las unidades, que es lo que sirve después. La segunda la conceden casi siempre. La primera casi nunca.

—Casi nunca.

—Casi nunca, Belmonte. Se lo dije el viernes y se lo repito hoy.

—¿Y entonces para qué?

—Porque la segunda sin la primera vale para dentro de tres años, y la primera es lo único que le sirve a una mujer que vence el tres de julio.

—Isasi.

—Dígame.

—¿Cuánto lleva usted usando a esa mujer?

No parpadea.

—Desde noviembre.

—¿Y qué le ha dado a cambio?

—Un teléfono, doscientos euros al mes y la promesa de que cuando esto salga su expediente se revisa. —Se levanta—. No le he dado un médico, porque no puedo, y no le he dado papeles, porque tampoco. Y me lo echa en cara una vez por semana.

—Hace bien.

—Hace bien —dice.

—¿Y ella sabe lo del veintitrés?

—Sabe la fecha. No sabe lo de los tres o cinco días.

—¿Y por qué no lo sabe?

Isasi se coloca el bolso y tarda en contestar, y es la primera vez en dos conversaciones que la veo tardar.

—Porque si lo supiera me diría que la dejara en paz a usted.

El lunes veintitrés antes de las doce.

Capítulo 42

El jueves, buscando otra cosa, encuentro el memorándum.

La otra cosa es el manual de vinculación, que está en la carpeta de documentación normativa del portal y que hay que revisar cada dos años y que a mí me toca revisarlo en septiembre porque soy la más antigua y porque nadie más lo quiere hacer.

En la misma carpeta, tres archivos más abajo, está el **Manual de criterios de admisión y perfil de rendimiento, versión 2033**.

Ese lo he abierto dos o tres veces en mi vida, porque los criterios de admisión no los aplico yo: cuando una mujer llega a mi sala, admisión ya ha dicho que sí. Lo que hago yo es leerle siete páginas.

Lo abro por curiosidad y voy directa al capítulo cuatro, que es el que conozco de oídas y que se llama **índice de perfil de rendimiento**.

4.1. Se aplicará un factor corrector positivo (+0,08 a +0,14) a la estimación de rendimiento inicial en candidatas de 30 a 55 años con dos o más partos, sobre la base de la mayor estabilidad de síntesis observada en dicho subgrupo (v. estudio interno AR-2031/07).

Eso lo sabe todo el mundo aquí. Se dice en el office. Se dice así: «esa te da una», y se dice mirando una edad y una casilla del impreso de admisión.

Lo que no sabía es que llevara un número dentro. Un factor corrector de cero coma cero ocho a cero coma catorce. Eso no se dice en el office. En el office se dice «esa te da una».

Miro el capítulo cuatro entero. Hay otros seis factores. Edad, con una curva. Índice de masa corporal, con tres tramos. Estabilidad de

domicilio. Duración del contrato aceptado, que suma cuanto más largo. Antecedente de trabajo a turnos, que resta. Y provincia.

Provincia.

Bajo hasta el final del documento, hasta los anexos, que es donde acaban las cosas que nadie quita.

Anexo III. Memorándum del Departamento de Análisis de Datos sobre el estudio AR-2031/07.

Está fechado el 9 de febrero de 2032, tiene tres páginas y lo firman dos personas: una analista y un responsable de área.

Lo leo entero.

(...) El estudio AR-2031/07 establece una asociación entre paridad ≥2 y estabilidad de síntesis de RC-9 sobre una muestra de 1.144 unidades. Dicha asociación es estadísticamente significativa (p<0,001).

Sin embargo, el modelo no controla las siguientes variables, todas ellas disponibles en el momento de la admisión y todas ellas asociadas de forma independiente con la estabilidad de síntesis en la literatura: edad, índice de masa corporal en el ingreso, índice socioeconómico del municipio de residencia, marcadores de estrés crónico (cortisol basal, disponible en el 61 % de la muestra), duración del contrato aceptado y exposición ocupacional previa.

En nuestra muestra, la variable «paridad ≥2» presenta una correlación de 0,71 con el índice socioeconómico y de 0,64 con la duración del contrato aceptado. Es decir: las candidatas con dos o más partos son, en esta muestra, sistemáticamente más pobres y aceptan contratos más largos.

Separar ambos efectos requeriría una muestra estratificada de la que no disponemos y que, dada la composición actual de las admisiones,

no es previsible obtener.

Conclusión: no puede afirmarse que la paridad constituya un predictor independiente de la estabilidad de síntesis. Se recomienda retirar el factor corrector del punto 4.1 hasta disponer de validación externa.

Lo leo dos veces.

La segunda vez leo despacio los dos números del párrafo tercero, el cero coma setenta y uno y el cero coma sesenta y cuatro, y luego leo la frase que hay detrás, que es una frase de once palabras que alguien de análisis escribió en 2032 para que se entendiera.

El manual es de 2033. El memorándum es de 2032. El punto 4.1 sigue ahí.

Arriba del todo, en la primera página del anexo, hay una cabecera de reenvío de las que deja el gestor documental cuando alguien adjunta un correo:

RE: AR-2031/07 — observaciones análisis «Se adjunta para archivo. Sin cambios en la versión vigente.»

Busco el estudio AR-2031/07 y no está. En la carpeta de normativa no está, y en el buscador de la intranet salen cuatro referencias cruzadas y ningún documento.

O sea que en esta casa cualquiera puede leer el factor corrector, cualquiera puede leer el memorándum que dice que no se sostiene, y nadie puede leer el estudio.

Cierro el manual y abro mi cartera.

El impreso de admisión tiene una casilla que se llama *número de partos*, porque hace falta para el perfil obstétrico y porque hace falta

para la valoración de riesgo. Está en la página dos y la relleno yo, en la entrevista, preguntándolo en voz alta.

Y antes de filtrar nada hago la comprobación tonta, la que hago ya todas las mañanas sin darme cuenta: abro el 20350103077-B, miro que ponga reposo activo y lo cierro.

Once segundos. Como quien mira si ha cerrado el gas.

Filtro mis once consolidaciones preferentes.

Dos o más partos: **once**.

Filtro mis cuatro mil seiscientas doce.

Dos o más partos: **tres mil doscientas ochenta y cuatro**.

Miro los dos números un rato.

Cuatro mil seiscientas doce mujeres y tres mil doscientas ochenta y cuatro con dos partos o más. El setenta y uno por ciento.

Vuelvo al memorándum y busco el otro setenta y uno, el del párrafo tercero, el de la correlación con el índice socioeconómico, y me quedo con los dos setenta y uno en la misma pantalla un momento, uno encima del otro, y no son lo mismo y no significan lo mismo y no hay ninguna relación entre ellos.

Cierro las dos pestañas.

Y luego abro el impreso de admisión, el modelo vigente, y miro la página dos.

La casilla de número de partos está la sexta, entre «antecedentes quirúrgicos» y «tratamiento habitual». Al lado no pone nada. No pone para qué es. Y yo llevo nueve años contestando «para el perfil obstétrico» porque es lo que me dijeron en 2027 y porque es verdad.

Bajo a por la carpeta de las once y media, que es una mujer de Pinto de cincuenta y dos años, y en la página dos le pregunto en voz alta cuántos partos ha tenido.

—Dos —dice—. ¿Eso para qué es?

—Para el perfil obstétrico.

Lo apunto.

Y en la página cuatro me pregunta si el dinero le va a llegar a su hija todos los meses el día uno, y le digo que sí, que el día uno, y que si un día uno cae en domingo entra el lunes, y eso también se lo digo porque es verdad y porque es la clase de cosa que a la gente le quita el sueño.

Capítulo 43

El viernes a las diez menos veinte suena el móvil.

—Treinta y nueve dos —dice—. Y lo de la raya.

—¿Dónde te llega?

—Aquí. —Se oye que se toca—. Por debajo del brazo. Un dedo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la tarde.

—Dame la dirección.

Silencio de cuatro segundos.

—Es un local —dice—. En Villaverde Alto. Calle Godella, no sé el número. La persiana está a medias y hay un cartel de se traspasa.

—Voy.

Antes de salir subo a la uno con la excusa de una firma que no hace falta y me llevo del carro de curas dos suero fisiológico de cien, un paquete de gasas estériles, clorhexidina en monodosis, esparadrapo de papel y dos jeringas de veinte. La caja de guantes de talla pequeña la tengo en la cabina desde el cuatro de junio.

La clindamicina la saco del armario de planta. Trescientos miligramos, veinticuatro comprimidos, un blíster entero. Está en el estante de arriba, con el resto de la oral, y el armario no tiene llave porque la oral nunca la tiene, y el recuento se hace los lunes y se hace por cajas y no por blísteres.

Eso es un robo y lo apunto en ningún sitio.

Paso por casa. Bruno está viendo un documental de un puerto de Rotterdam.

—Salgo un rato.

—¿Adónde?

—A ver a una persona.

—Vale.

Cojo una sudadera mía que no me pongo, dos camisetas, unos calcetines gruesos y una toalla, y los meto en una bolsa de tela del súper.

La calle Godella tiene cuatro locales seguidos y tres están vacíos. El de la persiana a medias tiene el cartel de se traspasa de 2034 con un prefijo de nueve dígitos y, pegado por dentro del cristal, un horario de peluquería en vinilo despegado.

Me agacho y entro.

Dentro hay un tubo fluorescente encendido, un colchón de noventa en el suelo con dos mantas, una silla de plástico, un hornillo de camping, una garrafa de cinco litros y, al fondo, un lavabo que funciona, que es lo importante y es la razón por la que está aquí y no en otro sitio.

Yaiza está sentada en el colchón con la espalda contra la pared.

—Antes de nada. ¿Has tomado el paracetamol?

—Sí.

Cojo el blíster, que está encima de la garrafa. Faltan cuatro comprimidos de veinte y se lo dieron el veintiocho de mayo.

—Has tomado cuatro en tres semanas.

—Me los guardaba.

—¿Para qué?

—Para cuando fuera de verdad.

—Esto es de verdad desde el veintidós de mayo. —Saco la caja nueva—. Un gramo ahora.

Se lo toma con agua de la garrafa.

Pongo la silla de plástico enfrente, me lavo las manos en el lavabo cuarenta segundos con el jabón que hay, que es un jabón de manos de bar, y me pongo los guantes.

—Te voy a explicar todo lo que voy a hacer antes de hacerlo. Si en algún momento quieres que pare, dices para y paro.

—Vale.

—Primero te voy a mirar. Solo mirar. Bájate el cuello.

Se lo baja.

Puerto subclavio derecho. El eritema tiene ahora seis o siete centímetros, con el borde irregular, y desde el margen inferior sale un trazo rojo de tres o cuatro centímetros hacia la axila, más estrecho, más claro, que es una linfangitis y que es exactamente lo que me describió por teléfono. El punto central está abierto otra vez y tiene costra amarilla y drena.

—¿Duele siempre o duele al tocar?

—Siempre. Al tocar, más.

—¿Te da fiebre por la noche?

—Por la noche y por la mañana.

—Vale. Ahora te voy a tocar, con el guante, alrededor. Va a doler. Voy a empezar por lo de fuera, por lo que menos duele, y voy a ir hacia dentro.

—Vale.

Le palpo el borde. Está caliente, indurado, y cede a la presión sin fluctuar del todo, que quiere decir que hay pus pero que todavía no hay una colección hecha.

—¿Hasta aquí?

—Hasta ahí.

—Voy a hacer una cosa que te va a parecer una tontería. Voy a pintarte con un boli el borde de lo rojo. No es por nada raro: es para que mañana sepamos si ha crecido o no.

—¿Con un boli?

—Con un boli. Es lo que hacemos en las plantas y es lo mejor que hay.

Le dibujo el contorno del eritema y le marco el extremo del trazo hacia la axila con una crucecita, y le escribo al lado la fecha y la hora.

—Ahora lo limpio. Suero primero, que no duele, y luego clorhexidina alrededor, que escuece. Dentro no meto nada.

Limpio. Escuece. No dice nada y aprieta el puño izquierdo contra el colchón.

—Ya está lo peor. Ahora te tapo.

Le pongo un apósito y le escribo la fecha en el esparadrapo con rotulador.

—Y ahora lo importante, que es esto. —Le enseño el blíster—. Trescientos, uno cada ocho horas, ocho días. Ocho días enteros. No cinco, no cuando te encuentres mejor. Ocho.

—Vale.

—Te vas a encontrar mejor el domingo y ahí es cuando la gente lo deja, y si lo dejas el domingo dentro de tres semanas estamos otra vez aquí y ya no me sirve esto.

—Que vale.

—Te lo voy a escribir en la caja.

Lo escribo en la caja con mayúsculas y le pongo las ocho fechas debajo, del veinte al veintisiete, con dos rayas al lado de cada día para que las tache.

Le doy la bolsa de tela.

—Hay una sudadera, dos camisetas, calcetines y una toalla.

Mira dentro y no da las gracias.

—¿Y por qué haces esto?

—Porque tienes una linfangitis.

—No. Digo por qué esto y no lo otro.

—Porque esto sé hacerlo.

Se queda con eso. Aparta la bolsa a un lado del colchón y no la abre.

Me siento en la silla de plástico.

—Me quedo.

—No hace falta.

—Ya sé que no hace falta. Me quedo hasta que te baje. Si esa raya crece dos dedos, nos vamos a urgencias tú y yo y ya discutiremos allí.

—A urgencias no.

—Eso ya lo hemos hablado.

Pone el móvil en el suelo boca abajo y se tumba de lado.

A las once y media le tomo la temperatura con un termómetro de frente que también me he llevado. Treinta y ocho ocho. A la una y cuarto, treinta y ocho tres. Le miro la raya con la linterna y no ha pasado de la cruz.

Entre medias hablamos, a ratos, con el fluorescente encendido porque no hay manera de apagarlo sin quedarse a oscuras del todo.

Me cuenta que el diente se lo puede arreglar un chico en Usera por doscientos, y que lleva ocho meses juntando y llegando a ciento y pico y gastándoselo.

Me cuenta que fue una vez a un centro de salud en el 35, en enero, y que le pidieron la tarjeta y que le dijeron que constaba de baja por traslado, y que la mujer del mostrador fue amable y le explicó cómo se pedía el alta, y que para pedir el alta hace falta empadronamiento, y que para empadronarse hace falta un contrato de alquiler o una autorización del propietario.

—¿Y no volviste?

—No volví.

Me cuenta que limpia dos escaleras en Usera los martes y los viernes por veinticinco euros cada una y en la mano, y que la mujer que se las da sabe perfectamente que algo pasa y no pregunta.

Le pregunto por su hermana y me dice que no.

—¿No qué?

—No. —Se coloca la manta—. De eso no.

A las dos y media le pregunto si quiere que le baje la persiana del todo y me dice que no, que si se baja del todo no entra aire.

A las tres y diez me pregunta ella.

—¿Tu hijo qué tiene?

—Un traumatismo craneoencefálico de 2029. Afasia expresiva y hemiparesia derecha.

—¿Eso qué es?

—Que entiende todo y le cuesta sacar las palabras. Y que el lado derecho le funciona a medias.

—¿Y anda?

—Anda.

—Pues ya está.

—Pues ya está.

A las cuatro y cuarenta, treinta y siete cuatro.

Le tomo la temperatura otra vez a las seis y media y sigue en treinta y siete. La raya no ha pasado de la cruz y el borde de lo rojo está por dentro del boli en dos sitios.

A las siete y diez me levanto de la silla y me cruje todo.

—Vuelvo el domingo a mirarte eso.

—Vale.

—Y si esta noche te sube otra vez de treinta y nueve, me llamas.

—Vale.

Me lavo las manos otra vez y meto los guantes usados y las gasas en una bolsa y me la llevo, porque aquí no hay dónde tirar eso.

En la puerta, agachada ya para salir por debajo de la persiana, me paro.

—Yaiza.

—Qué.

—No voy a decir dónde estás.

—Vale.

Salgo a la calle Godella a las siete y cuarto de la mañana del sábado y hay un hombre regando la acera de una churrería a cuatro portales.

En el coche, antes de arrancar, borro con el pulgar el número que llevo escrito en el borde de la funda del móvil desde el miércoles y escribo el nuevo con el mismo bolígrafo malo de siempre.

Diez.

Capítulo 44

El sábado duermo hasta las once, que es una cosa que no hago, y me levanto con la sensación de haber perdido algo.

Bruno tiene análisis de control el lunes y hay que ir en ayunas, y se lo apunto en el calendario de la farmacia con el rotulador rojo, que es el que él ve.

El domingo vuelvo de Villaverde a la una y cuarto.

He estado veinte minutos. La raya está por dentro del boli en toda su longitud y el borde ha bajado dos centímetros por el lado de abajo. Le he limpiado otra vez, le he cambiado el apósito y le he escrito la fecha nueva en el esparadrapo.

Ha tachado tres rayas de la caja. Va por la novena dosis y tendría que ir por la décima, y se lo digo, y me dice que anoche se durmió.

La sudadera se la ha puesto. La toalla está colgada de un clavo encima del lavabo.

—¿Has comido hoy?

—Sí.

—¿Qué?

—Un bocadillo.

—¿De ayer?

—De ayer.

Le dejo dos plátanos, un brik de leche y un paquete de galletas que he comprado en el chino de la esquina, y no le digo nada de que se lo coma porque eso ya no funciona con ella y a lo mejor nunca ha funcionado con nadie.

—El miércoles vuelvo.

—Vale.

Cojo la M-45 en dirección Getafe y en el enlace del kilómetro doce hay obras y se para todo, y es en esos ocho minutos parada detrás de una hormigonera cuando hago la cuenta.

La empiezo por una tontería, que es que mi madre firmó un miércoles.

El 27 de junio de 2029 fue miércoles y fue el penúltimo día hábil del trimestre.

Y aquí no hay que investigar nada, porque esto lo sé por dentro y lo sabe todo el mundo que trabaje en esta casa: la semana del cierre es la semana mala. La última semana de marzo, la última de junio, la última de septiembre y la última de diciembre. En esas cuatro semanas hacemos el doble, se pide refuerzo que no llega, se come de pie y la sala dos no se queda vacía entre una y otra. En enero de 2035 hice cincuenta y siete vinculaciones en veinte días hábiles y catorce de las cincuenta y siete fueron en los cinco primeros, y eso no fue enero: eso fue el arrastre del cierre de diciembre.

Se hace así porque la cancelación de deuda tiene que imputarse al trimestre que se cierra. Si una mujer firma el 27 de junio, sus ochenta y siete mil euros se dan de baja en el segundo trimestre. Si firma el 2 de julio, se dan de baja en el tercero. Y a admisión le dan objetivos por trimestre, y quien lleva admisión llama por teléfono el día veintitrés.

O sea que en siete años, en esta casa, una parte enorme de todas las firmas ha caído en la última semana de marzo, junio, septiembre o diciembre.

Segunda parte.

El plazo de revocación son setenta y dos horas desde la firma. La gente que llama, llama dentro de esas setenta y dos horas, porque después ya no sirve y porque después ya está dormida. Nosotras lo llamábamos las de las tres. Casi todas de madrugada, casi todas la noche antes de la inducción, casi todas dentro de los tres días.

Y hay otra cosa, que la sabíamos y que nunca la escribimos en ningún sitio: llaman más las que firman en la semana del cierre. Yo eso lo dije en una reunión en 2030 y no pasó nada, y lo dije con estas palabras: que cuando se hacen cuarenta en cinco días la conversación de la sala dos dura lo que dura y la gente sale de ahí con cosas dentro.

O sea que las llamadas de la ventana de revocación caen también en la última semana del trimestre. Siempre. Un día o dos después de la firma, y las firmas están donde están.

Y hay un cuarto pico pequeño en la primera semana de enero, que son las que firmaron el 30 y el 31 de diciembre.

Tercera parte.

Las grabaciones se conservan siete años y se purgan solas el día que cumplen. Eso está en el artículo veinte del reglamento de conservación y no lo puso Ardèvol: lo puso la ley y lo puso pensando en proteger a la donante.

Arranca la hormigonera y avanzamos cuarenta metros y nos volvemos a parar.

Siete años después de la última semana de junio de 2029 es la última semana de junio de 2036.

La grabación del 29 de junio de 2029 se purga el 29 de junio de 2036.

El cierre del segundo trimestre de 2036 es el 30 de junio.

Un día.

Y no es solo la mía. Es que todas. Todas las llamadas de revocación de todos los cierres de trimestre de esta empresa se purgan, siete años después, en la semana de otro cierre de trimestre. Y no las purga nadie. Las purga el calendario, que es el mismo calendario que decidió cuándo entraban.

Salgo de la M-45 y aparco delante de casa a las dos menos veinte, y me quedo once minutos en el coche con el motor apagado haciendo la cuenta otra vez con un bolígrafo en el reverso del tique del Mercadona, porque una cuenta hecha conduciendo no vale.

27 de junio de 2029: firma. 29 de junio de 2029, 03:14: llamada. 29 de junio de 2036: purga. 30 de junio de 2036, 14:00: cierre.

Sale.

Y hay una cosa más, que es la que me deja la boca seca dentro del coche con el motor apagado: que si mi madre hubiera firmado el 2 de julio en vez del 27 de junio, la grabación se purgaría el 4 de julio de 2036. Cuatro días después del cierre. Y a mí eso no me habría servido de nada, porque no habría pasado nada distinto, y sin embargo llevo cinco minutos pensándolo.

Y sale también hacia atrás, que es la comprobación que hace falta. Si esto es lo que digo que es, tendría que pasar lo mismo con otras.

El lunes lo miro en el archivo de vinculación, que se puede filtrar por fecha de contacto y no por expediente. Contactos tipificados como solicitud de revocación en los últimos siete años: ciento cuarenta y uno. Distribuidos por semana del año, hay cuatro picos y los cuatro están donde tienen que estar.

Y las purgas van detrás, con siete años de retraso y con la misma forma.

No lo ha decidido nadie. Es el mismo calendario haciendo las dos cosas.

Capítulo 45

Los portátiles de guardia son dos y están en el armario alto del office, en su funda, con el cable enrollado. Se cogen para el fin de semana, se firma un papel que hay pegado con celo en la puerta del armario y se devuelven el lunes.

El lunes a las ocho y cuarto cojo uno, escribo mi nombre en el papel y bajo al menos uno.

Eso deja rastro. Lo deja en el papel de la puerta, con mi letra, y lo deja en el registro de conexión de la VPN, con mi usuario, mi hora y mi dirección. Lo pienso mientras bajo la escalera y bajo igual.

En el coche, con la puerta cerrada y sin ventilación, a las ocho y veinte de la mañana ya hace calor.

Abro el archivo de vinculación. Escribo el expediente. Un resultado.

29/06/2029 · 03:14 · teléfono · Belmonte Sanz, N. (V-011) · 1 · consulta informativa · 04:51.

Le doy al triángulo.

00:00

Se oye un chasquido de línea y luego mi voz. Es mi voz y es más aguda de lo que yo la oigo por dentro, y arrastra un poco al final de las palabras, porque son las tres de la mañana.

—Atención al donante, buenas noches.

—Buenas noches. Perdone la hora.

00:07

Mi madre.

No se oye ninguna otra cosa detrás de ella. Ni pasillo, ni carro, ni televisión. Se oye una habitación pequeña de noche.

—No pasa nada. Dígame.

—Es que… espere, que lo tengo apuntado. Dos, cero, dos, nueve, cero, seis…

Lee el número entero, despacio, con la pausa que hace la gente que lee un número escrito a mano por otro. Se equivoca en la penúltima cifra y se corrige ella sola.

—Muy bien. ¿Con quién hablo?

—Amparo Sanz Robledo.

—Buenas noches, Amparo.

00:41

—Verá, es que a mí me tenían que haber dormido ayer y no me durmieron.

—Sí, lo tengo aquí. Se suspendió por una reacción en la piel.

—Eso. Me salió un sarpullido del líquido ese de limpiar y dijeron que hoy no.

—Está reprogramada para mañana a las nueve y media.

—A las nueve y media.

—Sí.

—Vale.

01:12

Hay tres segundos en los que no dice nada.

—Es que quería preguntar una cosa.

—Pregunte.

—Que si se puede… si puedo pensármelo unos días más.

01:23

Aquí está mi respiración. Se oye entera, una vez, y se oye porque a las tres de la mañana la gente respira encima del micrófono.

Y luego se oye mi voz de 2029 diciendo esto:

—Amparo, eso lo piensa todo el mundo la noche de antes. Todo el mundo. Es lo más normal que hay.

—Ya.

—¿Ha podido dormir algo?

—No. Llevo desde las once mirando el techo.

—Ya.

—Es que aquí no hay nada que mirar. Solo hay techo.

01:58

—Mire, le voy a explicar cómo va mañana, que a lo mejor así se queda más tranquila.

Y le explico cómo va mañana.

Se lo explico bien. Le explico la vía en el dorso de la mano, y el frío subiendo por el brazo, y el sabor a metal, y las ganas de hablar, y que lo último es que le da la risa. Se lo explico igual que se lo he explicado a cuatro mil seiscientas doce mujeres, con las mismas palabras y en el mismo orden, y se lo explico a las tres y cuarto de la mañana desde la cocina de mi casa.

—¿La risa?

—La risa.

—Anda.

Y se ríe. Se ríe una vez, corta, por la nariz.

02:44

—¿Y la niña se lo ha tomado bien?

—¿Qué niña?

—Tu Bruno.

—Bruno está bien. Empieza la fisio fuerte el lunes.

—El lunes.

—El lunes.

—Bueno.

02:58

—Oye.

—Dime.

—El sarpullido este de hoy. ¿Eso no será que no me conviene?

—Es del antiséptico. Es una alergia de contacto y le pasa a un montón de gente.

—Ya. Pero digo si no será una señal.

—Amparo.

—Que es una tontería, ya lo sé. —Se ríe otra vez, corta—. Que lo digo por decir algo.

03:19

—Amparo, ¿quiere que le pase con alguien mañana antes de subir? Puedo dejar una nota para que la vea alguien de vinculación a primera hora.

—No, no. Si ya está.

—¿Segura?

—Que sí, mujer.

03:41

—Perdone otra vez la hora.

—No tiene que pedir perdón.

—Es que me daba cosa llamar al fijo de tu casa.

04:02

—Pues nada. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Y que descanses tú, que estarás muerta.

—Estoy bien.

—Ya.

04:19

Se oye colgar del otro lado. Un clic seco y luego el tono.

Y la grabación sigue.

04:22

Sigue porque el aplicativo no cierra el registro hasta que se tipifica, y hasta que se tipifica el micro está abierto.

Se oye mi respiración. Once segundos. Nada más.

04:33

El roce de una manga contra la mesa. Dos veces. Es el ruido de un brazo que se mueve hacia delante.

04:41

Un clic corto, de ratón.

04:51

Fin.

Cierro el portátil.

En el manual de tipificación, versión 2029/01, vigente desde el 4 de febrero de 2029, la opción dos dice así:

Solicitud de revocación: toda manifestación de la persona donante, formulada dentro del plazo establecido, que exprese duda,

arrepentimiento o voluntad de no continuar, con independencia de los términos empleados.

Con independencia de los términos empleados.

En cuatro minutos y cincuenta y un segundos no dice ni una vez la palabra revocación. Yo tampoco.

Yo la digo once o doce veces por semana, en la página seis, con el dedo en el margen. La dije el diecinueve de mayo a las once y cuarto y nadie me la agradeció, porque es lo normal y porque para eso estoy.

Aquella noche estuve amable cuatro minutos y cincuenta y un segundos, con la voz que pongo, y le expliqué lo del frío en el brazo y lo de la risa, y ella se rio.

Subo el portátil a las nueve menos veinte y lo dejo en su funda con el cable enrollado. Tacho mi nombre del papel de la puerta y escribo la hora de devolución al lado.

Siete días.

A las doce en punto estoy en la sala dos leyendo la página cuatro a una mujer de Griñón.

A las doce y cuarto llego a la página seis y le digo que existe un procedimiento de revocación.

Capítulo 46

El martes a las tres me tumbo en una camilla de la planta dos.

Es la sala pequeña del ala este, la de Hilo®, que no tiene nada que ver con la galería y que tiene una camilla, un carro y un espejo de pie. Me quito la camiseta, me pongo la bata de papel y me tumbo boca arriba.

La chica que me lo hace se llama Bea, tiene veintiséis años y me pregunta si es la primera vez.

—Llevo desde el 32.

—Ah, entonces ya sabes.

Me limpia la clavícula con clorhexidina y me pone la anestesia tópica y esperamos veinte minutos, y en esos veinte minutos me cuenta que se va a Formentera en agosto con tres amigas.

Luego pasa los cuatro hilos, uno por uno, con la aguja curva, y escuece lo que escuece y ya está. Son once minutos. Se oye el chasquido del portahilos cuatro veces y se nota el arrastre por debajo de la piel, que no duele y que no se parece a nada.

Cuando me incorporo, me miro en el espejo de pie mientras me abrocho, y en la piel de debajo del hueso hay cuatro líneas nuevas que dentro de una semana van a coger la luz.

—Qué bien te queda —dice Bea.

—Gracias.

—A los cuarenta y siete, ¿eh. Que se lo digo yo a mi madre y no quiere.

—Pues que venga.

—Es que ella no trabaja aquí.

—Ah.

—Fuera son dos mil —dice, y recoge el carro.

Y me gusta. Me gusta a las tres y cuarenta de un martes y me sigue gustando el viernes cuando me pongo el pijama.

El resto de la semana no pasa nada.

El miércoles vuelvo a Villaverde y le miro el puerto y está mejor: el eritema ha bajado a tres centímetros, la raya ha desaparecido y el punto central está seco. Le digo que le quedan cuatro días de pauta y que se los tome. Va por la trece de veinticuatro.

Isasi no llama. El lunes a las doce pasó la hora y no llamó, ni el lunes por la tarde, ni el martes, ni el jueves. Y eso me tranquiliza dos días y al tercero deja de tranquilizarme, porque una mujer que lleva dieciséis meses con una cosa no se calla cuatro días por educación.

El jueves Pilar me enseña en el office una foto de su sobrino con el traje puesto y me pregunta si el gris marengo es demasiado gris, y le digo que no, y me dice que su hermana opina lo contrario y que va a haber sangre.

El viernes a las cuatro y veinte me llega una convocatoria de calendario. *Herminia Ardèvol — Despacho 3.02 — 16:30 — 30 min.* Sin asunto.

Subo.

Está el termo detrás, la taza delante y la ventana que da al aparcamiento de visitas.

—Siéntate. ¿Café?

—No, gracias.

—Yo sí.

Se sirve. No se lo bebe.

—¿Cómo lleva tu chico el calor?

—Mal. Le da fatiga.

—A mi hermana igual, y tiene setenta y uno y no tiene nada. —Deja la taza—. Voy a poner tres cosas encima de esta mesa y luego hablamos las dos. No te voy a preguntar si son verdad.

—Vale.

—Uno. El seis de junio, a las diecinueve cincuenta y ocho, alguien abrió la puerta del nivel menos tres con la tarjeta provisional del lote de cumplimiento, la número siete. El perfil que llevaba clonado esa tarjeta era el tuyo.

—Vale.

—Dos. Hay una periodista que se llama Sara Isasi, que trabaja para un medio digital, que lleva dieciséis meses con esto y que tiene un control de cartera nuestro de los cuatro últimos trimestres.

—Vale.

—Y tres. Hay una mujer enferma en un local cerrado de la calle Godella, en Villaverde Alto, a la que alguien le curó un puerto infectado la noche del viernes pasado y le dejó ocho días de clindamicina.

No digo vale.

—Herminia, ¿cómo sabes lo tercero?

—No.

—¿No?

—No —dice, y es la primera vez en nueve años que me contesta así —. Esa es la única pregunta que no te voy a contestar hoy, y no te la contesto porque la respuesta no te sirve para nada y a mí me cuesta algo. Lo demás te lo cuento todo.

—¿Y lo primero?

—Lo primero es un registro de lector. Está en el informe de accesos del lote de cumplimiento, que Òscar tiene que revisar en septiembre y que revisé yo el martes, porque el martes tenía un motivo para revisarlo.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo me lo trajo un abogado en un sobre ayer a las dos de la tarde.

Se echa hacia atrás.

—El problema no es ninguna de las tres cosas —dice—. El miércoles a las nueve y media de la mañana entró en el juzgado de primera instancia número dos de Valdemoro una solicitud de medidas cautelares. La presenta la mercantil que edita ese medio digital. A nosotros nos dieron traslado ayer a las dos de la tarde.

Miércoles veinticuatro.

—Pide dos cosas. La primera, que se suspenda cautelarmente el procesamiento de las continuidades programadas para el cierre del segundo trimestre. Treinta y ocho. La segunda, que se ordene la

conservación íntegra de historias clínicas y registros de producción de todas las unidades del grupo.

—¿Y qué va a pasar?

—Lo primero nos lo van a denegar. El lunes, o el martes como muy tarde. —Junta las manos—. Y no te lo digo porque tengamos buenos abogados, que los tenemos: te lo digo porque el documento que adjuntan no está certificado. Es una hoja de cálculo sin origen acreditado. Un juez no para una actividad sanitaria autorizada con eso, y quien lo ha presentado lo sabía perfectamente cuando lo presentó.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo nos lo van a dar. Eso se da casi siempre y se da rápido, y hace bien el juzgado en darlo. —Coge la taza y no bebe—. Y a partir del día en que nos lo notifiquen, todo lo que hay en esta casa se queda como está y viene alguien a mirarlo.

Se hace un silencio.

—¿Y a mí por qué me lo cuentas?

—Porque el escrito lleva un anexo con tres nombres de personas de esta casa a las que dicen haber intentado contactar. —Deja la taza —. Y no está el tuyo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso puede querer decir dos cosas y las dos son interesantes. O que a ti no te intentaron contactar, que no me lo creo. O que a ti sí y ellos han preferido no ponerte, que es lo que se hace con la gente a la que todavía se necesita.

Me quedo con eso.

—Y ahora te digo por qué estás sentada en esa silla y no en otro sitio, Nuria.

—Dímelo.

—Porque el miércoles no firmaste.

Capítulo 47

—Te voy a dar cinco cosas —dice—. Van juntas. No hay una lista de la que se puedan coger tres.

—¿Y si cojo tres?

—Si coges tres no coges ninguna, porque las cinco son la misma cosa vista por cinco sitios. —Se sirve más café—. Y te lo digo antes de empezar para que no perdamos veinte minutos negociando lo que no se negocia.

—Vale.

—Una. Cambra Vilanova, Delia. Unidad 1A-041.

Y ahí me quedo quieta, porque ese nombre no lo he escrito yo en ningún papel de esta casa desde que me lo dijeron en un coche a las doce y cinco de la mañana del treinta de mayo.

—El lunes, cuando se genere el archivo del lote, esa unidad no va a estar dentro. Se detecta un error en el cálculo del vencimiento, se saca del lote, se le tramita retirada voluntaria y baja a rehabilitación. Cuatro meses encamada, ocho de recuperación y a su casa con la deuda cancelada, que eso no se toca porque ya está imputado desde 2035.

—¿Y el coste?

—Treinta y un mil cuatrocientos de rehabilitación y setenta y ocho mil de producción que no vamos a tener. —Se encoge de hombros—. Ciento nueve mil, redondeando. Lo firmo yo el lunes por la mañana.

—Vale.

—Dos. Preciado Sanjuán, Yaiza. Unidad 1B-207.

—Herminia.

—Déjame terminar las cinco y luego hablas todo lo que quieras.

Espero.

—Esa mujer lleva veintiún meses fuera con una incidencia externa abierta y con un puerto que se le va a infectar otras cuatro veces. La cuarta la mata. Tú lo sabes mejor que yo, que se lo has visto. —Junta las manos otra vez—. Vuelve como reingreso voluntario. Firma, entra, se le trata la infección arriba en la uno, y a partir de ahí está dentro y está bien.

—Está dentro.

—Está dentro.

—¿Y quién se lo va a proponer?

—Atención familiar, con un impreso, en la puerta tres. Como todo el mundo.

—Ya.

—Y para que vuelva hay que saber dónde está.

—Sí.

—Y eso lo sabes tú, o no lo sabes.

—Eso lo sabes tú —dice.

Y sigue sin decirme cómo sabe lo tercero.

—Tres. El vínculo del expediente 20290627041-M con la unidad 3-19.

Y lo dice sin cambiar el tono, con el número entero, de memoria.

—Ese vínculo se purga. Documentalmente, en regla, conforme al plazo de conservación, que se cumple el veintinueve. No hace falta que se cumpla solo: se autoriza y se ejecuta. Lo que pasa es que el sistema, para autorizar una purga documental de un archivo de vinculación, exige la confirmación de la profesional que hizo la tipificación original.

—Ya.

—Y esa eres tú. —Me mira—. Y te lo digo como es: el nombre que hay en esa tipificación es el tuyo, y dentro de doce días va a haber alguien de un juzgado mirando ese archivo. Yo no te estoy pidiendo que me tapes a mí. Te estoy diciendo que ahí hay una cosa con tu nombre y que hay una manera regular de que deje de estar.

—Espera —digo—. ¿Tú la has escuchado? La grabación.

—No.

—¿Y cómo sabes que hay algo?

—Porque sé lo que significa una tipificación uno en una llamada que cae dentro de la ventana de revocación —dice—. Y porque bajaste al menos tres el seis de junio y hoy es veintisiete y no has abierto la boca. Eso me dice más que un audio.

—Cuatro.

—Cuatro. Jefatura de Vinculación. El puesto está sin cubrir desde que se fue Elvira en marzo y lo llevo yo en funciones, que es una barbaridad. Es tuyo desde el uno de julio si lo quieres.

—Eso sobra.

—Eso no sobra. —Levanta un dedo—. Eso es el sitio desde el que se firma la revisión del expediente de Cambra Vilanova sin que la firme yo, y es el sitio desde el que se autoriza una purga documental sin que parezca que la autoriza dirección. Yo puedo dar las órdenes. Lo que no puedo es darlas y que no aparezcan en ningún sitio, porque en esta casa hay registro de todo, y esa es exactamente la clase de cosa que a un juzgado le encanta encontrar.

—O sea que lo cuatro es para lo tres.

—Lo cuatro es para lo uno y para lo tres —dice—. Y también es para ti, porque lo haces bien y porque llevas nueve años haciéndolo bien. Las dos cosas a la vez, Nuria. Aquí casi todo es las dos cosas a la vez.

—Y cinco.

Herminia coge la taza, la deja otra vez y se toma su tiempo.

—¿Y si Yaiza no quiere volver?

—Entonces no vuelve y no hay cinco. —Se encoge de hombros—. Esto no es un secuestro, Nuria. Es una mujer sin tarjeta sanitaria a la que se le ofrece entrar por su pie en un sitio donde le tratan una infección y le cancelan una deuda que lleva veintiun meses reactivada con intereses. Firma ella o no hay nada.

—Ya.

—Y si firma, firma delante de un facultativo y con registro, como todas.

—Cinco. El expediente IE-2036/0418 se cierra el uno de julio en la sesión de cumplimiento, archivado por identificación de la persona, porque para entonces la persona va a estar identificada y va a estar dentro. Y en el momento en que esa unidad se concilie físicamente, el módulo libera la conciliación pendiente.

—El reconocimiento doce.

—El reconocimiento doce.

—Y con el doce se consolida la cobertura de Bruno.

—Consolidada, irrevocable, independiente de tu vínculo laboral, con reserva material de veinticuatro meses de producto garantizada por contrato. —Lo dice como quien lee una cláusula, porque es una cláusula—. Es lo que hay en el punto cuatro de tu certificado desde 2029 y es lo mismo que se le da a cualquiera que llegue a doce. Yo no invento nada, Nuria. Yo no puedo inventar nada aquí.

Y es verdad. Es exactamente el punto cuatro. Me lo leí en la cocina el veintisiete de mayo con la carpeta azul abierta y el calendario de la farmacia colgado.

Once más uno.

El uno es una unidad que hay que conciliar, y conciliar quiere decir que alguien baja, se pone delante de una cama y comprueba que hay un cuerpo.

—El doce es de ella —digo.

—Sí.

—Desde septiembre de 2034.

—Desde septiembre de 2034 —dice—. La conversión se registró y el punto se quedó retenido porque no había cuerpo que conciliar. Está en gris en tu módulo desde entonces y lo has visto tú cien veces.

—Ciento y pico.

—Pues eso.

Y se queda callada, y me deja el silencio entero para mí, que es lo más generoso y lo más cruel que ha hecho en veinte minutos.

Capítulo 48

—Ahora hablo yo.

—Habla.

—Tú me estás cambiando una mujer por otra.

—Yo te estoy resolviendo una incidencia externa abierta y sacando del lote un expediente cuyo vencimiento cae fuera del trimestre —dice—. Y sí. También es lo que has dicho tú.

No lo niega. Es lo peor que podría hacer y no lo hace.

—Te voy a enseñar los números, porque los números los tengo y porque creo que te los debo.

Gira la pantalla treinta grados. No lo suficiente para que yo lea del todo, lo suficiente para que vea que hay dos filas.

—Cambra Vilanova. Rendimiento medio cero coma noventa y uno. Coste de rehabilitación previsto, treinta y un mil cuatrocientos. Preciado Sanjuán, rendimiento uno coma treinta y uno, sin coste de rehabilitación previsto porque su contrato está convertido desde 2034. —Vuelve la pantalla—. Con la primera pierdo ciento nueve mil euros. Con la segunda recupero un activo que llevo veintiún meses arrastrando sin conciliar y que me tiene una línea en amarillo en todos los cierres.

—Y eso es lo que es.

—Eso es lo que es.

—Herminia, ¿tú te oyes?

—Todos los días —dice—. Y con eso no me estás diciendo nada nuevo.

Se levanta y se pone delante de la ventana, con el aparcamiento de visitas detrás.

—Voy a decirte tres cosas que no le digo a la gente de fuera porque de fuera nadie las quiere oír.

—Dilas.

—La primera. La rehabilitación de dieciocho meses no es un regalo. Es cuatro meses encamada, seis de andador, la deuda otra vez encima y una tasa de reingreso en el programa del cuarenta y uno por ciento en los tres años siguientes. Ese número lo tengo yo y no lo publica nadie. Cuando yo saco a Delia Cambra el lunes, hay una probabilidad de dos entre cinco de que Delia Cambra vuelva a firmar en 2039.

—Eso no la convierte en tuya.

—No. Pero convierte en mentira la idea de que abrir esa puerta es abrir una puerta a la calle. Es abrirla a un pasillo.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que yo no puedo abrir esa puerta.

Se gira.

—Yo no puedo abrir esa puerta. Puedo abrir esta.

Y no lo dice con dramatismo. Lo dice como quien enumera lo que hay en un almacén.

—Yo no puedo parar el lote, Nuria. No porque no quiera: es que no está en mi mano. El lote lo procesa un archivo que se genera con los vencimientos, y cada vencimiento tiene detrás un consentimiento

firmado en su día, y para no procesarlos habría que anular treinta y ocho continuidades y eso lo tendría que aprobar un consejo que no lo va a aprobar, y aunque lo aprobara habría treinta y ocho rehabilitaciones simultáneas que esta casa no tiene ni camas ni personal para hacer, y si las hiciera se cae el suministro de este trimestre y lo que hay al otro lado del suministro ya lo sabes tú mejor que yo.

—Nueve mil ciento ochenta.

—Nueve mil ciento ochenta. —Vuelve a la silla—. Y sí, la mitad de lo que financia esas nueve mil pautas viene de que hay señoras en Chamberí pagando dos mil euros por cuatro hilos dorados. Sin lujo no hay margen. Eso también es verdad y también me lo tengo que tragar todos los días.

—Y yo llevo cuatro puestos desde el martes.

—Y yo llevo seis desde marzo —dice, sin defenderse—. Y me los pongo yo misma en el espejo del baño porque me da vergüenza pedir cita.

Se sienta.

—Y la tercera. Yo me llamo Herminia Ardèvol y esto lo monté yo, y dentro de treinta años esto va a estar en los libros de la manera en que están otras cosas. Lo sé perfectamente. Lo pienso más veces de las que te imaginas. Y lo sigo haciendo porque desde esta mesa lo que veo al otro lado es peor, y a lo mejor me equivoco, y si me equivoco me habré equivocado con mil trescientas cuarenta mujeres.

—Mil trescientas cuarenta hoy. Nueve mil ciento seis desde 2029.

—Nueve mil ciento seis —dice, sin preguntarme de dónde he sacado el número—. Sí.

—Y con una que se llamaba Fermina Olalde.

Levanta la cabeza.

—La primera del ensayo —digo—. Que era de Tudela y que traía un termo.

—Ochenta y cuatro días —dice—. Y salió andando y vivió once años más.

—Y de eso te acuerdas.

—De esa me acuerdo, de la segunda me acuerdo y de la tercera me acuerdo. —Se coloca la taza—. De las mil trescientas cuarenta no me acuerdo, y eso es exactamente el problema, y lo sé desde 2031.

Nos quedamos calladas.

—Necesito veinticuatro horas —digo.

—Te las doy. Mañana a esta hora.

—Vale.

—Pero eso es lo que yo te doy, no lo que hay. —Se levanta para acompañarme—. El archivo del lote se genera el lunes a las dos de la tarde y lo genera el sistema. Para que Cambra Vilanova no esté dentro, la revisión de su expediente tiene que estar firmada antes. Y lo de la purga tiene que estar hecho antes del veintinueve, porque el veintinueve se purga solo y una purga automática no se autoriza: se produce. Y si la conservación cautelar nos entra antes, ya no se purga nada, ni sola ni con tu firma.

—O sea que no son veinticuatro horas.

—Son veinticuatro horas —dice—. Lo que pasa es que después de las veinticuatro horas quedan pocas cosas.

—Herminia.

—Dime.

—¿Y si mañana te digo que no?

Se para con la mano en el picaporte.

—Si mañana me dices que no, el lunes a las dos se procesan treinta y ocho, la grabación se purga sola el veintinueve sin que la firme nadie y ese archivo lo va a ver un juzgado con tu nombre dentro. Y tú sigues aquí, en la sala dos, con once cuentas y con el plan renovándose por trimestres, hasta que se resuelva el expediente, que se resolverá.

—¿Y Yaiza?

—Yaiza está en un local sin luz y sin agua caliente con un puerto que se le va a volver a infectar en agosto. Eso pasa igual, digas lo que digas mañana. Eso es lo único de las cinco cosas que no depende de ti.

Abre la puerta.

—Y Delia Cambra se procesa el lunes a las dos —dice—. Eso sí depende.

—Una última cosa —dice, ya en el pasillo—. Mañana es sábado y yo estoy aquí a las cuatro y media. Si vienes, sube directa. No hace falta que te anuncies en la tres.

—Vale.

—Y si no vienes, tampoco pasa nada. —Se coloca las gafas en la cabeza—. Es decir: pasa todo lo que te he dicho, pero conmigo no pasa nada. El lunes te sigo diciendo buenos días.

Salgo a las cinco y veinte.

En el aparcamiento de visitas hay un coche intentando aparcar en batería y no le sale.

Capítulo 49

El sábado por la mañana Bruno se levanta a las nueve y me pregunta si vamos a por el destornillador.

—¿Qué destornillador?

—El de estrella. El largo. —Se sirve leche—. Lo dijo el señor.

—Eso fue el veinticuatro de mayo.

—Ya.

—Hace cinco semanas.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Pues eso.

Vamos. Aurelio lo tiene, cuesta once con noventa y esta vez le contesta a él las tres veces. Volvemos a las once menos cuarto y Bruno se pone a quitar la tapa del tambor de la persiana del salón, que no hace falta quitar, porque lo que quería era el destornillador.

Como con él. Recojo. Pongo una lavadora.

A la una y media, mientras hago la comida, me llama Merche para decirme que el jueves no puede y que lo pasa al viernes, y le digo que vale, y me pregunta cómo está Bruno y le digo que bien, y me dice que la semana pasada estuvo muy hablador.

—¿Hablador?

—Muchísimo. Me contó una cosa de una presa que duró veinte minutos.

—Ya.

—Nuria.

—Dime.

—Que está bien, ¿eh. Que te lo digo porque a vosotras nadie os lo dice.

Cuelgo y me quedo con el cazo en la mano.

A las cuatro le digo que salgo a trabajar un rato.

—¿Un sábado?

—Es el cierre.

—Ah.

Subo directa a la tercera, como me dijo. La puerta está entornada y ella está de espaldas con las gafas puestas y una hoja de cálculo enorme en la pantalla.

—Siéntate.

—No hace falta.

Se gira.

—Sí.

Nuria Belmonte, cuarenta y siete años. Digo una palabra.

—Sí.

Herminia asiente una vez y no dice nada durante cuatro o cinco segundos, y en esos cuatro o cinco segundos no hay ni alivio ni satisfacción ni ninguna otra cosa que se le pueda poner nombre desde esta silla.

—Vale —dice—. Entonces te explico cómo va, porque va en tres pasos y ninguno lo hago yo.

—Dime.

—Paso uno. La purga documental del vínculo. Eso es esta tarde, si Òscar puede venir.

—¿Hoy?

—Hoy, porque mañana se purga sola y una purga automática no lleva firma. —Se quita las gafas—. Y porque si la conservación cautelar nos entra el lunes a primera hora, mañana ya no se purga nada. Cuanto antes, mejor, y eso también es verdad para ti.

—¿Y el paso dos?

—El paso dos es la dirección de esa mujer, y ese lo haces tú y lo haces cuando quieras. Hoy, mañana, el lunes por la mañana. —Coge el teléfono y no lo levanta—. Ahí hay una cosa que te quiero decir bien dicha. Eso no me lo mandes a mí. Hay una dirección funcional que se llama atención familiar reingresos y ahí lo lee quien lo tiene que leer.

—¿Por qué no a ti?

—Porque yo dirijo esto y eso también se ve en un juzgado.

Lo dice sin ningún pudor. Es lo más limpio que ha dicho en dos días.

—¿Y el paso tres?

—El paso tres es la revisión del expediente de Cambra Vilanova y la firmo yo el lunes a las ocho y media, antes de que se genere el archivo. Ese no lo tocas.

Llama a Buiría delante de mí. Tarda cuarenta segundos en explicárselo y no le explica nada: le dice que hay que abrir un

expediente de purga documental sobre un archivo de vinculación de 2029 que vence mañana, que es un tema de plazos y que si puede acercarse.

Mientras esperamos a Buiría bajo a la cabina y hago dos cosas que no hacen falta: reordeno la bandeja de reprogramaciones y compruebo la agenda del lunes, que son cuatro vinculaciones y la primera a las nueve.

En el pasillo de vinculación no hay nadie. En la sala dos está la jarra puesta y limpia, como la dejo siempre, con el vaso boca abajo encima.

Buiría llega a las seis y media con un polo, unas bermudas y una bolsa de pádel, y la deja en el pasillo.

—Menudo día habéis elegido.

—Lo siento, Òscar.

—Que no, si ya venía de por ahí. —Se sienta en la cabina de al lado y enciende—. A ver. Purga documental. Esto lo he hecho dos veces en cinco años, ¿eh, que conste.

Abre el aplicativo de gestión documental, busca el expediente, comprueba la fecha de conservación y va rellenando en voz alta, que es como trabaja él.

—Origen del archivo: vinculación. Fecha del registro: veintinueve de junio de 2029. Fecha de vencimiento del plazo: veintinueve de junio de 2036. Motivo de la actuación: cumplimiento del plazo legal de conservación. —Teclea—. Y ya está. Esto es un trámite de nada, lo que pasa es que el sistema pide dos manos.

—¿Dos manos?

—Yo abro y confirma el profesional que hizo la tipificación. —Le da a un botón—. Es por trazabilidad. Como no puede firmar cumplimiento la destrucción de un registro que ha hecho otro, pues lo confirma quien lo hizo. Es de las pocas cosas que están bien pensadas.

—Ya.

—Y la que lo hizo eres tú. —Gira la pantalla dos dedos hacia mí—. Belmonte Sanz, V-cero-once. Mira qué joven.

—Mira.

—Toma, entra con lo tuyo. Yo me voy a por un café que me estoy muriendo.

Se levanta y se va, y desde el pasillo:

—Y no te dejes ninguna casilla, que si te dejas una hay que empezar otra vez.

Entro con mi certificado.

La pantalla tiene tres casillas y un botón, y encima de las tres casillas hay una línea que dice: *Expediente PD-2036/0091 — archivo de vinculación 20290627041-M / registro 29-06-2029 03:14.*

☐ Vínculo externo no controvertido ☐ Sin reclamación pendiente ☐ Autorizar purga documental

Son las siete y cuarenta y uno.

Marco las tres.

Pulso.

Actuación registrada. Destrucción ejecutada conforme al artículo 20 del reglamento de conservación de registros de atención al donante.

Referencia PD-2036/0091. Profesional confirmante: Belmonte Sanz, N. (V-011). 28/06/2036, 19:41.

La pantalla se queda tres segundos con el mensaje y luego vuelve sola a la bandeja de expedientes de Buiría, que tiene cuatro y ninguno es este.

Bajo a la línea de abajo, donde debería estar el registro, y ya no está. Donde había una tabla de una fila con una fecha, una hora, un medio, una operadora y una tipificación, ahora hay un recuadro vacío y una leyenda que dice *sin registros para este expediente*.

No pone que había uno. No pone que se destruyó. Un archivo purgado conforme a plazo no deja hueco: deja un sitio donde nunca hubo nada.

Buiría vuelve con el café y mira la pantalla por encima de mi hombro.

—Ya está —dice—. Anda que no era complicado.

Capítulo 50

Salgo del edificio a las ocho menos cuarto. Buiía se ha ido antes con la bolsa de pádel y en el aparcamiento quedan tres coches.

En la A-4 hay poco. Es sábado y es final de junio y la gente está volviendo de la playa por el otro lado.

Llego a casa a las ocho y veinte.

Bruno ha hecho la cena, que consiste en calentar lo de ayer y poner la mesa, y lo ha puesto todo del revés, con los tenedores a la derecha, porque lo pone con la izquierda y le da igual.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien.

—¿Un sábado?

—Ya te lo he dicho. El cierre.

—¿Y qué es el cierre?

Y me lo pregunta de verdad, comiendo, sin más intención que la de preguntar, porque en siete años yo le he contado lo que hago cuarenta veces y nunca le he contado esto.

—Es cuando se cierran las cuentas del trimestre. Los ingresos, las bajas, los plazos. Todo lo que vence de julio a septiembre se procesa el lunes.

—¿Y tú qué haces?

—Yo firmo papeles.

—Vale.

Cenamos. Me cuenta que la tapa del tambor de la persiana del salón lleva un tornillo que no es del tambor, que es de otra cosa, y que quien lo puso lo puso mal, y que él lo ha dejado igual porque funciona.

—Si funciona, no lo toques.

—Eso digo yo.

Recogemos. Pongo el lavavajillas y le doy al programa corto, que dura una hora y diez.

Antes de subir se para en la puerta de la cocina.

—Mamá.

—Qué.

—El lunes es el análisis.

—A las ocho y media. Está en el calendario.

—Ya lo sé. Lo digo por la… —chasquea— por la cena. Que no cene.

—A partir de las doce nada.

—Vale.

Bruno sube a las nueve y veinte.

A las nueve y veinticinco subo a mirar si ha bajado la persiana del cuarto y la ha bajado, y en el pasillo, al pasar, veo el altillo del armario cerrado y con el nórdico de invierno dentro y la urna detrás.

A las nueve y media me siento en la mesa de la cocina con el móvil y abro el correo de la empresa, que está en el móvil desde 2031

porque en 2031 nos dijeron que lo pusiéramos y todo el mundo lo puso.

Escribo la dirección en la barra: atencionfamiliar.reingresos@ardevol.es.

Y luego me quedo dos horas.

Podría haberlo hecho a las nueve y media. Podría hacerlo mañana a las siete de la mañana, o el lunes a las ocho, y Herminia me lo dijo con esas palabras: hoy, mañana o el lunes por la mañana. No hay ningún reloj encima de esto. El reloj está encima de la otra cosa, la del lunes a las dos, y esa la firma ella.

O sea que estas dos horas no son de plazo. Son mías.

No son dos horas de estar pensando. Son dos horas de estar. Termina el lavavajillas y no lo abro. Se enfría la cocina y no me muevo. A las diez y cuarto miro un vídeo de una mujer que enseña a doblar sábanas bajeras y lo miro entero, tres minutos y cuarenta segundos, y luego vuelvo al correo.

A las diez menos cuarto abro el buscador del móvil y escribo «calle Godella 27 Villaverde Alto» y sale el mapa, y sale la foto de la calle de hace tres años, con el local todavía con el rótulo entero: PELUQUERÍA MARISA, en letras rojas.

Marisa.

Cierro el mapa.

A las diez y diez escribo el asunto.

Localización de donante con incidencia externa abierta — expte. 20330406114-K

Y luego escribo el cuerpo, y lo escribo como escribo yo, que es la única manera que tengo.

Se comunica la localización de la donante Preciado Sanjuán, Yaiza, expediente 20330406114-K, con incidencia externa abierta desde 09/2034.

Ubicación: calle Godella, 27, Villaverde Alto (Madrid). Local comercial en planta baja, a la derecha del portal, sin número de local. Cierre metálico bajado a media altura; se accede agachándose por debajo. Antiguo local de peluquería, con rótulo de vinilo despegado y cartel de «se traspasa» de 2034 pegado por el interior del cristal.

El portal del número 27 no tiene código. El del 25, contiguo, sí lo tiene y es 1974.

Eso lo sé porque el domingo me lo dijo ella, riéndose, contándome que el vecino del veinticinco le deja llenar la garrafa cuando se queda sin agua y que el código es el año en que nació el hombre.

Horario: permanece en el local la mayor parte del día. Los martes y los viernes, de 07:30 a 11:30 aproximadamente, trabaja limpiando dos escaleras en Usera.

Situación clínica: presenta infección de puerto subclavio derecho, en tratamiento con clindamicina 300 mg/8 h desde el 20/06. Le quedan cuatro dosis. Se objetivó linfangitis el 20/06, resuelta el 25/06. Requiere valoración del reservorio a su ingreso.

Belmonte Sanz, Nuria. Enfermera de vinculación. Acreditación V-011.

Lo leo entero una vez.

Y luego añado una línea que no me ha pedido nadie, en el bloque clínico, al final:

Se recomienda que la valoración del reservorio se realice antes de retirar la pauta antibiótica en curso.

Eso es correcto. Lo escribiría igual en una entrega de turno un martes por la mañana, y si alguien lo lee y lo hace, esa mujer no se pone mala en agosto.

Vuelvo arriba y quito una frase.

Había puesto, después de lo del código del portal, esto: *se recomienda no acceder en horario nocturno*. Lo había puesto porque es verdad y porque de noche esa calle no tiene ni una farola encendida en el tramo de los locales cerrados, y lo quito porque una recomendación en un correo mío empieza a parecerse a otra cosa.

Está todo bien. La dirección es la dirección, el código es el código, el horario es el horario y la pauta es la pauta, y no hay una sola palabra de más ni una sola de menos, y cualquiera que lo lea sabe exactamente adónde ir, cuándo ir y qué se va a encontrar cuando llegue.

Son las diez y catorce.

Envío.

El correo tarda menos de un segundo.

Hay una notificación de entrega porque las direcciones funcionales la tienen puesta, y llega a los cuatro segundos, y dice que el mensaje se ha entregado en la bandeja de atención familiar reingresos a las 22:14:07.

Me quedo con el móvil en la mano y con la pantalla apagándose sola a los treinta segundos, y la vuelvo a encender, y se vuelve a apagar. En enviados está, con la hora y con el destinatario, y lo abro y lo vuelvo a leer.

Abro el lavavajillas para que salga el vapor. Los vasos están arriba, como los pone él.

Capítulo 51

A las diez y cincuenta y cuatro entro en el expediente desde el móvil.

20330406114-K · Preciado Sanjuán, Yaiza *Incidencia externa IE-2034/1188 · ACTUACIÓN EN CURSO · 28/06/2036 22:54*

Me quedo con la pantalla encendida encima de la mesa y con las manos alrededor de un vaso de agua que no me bebo.

El expediente de una donante con incidencia externa abierta se puede consultar por cualquiera con perfil de vinculación, y se actualiza en tiempo real, y eso lo sé desde 2033 porque en 2033 nos lo pusieron y nos mandaron un correo diciendo que era una mejora.

Actualizo con el dedo. No cambia nada. Vuelvo a actualizar.

A las once y cinco se oye la persiana del cuarto de Bruno subir dos palmos y volver a bajar, que es lo que hace cuando tiene calor y no quiere levantarse del todo.

Veintidós cincuenta y cuatro es cuarenta minutos después del envío.

Cuarenta minutos es lo que se tarda desde Valdemoro a Villaverde Alto por la A-4 un sábado por la noche, con la circunvalación vacía, si sales en cuanto lo lees.

A las once y veintiséis se actualiza.

REINGRESO VOLUNTARIO · REGISTRADO Lugar: acceso 3. Documento: solicitud de reingreso voluntario, modelo RV-04. Testigo: atención familiar (turno de guardia).

El modelo RV-04 lo conozco. Es de una cara, tiene siete campos y en el pie hay una línea que dice que la persona firmante declara conocer que el reingreso reactiva las condiciones del contrato vigente. Esa línea la puse yo en una revisión de modelos de 2032, porque había gente que reingresaba creyendo que empezaba de cero.

A las once y treinta y uno se actualiza otra vez.

CONTINUIDAD VALIDADA (19/09/2034) · VIGENTE

No pone «nueva firma». No pone «pendiente de valoración facultativa». No pone «revisión de capacidad». No pone nada más.

La continuidad que firmó el diecinueve de septiembre de 2034 sigue ahí, con su fecha y con su facultativo, y en el momento en que la donante vuelve a estar dentro de la instalación, esa continuidad se reactiva sola. No hay que firmar nada porque ya está firmado. Lo firmó ella hace veintiún meses.

Y en el pie de esa línea hay un enlace pequeño que pone *ver documento*, y le doy, y lo que sale es un pdf de una página con la firma manuscrita escaneada, en tinta azul, con la Y grande y la doble ese de Preciado apretada al final, hecha con prisa encima de un mostrador.

Firmó ella. Está la hora: 23:19.

En la esquina de arriba de la ficha, donde llevaba veintiun meses un triángulo amarillo con una exclamación, ya no hay triángulo.

Eso es lo que Herminia llamaba ayer una línea en amarillo en todos los cierres. Es un triángulo de cuatro milímetros que sale en la ficha, en el listado y en el resumen del trimestre, y que a alguien de la tercera le sale delante cada tres meses desde septiembre de 2034.

A las once y cincuenta y dos:

UBICACIÓN: PLANTA 1, SECTOR B, UNIDAD 1B-207.

Planta uno, sector B, unidad doscientos siete. La misma. En veintiún meses no se la han dado a nadie, porque una unidad con incidencia externa abierta no se reasigna: se queda vacía, hecha, con la sábana doblada en pico, esperando a que se cierre la incidencia.

Yo he visto esa habitación desde el pasillo el trece de junio, cuando bajé con Chelo, y no era esa planta y no era esa habitación, y aun así sé exactamente cómo está puesta la cama.

A las doce y catorce, que ya es domingo:

CONCILIACIÓN FÍSICA: OK — 29/06/2036 00:14.

Conciliación física quiere decir que alguien ha bajado, se ha puesto delante de una cama y ha comprobado que hay un cuerpo. A las doce y catorce de un domingo lo hace la de guardia, con una tableta, en dos minutos, entre la unidad doscientos seis y la doscientos ocho.

A las doce y diecinueve me entra un aviso del móvil que no he pedido y que no estaba mirando.

Personas y Cultura — Reconocimiento por consolidación preferente

Hola, Nuria:

Te informamos de que se te ha reconocido una consolidación preferente por tu excelencia de continuidad asistencial. Este reconocimiento se ha incorporado automáticamente a tu módulo y no requiere ninguna gestión por tu parte.

Con este reconocimiento alcanzas doce (12) y, conforme al punto cuarto de tu certificado de cobertura de dependientes, tu cobertura

pasa a ser consolidada. Recibirás el certificado actualizado en las próximas 24 horas.

¡Enhorabuena! 💛

Personas y Cultura · Noe

Lo leo dos veces. La segunda vez me quedo en «no requiere ninguna gestión por tu parte», que es una frase que Personas y Cultura pone en todos los correos automáticos y que aquí es exacta.

Abro el módulo de rendimiento.

Donde llevaba dos años una línea en gris con dos iniciales, ahora hay una línea en verde con una fecha, un código y las mismas dos iniciales.

Doce líneas verdes.

La línea nueva pone esto:

Reconocimiento 12 · Consolidación preferente · Unidad 1B-207 · Y.P. · Conciliado 29/06/2036 00:14.

Y ahí, por primera vez en dos años, esa línea lleva un código de unidad al lado de las dos iniciales, porque una línea conciliada lleva unidad y una pendiente no.

Y el módulo, debajo, ha cambiado el rótulo de la cabecera. Donde ponía *cobertura vinculada a rendimiento — renovación trimestral*, ahora pone *cobertura consolidada*.

Eso no lo ha hecho nadie tampoco. Lo hace el módulo cuando el contador llega a doce, porque está programado para hacerlo, y lo ha hecho a las cero horas y diecinueve minutos de un domingo.

Once de las doce las conozco. Sé el mes de cada una y de cuatro me acuerdo de la cara. De la doce sé la cara, sé el nombre, sé la talla de la ropa que le llevé, sé qué come, sé a qué hora se levanta los martes y los viernes y sé cuántas dosis le quedan.

Me levanto, lavo el vaso y lo pongo boca abajo en el escurridor.

Antes de subir hago una cosa que no había pensado hacer, que es abrir el móvil otra vez y buscar el número que no tengo guardado.

Está el registro de llamadas. Está la del viernes veinte a las diez menos veinte, la de cuatro minutos, la que empezaba con treinta y nueve dos.

No llamo. No sé qué haría un teléfono sonando ahora mismo en un local de la calle Godella, y sí lo sé, y por eso no llamo.

Subo. La puerta de Bruno está entornada y tiene la luz apagada y el ventilador puesto en el uno.

Capítulo 52

El domingo entro a las seis de la tarde, porque Buiría me dejó dos papeles para firmar y porque mañana a las dos es el cierre y esta casa el fin de semana del cierre parece un martes.

Hay gente en la uno, hay gente en la dos, hay dos coches de administración en el aparcamiento de visitas y hay un chico de sistemas que no conozco comiéndose un táper en el hall.

Firmo los dos papeles. Uno es el acta de la actuación de purga y el otro es la aceptación del nombramiento, con efectos uno de julio.

Y luego, antes de bajar, entro en el archivo de vinculación y escribo el número.

20290627041-M.

Sin resultados para el criterio indicado.

Y luego busco por el otro lado, por si acaso, porque el archivo de vinculación se puede filtrar también por fecha de contacto.

Filtro por 29 de junio de 2029. Sale una llamada de las 18:40, de un señor de Móstoles preguntando por la asignación, tipificada como uno.

Solo esa.

Cierro.

En el office está Noe, de Personas y Cultura, con unas zapatillas blancas y una coleta alta y una carpeta de anillas, sacando un café de la máquina.

—¡Anda! —dice—. Justo tú.

—¿Trabajando un domingo?

—Es que el cierre me genera las tareas de personal y hay que cerrarlas antes. —Se aparta para que llegue a la máquina—. Y yo el lunes libro, así que o lo hago hoy o lo hago el martes y el martes es un caos.

Le doy al botón del café solo.

—Oye, que tengo lo tuyo aquí —dice, y abre la carpeta.

Dentro, sujeta con un clip a una hoja impresa, hay una cuenta roja del tamaño de un guisante, con el orificio pasante y con el pequeño casquillo dorado.

—¿Te la pongo?

—Ponla.

Dejo el café, me quito el reloj y estiro la muñeca izquierda encima de la mesa del office, la de la pata calzada con el cartón.

Noe se sienta enfrente y la engarza. Hay que abrir el enganche con la uña y meterlo por el orificio y volver a cerrarlo, y a ella no le sale a la primera.

—Estas son de silicona y no dan de sí —dice—. La de la Casanovas se me rompió en marzo y tuve que pedir pulsera nueva.

—Ya.

—¿Tú sabías que estas las hacen en Portugal?

—No.

—Pues sí. Y las cuentas en otro sitio. —Aprieta con el pulgar—. Ay, va. Ya.

Clac.

Doce.

—A ver, ponla derecha. —Me gira la muñeca y coloca la última en fila con el dedo—. Ya está. Qué bien queda.

—Gracias.

—Y enhorabuena, ¿eh. Que la doce es la buena.

—¿La doce es la buena?

—La doce es la que consolida —dice, muy natural, cerrando la carpeta—. A partir de ahí ya no depende de nada. Lo pone en el reglamento, que me lo tuve que leer entero en enero para una consulta y no veas.

—Ya.

—O sea que ya no te puedes ir. —Se ríe—. Es broma. Es al revés: ahora es cuando te podrías ir.

Coge su café.

—Oye, ¿tú al final qué quincena tienes en agosto?

—La segunda.

—Yo la primera y me voy a Cambrils con mi madre y con mi tía. —Pone los ojos en blanco—. Diez días con las dos. Diez.

—Suena bien.

—Suena a hotel de media pensión —dice—. Bueno, que me voy, que me quedan seis tareas. ¡Enhorabuena otra vez!

Se va con el café y con la carpeta.

Yo me quedo en el office cuatro minutos más, de pie, con el café que ya no quiero.

Desde aquí se ve el pasillo de vinculación y se ve la puerta de la sala dos, que está abierta porque los domingos la dejan abierta para ventilar, y se ve el trozo de moqueta gris donde apoya los pies la gente que se sienta enfrente de mí.

Tiro el café en el fregadero y el vaso en la papelera, bajo al aparcamiento y me voy a casa.

Llego a las siete y media. El certificado actualizado me llega al correo a las ocho y cuatro.

Certificado de cobertura de dependientes — actualización por consolidación. Titular: Belmonte Sanz, Nuria. Beneficiario: Belmonte Sanz, Bruno. Modalidad: CONSOLIDADA.

Lo abro en el portátil de casa, en la mesa de la cocina, con la carpeta azul al lado y sin abrirla.

Punto cuarto. Modalidad consolidada.

4.1. Alcanzados doce (12) reconocimientos por consolidación preferente, la cobertura del beneficiario designado adquiere carácter definitivo e irrevocable.

4.2. La cobertura consolidada es independiente del mantenimiento del vínculo laboral del titular con la entidad. Su vigencia no se verá afectada por la extinción de dicho vínculo, cualquiera que sea la

causa, ni por la apertura, tramitación o resolución de expedientes de cualquier naturaleza.

4.3. La entidad garantiza mediante reserva material una provisión de producto suficiente para veinticuatro (24) meses de pauta del beneficiario, disponible desde la fecha de consolidación e independiente de la disponibilidad general de la red.

4.4. La cobertura consolidada no es revisable, minorable ni compensable.

Lo leo entero.

Lo leo otra vez y esta vez leo despacio el cuatro punto dos, palabra por palabra, buscando la parte que tiene que estar y que en todos los documentos de esta casa está siempre: la coletilla. El *salvo*. El *sin perjuicio de*. El paréntesis que dice que en caso de despido disciplinario procedente esto no aplica.

No está.

Lo leo una tercera vez desde el principio, las cuatro cláusulas, y bajo hasta el pie, donde están las notas en cuerpo siete, y ahí tampoco está.

Son las ocho y veinte.

Abro el portal de empleada, entro en el aplicativo de personal y busco en el desplegable de solicitudes.

Está la sexta, entre *permiso no retribuido* y *jubilación parcial*.

Baja voluntaria.

Le doy. Se abre un formulario con cuatro campos: fecha de efectos, motivo (opcional), observaciones y una casilla de conformidad con el preaviso de quince días.

Lo miro un rato.

Lo cierro sin rellenar nada. No me pregunta si estoy segura, porque no he escrito nada, así que se cierra y ya está.

Y luego hago la cuenta, que es la que llevo sin hacer desde las ocho y cuatro.

Veinticuatro meses de reserva material. Doce infusiones al año, veinticuatro dosis garantizadas, disponibles desde hoy e independientes de la disponibilidad general de la red. Si mañana esta casa cierra, si el juzgado interviene, si suspenden Hilo® y se cae el suministro entero, Bruno tiene producto hasta junio de 2038.

Y en junio de 2038 se verá, que es lo que llevo diciendo siete años y que hasta hoy nunca había podido decir con dos años por delante.

Bruno baja a las nueve a por agua y me ve con el portátil.

—Papeles.

—Papeles.

Se sirve. Se para en la puerta.

—Te falta una.

—¿Qué?

—Ahí. —Señala la muñeca con el vaso—. Las bolitas. Que había once.

—Ahora hay doce.

Se queda mirándolas desde donde está, que es a dos metros, y no se acerca.

—¿Eso es bueno?

—Sí.

—Vale.

Y sube.

A las nueve y media apago el portátil y me tumbo en el sofá a ver el final de una película empezada, y a las diez menos algo me duermo con la ropa puesta, con los pantalones del trabajo y con la pulsera, y me despierto a las tres y media con la tele encendida y el mando en el suelo y no subo.

Capítulo 53

A las ocho y media estoy en el centro de especialidades de Getafe con Bruno, en ayunas, en la fila de extracciones.

Le sacan tres tubos. La chica le pincha bien, a la primera, en la fosa del codo izquierdo, y él mira para el otro lado porque lleva siete años mirando para el otro lado. Salimos a las nueve menos cuarto y le compro un bocadillo de tortilla en el bar de enfrente y se lo come en el coche.

Lo dejo en casa a las nueve y diez.

—¿A qué hora vienes?

—Tarde. Hoy es el cierre.

—Ya. El de los papeles.

—El de los papeles.

Llego a Valdemoro a las nueve y cincuenta.

El despacho provisional es el 3.04, al lado del de Herminia, y es el de Elvira, que se fue en marzo y que dejó tres cajas de cartón apiladas contra la pared y un calendario de 2035 colgado. Hay una mesa, dos sillas, un armario metálico y una ventana que da a la marquesina de la entrada principal.

En la mesa hay un sobre con mi tarjeta nueva. Sigue siendo blanca, sigue teniendo mi cara, y debajo del número, donde antes ponía VINCULACIÓN, ahora pone VINCULACIÓN — DIRECCIÓN (PROV.).

Entro en el sistema y lo que tengo delante no se parece a lo que tenía el viernes.

Tengo la bandeja de dirección de vinculación, con once expedientes pendientes de firma. Tengo el módulo de rendimiento entero, no el mío: el de las cuatro vinculadoras. Tengo el acceso a producción con las once columnas abiertas y sin candados.

Y tengo, en la carpeta de dirección, un archivo que se llama **control de cartera N1/N3 — 2T2036** y que tiene ciento cuarenta páginas.

Lo abro.

Es el mismo. La página nueve es la página nueve, con la fila del 1A-041 y con la del 1B-207, que ahora ya no tiene el triángulo. La ciento cuarenta es la ciento cuarenta, con las dos líneas del resumen.

Arriba a la derecha hay un botón que pone EXPORTAR y debajo, en gris, una advertencia: *la descarga quedará registrada en el histórico de actuaciones del usuario*.

Y al lado hay otro que pone CERTIFICAR ORIGEN.

Ese lo he usado seis o siete veces en nueve años, para mandarle a un juzgado de familia el expediente de una donante cuya hija reclamaba una pensión. Se le da, sale un cuadro que pide el motivo, se pone el motivo, se firma con el certificado y sale un pdf con un sello y con mi nombre y con la hora.

Cuarenta segundos.

Lo miro.

Lo cierro.

Y en la carpeta, tres archivos más abajo, hay otro que se llama igual pero acaba en 1T2036, y otro en 4T2035, y otro en 3T2035. Están los dieciséis últimos trimestres.

A las diez y doce me llama Isasi. Lo veo en la mesa, boca arriba, el número sin guardar, cuatro tonos y para.

A las diez y catorce me manda un mensaje. *Belmonte. Dos minutos.*

No contesto y no borro el mensaje. Lo dejo ahí, sin abrir, con el punto azul al lado, que es lo que hago con los correos que no quiero contestar y que luego contesto.

A las diez y media bajo a la sala dos, porque en la agenda había una vinculación a las once que nadie ha quitado y porque a la señora ya la han citado.

Se llama Antonia Ferrán y tiene sesenta y un años y viene de Ciempozuelos, y le leo las siete páginas. En la cuatro se pierde y le repito la cuatro. En la seis me pregunta lo que me preguntan todas y le contesto lo que contesto siempre.

Le explico lo del frío en el brazo y lo de la risa. Se ríe.

Firma a las once y cuarenta y tres.

Subo.

A las diez menos veinte de esta mañana, mientras esperaba en la fila de extracciones con Bruno, me lo he planteado entero y me lo he planteado bien, que es lo único que sé hacer, y me ha salido esto:

Bruno tiene producto hasta junio de 2038 pase lo que pase. Eso no es una promesa: es una cláusula que dice *cualquiera que sea la causa* y que no lleva coletilla.

O sea que lo que hay al otro lado de ese botón no es Bruno.

Lo que hay es una licencia de enfermera que tengo desde 1991. Es un expediente PD-2036/0091 con mi nombre y con la hora, del sábado a las diecinueve cuarenta y uno, que si alguien empieza a

tirar del hilo aparece. Es un correo enviado el sábado a las veintidós catorce a una dirección funcional, con una dirección de Villaverde dentro, que también aparece.

Y es lo otro, que no sé cómo se llama y que llevo dos días sin poder decir en voz alta: que si yo firmo eso hoy, todo lo que hice el sábado no sirvió para nada. Que a mi madre le borré el archivo el sábado a las siete y cuarenta y uno para que no lo viera un juzgado, y que si hoy le doy a ese botón el juzgado va a estar aquí dentro el lunes que viene mirándolo todo.

Eso no es cobardía. Yo sé perfectamente lo que es.

Y detrás de eso, lo que dije en una cafetería de un centro comercial hace dieciocho días: que si esto se para, lo que se para no son treinta y siete continuidades, es una fábrica.

Once mil trescientos cuarenta y dos. Nueve mil ciento ochenta en pauta mensual.

Eso no ha cambiado en dieciocho días. No cambia porque me hayan puesto una cuenta roja el domingo.

A las doce y veinte vuelve a llamar. Cuatro tonos.

A la una menos diez sube Buiía con la tableta a preguntarme una cosa del acta de la sesión de mañana y se queda diez minutos de pie hablando del despacho.

—Te lo tienen que pintar.

—No hace falta.

—Nuria, mira la pared de detrás de la puerta.

La miro. Hay un rectángulo más claro de metro por metro donde estuvo algo colgado seis años.

—Que te lo pinten —dice—. Que se pide por el aplicativo y tardan dos semanas, o sea que pídelo hoy.

A las una y media me como el bocadillo que me he traído de casa, de pie, mirando por la ventana la marquesina de la entrada, donde no hay nadie porque a la una y media de un lunes de julio hace cuarenta grados en esa acera.

Capítulo 54

A las dos menos veinte sube Nati de la dos a traer dos historias en papel y a preguntar por el cambio de responsable.

—O sea que ahora tú.

—Desde mañana.

—Pues me alegro. —Deja las carpetas en la mesa—. Oye, ¿tú puedes hacer algo con lo de la ventana?

—¿Qué ventana?

—La del ala oeste. La de un metro noventa. —Se apoya en el marco —. Que llevo desde el 33 pidiendo que la bajen medio metro y me dicen que es estructural. Y no es estructural, que yo he visto los planos.

—Lo miro.

—Eso me dijo Elvira.

Se va.

A las dos menos cinco entro en el módulo de prórroga con el acceso provisional.

LOTE 2T2036 — VALIDACIÓN DE CONTINUIDADES
Generación del archivo: 30/06/2036, 14:00. Estado: pendiente de validación por dirección.

Debajo hay una nota de sistema en cursiva:

Se ha excluido 1 expediente por revisión de vencimiento (autorización DIR 30/06/2036 08:34).

Herminia lo firmó a las ocho y treinta y cuatro, cuando yo estaba en la fila de extracciones.

Bajo.

La pantalla de abajo es una tabla de treinta y siete filas con siete columnas: unidad, expediente, fecha de inicio, mes, vencimiento, facultativo validador y estado. Todas ponen lo mismo en la última: *documentación completa*.

La lista sale ordenada por unidad. 1A-038. 1A-055. 1A-061. Sigue.

No está la 1A-041.

Subo otra vez y le doy al botón de abajo.

37 EXPEDIENTES SELECCIONADOS · ¿VALIDAR CONTINUIDAD?

Son las catorce cero cero.

En el pasillo, alguien arrastra una silla.

Pulso.

Validación registrada. 37 continuidades incorporadas al cierre del segundo trimestre de 2036. Usuario: Belmonte Sanz, N. (V-011), dirección de vinculación (prov.). 30/06/2036, 14:00.

A los cuatro segundos entra el correo automático de confirmación al buzón de dirección y al de prórroga, con copia a contabilidad, con el asunto *cierre 2T2036 — validación de continuidades completada*.

Y a las catorce cero cuatro entra otro, de contabilidad, automático también, que dice que se ha regularizado la imputación del coste de

rehabilitación previsto de treinta y siete expedientes y que el ajuste se incorpora al cierre.

Buiía pasa por delante del 3.04 a las catorce cero seis camino del ascensor y asoma la cabeza.

—¿Ya está el cierre?

—Ya está.

—Buah. —Levanta el pulgar—. Pues hasta septiembre.

Cierro sesión y cojo el bolso.

En el ascensor van dos chicas de administración hablando de un piso de alquiler en Pinto que se les ha caído por el aval, y una dice que ochocientos por un tercero sin ascensor es un robo, y la otra dice que en Pinto ya no hay nada por debajo de setecientos cincuenta.

Se bajan en la baja. Yo también.

Como en el bar de la rotonda, el de la gasolinera, que tiene menú por trece cincuenta y que a las dos y veinte está lleno de gente de las naves.

Me siento en una mesa de dos, junto a la máquina de tabaco. La camarera me conoce de vista, de los meses en que venía más, y me dice que cuánto tiempo, y le digo que ya ves, y me pone el pan y el agua sin preguntar.

La camarera me deja la pizarra en la mesa. Hay cuatro primeros, cuatro segundos y postre o café.

De primero pido ensaladilla. De segundo, merluza a la romana con pimientos. Pan, agua y un flan, que viene de bote y que está bueno igual.

En la tele de la esquina hay un programa de la tarde con el volumen bajo y los subtítulos puestos. En la barra hay siete hombres con chaleco reflectante y una mujer con bata azul de la nave de al lado, y todos están con el menú, y la camarera lleva los platos de tres en tres.

A las dos y cuarenta entran Pilar y Quique, que también han bajado, y se sientan conmigo porque no hay otra mesa.

—Ay, qué calor.

—Cuarenta y uno han dicho.

—Cuarenta y uno.

Pilar pide lo mismo que yo y se queja del flan de bote antes de probarlo, y luego se lo come entero. Quique pide lentejas, en julio, a cuarenta y un grados, y cuando se lo decimos dice que las lentejas son de todo el año y que el problema lo tenemos nosotras.

A mitad de la merluza me está contando una cosa de la boda de septiembre, de que su hermana quiere hacer la comida en un sitio que hay cerca de, y se para.

—Cerca de… —Chasquea los dedos—. Ay, cómo se llama. Al lado del pantano ese.

Quique va a decírselo. Le pongo la mano en el brazo, un momento, sin mirarle.

Pilar se queda con los dedos parados en el aire.

—San Juan —dice—. El pantano de San Juan.

—Muy bien.

Levanta la cabeza.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo que muy bien?

—Que sí, que el pantano de San Juan. Que sigas.

Y sigue, y me cuenta lo del sitio y lo del aparcamiento y lo de que hay que ir en coche y que quién conduce, y yo me como la merluza.

—Y lo del pantano, ¿es de esos sitios de bodas con un jardín y unas letras gigantes?

—Con letras gigantes.

—¿De cuáles?

—Pone LOVE. —Pilar cierra los ojos—. LOVE, Nuria. En un pantano.

—¿Y de qué color?

—Blancas, con bombillas.

—Bueno, con bombillas ya es otra cosa.

—Con bombillas es peor —dice Quique.

La cuenta son trece cincuenta cada uno y el datáfono no va, y Quique dice que ya invita él y que se lo devolvamos, y le devolvemos los trece cincuenta en efectivo Pilar y yo, y él dice que ha sido una broma y se los guarda igual.

—Y tú ahora ya no bajas aquí —dice Pilar, poniéndose las gafas de sol—. Ahora coméis arriba.

—Yo no como arriba.

—Elvira comía arriba.

—Yo no soy Elvira.

—Eso dicen todas —dice Quique, y Pilar le da en el brazo.

—Oye —dice Quique, ya en la puerta del bar—, ¿y la de Parla qué tal?

—¿Cuál?

—La del pelo. La que se reía.

—Marisol.

—Esa. Que preguntaste por ella dos veces.

—Está bien. Estable.

—Menos mal —dice, y se pone la gorra.

Volvemos andando los tres los ciento cincuenta metros que hay hasta la puerta tres, y hace cuarenta y un grados y no hay ni una sombra en toda la acera.

Quique va contando que se ha comprado una bici eléctrica de segunda mano y que le ha salido por trescientos y que el que se la vendió le juró que la batería estaba nueva.

—Y no estaba.

—Y no estaba —dice Quique—. Cuarenta minutos y se muere.

—Eso es media hora de ir y nada de volver.

—Eso es exactamente lo que es.

Capítulo 55

El martes entro a las ocho y a las ocho y diez ya tengo cuatro correos en la bandeja de dirección, y uno es de mantenimiento preguntando cuándo se puede pintar el 3.04.

Contesto que en agosto.

El auto llega a media mañana.

Nos lo notifican a las once y cuarto y a las once y media Herminia me manda el pdf sin ningún mensaje, solo el archivo, que es su manera de decir léetelo.

Deniega la suspensión cautelar del procesamiento del lote. Dice que el documento aportado carece de acreditación de origen, que no puede tenerse por indiciariamente probada su procedencia y que la medida solicitada afectaría a una actividad sanitaria autorizada y en funcionamiento.

Concede la conservación. Ordena la conservación íntegra de historias clínicas, registros de producción y registros de atención al donante de todas las unidades del grupo, con efectos desde la notificación.

Con efectos desde la notificación. Martes uno de julio, once y cuarto de la mañana.

El archivo de vinculación del expediente 20290627041-M se destruyó el sábado a las diecinueve cuarenta y uno, cincuenta y nueve horas y treinta y cuatro minutos antes.

A las once y cuarenta Herminia me manda un segundo pdf, este con una nota de la abogada de la casa. Son cuatro párrafos y el último dice que la resolución es recurrible pero que no se recomienda recurrir, porque lo concedido es lo estándar y porque recurrir una

orden de conservación de historias clínicas «generaría una lectura desfavorable».

Generaría una lectura desfavorable. Eso es una manera de escribir.

Lo cierro y lo guardo en la carpeta de dirección, que es donde va.

A la una menos cuarto, Buiría me manda el acta de la sesión de cumplimiento de esta mañana. IE-2036/0418: archivado. Identificación de la persona: acreditada. Sin ulteriores actuaciones.

A las once y treinta y cinco me llega la primera petición de firma de la bandeja de dirección: una autorización de traslado interno de dos unidades del sector A al B por obras en la climatización.

La firmo. Tarda cuatro segundos.

A las once y cuarenta estoy de pie en el 3.04 con un rotulador en la mano, poniéndole nombre a las tres cajas de Elvira para que se las lleven, cuando por la ventana veo pararse una furgoneta blanca en la marquesina de la entrada principal.

No es de las nuestras. Lleva el rótulo de un centro de rehabilitación concertado de Alcorcón.

A las once y cuarenta y siete se abre la puerta principal y sale un celador empujando una silla de ruedas.

En la silla va una mujer con una manta polar por encima de las rodillas, a cuarenta grados, porque salen así todas: cuando se baja la sedación se pierde el termostato durante semanas y tienen frío en julio. Lleva un chándal gris que le queda enorme y unas deportivas sin atar del todo. Tiene el pelo muy corto y crecido a manchas y la cara con esa hinchazón blanda de la primera semana.

Está despierta. Tiene los ojos abiertos y la cabeza un poco caída hacia el hombro derecho, y se le nota que la sostiene a propósito.

Detrás va una chica de diecisiete años con una bolsa de deporte azul en la mano. Lleva unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y el pelo recogido en un moño alto, y camina un paso por detrás de la silla, a la izquierda, con la mano libre en el respaldo.

La bolsa es de las de gimnasio, con el asa larga cruzada, y va a la mitad. Ahí dentro va toda la ropa que va a necesitar su madre los próximos cuatro meses, y es la mitad de una bolsa, y eso lo sé porque he escrito la lista de esa bolsa doscientas veces en un impreso: dos pijamas, ropa interior, calcetín ancho, un jerséy fino, zapatilla cerrada con velcro y neceser sin tijeras.

Cambra Vilanova, Delia. Cuarenta años. Unidad 1A-041. Ingresó el tres de enero de 2035, un miércoles, en la semana en que la calefacción de la sala dos estaba rota y había un cubo debajo de una gotera en el pasillo.

Diecisiete meses y veintiocho días.

Alicia mete la bolsa en la parte de atrás de la furgoneta y vuelve a por su madre. El celador pone el freno de la silla, bajan la rampa, la suben.

Delia no mira hacia arriba. Mira al suelo de la acera, y luego a la rampa, y luego, cuando la están sujetando con los cinchos, a la mano de su hija.

Tarda todo lo que tardan estas cosas. Nueve o diez minutos con la furgoneta parada en la marquesina y el motor encendido para el aire.

A las once y cincuenta y cinco la chica vuelve a bajar de la furgoneta, va al asiento del copiloto, saca una botella de agua pequeña y sube otra vez.

A las doce menos dos arrancan.

Yo estoy en la tercera planta, detrás de un cristal, con un rotulador permanente negro en la mano derecha y el capuchón en la izquierda.

No bajo.

Me quedo mirándolo entero, los nueve o diez minutos, sin moverme del cristal, y en algún momento me cambio el rotulador de mano porque se me está clavando el capuchón.

No hay ninguna razón para no bajar. Tengo el ascensor a doce metros, no tengo nada a las doce y soy, desde ayer, la persona que dirige el servicio que la vinculó.

Y tampoco hay ninguna razón para bajar. Si bajo, lo único que pasa es que una chica de diecisiete años que está metiendo a su madre en una furgoneta tiene que dejar de hacerlo para atender a una señora que se ha presentado sola.

Las dos son verdad al mismo tiempo y la que uso es la segunda.

Delia Cambra no sabe quién soy y no lo va a saber nunca. Le habrán dicho lo que se dice, que se ha detectado un error en el cálculo del vencimiento, y lo habrá oído tres o cuatro veces sin retener ninguna, porque en la primera semana no se retiene nada.

Cuando la furgoneta gira hacia el camino de servicio, escribo ELVIRA — ARCHIVO en la primera caja y ELVIRA — PERSONAL en la segunda.

La tercera está abierta por arriba y tiene dentro, encima de todo, una taza con un dibujo de un gato.

Escribo ELVIRA — PERSONAL en la tercera también.

Capítulo 56

El nombramiento tiene efectos desde hoy y no lo celebra nadie, porque en esta casa las cosas empiezan a existir cuando llega el correo automático y el correo automático lo manda Personas y Cultura los viernes.

El miércoles hago la compra grande, que llevaba tres semanas sin hacer y que se notaba porque estábamos comiendo pasta desde el domingo.

Ciento cuarenta y dos euros con veinte. Cuatro bolsas y una garrafa.

Bajamos los dos. Bruno lleva el carro y yo la lista, y en el pasillo de las conservas se para delante de las latas de un cuarto de kilo y dice:

—Acelgas.

—¿Quieres acelgas?

—No. Odio las acelgas. —Coge una lata y la deja otra vez—. Es que me ha salido.

—¿Estaba?

—Estaba.

Va a la izquierda. La número nueve, contando desde arriba, escrita con mi letra en 2030.

En casa la tacha él, con dos rayas, y escribe *acelgas* en la derecha, y debajo pone la fecha: 2/7.

En la caja hay ciento noventa gramos de acelga en conserva por sesenta y ocho céntimos. Compramos dos, y las dos van a estar en el armario en Navidad.

Yo esa noche abro la hoja de cálculo y la meto donde va.

La infusión de julio es el día doce. La última fue el doce de junio. O sea que hoy es el día veinte del ciclo.

De las nueve palabras, ocho están entre el día siete y el día quince.

Esta es la nueve y cae en el veinte.

Miro las dos columnas un rato y luego cierro el portátil y no le digo nada, y él está en el sofá con un documental sobre una fábrica de vidrio en Cuenca y no me pregunta.

El jueves tiene a Nando a las seis.

Lo llevo, lo dejo, doy una vuelta por el barrio, aparco en doble fila delante de una panadería cerrada y me quedo veinte minutos en el coche con la radio puesta en una emisora de noticias que está dando el tiempo de toda España.

Vuelvo a las siete menos cuarto. Sale con la camiseta empapada y de un humor excelente.

—Cuarenta.

—¿Cuarenta qué?

—Escalones. Sin… —hace un gesto de agarrar— sin barandilla.

—¿Cuarenta seguidos?

—Cuarenta. Y bajando, veinte.

—Bajar es peor.

—Bajar es mucho peor —dice, y se sienta en el coche de un golpe.

Cenamos a las nueve. Tortilla de patata que he hecho yo, ensalada, y él pone la mesa del revés.

—Está poco hecha.

—Está en su punto.

—Está poco hecha —dice, y se come tres trozos.

A la mitad de la cena, contando algo de Nando, dice:

—Es que él tiene una… una prima. Que trabaja en el Doce de Octubre.

Y sigue hablando.

Tarda diez segundos en darse cuenta de que lo ha dicho. Se para con el tenedor a medio camino, se le abre la cara y suelta el tenedor en el plato.

—Prima.

—Prima.

—¡Prima! —Da una palmada en la mesa con la izquierda—. ¡Es de parentesco!

—Es de parentesco.

Se levanta, va a por la libreta y la trae a la mesa, y la abre y busca en la izquierda, en el bloque de las casillas de Merche, y ahí está: *prima*, la cuarta.

La tacha con tres rayas.

—Merche se va a…

—Se va a poner como una moto.

—Como una moto.

Escribe *prima* en la derecha y pone la fecha, 3/7, y luego se queda mirando la columna de la izquierda, que ahora tiene diecisiete palabras sin tachar.

—Mañana le mando una foto.

—Mándasela.

Cierra la libreta y le pone el boli encima, que es lo que hago yo, y sube a las once menos cuarto.

Yo me quedo abajo.

Frego lo de la cena, que son cuatro cosas, y las seco y las guardo, y después limpio la vitro con el estropajo verde, que no hacía falta.

A las once y diez le mando a Merche la foto de la página, aunque él se la vaya a mandar mañana, porque quiero que la vea esta noche y porque a mí también me da derecho a algo.

Contesta a los seis minutos.

PRIMA. Nuria. Es la primera de parentesco en cuatro años.

Ya.

Que no es poco, ¿eh. Que es que no es poco.

A las once y veinte abro el armario del pasillo para sacar una toalla de las de playa, porque el sábado va a ir a la piscina municipal con

Nando y hay que dejársela puesta, y cuando abro el armario me encuentro con lo que hay dentro, que lleva así desde marzo.

Lo saco todo.

Saco las toallas, las de baño y las de playa y las de manos. Saco las sábanas, que están dobladas de tres maneras distintas. Saco las fundas de almohada, que están sueltas. Saco los dos nórdicos, el de verano en su bolsa y el de invierno en la suya. Saco una manta de cuadros que no usamos desde que se murió el perro, en 2027.

Lo pongo todo en el suelo del pasillo y en la cama de mi cuarto.

Y luego lo doblo otra vez, entero, de la misma manera todo: sábanas bajeras con las esquinas metidas unas dentro de otras, encimeras en tres, fundas por pares y metidas dentro de una de ellas. Por temporada. Verano en los dos estantes de abajo, que es donde llego sin subirme a nada, e invierno arriba.

Son las doce y cuarenta cuando termino de doblar.

Vuelvo a meterlo. El altillo lo dejo para el final porque el altillo está por encima de mi cabeza y hay que subirse al taburete de la cocina.

Arriba va el nórdico de invierno, que ocupa medio altillo. Detrás va la manta de cuadros.

Y al fondo, contra la pared, en el mismo sitio en el que está desde enero de 2031, está la urna.

La saco para colocar el nórdico y la tengo en las manos treinta segundos, que es lo que tardo en poner la bolsa del nórdico plana y empujarla hacia dentro.

Pesa lo que pesa. Tiene la tapa atornillada con cuatro tornillos de estrella y la placa lisa, y encima, en el hombro de la tapa, una capa fina de polvo con una marca de dedos que son míos, de septiembre.

La vuelvo a poner al fondo, contra la pared, y le pongo la manta de cuadros delante.

Cierro el altillo. Bajo el taburete y lo devuelvo a la cocina.

Termino a la una y cincuenta.

El viernes por la mañana Bruno abre el armario del pasillo buscando una toalla, se queda mirando y dice:

—¿Qué has hecho?

—Ordenarlo.

—Estaba bien.

Capítulo 57

El viernes por la mañana, en el 3.04, tengo cuarenta correos y ninguno es de nada.

Once son de firma. Dos son de Personas y Cultura. Uno es de mantenimiento diciendo que lo de pintar el despacho lo apuntan para agosto y que no me lo garantizan. Y hay uno de comunicación, de la sede, pidiendo fecha para una fotografía.

Contesto los once y dejo los otros.

Por la tarde, en el buzón de casa, entre la factura de la luz y un folleto de una clínica dental, hay un sobre blanco pequeño escrito a mano.

ARDÈVOL BIENESTAR — VALDEMORO Para NURIA, la enfermera de vinculación.

Tiene un sello de un euro con veinte y matasellos de Alcorcón del miércoles dos. La letra del sobre es redonda y rápida, de gente joven, y ha escrito la dirección entera mirando algo, porque el código postal está bien.

Bruno ha subido el correo del buzón y lo ha dejado en la mesa de la entrada, en el montón, como siempre, y ha puesto el folleto de la clínica dental encima porque el folleto lleva una foto de un señor con una sonrisa que le hace gracia desde hace tres meses.

Está reenviado. Encima del sobre original hay una etiqueta de la casa con mi nombre y con el 3.04, puesta por alguien de recepción, y una nota a lápiz que dice «no lleva remite».

Se lo han mandado a mi despacho y me lo he traído a casa en el bolso sin abrirlo, con la solapa metida por dentro y sin pegar.

Lo abro en la cocina de pie.

Dentro hay media hoja de papel pautado, de cuaderno, arrancada por arriba, con la letra en mayúsculas enormes, torcidas, cada palabra un poco más abajo que la anterior, escritas apretando mucho.

NURIA

LA ENFERMERA DE ENERO

ME AN DICHO QUE USTED VIO EL ERROR

GRACIAS

TENGO 2 HIJAS ALICIA Y NOA. NOA AORA TIENE 12

NO ME ACUERDO DE CASI NADA PERO ME ACUERDO DE QUE USTED ME DEJO LLAMAR POR TELEFONO

~~PERD~~ ESTOY MEJOR

DELIA

La leo dos veces, de pie, con la puerta de la calle todavía abierta.

Luego la cierro con el pie y la leo otra vez sentada.

La palabra tachada la ha tachado ella con cuatro rayas encima, hasta romper un poco el papel, y debajo se lee PERD y una letra empezada que puede ser una O.

La letra no es la misma.

La de la hoja de admisión de enero de 2035 era pequeña, apretada, bien hecha, de las que caben tres líneas y media en un recuadro de seis y no se salen. La de este papel son mayúsculas de diez

milímetros que se caen hacia la derecha y que empiezan a la mitad del renglón porque la mano no encuentra el margen.

En dieciocho meses una mujer pierde la letra. Eso lo sabía y no lo había visto nunca puesto uno al lado del otro.

Lo de las hijas está escrito porque no sabe qué más poner y porque cuando uno no sabe qué poner pone lo que tiene.

Y lo de Noa está mal. Noa tenía once años cuando su madre entró y ahora tiene trece, porque cumple en abril, y eso lo sé porque está en la página uno del expediente. Delia se ha quedado en enero de 2035 y ha sumado uno, que es lo que se hace cuando se despierta uno y no sabe cuánto tiempo ha pasado.

Trece. En un año y medio, a esa edad, una niña cambia entera.

Y lo del teléfono es verdad.

No me acuerdo de Delia Cambra Vilanova. No me acuerdo de su cara, ni de su voz, ni de si venía sola o acompañada, ni de si lloró en la cuatro o en la seis o en ninguna. He mirado su expediente cuatro veces en cinco semanas y no me ha venido nada.

Pero lo del teléfono lo hago yo. Lo hago desde 2029. Cuando una mujer llega a la página siete y dice que se le ha olvidado avisar a alguien, o que quería decirle una cosa a su hermana, o que su padre no sabe nada, yo le doy el teléfono de la sala y salgo al pasillo y cierro la puerta y espero fuera lo que haga falta. Eso no está en ningún protocolo y no lo puede ver nadie, porque las llamadas hechas desde el fijo de la sala dos no se graban.

O sea que el tres de enero de 2035, en una sala con la calefacción rota, yo salí al pasillo y me quedé de pie mirando la gotera del cubo mientras una mujer de treinta y nueve años llamaba a alguien.

Y ella se acuerda de eso y no se acuerda de nada más, y me lo escribe con la mano que le funciona a medias tres días después de despertarse.

Cinco minutos de pasillo en 2035.

Yo lo hago con todas. Lo hice el diecinueve de mayo con Marisol Tejera, que no lo pidió pero que quería dejar una carta, y lo hice el diez de junio con una señora de Valdemoro que tenía a la hija fuera con el móvil, y lo hice el treinta de junio a las once y media con Antonia Ferrán, que no llamó a nadie porque no tenía a quién.

Lo que no dice la nota es ninguna otra cosa. No dice que esté agradecida a la empresa, ni que quiera saber qué pasó, ni que vaya a reclamar nada. No pregunta cuánto tiempo estuvo. No pregunta por su padre, y su padre tenía ochenta y un años en 2035 y un alzéimer de grado tres, y ella todavía no lo sabe o lo sabe desde hace tres días.

Doblo el papel por donde estaba doblado y lo meto otra vez en el sobre.

Y hay una cosa que hago y que no sé muy bien por qué la hago, que es abrir el expediente en el móvil y mirar la fecha.

3 de enero de 2035. Vinculación. V-011. Duración de la entrevista: cincuenta y dos minutos.

Cincuenta y dos. El máximo del protocolo son cuarenta y siete.

Cinco minutos de más. Eso es exactamente lo que se tarda en salir al pasillo, esperar a que alguien termine de hablar por teléfono y volver a entrar.

Cierro el móvil.

Subo al cuarto, abro el cajón de la mesilla y lo dejo dentro, encima de la caja de plástico donde está el certificado impreso, el de las cuatro cláusulas, que me imprimieron en el office el martes porque lo pedí.

Cierro el cajón. Lo vuelvo a abrir, saco el sobre, le meto la solapa por dentro para que quede cerrado y lo dejo otra vez.

Bajo a hacer la cena. Bruno está en el sofá con un documental de la presa de Susqueda que ya ha visto, y a media cena me dice que en Susqueda hay un pueblo debajo del agua y que cuando baja el nivel se ve el campanario.

—¿Y eso es verdad?

—Sale la foto.

—Pues será verdad.

—Es verdad —dice—. Lo que pasa es que la foto es de 2008 y ahora ya no baja tanto.

Capítulo 58

El domingo seis de julio entro a las diez y media de la mañana.

En el edificio hay lo que hay los domingos: producción, la de guardia de la uno y la dos, un chico de mantenimiento, y en el −3 una auxiliar, que hoy es Marga.

Chelo no baja los domingos. Chelo baja martes y viernes.

En el 3.04 abro el módulo de expedientes y busco la unidad.

3-19 · nivel −3 · sin expediente nominal asociado *Inicio de reposo: 27/06/2029. Ciclo 271. Edad 78. Peso 40,6.*

Cuarenta con seis. El uno de junio pesaba cuarenta y uno con dos.

Bajo a la hoja de incidencias clínicas.

02/07/2036 — UPP talón derecho: progresión a grado II. Se objetiva pérdida de continuidad de la piel, 1,8 cm. Se inicia cura con apósito hidrocoloide c/48 h. Firmado: Vinuesa, C.

03/07/2036 — UPP sacra de nueva aparición, grado I, 3 cm. Se instaura cambio postural c/4 h. Se solicita colchón antiescaras (pendiente de suministro desde 05/2036). Firmado: Vinuesa, C.

04/07/2036 — Hombro izquierdo: limitación creciente de recorrido articular en abducción. Se suspende movilización pasiva del miembro por dolor a la manipulación (retirada facial durante la maniobra). Pendiente de valoración. Firmado: Vinuesa, C.

Retirada facial durante la maniobra. Eso es una frase de enfermería que quiere decir que cuando le suben el brazo, la cara se le mueve.

Chelo lo ha escrito los tres días y lo ha firmado los tres días y ha pedido un colchón que lleva pedido desde mayo.

Abro el módulo de dirección y voy a actuaciones.

Cambio de estado de unidad — 3-19

El desplegable de estados tiene seis opciones. Reposo activo. Reposo con incidencia. Traslado. Prórroga. Rehabilitación. **Retirada programada.**

Selecciono la sexta.

Se abre un bloque nuevo con tres campos y una casilla.

Origen de la voluntad: ☐ Manifestación directa de la persona donante ☐ Documento de instrucciones previas ☐ Manifestación a familiar o representante designado ☐ Criterio facultativo por situación clínica irreversible

Fecha de la manifestación: Observaciones: ☐ Voluntad confirmada

Dejo el origen sin marcar y le doy a guardar.

No se puede guardar la actuación. Campos obligatorios sin cumplimentar: origen de la voluntad, fecha de la manifestación, voluntad confirmada.

Lo intento otra vez marcando solo la casilla de abajo.

No se puede guardar la actuación. Campo obligatorio sin cumplimentar: origen de la voluntad.

El aplicativo no guarda borradores en actuaciones de estado. O está entero o no está.

Marco la primera.

Manifestación directa de la persona donante.

Pongo la fecha de hoy.

En observaciones escribo: *manifestación verbal en el curso de recuperación parcial de conciencia. Se confirma en presencia de la profesional firmante.*

Marco la casilla de abajo.

Guardar.

Actuación registrada. Pendiente de validación facultativa. 06/07/2036, 11:42.

Miro la línea que acabo de crear. Está en la parte de arriba de la ficha, en negro, entre el estado anterior y la validación pendiente, y dice lo que dice.

Son las once y cuarenta y dos de la mañana del seis de julio.

A las doce menos veinte me llama Vilagrà.

—Nuria, buenos días, ¿te pillo mal?

—No.

—Perdona que te llame un domingo. Es por lo del cuadrante de agosto de la dos, que Herminia me ha dicho que ahora eso lo llevas tú.

—Lo llevo desde el uno.

—Enhorabuena, por cierto. Ya era hora.

—Gracias.

—A ver. Es que Nati me pide la primera quincena y la Prórroga en la primera quincena de agosto es una locura, porque caen los vencimientos de febrero.

Hablamos siete u ocho minutos de eso. Le digo que lo miro con Personas y Cultura y me dice que él lo que quiere es no quedarse solo, que es lo que quiere todo el mundo.

Y a mitad de la conversación se oye un ruido de tableta.

—Perdona, que estoy despachando lo de hoy. Espera, que tengo… catorce. Quince.

—Tranquilo.

—Es que si no las hago hoy, mañana tengo treinta.

Y sigue hablando de agosto mientras firma.

—Traslado de la 1A-072, vale. Cambio de pauta de la 2B-011, vale. Retirada programada de la 3-19, vale. Antibiótico de la 1B-207, ese lo miro… no, ese está bien, vale.

—¿La 1B-207?

—Una de la uno, sector B. Lleva una clindamicina desde el reingreso y le quedan dos días. —Pasa el dedo—. Vale. Y esto otro. Y esto. Ya está. Quince.

—Ignasi.

—Dime.

—La 3-19. ¿La has visto alguna vez?

Se ríe.

—¿Del menos tres? Yo al menos tres no bajo desde el 32, hija. Si baja alguien es Chelo. —Cambia de tono, no mucho—. ¿Por qué? ¿Hay algo raro?

—No.

—Vale. Pues me dices lo de agosto cuando puedas.

Cuelga.

En la pantalla, debajo de la actuación, ha aparecido una línea:

Validación facultativa: Vilagrà Solé, I. (F-038). 06/07/2036, 11:54.

Entre las doce y las siete hago lo que hago los domingos de cierre de mes: firmar. Dieciocho actuaciones. Traslados internos, dos altas de refuerzo para septiembre, una autorización de visita fuera de calendario para una familia de Parla que ha pedido cambio por un entierro, y el visto bueno a la memoria del trimestre de vinculación, que tiene once páginas y que ha escrito Pilar y que está muy bien escrita.

Como un táper en el office a las tres y cuarto. Hay dos personas de administración comiendo y hablando de un piso en Pinto.

A las cuatro subo a la uno.

No hay ningún motivo profesional para subir a la uno un domingo y hay uno administrativo, que es que soy la vinculadora acreditada del expediente y que puedo consultar el estado de mis mujeres cuando me dé la gana.

Sector B. La doscientos siete está al final del pasillo, a la izquierda.

La puerta tiene el pomo y la etiqueta y dentro está todo como está en todas: la sábana en pico, la vía en la subclavia derecha, el gotero

a veintiuno con dos, la ficha en la funda de plástico al pie de la cama.

En la ficha hay un nombre. Preciado Sanjuán, Yaiza. Treinta y cuatro años.

Le han cortado el pelo. No a maquinilla, no del todo: se lo han recogido y se lo han igualado por detrás, que es lo que se hace el primer día para que no moleste con la almohada. Le han quitado la goma del súper.

El punto de acceso de la clavícula derecha, el que le curé el veinte de junio en el suelo de un local de la calle Godella con una silla de plástico y una linterna de móvil, está limpio. Tiene un apósito nuevo con la fecha del viernes escrita en el esparadrapo y no hay eritema ni hay nada alrededor.

Se le ha curado.

Le quedan dos dosis, que es lo que ha dicho Vilagrà hace cuatro horas por teléfono mientras firmaba quince cosas.

En la hoja de constantes pone treinta y seis con cuatro y ciento seis partido por sesenta y ocho. En la de peso pone cincuenta y dos con uno, y el veinte de junio no llegaba a cincuenta.

Está mejor que hace nueve días. Objetivamente, con números, en las cuatro cosas que se miden aquí, esta mujer está mejor de lo que ha estado en veintiún meses.

El incisivo lateral izquierdo sigue partido en diagonal. Eso aquí no lo mira nadie porque aquí no se comen.

Le miro la mano izquierda, que la tiene encima de la sábana, y tiene las uñas cortas y limpias y hechas por alguien que era diestro.

Salgo a los cuatro minutos y cierro la puerta con el pomo.

Bajo a la planta baja a las siete y cuarto de la tarde, cuando ya no queda nadie en vinculación, y paso por el 2.01, que es donde Buiría tiene el armario.

Me dio una el viernes, cuando le pregunté por el perfil.

—El perfil de dirección para el menos tres te lo tiene que dar sistemas y tardan lo que tardan —me dijo—. Toma, llévate una de estas mientras y me la devuelves cuando te lo activen.

Es gris. No lleva foto. En la esquina de abajo pone PROVISIONAL — 07.

—¿Otra vez la siete?

—Es la que estaba encima —dijo.

Bajo por la escalera del ala este.

Menos uno. Por el cristal se ve el aparcamiento con cuatro coches.

Menos dos. Por el cristal se ve el pasillo de las salas de visita, apagado, con la máquina de agua iluminada por dentro.

Menos tres.

Paso la gris y el piloto se pone verde, y el cerrojo hace un clic y medio segundo después el otro.

Diecisiete grados y medio en el termómetro de pared del pasillo. La incidencia de climatización sigue abierta, la quinta, la que Chelo puso como clínica el trece de junio, y sigue sin contestar.

En el mostrador de control no hay nadie. Marga tiene la ronda de las ocho y son las siete y treinta y ocho.

Capítulo 59

Cierro la puerta de la 3-19 por dentro.

Enciendo la luz de cabecera, que es la pequeña, y dejo la del techo apagada.

Lo primero es mirar. Peso cuarenta con seis. La cara más hundida que hace un mes. El talón derecho con el apósito hidrocoloide puesto y con la fecha del viernes escrita encima con rotulador. Le miro el sacro girándola hacia mí con el brazo y la cadera, como se gira, y ahí está la de tres centímetros, roja, sin blanquear, con el borde ya un poco brillante.

El hombro izquierdo está en aducción y no baja del todo. Se lo intento abrir dos dedos y se le mueve la cara.

Le vuelvo a poner el brazo donde estaba.

—Ya está —le digo—. Ya no lo toco más.

La bomba va a veintiuno con dos. En el reservorio queda media bolsa.

En la mesilla no hay nada, porque aquí abajo las mesillas no tienen nada. En la pared hay una toma de oxígeno, un aspirador y un enchufe. En el techo hay un difusor de clima y un detector.

En la ficha del pie de la cama, en la funda de plástico, hay una hoja con un código y sin un nombre.

Son las siete y cuarenta y seis.

Le pongo la mano en el antebrazo y se lo digo entero, como se le dice a un paciente, en voz normal y sin bajarla, porque bajar la voz

es de las cosas que peor sientan.

—Amparo, soy Nuria. Voy a cerrarte la perfusión. Vas a notar frío en el brazo y a lo mejor te da tos. Yo estoy aquí y no me voy.

Cierro la llave de tres pasos.

19:02.

Se para el ruido de la bomba y en la habitación se queda solo el clima.

Miro el reloj y le miro la cara, y hago lo que se hace, que es esperar.

A los seis minutos la respiración cambia de ritmo. A los nueve se le mueven los dedos de la mano izquierda, los dos que le funcionaban, el índice y el corazón, y se le mueven juntos y despacio.

A los trece minutos abre los ojos.

No mira. Están abiertos y no enfocan y van hacia la izquierda solos y vuelven.

—Estoy aquí.

Le cojo la mano.

A los dieciséis hace un sonido. No es una palabra. Es aire con la garganta, dos veces, y a la segunda se le mueve la barbilla.

—Tómate el tiempo que quieras.

A los dieciocho minutos gira la cara dos centímetros hacia donde estoy y me aprieta la mano con la parte de arriba de los dedos, que es todo lo que puede apretar.

Y dice:

—Hija.

—Sí.

Tarda. Coge aire tres veces y a la tercera lo dice.

—Para.

Y ya no dice nada más.

Los ojos se le quedan abiertos otro minuto, mirando hacia el techo, que es lo único que hay que mirar en esta habitación, y luego los cierra y no los vuelve a abrir.

Son las siete y veintidós.

Le suelto la mano y se la dejo encima de la sábana, con el meñique torcido hacia fuera desde la segunda falange.

Preparo la perfusión de sedación terminal en el carro del pasillo, con la puerta entornada, y vuelvo. La pauta está en el protocolo y la he preparado ciento cincuenta veces en una planta de paliativos entre 1996 y 2001, y las manos se acuerdan de todo.

Purgo el sistema. Conecto en Y por encima del filtro. Programo la bomba.

19:26.

Le subo la sábana hasta el pecho y le remeto el lado de la vía, que es el que se suelta.

Le canto Los cuatro muleros.

La canto entera y luego la vuelvo a cantar, en voz baja, sentada en el taburete de al lado de la cama, con la mano en su antebrazo y sin apretar.

A las siete y cuarenta y uno se le suelta la mandíbula del todo.

A las siete y cincuenta y ocho la respiración se hace superficial y espaciada.

A las ocho y uno se para.

Espero los tres minutos que hay que esperar. Le pongo el fonendo, que me he traído del office de la uno, y no hay nada.

Registro la hora en la hoja de la unidad con el bolígrafo que hay en la funda de plástico: *20:01*.

Cierro la bomba, retiro la vía, le pongo un apósito pequeño en el punto de acceso y le bajo el brazo. Le coloco el pelo, que lo tiene hacia atrás con la raya donde se la hacía ella. Le subo la sábana hasta el hombro y no hasta la cara, que eso lo hace el celador.

Recojo el material y lo meto en la bolsa del carro.

Apago la luz de cabecera.

Son las ocho y cuatro.

Subo por la escalera del ala este y aviso a la de guardia de la uno desde el teléfono interno del rellano, que es el procedimiento: retirada programada consumada en la 3-19, hora de exitus veinte cero uno, protocolo ejecutado por la firmante, se solicita bajada de celador para preparación del cuerpo.

—Vale —dice—. ¿Sube ficha o la subes tú?

—La subo yo.

En el 3.04 relleno el parte de retirada, que son dos páginas. Hora, procedimiento, medicación administrada con dosis y lote, incidencias durante el procedimiento: ninguna. Lo firmo con el certificado a las ocho y treinta y uno.

Y después cierro las tres cosas que tengo en la bandeja de dirección desde el viernes.

La primera es una autorización de compra de cuatro colchones antiescaras para el nivel −3, que estaba pedida desde mayo y que llevaba parada desde entonces en un circuito de tres firmas del que una era la de mi puesto. La firmo. Importe: mil ochocientos veinte euros.

La segunda es la incidencia de climatización del ala 3-15 a 3-24, la quinta que puso Chelo, la que puso como clínica. La escalo a prioridad uno y la firmo.

La tercera es el cuadrante de agosto de la planta dos.

A las ocho y cincuenta bajo al office de la planta baja. La máquina de comida a esta hora tiene tres cosas y una es un sándwich mixto en triángulo, de los de plástico, que caduca el martes.

Me lo como de pie, con la luz de emergencia encendida y la grande apagada, mirando el corcho, donde sigue el cuadrante de agosto con los post-its de colores y con el mío en la segunda quincena.

En la garita de la puerta tres está Nacho con el ventilador y con la radio.

—Buenas, Belmonte. ¿Un domingo?

—Un domingo.

—Ya te vale.

—Ya me vale.

—Oye, enhorabuena, ¿eh. Me lo dijo Quique.

—Gracias, Nacho.

—Que se lo merece, dije yo. Que se lo merece.

Capítulo 60

El lunes siete a las nueve menos cuarto me llega el correo automático de traslado de la 3-19 a la unidad de tanatopraxia concertada, con acuse de recepción a las 08:12.

Y a las nueve y diez, otro: cierre del expediente interno de producción 3-19. Motivo: retirada programada. Fecha de baja: 06/07/2036.

En el módulo N3 la tabla tiene ahora treinta filas.

El martes ocho me llega el pedido de lencería de la semana. Nivel –3: treinta juegos.

La foto es el jueves diecisiete a las once de la mañana.

Viene un fotógrafo de una agencia con dos maletas y un paraguas plegable enorme, y una chica de comunicación que se llama Sandra y que ha venido desde la sede de Madrid en Cercanías y llega sudando.

Montan en el hall, delante del panel de la campaña.

—A ver, Nuria. Ponte aquí. Hombro un poco girado. Eso.

—¿Así?

—Menos sonrisa. Es que esto es institucional. —El fotógrafo mira la pantalla—. Otra vez. Ahora sin sonreír nada.

—¿Nada?

—Nada. Tú piensa en algo neutro.

Cuarenta minutos para cuatro fotos.

En el descanso, Sandra saca una libreta.

—Necesito dos o tres líneas de trayectoria. Para la nota.

—Enfermera desde 1991. En la casa desde 2027, en el ensayo de latencia. Nueve años en vinculación.

—Perfecto. ¿Y algo… más humano?

—¿Como qué?

—No sé. Alguna cosa que te haya marcado. —Levanta la vista—. Mira, te lo digo de otra manera: yo tengo aquí una nota de dirección que dice que en junio detectaste un error en el cálculo de un vencimiento y que gracias a eso una donante salió del programa. Eso es oro.

—Eso no lo detecté yo.

—Aquí pone que sí.

—Pues aquí pone mal.

Sandra apunta algo y no borra nada.

—Vale. ¿Y me puedes contar el caso?

—No.

—Sin nombres.

—No.

—Vale, vale. —Cierra la libreta—. Si acaso lo hablo con dirección.

A las doce quieren una segunda tanda en la sala dos.

—Es que el hall es muy frío —dice el fotógrafo—. Y ahí tenéis un sitio con luz cálida y con sillones. Eso vende.

Bajamos. Abro la sala dos, enciendo, y antes de que entren cojo la jarra y el vaso de la mesa baja y los llevo al office, porque la jarra y el vaso son de la candidata.

Vuelvo y me siento en mi sillón, que no es mi sillón: es el que uso yo, que es el que está de espaldas a la ventana para que la luz le dé a la otra.

Me sientan en el otro.

—Es que la luz —dice el fotógrafo.

—Ya.

Hacen dieciocho fotos. En la última me pide que ponga las manos una encima de otra sobre las rodillas.

Se van a la una y cuarto.

A la una y media, en el office, Quique me pregunta si me han hecho poner cara de jefa.

—Me han hecho poner cara de nada.

—Eso es la cara de jefa.

Pilar sube a las dos con un paquete de rosquillas de una pastelería de Getafe.

—Toma. Y no me digas nada.

—Pilar.

—Que no me digas nada. —Deja el paquete en la mesa—. Que llevo desde el uno queriendo subir y no subía porque decía anda, la mujer estará liada, y hoy he dicho pues subo.

—Siéntate.

—Dos minutos, que tengo a las dos y media.

Se sienta en la silla de las visitas, mira las tres cajas de Elvira, que siguen ahí, y mira el rectángulo claro de la pared.

—Te lo tienen que pintar.

—En agosto.

—Eso dicen siempre. —Coge una rosquilla ella—. Oye, Nuria. Que me alegro mucho. Pero mucho, ¿eh. Que llevo seis años sentada a metro y medio y que si se lo dan a otra me da algo.

—Gracias.

—Y que eres la única de esta casa que se sabe los nombres.

—Todas nos sabemos los nombres.

—Todas no —dice—. Tú mandas trescientas postales en Navidad.

Se come la rosquilla en tres bocados y se levanta.

—Ah, y ahora que eres jefa: lo del refuerzo de las tardes.

—Ya lo he pedido.

—¿Ya?

—El martes.

—Joder. —Se para en la puerta—. Voy a tener que buscarme otra cosa de la que quejarme.

A las cuatro me llama Sandra desde el tren.

—Nuria, perdona. Es que dirección me ha pasado el detalle del caso de junio.

—Ya.

—Y hay una nota manuscrita.

—¿Qué nota manuscrita?

—Una nota que te mandó la donante. Está escaneada en el expediente de comunicación interna. —Se oye el tren—. Es preciosa, ¿eh. Yo la he leído y se me ha puesto la piel de gallina.

Yo esa nota la tengo en el cajón de mi mesilla, en su sobre.

Y la copia que hay escaneada es la de recepción, la que hicieron cuando llegó sin remite, antes de reenviármela al 3.04.

—Sandra, esa nota es de una paciente.

—Ya, pero no lleva apellidos.

—Lleva un nombre.

—Ponemos «una donante». Sin nombre. —Pausa—. Nuria, esto lo ha visto dirección y le encanta.

—Ya.

—Entonces vale, ¿no?

Noe me escribe a las cinco.

Nuria, ¡me han pasado las fotos y estás guapísima! 💛 Va la del hall para la intranet y la de la sala para la nota de prensa. Sale a final de mes. ¿Le echas un ojo antes o te fías?

Me fío.

¡Mejor! Un beso.

El resto de julio es julio.

Hace cuarenta grados diecisiete días seguidos. Se rompe el aire acondicionado del hall un martes y lo arreglan el jueves y durante dos días recepción trabaja con dos ventiladores de pie y la puerta abierta.

Firmo la bandeja todos los días entre las ocho y las nueve. Bajo a la sala dos tres veces por semana, porque la jefatura no me quita las vinculaciones y porque no quiero que me las quite. Peleo el refuerzo y me lo dan a partir del quince de septiembre. Cambio el cuadrante de la dos y Nati me manda un mensaje que dice *ERES LA MEJOR* en mayúsculas.

Bruno recupera una palabra el diecinueve, *cuñada*, y se ríe él solo veinte minutos porque le sale a la primera después de cuatro años diciendo cuña.

El colchón antiescaras del −3 llega el veintitrés.

El veintiocho, Sandra me manda la nota de prensa para que le eche un ojo, aunque le dije que me fiaba, porque es de las que lo mandan igual.

La abro en el móvil a las diez de la noche, en la cocina, y la leo entera de arriba abajo.

En el tercer bloque, dentro de un recuadro gris, con la tipografía que usan para las citas, están las siete líneas.

Han quitado dos y han puesto tres puntos en medio.

No contesto el correo.

El dosier sale el veintinueve.

Interludio D

ARDÈVOL BIENESTAR, S.L. Dirección de Comunicación NOTA DE PRENSA — 29 de julio de 2036

NUEVA DIRECCIÓN DE VINCULACIÓN EN EL CENTRO DE VALDEMORO

La enfermera Nuria Belmonte Sanz, una de las profesionales del ensayo original de latencia, asume la dirección del servicio

Ardèvol Bienestar ha nombrado a **Nuria Belmonte Sanz** directora de Vinculación del centro de Valdemoro-Norte. Enfermera desde 1991 e incorporada a la entidad en 2027, Belmonte formó parte del equipo de catorce profesionales del ensayo clínico de latencia inducida prolongada y ha acompañado personalmente a más de 4.600 personas en su entrevista de ingreso.

«La primera hora es la que importa», ha señalado la nueva directora. «Lo demás es procedimiento.»

Compromiso con la revisión permanente de expedientes

El nombramiento se produce tras el cierre del segundo trimestre, en el que el servicio de Vinculación **detectó y corrigió una incidencia en el cálculo de un vencimiento**, lo que permitió la retirada anticipada de una donante y su derivación inmediata a un programa de rehabilitación concertado.

«Nuestros procedimientos de revisión existen precisamente para esto», ha declarado **Herminia Ardèvol**, directora general. «Y funcionan porque hay profesionales que los toman en serio.»

> NURIA LA ENFERMERA DE ENERO ME AN DICHO QUE USTED VIO EL ERROR GRACIAS […] NO ME ACUERDO DE CASI NADA PERO ME ACUERDO DE QUE USTED ME DEJO LLAMAR POR TELEFONO ESTOY MEJOR

Nota manuscrita remitida por una donante a la profesional responsable de su vinculación. Reproducida con autorización de la entidad.

Sobre Ardèvol Bienestar

Ardèvol Bienestar, S.L. gestiona cinco centros del Programa de Donación Prolongada (Ley 14/2029) y produce el factor RC-9, base de los tratamientos de neurorregeneración **Neurovall**, con más de 11.000 pacientes en España, y de la línea de cuidado **Hilo®**.

Material disponible para medios: · Fotografía corporativa de la nueva directora (4 archivos, alta resolución) · Ficha biográfica · Nota manuscrita (JPG, 300 ppp)

Contacto: prensa@ardevol.es · +34 91 ___ __ __

Capítulo 61

El sábado nueve de agosto me despierta el móvil a las siete y doce.

Es Pilar. Cuelgo antes de cogerlo porque estoy dormida y le doy sin querer, y cuando lo desbloqueo hay treinta y un mensajes en el grupo de vinculación, dos suyos aparte y una llamada perdida de un número de la casa.

El primero del grupo es de Casanovas y son cuatro palabras y un enlace.

chicas. mirad esto. joder.

Bajo a la cocina, pongo el café y me siento con el móvil.

Lo publica *Reactivo* a las seis de la mañana y lo publica a la vez un diario nacional, en portada de la edición digital, con una foto aérea del complejo de Valdemoro-Norte hecha con dron desde el camino de servicio.

EL PROTOCOLO DE CONTINUIDAD: CÓMO ARDÈVOL OBTIENE LA FIRMA DE MUJERES QUE ACABAN DE DESPERTAR

Documentación interna de la compañía revela que las prórrogas indefinidas del Programa de Donación Prolongada se obtienen durante los primeros días de recuperación de conciencia, cuando la donante todavía no puede leer. La empresa contabiliza el ahorro que produce cada firma.

Tardo cincuenta minutos en leerlo entero.

Son cuatro entregas y esta es la primera. Tiene el control de cartera reproducido en tres capturas, con las columnas de coste de

rehabilitación previsto y valor de producción estimado puestas una al lado de la otra y con la resta marcada en amarillo. Tiene la nota uno del pie de página, la que dice que el coste de rehabilitación deja de imputarse a partir de la validación. Tiene el índice de perfil de rendimiento y tiene el memorándum de 2032 entero, las tres páginas, con la cabecera de reenvío que dice *se adjunta para archivo*.

Tiene el testimonio de dos exempleadas de Zaragoza que hablan sin nombre y el de una graduada de Manresa que habla con el suyo.

Y tiene a Yaiza Preciado Sanjuán.

Con nombre, con dos apellidos, con la fecha de su vinculación, con la fecha de la continuidad que dice haber firmado y con las dos fechas que no encajan. Es el único caso del reportaje en el que la documentación de la empresa dice una cosa y la mujer que la desmiente puede ser localizada, y por eso está, y por eso lleva nombre.

Yaiza Preciado Sanjuán está en la planta uno, sector B, unidad doscientos siete, desde el veintiocho de junio a las once y cincuenta y dos de la noche, y no ha podido leer ese reportaje ni decir si quería salir en él.

En la tercera parte, al final, hay dieciséis líneas que no llevan titular y que están puestas donde se ponen las cosas que no se pueden afirmar.

En los seis días anteriores a la notificación del auto de conservación —dictado el 1 de julio—, Ardèvol Bienestar autorizó veinticuatro purgas documentales de archivos de atención al donante correspondientes a expedientes de 2029. Todas ellas se ejecutaron dentro del plazo legal de conservación de siete años y, por tanto, de forma regular. La compañía no ha querido precisar a este periódico cuántas de esas veinticuatro correspondían a contactos registrados dentro de la ventana de revocación.

Este periódico ha solicitado sin éxito una entrevista con la actual dirección del servicio de Vinculación del centro de Valdemoro-Norte, nombrada con efectos del 1 de julio. La compañía difundió dicho nombramiento el 29 de julio en una nota de prensa que reproducía, sin autorización de su autora, la carta manuscrita de una donante.

Sin autorización de su autora.

Eso es lo único de todo el reportaje que va dirigido a mí, y lo entiende una sola persona en España, y esa persona soy yo.

Hay una foto de Yaiza en la segunda entrega.

Es de 2032 y es de un cumpleaños. Está en un bar, de pie, con una camiseta de tirantes y con el pelo suelto, riéndose de algo que ha dicho alguien que no sale, y tiene los dos incisivos enteros.

La ha dado su hermana.

Rebeca Preciado Sanjuán habla en el reportaje con su nombre y con dos apellidos. Dice que su hermana la llamó desde el autobús el día que fue a firmar, que ella no la acompañó y que se lo va a preguntar el resto de su vida. Dice que en marzo de 2034 dejó de venir a las visitas porque no lo aguantaba. Dice que en septiembre de 2034 recibió una carta certificada diciendo que su hermana había firmado la continuidad, que se la creyó, y que cuando su hermana apareció en su portal un martes con una bata y unas zapatillas de papel le dijo que se fuera.

Eso lo dice en el reportaje, con su nombre. Que le dijo que se fuera.

Y luego dice que el veintiocho de junio, a las once y media de la noche, su hermana entró otra vez por la puerta tres por su propio pie y que ella se enteró tres días después por una carta.

A las nueve y media me llama Herminia.

—¿Lo has leído?

—Entero.

—Hay reunión a las once por vídeo. Dirección, comunicación, los abogados y tú.

—¿Y yo por qué?

—Porque diriges un servicio.

La reunión dura una hora y cuarenta minutos. Los abogados hablan cincuenta. Comunicación propone tres líneas y la tercera dice que la compañía «colabora activamente con la autoridad judicial», que es la frase que dicen todas las empresas de este país el día que les sale una cosa en portada.

Herminia habla dos veces. La primera para decir que ni una palabra sobre el memorándum, porque el memorándum es de la casa y es auténtico y negarlo sería la única manera de que el asunto empeorase. La segunda para decir que se prepare un informe de las veinticuatro purgas con fechas, motivos y firmantes, y que se prepare hoy.

Yo no digo nada en una hora y cuarenta minutos.

Al terminar me quedo un rato con el portátil abierto y la videollamada ya cerrada.

Pilar me escribe a las tres de la tarde, a mí sola.

oye. lo de la planta 2 tú lo sabías?

No.

yo tampoco. llevo 6 años bajando a fumar con nati y no lo sabía

Nati tampoco lo sabe.

ya. eso es lo que me tiene mal

Veinticuatro purgas en seis días. No es una anomalía: es lo que pasa siempre en la última semana de junio, porque las llamadas de junio de 2029 cumplen siete años en junio de 2036 y porque en junio de 2029 se firmó lo que se firmó.

Veintitrés de esas veinticuatro se ejecutaron solas, el día que vencían, sin que las tocara nadie.

Una la confirmó una profesional, dos días antes, a las siete y cuarenta y uno de la tarde de un sábado.

Capítulo 62

El lunes once, a las nueve de la mañana, la Agencia suspende cautelarmente la comercialización de Hilo®.

No lo suspende por lo que dice el reportaje. Lo suspende por trazabilidad del origen del principio activo, que es un expediente administrativo que estaba abierto desde 2034 y que llevaba dos años sin moverse. Se mueve el lunes.

Hilo® es el sesenta y tres por ciento de la facturación del grupo. Neurovall es el once y cuesta más de lo que ingresa.

El martes doce el Ministerio anuncia la intervención del Programa de Donación Prolongada y la designación de un administrador para los cinco centros. El comunicado tiene ocho líneas y en la sexta dice que la intervención «garantizará en todo caso la continuidad del suministro terapéutico».

El miércoles trece, el juzgado de instrucción número dos de Valdemoro cita como investigado a Òscar Buiría Casals, responsable de cumplimiento normativo, por irregularidades documentales relacionadas con la tramitación de veinticuatro expedientes de purga en el periodo del veinticuatro al veintinueve de junio.

Òscar abrió veinticuatro expedientes en seis días porque venció el plazo de veinticuatro archivos en seis días. Los abrió en su ordenador, uno detrás de otro, poniendo el motivo en voz alta, y en veintitrés de ellos no hubo nada más que hacer y en uno hubo que llamar a alguien un sábado.

El jueves catorce dimite Herminia Ardèvol.

El comunicado tiene nueve líneas, dice motivos de salud, agradece treinta y un años y no menciona el programa. Sale a las siete y media de la tarde, que es la hora a la que salen estas cosas.

Ese mismo jueves, el administrador toma posesión. Se llama Ricardo Alcaine, tiene cincuenta y seis años, viene de la subdirección general de ordenación sanitaria y hace veintidós años trabajó tres en un hospital.

El viernes quince, la casa manda un correo a las trescientas once familias con donante en producción en Valdemoro. Tiene cuatro párrafos, dice que la información aparecida en prensa se refiere a procedimientos ya modificados y que el suministro no se verá afectado, y no dice qué procedimientos ni desde cuándo.

Lo redacta comunicación y lo firma dirección, y a mí me llega en copia a las 08:12 con el resto del servicio.

Ese fin de semana, atención familiar recibe ciento cuarenta y una llamadas. La media de un fin de semana de agosto son once.

El martes diecinueve, la Mesa del Congreso acuerda la creación de una comisión de investigación. Las comparecencias se fijan para el segundo periodo de sesiones. Septiembre y octubre.

El jueves veintiuno, el administrador dicta las primeras instrucciones. Son seis y las leo entera cada una porque tres son mías.

Uno. Toda llamada recibida en la línea de atención al donante requerirá **doble confirmación de tipificación**: el operador deberá leer en voz alta la tipificación seleccionada antes de cerrar la llamada y la persona que llama deberá confirmarla. La lectura y la confirmación quedarán grabadas. Cualquier manifestación tipificada como consulta cuando la llamada se produzca dentro del plazo de revocación generará una alerta automática a cumplimiento.

Eso, en junio de 2029, a las tres y catorce de la madrugada, habría saltado.

Dos. Se retira el factor corrector de paridad del capítulo cuatro del manual de criterios de admisión, con efectos inmediatos, en aplicación del memorándum del Departamento de Análisis de Datos de 9 de febrero de 2032.

Cuatro años y seis meses.

Tres. Auditoría externa de la totalidad de las continuidades validadas entre 2033 y 2036.

Cuatro. Conservación íntegra, que ya estaba.

Cinco. Suspensión de nuevos ingresos durante treinta días.

Y seis: **el Programa continúa**. La instrucción sexta ocupa media página y dice, con otras palabras, que la interrupción de la producción de RC-9 afectaría a nueve mil ciento ochenta pacientes en pauta mensual continuada y que esa consecuencia no es asumible.

El viernes veintidós, la Agencia autoriza la reanudación de la producción bajo supervisión y con inspección semanal. No se ha parado ni un día: lo que se autoriza es lo que ya estaba pasando.

El lunes veinticinco, el grupo cambia de denominación social. La marca comercial pasa a ser **Vallonta**.

Nos lo comunican por correo a las ocho y cuarto de la mañana, con un manual de identidad de once páginas adjunto y con la instrucción de retirar la cartelería antigua antes del quince de septiembre.

El martes veintiséis vienen dos operarios y quitan el panel del hall, el de la mujer con los hilos dorados, y lo dejan apoyado contra la pared

de recepción tres días hasta que se lo llevan. Debajo hay un rectángulo más claro de metro ochenta por metro veinte.

Yo he pedido la pintura del 3.04 en julio y me la han hecho en agosto.

Kenia Roldós borra el perfil el veintiséis por la tarde. Lo borra entero: cuatro años de contenido, cuatrocientos mil seguidores, la pulsera de graduación y los seis hilos. A las once de la noche vuelve a estar, con todo dentro y con una publicación nueva de dos líneas que dice que ella contó su experiencia y que su experiencia fue la suya.

Tiene once mil comentarios en cuatro horas.

En veinte días se ha suspendido una línea comercial, se ha intervenido un programa, ha dimitido una fundadora, hay un investigado, hay una comisión parlamentaria, hay una auditoría de tres ejercicios, hay una instrucción que obliga a leer en voz alta una tipificación y hay una marca nueva.

Y en veinte días no ha habido un solo turno en el que las bombas del nivel −3 no fueran a veintiuno con dos.

Las mil trescientas dos siguen donde estaban. La producción del mes de agosto cierra un uno coma cero uno de media, que es medio punto por encima de julio, porque en agosto hace calor y el calor va bien.

Yo tenía la segunda quincena. La devuelvo el día doce.

Pilar se va a Peñíscola del uno al quince y me manda cuatro fotos de una paella y una del sobrino con el traje gris marengo probado. Le contesto a las cinco y a la paella le pongo un corazón.

El veintiuno por la tarde, cuando salen las instrucciones, bajo a la sala dos y me quedo un rato de pie con la primera en la mano.

Es un folio. Doce líneas. El operador leerá en voz alta la tipificación seleccionada antes de cerrar la llamada. La persona que llama deberá confirmarla. La lectura y la confirmación quedarán grabadas.

Eso son once palabras de más en una conversación de cuatro minutos.

Once palabras que no se le ocurrieron a nadie en siete años, y que ahora están en un folio con un membrete del Ministerio, y que van a estar ahí para siempre porque las cosas que se ponen después de un escándalo no se quitan nunca.

Capítulo 63

El miércoles veintisiete, a las diez, Alcaine me llama a la 3.02.

Es el despacho de Herminia. Han quitado el termo y han quitado la foto enmarcada del grupo de catorce delante del prefabricado. En la pared queda el clavo.

—Siéntese, Belmonte.

Tiene delante una carpeta de anillas con mi nombre en el lomo, escrito con rotulador, y la tiene abierta.

—Le voy a leer lo que tengo aquí y luego le digo lo que quiero.

—Vale.

—Enfermera desde el noventa y uno. Diez años de paliativos, cuatro de traumatología, dos de residencia. Entra en Ardèvol en 2027, en el ensayo, con catorce personas. Cuatro mil seiscientas doce vinculaciones acreditadas. —Pasa una hoja—. Duración media de entrevista por encima del máximo del protocolo. Todos los años. Todos.

—Ya.

—Aquí hay una entrevista de mayo con intérprete. Solicitó usted el servicio corporativo, paró la lectura y tardó una hora y cincuenta.

—Sí.

—Y aquí hay una observación de junio en la que informa a una candidata de una vía administrativa alternativa antes de leerle el contrato. Municipal. Gratuita. —Levanta la vista—. Eso no lo hace nadie.

—Lo hace bastante gente.

—No, no lo hace. He mirado seiscientas.

Sigue.

—En junio se detecta un error en el cálculo de un vencimiento en su servicio y sale una donante del lote. En junio se resuelve una incidencia externa abierta desde 2034: la donante regresa voluntariamente y consta que, antes del reingreso, una profesional de esta casa le trató por su cuenta una infección de puerto en la calle. Eso lo cuenta el reportaje, por cierto. Lo cuenta ella.

—Ya.

—En junio autoriza usted una purga documental. Una de veinticuatro. La única de las veinticuatro en la que consta correctamente la confirmación de la profesional que hizo la tipificación original, que es exactamente lo que exige la norma y que en las otras veintitrés no consta porque se ejecutaron automáticamente. —Cierra un dedo dentro de la carpeta—. En julio ejecuta usted una retirada programada con voluntad confirmada y validación facultativa. Y en la misma semana firma una compra de colchones antiescaras parada desde mayo y escala una incidencia de climatización que llevaba cinco partes.

—Eso último es lo único de todo eso que hice yo.

Alcaine se echa hacia atrás.

—Belmonte, yo llevo trece días aquí y he leído mil cuatrocientas páginas. Lo que necesito no es una mártir y no es una abogada. —Cierra la carpeta—. Necesito a alguien que se siente delante de una comisión en octubre y explique qué se hace en esta casa cuando una mujer entra por esa puerta, y que lo explique sin un papel delante, y que no mienta, porque van a saber si miente.

—¿Y usted cree que yo no voy a mentir?

—Creo que usted no lo va a necesitar.

Se levanta y va a la ventana, la del aparcamiento de visitas.

—La dirección de garantías se crea el uno de septiembre. Depende de mí y no depende del grupo. Lleva la doble confirmación, la entrevista de garantías previa a toda vinculación, la auditoría de continuidades y la relación con la comisión. Y la lleva usted.

—¿Y si digo que no?

—Entonces lo lleva un abogado de Madrid que no ha visto una sala de vinculación en su vida —dice—. Y las mujeres que entren en septiembre van a tener exactamente lo mismo que tenían en junio.

Le pregunto lo único que me interesa preguntarle.

—El expediente de Preciado Sanjuán.

—La auditoría va a establecer que esa continuidad se obtuvo de forma fraudulenta. Eso lo doy por hecho, con la documentación que hay.

—¿Y?

—Y esa mujer lleva treinta y ocho meses. —No baja la voz—. La declaración de fraude abre una indemnización a la familia y abre responsabilidad penal. No abre una ventana de reversibilidad que se cerró en octubre de 2034.

—Ya.

—Se lo digo como es porque usted lo sabe mejor que yo.

Le digo que sí el jueves por la mañana.

Y el jueves, después de decírselo, subo otra vez a la uno.

Es la tercera vez en dos meses. La primera fue el seis de julio y la segunda el veintiuno, cuando salieron las instrucciones, y en las tres he estado menos de cinco minutos y en las tres he hecho lo mismo, que es leer la hoja de constantes de arriba abajo como si me la fueran a preguntar.

Treinta y seis con cinco. Ciento cuatro partido por sesenta y seis. Peso, cincuenta y cuatro con tres.

Sube doscientos gramos al mes. Eso es lo normal en el primer año.

Rendimiento del último ciclo, uno coma veintinueve. Va a estar entre las primeras de la casa este trimestre y va a salir en un listado que va a mirar alguien de la tercera y que ya no se llama la tercera.

En la esquina de arriba de la ficha, desde el catorce de agosto, hay un rótulo nuevo en azul que dice **expediente incluido en auditoría externa de continuidades 2033-2036**.

Ahí va a poner, dentro de unos meses, que la continuidad del diecinueve de septiembre de 2034 se obtuvo de manera fraudulenta. Lo va a poner un auditor que no la ha visto nunca, con la documentación que hay, que es abundante.

Y debajo va a seguir poniendo lo que pone hoy: unidad 1B-207, reposo activo, producción estable.

Las dos cosas van a estar en la misma pantalla y no se van a contradecir, porque una es una cuestión de validez del consentimiento y la otra es una cuestión de mes treinta y ocho.

Yo esa aritmética la conozco. La hice en un coche parado en una gasolinera el veintinueve de mayo, cuando esta mujer me explicó lo que le habían hecho en la planta dos y yo le busqué la salida a cada cosa que me contaba.

Me quedo hasta que se me acaban los campos de la hoja.

Antes de salir le coloco la sábana por el lado de la vía, que es el que se suelta, y bajo por la escalera.

Bruno me lo pregunta el jueves por la noche, cenando, con el telediario puesto de fondo, cuando sale el rótulo con el nombre nuevo y una imagen de archivo de la entrada de Valdemoro.

—Mamá.

—Dime.

—Eso es donde tú trabajas.

—Eso es donde yo trabajo.

—¿Y qué ha pasado?

Y se lo cuento.

Le cuento que una periodista ha publicado documentos internos que demuestran que la empresa consiguió firmas de mujeres que no estaban en condiciones de firmar. Le cuento que eso es un delito y que hay un juez. Le cuento que hay un hombre de mi trabajo al que han citado y que se llama Òscar y que es buena gente y que va a pagar por una cosa que hicieron veinte personas. Le cuento que la dueña se ha ido. Le cuento que el Ministerio ha puesto a un señor a dirigir esto y que ese señor me ha ofrecido un puesto y que lo he cogido.

—¿Y el tratamiento?

—El tratamiento sigue.

—¿Seguro?

—Seguro. Hay una instrucción que lo dice, con número. Te la enseño si quieres.

—No.

Come.

—¿Y tú vas a salir en el… —chasquea— en el Congreso?

—En octubre.

—Joder.

—Ya.

Se queda con el tenedor parado.

—¿Y tú estás bien?

—Sí.

—Vale.

Y no lo dice como quien se lo cree. Lo dice como quien lo deja, que es una cosa que él sabe hacer desde los diecinueve años y que yo no le he enseñado.

Recogemos. Él pone el lavavajillas con su sistema, con una mano, tardando el triple, y yo seco cosas que ya están secas.

—Mamá.

—Qué.

—Òscar. El del trabajo.

—Dime.

—¿Va a ir a la… —chasquea, se para, lo busca por el final— a la cárcel?

—No lo sé. Yo creo que no. Pero le va a costar dos o tres años de su vida y va a pagar dinero y no va a volver a trabajar en esto.

—¿Y él hizo algo?

—Abrió veinticuatro carpetas en seis días porque le tocaba abrirlas.

—Entonces no hizo nada.

—Entonces no hizo nada.

Bruno cierra el lavavajillas con la cadera, que es como lo cierra, y le da al botón.

—Pues qué mierda.

—Pues sí.

—¿Y no puedes tú… —levanta la mano izquierda y la deja quieta a media altura— decir algo? Ahora que eres.

—Voy a declarar en octubre.

—Ya. Pero digo de él.

—Voy a decir lo que sé.

—Vale.

Y se va al salón y pone el documental, y a los dos minutos sube el volumen en el minuto de los aliviaderos, que es lo que hace desde 2029.

Capítulo 64

El veintinueve de agosto es viernes y es el primer día que uso el 3.02.

Han pintado y han cambiado la moqueta y han puesto una placa nueva en la puerta, de metacrilato, con el logotipo nuevo debajo del nombre. Han dejado la mesa, las dos sillas, la estantería y la ventana.

En el cajón de la mesa hay dos cosas: un paquete de bolígrafos sin abrir y la copia impresa del certificado, en su caja de plástico. La nota sigue en casa, en la mesilla, en su sobre.

Llevo la pulsera en la muñeca izquierda, debajo del reloj. Tiene doce cuentas y no va a tener más, porque el módulo dejó de contar el veintinueve de junio a las cero horas y diecinueve minutos. Cuando se consolida, deja de contar.

La primera entrevista de garantías del centro de Valdemoro-Norte es hoy a las once y media.

Se hace en la sala dos, que desde el lunes tiene en la puerta un cartel impreso en A4 metido en una funda que dice SALA DE GARANTÍAS 1, pegado con celo encima del cartel antiguo. Han puesto el nuevo sin quitar el viejo, así que si te agachas se lee VINCULACIÓN — SALA 2 por debajo.

Dentro está todo igual. Los dos sillones, la mesa baja, la ventana al patio con el contenedor y las dos moreras que se ven si te asomas.

Bajo a las once y veinte, pongo la jarra y el vaso, y espero.

Míriam Sanchís Ferré tiene treinta y cuatro años y es de Valdemoro, de aquí mismo, del barrio de arriba. Entra con el bolso apretado

contra el pecho, con los dos brazos, y se sienta con él así.

No le digo que lo deje.

—Nuria Belmonte. Voy a estar yo con usted hoy.

—Míriam.

—¿Quiere agua?

—¿Puedo?

—Puede pedirla usted también.

Le sirvo medio vaso. Se lo bebe entero y lo deja.

Antes de empezar saco mi bolígrafo y lo pongo encima del contrato, y le digo lo que hay que decirle.

—El mío escribe fatal. Si tiene uno, mejor el suyo.

—No he traído.

—Pues éste. Y avise si salta.

Empiezo por lo fácil, por lo que ya sabe: nombre, fecha de nacimiento, unidad designada, cantidad. Treinta y ocho mil doscientos por el centro de día y la residencia de su madre. Contesta todo bien y contesta rápido, y cuando llega a la cifra mira al patio.

Y entonces me pregunta lo que ha venido a preguntar, y me lo pregunta antes de que yo abra el contrato, que es lo que hace la gente cuando ha estado dos semanas ensayándolo.

—Oiga. ¿Es verdad lo que salió en el periódico?

Dejo el contrato boca abajo.

—Sí.

Se le mueve algo en la cara. No se esperaba un sí.

—Es verdad y le voy a decir exactamente qué es verdad —digo—. Entre 2033 y 2036 esta empresa consiguió firmas de prórroga de mujeres que estaban recuperando la conciencia y que no estaban en condiciones de leer lo que firmaban. Eso está probado con documentación de la casa. Hay un juzgado, hay una persona investigada, hay una comisión en el Congreso en octubre y hay una auditoría externa de tres años de expedientes.

—Madre mía.

—Y hay otra cosa, y es que esto ya no lo dirige la empresa. Desde el catorce de agosto lo dirige un administrador del Ministerio. Yo dependo de él y no dependo del grupo, y este puesto en el que estoy sentada existe desde hace cinco días y existe por esto.

Míriam se queda mirando la jarra.

—¿Y entonces por qué sigue abierto?

—Porque nueve mil ciento ochenta personas en España están en tratamiento con lo que sale de aquí y no hay de dónde sacarlo si esto para. Eso también es verdad y también se lo digo.

—Ya.

—Y ahora le voy a explicar qué ha cambiado, porque han cambiado tres cosas y a usted le afectan las tres.

Se lo explico entero.

Le explico la entrevista de garantías, que es esto, que la hace la dirección de garantías y no vinculación y que no la hace nadie que cobre por la firma. Le explico que a la prórroga de dentro de

dieciocho meses ya no se le llama continuidad y que ahora exige una valoración de capacidad hecha por un facultativo que no es de la casa, con acta, y que no se puede hacer antes del día quince desde la reducción de sedación. Le explico que si un día quiere echarse atrás dentro del plazo, llama al teléfono que le voy a dar y que la persona que la atienda está obligada a leerle en voz alta lo que va a escribir en el sistema, y que usted tiene que decir que sí, y que la lectura y su respuesta quedan grabadas, y que si alguien clasifica su llamada como consulta estando usted dentro del plazo, salta una alerta a cumplimiento el mismo día.

—¿Eso es nuevo?

—Del veintiuno de agosto.

—¿Y antes qué había?

—Antes lo elegía la persona que cogía el teléfono.

Míriam asiente despacio y se coloca el bolso, que sigue teniendo contra el pecho, y por primera vez en veinte minutos afloja los brazos y lo deja en las rodillas.

—Vale —dice—. Entonces léame eso.

Le leo las siete páginas y se las leo despacio.

En la cuatro se para y me pregunta si el dinero le llega a su hermano el día uno aunque el uno caiga en domingo, y le digo que el lunes, y que eso es así y que no se lo van a cambiar.

En la seis levanta la cabeza.

—¿Y si cambio de opinión?

Y le contesto lo que hay que contestarle. Le doy el número, la ventana de setenta y dos horas, el nombre del procedimiento, la

doble confirmación, la alerta, y le digo que se lo apunte y que se lo apunte ella, con el bolígrafo, en la primera página, arriba, donde no se pierde.

Lo apunta.

Firma la séptima a las doce y veintiséis. Marco la casilla de dudas resueltas, la de lectura íntegra y la tercera, que es nueva y que se llama garantías informadas.

Bajamos por el pasillo de la izquierda.

Le voy contando lo de los últimos diez minutos, lo de la vía en el dorso de la mano, lo del frío subiendo por el brazo, lo del sabor a metal y lo de que le van a entrar unas ganas enormes de hablar y que hable.

—¿Y ya está?

—Y lo último es que le da la risa.

—Anda ya.

—Es la fase de desinhibición. No se acuerda nadie.

Se ríe.

En la puerta le doy la carpeta a Quique y me quedo con ella los dos pasos que faltan.

Míriam me busca la mano y se la cojo.

—No va a doler.

Y lo digo de verdad.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, instituciones, empresas, normas y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

© Vera Monreal

Todos los derechos reservados.

Primera edición.